MIDDLEBURY COLLEGE
THE EGBERT STARR LIBRARY
Given by
Trust... de.. Rel.. Cult.

Digitized by the Internet Archive
in 2025

https://archive.org/details/bwb_C0-ASR-077

8853 4

CLÁSICOS CASTELLANOS

104

MALÓN DE CHAIDE

LA CONVERSIÓN DE LA MAGDALENA

I

EDICIÓN, PRÓLOGO Y NOTAS DEL
P. FÉLIX GARCÍA
(AGUSTINO)

MADRID
EDICIONES DE «LA LECTURA»
1930

228

Given by Junta de Relaciones Culturales del Ministerio de Estado - June 1932

BS
2485
M35
t.1

Imprenta de la Ciudad Lineal.—Lagasca, 6. Madrid.—Tel. 50.018

MALÓN DE CHAIDE

Magno Parenti Augustino, esplendidissimo Ecclesiæ Sanctæ decori ac lumini, omnium rerum, divinarum humanarumque acutissimo perscrutatori, ingenio ac moribus, corde et sapientia prestantissimo, ac veluti soli irradianti, semper fulgenti in diebus vernis, Magistro orbis maximo, in XV ab ejus morte Centenario hoc opus dicat et offert.

F. G.

PRÓLOGO

I

El Padre Malón de Chaide (1) es uno de los grandes clásicos que en el siglo XVI, tan espléndido en prestigios y luminares de primer orden, brilla con luz propia y resplandor más indeficiente y seguro. Un solo libro—*La Conversión de la Magdalena*—bastó para perpetuar su nombre en los anales literarios y para ocupar, aún en los manuales corrientes de literatura, no siempre con la debida ponderación, un lugar de preeminencia y el título de clásico y brillante escritor.

Hay quien en el Padre Malón de Chaide no ve más que el literato de espléndido y arreado estilo, que tomó un asunto religioso, evangélico, que le sir-

(1) El 21 de noviembre de 1929 publicó José Ramón Castro un artículo rectificando el apellido del Padre Malón y resolviendo que se debe decir *Echaide* y no *Chaide*, aportando en comprobación la fotografía de un documento en que figura la firma de su padre, que ejercía funciones notariales en Cascante, «obtenida—dice el articulista—de un documento existente en el Archivo de protocolos de Tudela, donde abundan escrituras autorizadas con la firma del padre del ilustre agustino».—*Diario de Navarra.*

viera de soporte para derrochar bizarrías de lenguaje y acoplar las expresiones populares del habla, elevándolas de condición y dándolas vigencia y curso para tratar los más elevados problemas. Cierto es que en toda la obra del Padre Malón de Chaide se ve palpable como un afán implícito, briosamente expuesto en el prólogo, gallardísima apología de la lengua castellana, que como dócil paño se plegaba adecuadamente para conferir en élla las más arduas y abstrusas cuestiones, que una tradición inveterada había relegado al latín, por mostrar la excelencia, calidad y aptitud del castellano, prodigando con fastuosa esplendidez sus tesoros y recursos variadísimos. En este aspecto tiene indudablemente el gran escritor agustiniano un puesto de honor en nuestra literatura, como enriquecedor del idioma y explotador expertísimo de sus recursos y de su fertilidad; pero no es ese sólo su mérito, ni debe ser la razón única de su recuerdo en las letras españolas.

Además de un gran clásico, de un estilista de primera fuerza, de un gran moldeador del idioma, se nos revela en esta única producción suya de que tenemos noticia, y que es el único testimonio fehaciente de su personalidad literaria, como escriturario, teólogo, pensador, poeta, orador y erudito, aunque esto último lo fuera en aquel modo un poco hechizo y rutinario de los hombres de su siglo. Yo encuentro por otra parte en el Padre Malón de

Chaide el tipo de literato en quien se patentizan, como en fray Luis de León, las características del Renacimiento español, cargado de promesas, de ese innegable Renacimiento nuestro, un poco tardío, pero fecundo y próspero, ya que no se paraba sólo en las formas sino que calaba hasta el meollo mismo de las ideas, y que se encuentra con ímpetu más innovador realizado en los pensadores, filósofos y teólogos que en los literatos mismos. Basta observar cómo platoniza a cada momento y se deja llevar de la corriente, llena de humanidad y de gracia, de San Agustín, e influir por las evidentes reminiscencias de los platónicos italianos, a la vez que mira con hosca antipatía a Aristóteles, como se ve ya en las palabras del prólogo, en que dice que «Aristóteles escribió con tanta obscuridad como si no escribiera», para situarle en la corriente del Renacimiento español, que fué algo más que un eco tardío y débil del Renacimiento humanístico y filosófico italiano, que una posible promesa cortada en flor, como se obstinan en ver los que hablan de la siega prematura del pensamiento erasmiano en España, a pesar de que tuvo positivo influjo y dió de sí cuanto podía dar, no obstante las reservas y cortapisas que la ideología del momento reclamaba.

Empeñado el Padre Malón de Chaide en la tarea noble de dar empaque literario y elevar de rango al lenguaje popular, proscrito de las obras eruditas y de categoría filosófica, puso en esta empresa todo

el ímpetu de su convicción, como si él fuera el primero que se hubiese empeñado en semejante empresa, por más que ya corrían en romance y eran populares los libros del Beato Avila, del Beato Orozco, del Padre Vega, del Padre Estella y de fray Luis de León. La aparición de *La Magdalena* señala la fecha de la muerte del Padre Granada: toda su enorme obra anterior era ya popular; no se necesitaban por consiguiente tantas excusas ni era un deshonor escribir en romance libros de erudición y de pensamiento, pues ya existían brillantes apologías de la lengua castellana, aunque ninguna tan briosa y elocuente como la de Malón de Chaide, si se exceptúa la de fray Luis de León, y sólo parece haber tomado motivo para élla de la animadversión de algunos hoscos pedagogos y retardatarios summulistas, que no acertaban a desprenderse del lastre escolástico y del encasillado y formas medioevales. El ambiente y las exigencias eran ya otros; la lengua estaba en todo su esplendor; sus posibilidades se acrecentaban de continuo por el milagro y la gracia de las manos sabias que la moldeaban y que poseían el secreto de las nuevas formas. En pleno siglo XVI no podía ya resultar un atrevimiento escribir en romance, de ahí que el alegato elocuentísimo en favor de la lengua, que hoy constituye una página de antología, motivado más bien, como hemos indicado, por la hostil incomprensión de unos pocos, no puede aceptarse en todo su rigor y extensión; ni

sirve de índice para señalar una hostilidad cerrada contra la lengua, cuando ya eran celebradas y populares otras obras de orientación parecida. La lengua, como instrumento literario, estaba ya plenamente constituída, y la resistencia a su empleo, por parte de algunos rezagados, era más bien en los asuntos de Escritura, de predicación y exégesis, por creer que la lengua romance sólo se prestaba y era apta para escribir y fantasear poesías amorosas, invenciones novelescas y libros de caballerías.

Fray Luis de León declaraba que acometía una nueva empresa —como indica Bell (1)— al esforzarse por levantar el castellano del común abandono en que se le tenía, y se dolía ya, antes que Malón de Chaide, de «lo mal que usamos nuestra lengua no empleándola sino en cosa sin ser» (2); desde el principio se observa en él un propósito deliberado de parafrasear las citas de la Sagrada Escritura, haciendo resaltar su interés y belleza (3). Excluído el pueblo —continúa el autor citado— de la lectura de la Biblia, acudió a los libros de caballerías; fray Luis de León se propuso ofrecerle mejores páginas

(1) *Luis de León. Un estudio del Renacimiento español*, p. 44, ed. 1927, Barcelona.

(2) *De los Nombres de Cristo*, t. III, p. 7, ed. Onís, 1921.

(3) Un deseo por oponerse a los que tan mal veían que se trataran las cuestiones escriturarias y de asunto religioso en romance. «Agora se ha de estrechar más la licencia de imprimir libros en romance de cosas de la religión cristiana», escribía fray Francisco Sancho en 1571. Citado por Bell.

en lengua romance, persuadido de que las aceptaría bien (1), y a este fin escribió en su lengua, como lo habían hecho los griegos y romanos con las suyas, «con palabras llanísimas» (2).

Es curiosa la coincidencia en el razonamiento de los dos escritores agustinos para defender la lengua vernácula y declarar su dignidad para tratar en élla las más encumbradas cuestiones, humanas y divinas. «No sé otro romance del que me enseñaron mis amas»—dice hermosamente fray Luis de León (3). De donde resultó que un gran humanista fué el principal adalid en España de su idioma nativo, como en Italia lo fué Bembo, Du Bellay y Ronsard en Francia, Barros en Portugal, y More y Ascham en Inglaterra (4). La introducción a la primera parte de *Los Nombres de Cristo* es un clarín que convoca a todos los buenos ingenios a escribir en nuestra lengua para el uso común de todos, atacando como en un asedio la fortaleza del «mal uso» de los libros que andan en las manos del pueblo (5). «El mérito de su innovación consistió en que siendo él un gran teólogo no solamente escribía en ro-

(1) «Recibe bien todo lo que se le encomienda», «que no es dura ni pobre, como algunos dicen, sino de cera y abundante para los que la saben tratar». Pról. a las Poesías, ed. Merino, p. 4, 1816.

(2) *De los Nombres de Cristo*, t. I, p. 4, ed. cit.

(3) *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, vol. X, 365.

(4) Bell, ob. cit., págs. 44 y 45.

(5) *Nomb. de Cristo*, vol. I, págs. 12, 13 y 14.

mance, sino que invitaba con insistencia a los demás para que le secundaran. Claro es que no faltó quien impugnase la idea. Es curioso comparar las críticas de entonces, según las apuntan tanto fray Luis de León como Malón de Chaide, con un pasaje escrito por León de Castro treinta años antes (1). Por lo demás—prosigue acertadamente Bell—los libros de caballería continuaban en boga; a fines del siglo XVI vemos que aún los atacan Sigüenza y el agustino Malón de Chaide (2). Pero el llamamiento de fray Luis no repercutió en oídos sordos. ¡Con qué entusiasmo Cervantes que acababa de salir del cautiverio y luchaba por la gloria de escritor en Madrid, no leería las frases que llamaban a los *buenos ingenios al palenque!*» (3). Es preciso tener en cuenta estas indicaciones para comprender mejor el alcance de algunos pasajes del Padre Malón de Chaide; si hemos de creer las insistentes razones que él alega en el prólogo para demostrar su prio-

(1) «Bien veo lo que a muchos parescerá, al cabo de tantos años de estudio salir con un prólogo y en romance, pues escribirlo en latín en obra de romance no cuadraba; pero es tanta la deuda que yo debo al comendador Hernán Núñez, mi maestro, que todo lo que a mi honor tocaba pospuse. Lo cual todo visto por el lector cuerdo espero que a mí no me porná culpa de escribir en lengua vulgar». León de Castro en el prefacio a los *Refranes* de Hernán Núñez (1555), vol, I, (1804), págs. XXX-XXXI: citado por Bell.-Comp. *Nombres de Cristo*, vol. III, p. 6.

(2) Padre Sigüenza, *Historia de la orden de San Jerónimo*, vol. II, 393.

(3) Ob. cit., p. 46.

ridad en la defensa del castellano respecto de fray Luis, habrá que admitir que se trata sólo de coincidencias y razones motivadas por la extensión de un mismo mal, que dió ocasión a que dos grandes ingenios escribieran idénticas páginas elocuentísimas en loor de la lengua peninsular.

Tanto en este pasaje aludido como en la vehementísima y dura impugnación de los libros de caballerías y de las fábulas—como él las llama—de Garcilaso y de Boscán, y nótese que en éstos lo que impugnaba no era la forma literaria sino el contenido, no hay que perder de vista, para su justa valoración, que el Padre Malón de Chaide era un temperamento esencialmente oratorio, y si se toman en absoluto sus palabras, sin atender a las aportaciones comparativas de la literatura de entonces y a las circunstancias que las motivaron, para poder mejor comprender su sentido y amenguar de algún modo la gravedad que encierran ciertas afirmaciones, que pudieran parecer hiperbólicas, como aquellas en que hace la durísima crítica del desenfreno y disolución imperantes en la vida y costumbres, equivaldría a juzgar toda una época, por ejemplo, teniendo sólo presentes las tremendas recriminaciones de un Savonarola.

II

Los datos hasta ahora existentes acerca del Padre Malón de Chaide, bastan para dar en esquemática trabazón una síntesis de su vida, pero no para reconstruirla en toda su variedad anecdótica y ofrecer una semblanza ajustada del insigne agustino. Fechas sueltas que permiten seguirle y establecer la continuidad cronológica de su vida, en líneas generales, pero que dicen poco de su actividad oratoria y apostólica, de su vida recogida de estudio, de su participación en las tareas docentes y universitarias, del aspecto íntimo y de detalle que ameniza y presta jugo a la sequedad de las fechas biográficas.

Es incuestionable que nació en Cascante de Navarra (1), diócesis de Tarazona; en algunos autores (2) se da como fecha segura de su nacimiento la de 1530, pero carece de comprobación suficiente, ya que ninguno de los historiadores de la Orden de

---

(1) Vid. P. G. de Santiago Vela, *Ensayo de una Biblioteca Ibero-Americana de la Orden de San Agustín*. Vol. V, pág, 91. Madrid, 1920.

(2) Vid. Fitzmaurice-Kelly, Quintana y la mayor parte de los *Manuales* corrientes de Literatura Española.

San Agustín la concretan. La primera noticia que sirve para jalonar su biografía la tenemos en el dato de su profesión, 27 de octubre de 1597, en el celebérrimo convento agustiniano de Salamanca, que fué en el siglo de oro la casa matriz de tantos ingenios como dió a las letras la Orden Agustiniana: allí tuvo por maestros al Padre Guevara, renombrado en letras y santidad, y a fray Luis de León, por entonces en la época de su apogeo universitario, el cual había de abrir tan honda vena de influencia en los gustos y preferencias literarias de Malón de Chaide. De 1569 a 1572 le vemos residiendo en Burgos, ocupado en tareas docentes, y consta cómo fué nombrado para defender unas tesis *de Incarnatione*, en el capítulo de la Provincia de Castilla de 1572. «Estas conclusiones—dice el erudito Padre Santiago Vela—recuerdan un hecho luctuoso en la historia agustiniana: debían ser presididas por el Padre Alonso Gudiel, quien, al poner los pies en la capital castellana, adonde concurría para la celebración del Capítulo, fué preso por la Inquisición, y he ahí el motivo de llegar hasta nosotros la noticia de que el Padre Malón había de actuar en aquella función. Se creyó por los jueces inquisidores que habían sido compuestas por el infortunado catedrático de Osuna, y éste declaró que eran del Padre Malón, quien las defendería, presidiendo solamente el acto el Padre Gudiel, el cual murió en aquellas cárceles a los pocos meses de su ingreso,

víctima inocente de la pasióny de la ignorancia» (1).

En 1572 hizo el tránsito, sin que se especifiquen las causas, a la provincia de Aragón. El Padre Herrera (2) le menciona como catedrático en 1573, 1582 y 1588, y figura como tal en los *Registros Generalicios* de su Orden, pero sin precisar el lugar o centro de sus explicaciones. La fecha de 1588 tiene que estar confundida, pues en ese año se da como cierta y probada su residencia en Barcelona. El Padre Jordán, historiador de la orden, dice que desde 1575 a 1577 fué prior del convento de Zaragoza. El 1578 lo fué del de Huesca (3), y en 1580 se

(1) Ob. cit. pág. 92, vol. V.—Es interesante para penetrar en la intimidad de ese revuelto período de nuestra historia literaria, lo que el Padre Vela trae acerca del Padre Gudiel en el vol. III, págs. 308-364, de la mencionada obra.

(2) P. Vela, Ob. cit. pág. 92. Véase lo que el P. Herrera trae en su *Historia del Convento de Salamanca* y el *Alphabetum Augustinianum in que Præclara Erimitici Ordinis germina, virorunque et fœminarum domicilia recesentur*. Puede leerse con provecho, por las referencias que trae, el excelente trabajo de don Ricardo del Arco, *El Padre Malón de Chaide. Nuevos datos para su biografía*, publicado en *Estudio*, 1919, pág. 342. Barcelona.

(3) Francisco Diego de Ayusa, escribió en *Fundación, excelencias, grandezas y cosas memorables de la antiquísima ciudad de Huesca*, publicada en la misma ciudad en 1619, pág. 574, tratando del convento de Agustinos, «que el Maestro fray Pedro Malón fué prior y leyó la cátedra de Escritura algunos años». «Ha sido siempre este convento—agrega—escuela de sus Religiosos, porque continuamente se leen Artes y Teología, de donde nacen buenos sujetos; y a esa ocasión de que se fundó esta casa, los ha tenido lucidos, que con sus letras, leyendo en la Universidad y predicando algunas cuaresmas en esta Catedral, han ilustrado mucho la ciudad y con su ejem-

le menciona ya en las actas de Universidad (1): el 17 de abril del mismo año se le fijaron los puntos de su explicación que había de ser acerca de *Maestro de las sentencias* (2). La Cátedra debió de ser de Escritura, como se deduce de un testimonio de Ayusa y de lo que el mismo Malón dice en la dedicatoria de *La Magdalena:* «y habiendo tenido por tiempo de algunos años tan continuos ejercicios, así de lectura de la Sagrada Escritura en diversas universidades como de sermones en muchos púlpitos, y por la misericordia de Dios, con algún aplauso y acepción.» También se sabe que la cátedra no fué de oposición sino de *conducta,* como entonces se decía, ya que, leída una lección, *ipso facto* quedaba nombrado catedrático.

No se sabe donde se graduó en Teología y Artes; lo más posible es que fuera por la Universidad de Salamanca; se ha indicado también que por la de Huesca pero no consta. En 1580 era consejero asistente por esta Universidad (3), como se prueba por las actas de la misma, cargo que ejercían todos los maestros graduados en Huesca o incorporados a élla, que era el caso del Padre Malón. En

---

plo y virtud han ayudado al aumento del culto divino y reformación de las costumbres».

(1) «A fray Malón determinaron que ante todas cosas lea conforme a Estatuto». R. del Arco, *Memorias de la Universidad de Zaragoza,* vol. II. pág. 89. Zaragoza 1916.

(2) R. del Arco, artículo citado, en *Estudio.*

(3) R. del Arco, *Memorias etc.*

Huesca se graduó de licenciado en Teología (1) y se doctoró, como se afirma en los registros del derecho de arca, y se deduce de que en 1582 fuera nombrado contador, cargo que sólo podían ejercer los doctores (2). En 1582 fué laureado con el título de maestro de la orden, y, siendo definidor de la provincia, fué elegido el 23 de octubre de 1583 catedrático de Estudio de la Universidad de Zaragoza, según el testimonio aducido por Inocencio Camón y Tramullas y los datos que trae J. M. Hidalgo en un estudio acerca de *Simón Abril* (3).

En 1585 vemos al Padre Malón de Chaide interviniendo en la fundación del covento de Nuestra Señora de Loreto, en Huesca, y esta fecha ha desorientado a los historiadores, por creer que forzosamente tenía que residir en Huesca y no en Zaragoza, siendo así que lo que se afirma es que el Pa-

(1) El 14 de abril de 1581 *fuit propositum* que el Padre Malón Bachiller en Teología, desea graduarse de Licenciado en Teología. En el libro de Tesorería de la Universidad, al registrar los derechos del arca por este grado se lee textualmente: «En 25 de abril (de 1581) recibí del Síndico por el Licenciamiento del Padre Pedro Malón, en Teología, y doctorado del mesmo, por el derecho del arca metad del Canceller y dos dispensas, una de las públicas y otra de un año de lectura, dozientos y catorze (sueldos), digo 10 libras y 14 sueldos». R. del Arco, *Memorias,* II, pág. 347.

(2) El grado de *doctor* del Padre Malón consta por el testimonio anterior, por el sueldo que percibia y por el cargo de contador, exclusivo de los doctores. Así lo afirma José Sanz Larrea en un *Libro Manual o lucero literario*, publicado en 1789.

(3) Publicado en *Archivo Agustiniano*, vol. XIX, pág. 237 y siguientes.

dre Malón fué comisionado con otros padres (1) para presentarse al doctor Carlos Muñoz, más tarde visitador oscense y obispo de Barbastro. Ahora bien, según los datos recogidos por don Ricardo del Arco (2), consta que el doctor Muñoz residía a la sazón en Zaragoza y allí se presentó el Padre Malón de Chaide con las letras pontificias, tomando días después posesión del convento de Loreto. Esta circunstancia desorientó al Padre Santiago Vela, que, fiado del testimonio del Padre Macipe (3), no ve probable la estancia del Padre Malón por aquel entonces en Zaragoza.

En 1586, según el Padre Jordán, fué nombrado prior del convento de Barcelona, muriendo en ese mismo convento en 1589, un año después de publicado el libro sobre el que se había de asentar su fama.

De algunas circunstancias de sus estudios y de su persona nos da noticia el mismo Malón de Chaide en la dedicatoria de su obra. De hechos anecdóticos

(1) «Después de todo lo dicho, en 3 días del mes de enero de 1585, el Padre Maestro fray Malón compareció ante la persona del Doctor Carlos Muñoz», etc. Padre Macipe, *Libro de la antigüedad de N. Senora del Oreto (sic) la Real de Huesca y de otras cosas pertenecientes a la hacienda.* 1615.

(2) *Estudio*, pág. 344 y siguientes.

(3) «Estando celebrando Felipe II Cortes en Monzón el año 1585 mandó hacer una montea del edificio y la dió al Padre Pedro Malón». Padre Macipe, Ob. cit. «Todas estas circunstancias parece que no son para favorecer la estancia del Padre Malón en Zaragoza». Padre Santiago Vela, Ob. cit., vol. V, pág. 93.

y de casos concretos del desempeño de sus funciones apenas si traen alguna referencia los biógrafos que, copiándose unos a otros, sólo insisten en prodigarle los calificativos de altísimo poeta, egregio teólogo y predicador de gran lustre y renombre (1).

Ahora bien, dónde y cuándo escribió el Padre Malón su famoso libro. Por las palabras del mismo autor, sobre las cuales llamó la atención Usoz en un ejemplar existente en la Biblioteca Nacional, se deduce que en Huesca, por lo menos la parte a que este pasaje se refiere: «¿Quién hizo—dice—a nuestro bravo y cortés español San Lorenzo, en cuya vigilia y en cuya ciudad yo escribo agora estas palabras...?» Claro es que de este pasaje no podría deducirse que toda la obra se hubiera escrito en Huesca; pero existen otros datos, agudamente confrontados por Ricardo del Arco (2), para precisar las fechas entre las cuales corre la composición

(1) «Fué hombre mui erudito. Doctor en Sagrada Theología, i Cathedrático de esta facultad en las Uuiversidades de Huesca i Zaragoza. Fué uno de los Reformadores de la Provincia de Aragón, donde le hallo Prior del Convento de Zaragoza, i el año 1583 Deffinidor de la Provincia. De este Doctísimo Maestro hace mención el erudito don Nicolás Antonio en su Bibliotheca (tom. 2, pág. 169), y entre otras cosas dice: *que fué mui elegante, i docto en lo que escribió, ya en prosa, ya en verso.* Señala este tratado suyo: *De la conversión de la Magdalena, i sus tres estados: de pecadora, penitente i en gracia*, impresso tres veces hasta su tiempo en Alcalá, año de 1596 i 1603, i en Barcelona, año de 1588. Cita también otro tratado *De San Pedro Apóstol*». Padre Manuel Vidal, *Agustinos de Salamanca,* vol. I, pág. 227. ed. 1751.

(2) Art. cit.

de tan celebrada obra. Lo más seguro es que lo fuera entre 1578 y 1583, es decir, el tiempo que duró la estancia del Padre Malón en Huesca. Que no la pudo escribir antes se colige, porque antes del 1577 aún no era monja doña Beatriz Cerdán de Heredia, que es a quien va dedicada la obra, y cuyo ingreso en el monasterio de Casbas coincide con la ida del Padre Malón a Huesca; luego si aún no era religiosa mal podía dedicarla la obra que intentaba escribir, según él anuncia en la dedicatoria. Esta fecha nos da, por lo tanto, el punto de partida (1).

En el prólogo, escrito con posterioridad a la obra, dice el autor: «Así yo, temiendo esto que digo, había dejado a un rincón estos papeles, que de la gloriosa Magdalena había escrito a petición de una señora religiosa; y como cosa digna de olvido se han dormido muchos años en mi escritorio, sin hacer de ellos otra cuenta que la que se suele hacer de casos perdidos». Cuántos fueron los años que el autor tuvo encerrada su obra, no puede precisarse con exactitud; sin embargo, la alusión que hace en el mismo prólogo a *Los nombres de Cristo* nos da la clave para determinar las fechas entre las cuales tuvo que componerse la obra. «Como después—dice—por las razones que he dicho, lo dejase todo a un rin-

(1) Veánse más detalles en las obras indicadas de D. R. del Arco, quien, es de justicia decirlo, es el primero que ha hecho delicadamente esta confrontación de fechas y pasajes que yo he tenido presente.

cón, y se han pasado algunos años, he visto que en un librito, impreso de tres años, y aun de menos a esta parte, puesto por un muy curioso y levantado estilo... y que en aquel libro está el adorno que los celosos del lenguaje español pueden desear (*El libro de los nombres de Cristo*, del Padre maestro fray Luis de León de quien digo), habiéndole sucedido con él y su divulgación lo que a mí con éste antes de publicarle, tuvo necesidad antes de publicarle de oponerse a la afrenta y sin justicia que a la lengua se hacía; y así, constreñido de este agravio, añadió otro tercero libro a los dos que había impreso, en cuyo principio hallé casi las mismas palabras que muchos años antes yo había escrito a ese mismo propósito». Cuando escribía el prólogo, pues, hacía tres años y aun menos que fray Luis había publicado *Los Nombres de Cristo;* la primera edición de *Los Nombres* se publicó en 1583, y la segunda, a cuya introducción del tercer libro también hace alusión en el mencionado prólogo, en 1585; ese prólogo, por lo tanto, tuvo que ser compuesto en 1586, y los muchos años antes que él había escrito, casi con las mismas palabras de fray Luis, la vindicación de la lengua, tenían por fuerza que ser los seis años, a lo sumo, de su estancia en Huesca. Parecerá ésta una cuestión baladí; pero ya que el autor se muestra tan celoso por vindicar su prioridad en la defensa del idioma patrio, bueno será dejar consignadas estas fechas para evitar la sospecha

de un plagio y para demostrar cómo la existencia de un mismo mal llevó a los dos insignes varones a idénticos razonamientos y conclusiones, para formular independientemente dos de las más bellas apologías que se hayan escrito nunca de la lengua vernácula y tradicional, como antes de los dos la había ya hecho elocuentemente el Beato Alonso de Orozco en su obra de las *Siete palabras de la Virgen Santísima* (1556).

III

En el extenso prólogo de *La Magdalena* expone el autor concretamente el contenido y división de su obra, y su propósito al escribir la brillante exposición sobre la cual se había de cimentar duraderamente su fama y nombre de escritor. La obra lleva cuatro dedicatorias a doña Beatriz de Cerdán, y en éllas manifiesta la profunda gratitud y deuda en que estaba con la referida religiosa, la cual, probablemente, como insinúa R. del Arco (1), debió de servirle no poco, por mediación de su hermano, que a la sazón era gobernador de Zaragoza, cuando Felipe II celebró Cortes en Monzón el año de 1585.

Constantemente se ha venido repitiendo que *La Conversión de la Magdalena* es una brillante paráfrasis del Evangelio de la fiesta de la santa, un libro en que las frondosidades literarias y los arreos y galas del estilo recubren y sofocan el contenido ascético y piadoso del mismo; pero una lectura más detenida de este gran libro clásico patentiza que es obra de teólogo, de filósofo, de poeta, de orador,

(1) Art. cit., al fin.

de exégeta y de literato a la vez. De ahí la riqueza de contenido de este libro, tan original y tan extraño, dentro de las corrientes de la literatura mística, por la dificultad de clasificarle, en que el literato y el pensador derrocharon a manos llenas galas e ingenio. El orador de altos vuelos y arranques patéticos cede el lugar, a veces, al expositor homilético; pero no es la forma lisa y llana la que mejor se aviene al temperamento arrebatado y a la lírica exaltación del autor que, aun cuando toca las más arduas cuestiones teológicas, rehuye la forma esquemática y silogística de escuela, sin que por eso sus razonamientos pierdan en vigor y contundencia.

Las elevadas cuestiones de la predestinación y de la gracia, del ejercicio de la libertad en función de la misma, del concurso divino y de la cooperación del hombre a la gracia las acomete a fondo, por ejemplo, en la parte tercera, capítulo II y siguientes, haciendo una exposición dramática de los profundos misterios de la Sabiduría divina. El mismo se plantea las tremendas objeciones que salen al paso y sutiliza de una manera maravillosa; bucea como experto teólogo que tiene habituada la pupila a las grandes profundidades, en los abismos de la predestinación y de la gracia, acudiendo cuando la razón humana flaquea, como supremo recurso, a San Pablo y a San Agustín, para confirmarse más en la efectividad y realidad de los fenómenos sobrenaturales cuya eficacia inmediata experimenta-

mos, pero cuya explicación y penetración abruma y sobrepuja todo entender. No oculta su poca simpatía por Aristóteles, pues no en vano soplaban aires renacentistas y el humanismo había dejado su profunda huella en los espíritus; sin embargo, sus ideas filosóficas, bien cimentadas y seguras, no trascienden de las tradicionalmente admitidas por el escolasticismo, de la materia y forma, del entendimiento *tanquam tabula rasa*, en espera a que el mundo exterior se le entre por las ventanas de los sentidos, de la teoría escolástica del conocimiento, de la doctrina acerca del acto y potencia, de tan claro abolengo aristotélico, del entendimiento agente y posible, de la división de las virtudes, etc. Lo que en este aspecto tiene de nuevo es el elemento literario: hasta Malón de Chaide, si se exceptúa a fray Luis de León, no se habían tratado literariamente estas doctrinas, apresadas en fórmulas escolásticas y sólo asequibles a los iniciados en las cuestiones de escuela. Se manifiesta profundamente platónico, pero al través de Plotino y de San Agustín, no en la teoría de las ideas, pues en este punto no olvidó nunca sus reminiscencias escolásticas, sino en la teoría del bien, de la belleza y del amor. En la exposición del tema de la belleza no sólo no superó, sino que no hizo más que traducir como tantos otros, el Padre Granada, por ejemplo (1), las eleva-

(1) P. Marcelino Gutiérrez, *Fray Luis de León y la Filosofía del siglo XVI*, págs. 113-14, Madrid, 1891.

dísimas disquisiciones platónicas; al través de estas páginas resuena constantemente la voz imperatoria y solemne del fundador de la Academia, entonces actualizado por Marsilio Ficino: bastaría una somera confrontación entre algunos pasajes del Padre Malón y de Marsilio Ficino para apreciar las coincidencias (1). El valor de las páginas del autor sobre este punto está en la elocuencia patética, en la elegancia y esplendidez de la exposición, en la agudeza y finura con que ahonda en el análisis de la concepción estética de la hermosura, de la bondad y del amor. Muchos de los párrafos mas brillantes puede decirse que son comentario y amplificación magnífica de los más elevados conceptos del *Simposio*, de las *Eneadas*, del *Fedro* y del falso Dionisio (2). «Malón de Chaide—dice Menéndez Pelayo—admitiendo las ideas, rechaza los sueños de aquellos primeros platónicos, que las imaginaban distintas y separadas, o contenidas en el alma del mundo y, por el contrario, se declara neo-platónico y secuaz de Plotino, que *dijo divinamente* que las ideas están en el mismo Dios, y *de él lo tomó mi padre San Agustín*, y *de San Agustín los teólogos*» (3).

La más somera lectura hace ver desde luego que

(1) En la obra del Padre Gutiérrez puede verse un cotejo entre algunos pasajes de M. Ficino, *Sopra lo amore o ver'convito di Platone*, oraz. I, pág. 16. Firenze MDXLIV, y *La Conversión* del Padre M. de Chaide.

(2) M. Pelayo, *Ideas Estéticas*, vol. II, pág. 147.

(3) M. Pelayo, *Ideas Estéticas*, vol. II, pág. 148.

mucho más que por Platón se muestra influído por San Agustín, a quien acude constantemente para afirmarse en los más intrincados problemas y situaciones: si cuando teoriza del amor metafísico es de entronque evidentemente platónico, cuando trata del amor, como resorte dinámico de la acción, como algo vital que potencia todo ser, se descubre su raíz profundamente agustiniana, pues todos sus razonamientos puede decirse que no son más que el comentario magnífico y amplificado del famoso texto de San Agustín «amor meus, podus meum», es decir, del amor que condiciona y arrastra con soberana eficacia todo el peso de la vida y coordina todas las funciones y movimientos más entrañables del ser, como ley universal que es de toda naturaleza, sometida a una tendencia, a un fin que la solicita con fuerza incoercible, que no es otra cosa que su bien; el amor para él, lo mismo que para San Agustín, es la gravitación del amante hacia el amado; y, por maravillosa manera, siempre que el amor es verdadero se traduce en donación, en dádiva, que es como el símbolo, la cristalización externa del amor; y así, en su expresión más alta, la dádiva no es más que el mismo amante que se entrega al amado. El verbo cálido y elocuentísimo de San Agustín tiene una constante resonancia patética en las elocuentes páginas de la clásica obra del Padre Malón de Chaide.

Como excelente exégeta se muestra el autor en

diversos pasajes de *La Conversión;* bastaría leer las páginas del primer parágrafo de la tercera parte, en que discute y comenta los textos referentes a la descendencia y linaje de Jesucristo, para ver el dominio, el ingenio y seguridad con que se desenvuelve en la glosa y comentario de los pasajes bíblicos.

IV

Pero sobre todas estas condiciones campea su enorme temperamento de estilista y de poeta. Apenas puede señalarse una página en que no se haga manifiesto el motivo intencional del autor por demostrar la superioridad del castellano para tratar en él los asuntos más sublimes, sin menoscabo ni inferiorización de los mismos, como absurda y rutinariamente se había venido creyendo por los rezagados partidistas del latín; antes bien, utiliza todo el caudal lingüístico, toda la gama espléndida de colores y matices, toda la opulenta riqueza de bellas formas, de giros y locuciones del idioma popular, que no cedía a ningún otro en flexibilidad, en elegancia, armonía y copia, para expresar los más diversos estados del espíritu y las concepciones más peregrinas del ingenio. No quiere esto decir que el propósito de demostrar la eficacia y riqueza de la lengua reste valor a la lógica vigorosa y admirable con que expone los más elevados conceptos evangélicos, ni fuerza de raciocinio al apretado contenido ideológico de esta obra clásica, aunque, a veces, las galas, la pompa oriental de la forma ofusquen y deslum-

bren al lector, perturbándole el reposado goce, el sereno deleite del pensamiento dichoso y fluente.

Tuvo para esto el autor el acierto feliz de escoger uno de los asuntos más dramáticos y conmovedores que nos brinda el texto evangélico; y de verdadero poema dramático podría calificarse este bellísimo libro, que resulta inclasificable dentro de nuestra literatura ascético-mística, porque en él han colaborado igualmente el orador, el poeta, el pensador y el estilista. «Una mujer de rara hermosura como Magdalena—dice el autor anónimo de la *Biblioteca de Autores Españoles*—que, después de haber agotado las más impuras copas del deleite, trocó el amor humano por el divino, y no se cansó de verter lágrimas con que borrar sus manchas, había de dar fácilmente ocasión para largas y pomposas descripciones, a contrastes de afectos, a figuras atrevidas, a observaciones tranquilas y ataques violentos, a una diversidad de sensaciones y afectos capaz de revelar en toda su extensión la flexibilidad de una lengua que, aunque no muy cultivada, se sentía ya con fuerzas para seguir en todas sus ondulaciones la razón y el entendimiento. Tomóla Malón por fondo de su libro, siguióla en sus tres estados de pecadora, conversa y santa, y dejó, como tal vez deseaba, un verdadero monumento literario» (1).

Así es, en efecto. Dotado de brillantísima imagi-

(1) *Biblioteca de Autores Españoles*, tom. XXVII, p. XIX.

nación, de temperamento arrebatado y de vigoroso temple de orador, recorre todas las gradaciones del estilo, desde el más patético y viril hasta el más tierno y delicado; no rehuye término alguno de expresión, figuras retóricas, contrastes de lenguaje, recursos literarios, ni galas en el decir, que no utilice para dar calor y movimiento al relato, para expresar el desbordado entusiasmo, la torrencial afluencia de afectos y consideraciones, el afervorado vuelo del espíritu, en que apenas cabe superarle, en algunos momentos de acierto definitivo, como cuando hace la apología de los ojos y de las lágrimas, y describe la hermosura del bien y de la virtud o pinta con vivísimos colores, con pincel inagotable, las costumbres, recursos, afeites, engaños y artificios de las mujeres, que tan tremendas catilinarias han inspirado siempre a predicadores y tratadistas ascéticos y profanos, y que hacen pensar que lo que se ha llamado modas y extravíos femeninos son cosa de siempre, que va como inherente y vinculada a la especie. Sorprende la facilidad con que recorre todos los tonos; el ímpetu, la fastuosidad, la abundancia de las ideas que saltan, se precipitan y arrebatan al lector, como en un torbellino incesante. Bastaría señalar con un guión algunos pasajes elocuentísimos y movidos, para quedar reducidos a verdaderas y patéticas escenas dramáticas representables. «Afirma, interroga, niega, pasa de la gravedad a la ironía, apela hasta el sarcasmo. Coge el objeto de

sus iras y lo estruja entre sus manos. Es incisivo, es mordaz, es implacable cuando se propone hacer estremecer a los que a sus ojos gimen en la esclavitud del vicio; tanto que algunas veces, olvidándose del tono en que escribe y de la naturaleza del libro, no sólo los acomete con un ardor exagerado, los desprecia» (1).

Es cierto que desciende a puerilidades, a metafisiquerías, a difusiones nimias, y que se encuentran en él rasgos de mal gusto y términos y expresiones, imágenes e hipérboles que hieren desagradablemente la sensibilidad del lector; pero, en cambio, puede decirse que el tono general del libro es de un empaque y de una majestad y nobleza auténticamente clásicos y del mejor metal literario. Sabe realzar los pensamientos más comunes y dar calor y viveza a los más abstractos conceptos; salpica el relato de frases nuevas, de términos y expresiones de honda raíz popular, de imágenes incontaminadas, de nuevo cuño, de metáforas animadas y brillantísimas; florea el estilo con fastuosa opulencia de príncipe del idioma, y prodiga con mano de orífice las bellezas inagotables que le proporciona la riquísima cantera del lenguaje castellano, de las que se apodera su exuberante imaginación de poeta, para componer cuadros plásticos de tono y colorido

(1) Aunque algo exagerado tiene su dosis de exactitud este juicio del prologuista del volumen citado de la *Biblioteca de Autores Españoles*, p. XX.

insuperables, agua-fuertes magníficos que fijan la excelencia de las palabras, fragmentos polifónicos en que el idioma vibra y canta y estalla con el regocijo triunfal y la sonoridad múltiple de un coro de campanas pascuales. «¿A qué rebelarnos—dice Menéndez Pelayo—contra las enseñanzas de la forastera de Mantinea, si en el siglo XVI no había alma piadosa de la cual no fuese admiración y regalo? Buen testimonio nos da de ello el florido y lozano autor de *La Conversión de la Magdalena,* libro el más brillante, compuesto y arreado, el más alegre y pintoresco de nuestra literatura devota; libro que es todo colores vivos y pompas orientales, halago perdurable para los ojos» (1).

Si no tiene la armonía, la *sophrosine*, la honda vibración interior de fray Luis de León, ni la cálida intimidad sobrenatural de San Juan de la Cruz, ni la efusiva cordialidad, la gracia encantadora de Santa Teresa, ni la arrebatada elocuencia y poderosa inspiración del Padre Granada, en sus momentos felices de acierto y de inspiración les supera a todos éllos en el manejo y gallardía de la frase, en la pompa y majestuoso andar de las cláusulas, en la exaltación lírica de la forma y en el logro de maravillosos efectos estéticos, que podrán parecer, a veces, excesivamente retóricos, pero que denotan

(1) M. Pelayo, *Ideas Estéticas*, vol. II, pág. 146. Es el pasaje siempre citado por cuantos hablan de Malón de Chaide.

siempre un ingenio poderoso, un temperamento artístico de primer orden (1).

Todo el libro de *La Conversión* es una demostración palpable del temperamento poético del Padre Malón de Chaide; si así no fuera bastarían para comprobarlo las bellas composiciones que intercala en el texto de la obra, para desempalagar, según dice él, el gusto de los lectores. Pocas son éstas en número, pero las suficientes para colocarle entre los buenos poetas castellanos; más que a fray Luis de León, por el fondo, se acerca a la manera símbolica, a la alegoría parafraseada de San Juan de la Cruz, aun cuando se le considere tradicionalmente como un auténtico discípulo del primero. Bastante antes de que el Padre Malón de Chaide pudiera componer sus versos, paráfrasis y traducciones, eran ya populares y corrían de mano en mano, unas manuscritas y otras impresas, muchas de las poesías incomparables del Maestro León, que indudablemente conocería su discípulo, quien, si le imita, no logra dar la nota de sobriedad, de inspiración y de maravillosa verdad poética, que define y hace única la obra de fray Luis. Malón es mas difuso, más ampuloso, más bri-

(1) «Considerado en su totalidad y mirado como una exhortación a la vida religiosa, el libro de *La Conversión de la Magdalena* está escrito con tal abundancia de estilo, que desde su primera publicación fué muy leído, y en tiempos posteriores no ha cesado de imprimirse y admirarse». Ticknor, *Historia de la Literatura Española*, vol. III, págs. 418-420. Madrid, 1851.

llante quizá que fray Luis, pero menos sincero, menos concentrado, menos artista que él en el manejo del verso y menos poeta por la honda vena lírica, que remoza perennemente los versos del cantor de *La Noche Serena*. El cántico «¡Oyeme, dulce Esposo!», que entusiasmaba a Fitzmaurice-Kelly (1), es un acierto definitivo de poeta, que bastaría para cimentar su nombre, entre los grandes poetas del siglo de oro. «Poco después de *Los Nombres de Cristo*—escribe el Padre Muiños (2)—salía a luz el *Libro de la Magdalena*, verdadero poema por la gallardía y esplendidez de su estilo oriental, y que por los versos que encierra, da altísima idea del mérito que como poeta alcanzaba su autor, digno de figurar como poeta, no a la altura, pero sí al lado de fray Luis de León, a quien acaso supera en imaginación, aunque le sea inferior en sentimiento».

Para terminar estas indicaciones acerca de Malón de Chaide quiero hacer mías las palabras del gran hispanista alemán, Ludwig Pfandl, cuando escribe, que aun cuando la exposición de Malón de Chaide, logra muchas veces dar la nota mística, es, sin embargo, más bien una paráfrasis sintética de realidades y fenómenos místicos, que traducción de propias experiencias interiores, hecha con extra-

(1) Fitzmaurice-Kelly, *Historia de Literatura Española*, pág. 278.
(2) *Influencia de los Agustinos en la poesía castellana; La Ciudad de Dios*, vol. XVII, pág. 229.

ordinaria sensibilidad y dominio de la materia. (1).

«Es de notar—dice Lasso de la Vega en un notable estudio acerca de Malón de Chaide—una circunstancia que acentúa sobremanera la severidad de conciencia del autor. Ningún escritor sagrado se encuentra en su época más intolerante, al expresar con la mayor energía su censura contra los libros profanos, que consideraba peligrosos. Su excesivo celo y sus escrúpulos en este sentido, le hacían colocar en el mismo grado de riesgo para la moral y las costumbres los libros de caballerías, que los dulces y bucólicos versos de Garcilaso. Tal rigor es exagerado sin duda, pues nada tienen las inspiraciones de este príncipe de la poesía que parezca ser dañoso, y en nada pueden compararse con los monstruosos absurdos de que, en efecto, están llenas aquellas monstruosas narraciones, tan propagadas en cierto tiempo» (2). Es cierto que contrasta su duro juicio acerca de Garcilaso y de Boscán, al lado de aquella justa y hermosísima defensa del habla española, en la que se adelantó, si hemos de creer sus palabras, al propio fray Luis; pero no hay que perder de vista que el reprensor de las costumbres habla de muy distinta manera que el literato y

(1) *Spanische National-Literatur in ihrer Blütezeit*, pág. 171.—Freiburg 1929. Me complazco en citar aquí esta magnífica obra, verdadera síntesis de la literatura del sigo de oro, hecha sistemáticamente y con excelente criterio.

(2) *Fray Pedro Malón de Chaide. Su influencia en los adelantos del lenguaje castellano*. *La Ciudad de Dios*, vol. XIX, pág. 386.

ve las cosas desde otro punto de mira, y lo que a nuestra sensibilidad moderna parece inocuo, no podemos calcular el efecto moral que produciría en hombres de otra época, de otra condición y de otras costumbres.

V

El mismo autor hace referencia de otros libros suyos en el texto de *La Magdalena*, de cuyo paradero no se tiene la menor noticia, aunque es muy verosímil la insinuación que acerca de los mismos hace el Padre Santiago Vela. *El Tratado de San Pedro y de San Juan* lo tenía ya escrito cuando estaba componiendo el de *La Conversión*, según lo afirma en aquellas palabras: «tuve intención de imprimir junto con este otro que tengo hecho de San Pedro y de San Juan, que, aunque es menor, no es menos dulce...» ¿Qué ha sido de este tratado? El Padre Vela cree, con fundada sospecha, que «no solamente *no se sepultó con el cuerpo del autor*, sino que se imprimió pocos años después de su muerte y es el que, a nombre del Padre Jerónimo de Saona, salió de las prensas de la capital catalana con la portada siguiente: DISCURSOS | PREDICABLES | LITERALES Y MORALES | DE LA SAGRADASCRIPTURA | Y QVESTIONESPOSITIVAS, Y ESCOLÁSTICAS | SOBRE QUAL FUÉ MAS AMADO DEL SEÑOR, SANT PEDRO, O | SANT IOAN EUANGELISTA | » (1). Comparados, efectivamente, el

(1) *Ensayo* etc., vol. V, pág. 104.

estilo, la arquitectura de la obra, el plan y método de desarrollar el tema, salta en seguida el recuerdo de Malón de Chaide y la inevitable sospecha de que allí están los trazos auténticos que caracterizan su obra de *La Magdalena*. Del *Libro de Todos los Santos* habla el autor en dos pasajes: «pero de las penas del infierno—dice—y a su tiempo, en el *Libro de Todos los Santos* que saldrá tras deste, digo harto» (1).—«Y yo lo he explicado en el *Libro de Todos los Santos*» (2).

Es significativo que, muerto Malón de Chaide, no vuelva a tenerse referencia alguna de estas obras que con tan señalado afecto miraba su autor, y, sin embargo, al poco tiempo, en la misma ciudad, Barcelona 1598, y por un religioso del mismo convento en que murió Malón, se publiquen la obra anteriormente citada y la que lleva el rótulo HYERARCHIA CELESTIAL Y TERRENA, «que pudiera creerse ser del Padre Malón, pues en él se sigue el mismo método del anterior y de *La Conversión de la Magdalena*, entreverando la prosa con composiciones poéticas, versiones parafrásticas de los himnos de la Iglesia en el común de los santos, de algunos salmos, etc. En los preliminares nada vemos que confirme nuestra creencia; el Pabre Saona se declara autor de la obra, y los aprobantes y las autoridades que conceden la impresión a él se la

(1) Part. I. parág. XXXIX.
(2) Ib. parág. VIII.

atribuyen; pero quédannos ciertas sospechas de que el libro compuesto por el Padre Malón sirviera, como el anterior, para la HYERARCHIA CELESTIAL» (1). Hasta qué punto utilizó el Padre Saona los originales de Malón de Chaide, si los reprodujo exactamente o los modificó en parte, es asunto que requiere un prolijo examen de comparación y de cotejo, mientras no parezcan los manuscritos del clásico escritor, que supo asegurar la fama de su nombre con el aureo libro de *La Conversión de la Magdalena*.

* * *

Para la presente edición me he servido de la *princeps*, impresa en Barcelona en 1588. De ésta existen tres ejemplares en la Biblioteca Nacional. Hay también referencias de las siguientes ediciones:

Alcalá, 1590. Citada por el Padre Ossinger.

Alcalá, 1592. B. Nacional. Es la citada en primer lugar por Ticknor, que la anota como primera edición, lo mismo que hicieron erróneamente Capmany y Ochoa, y han repetido la mayor parte de los manuales de literatura.

Alcalá, 1593. B. Nacional. Es la que citan Catalina García, Tamayo de Vargas y Gallardo.

Alcalá, 1596. B. de San Isidro. Cítanla Nicolás Antonio y Ticknor.

(1) Padre Vela, *Ensayo* etc., vol. V, págs. 105-106.

Madrid, 1598. B. Nacional. Pérez Pastor la considera equivocadamente como tercera edición.

Barcelona, 1598. Se da como dudosa, según Salvá.

Alcalá, 1598. No se apoya más que en el testimonio, poco fiel, de Capmany y Ochoa.

Valencia, 1600. B. Nacional.

Alcalá, 1602. B. Nacional. Posiblemente perteneció a Usoz.

Alcalá, 1603. B. de San Isidro. La citan Ticknor, Ochoa y Catalina García.

Madrid, 1604. La menciona Pérez Pastor, y es la que Ticknor cita como de 1704.

Valencia, 1794. B. Menéndez Pelayo. Es la que el gran maestro cita en *Ideas Estéticas*.

París, 1847. Es la incompleta e incorrecta de Ochoa en *Colección de los mejores autores españoles*.

Madrid, 1843. Tomo XXVII de la *Biblioteca de Autores Españoles*.

Barcelona, 1881. Es la edición más incorrecta, infiel y absurda que se ha hecho de la obra de Malón, al través de la cual es imposible reconocer el texto original.

P. Félix García (agustino).

BIBLIOGRAFÍA

Herrera (Padre Tomás, O. S. A.), *Alphabetum Agustinianum*, 2 vols., 1644.

Vidal (Padre Manuel, O. S. A.), *Agustinos de Salamanca*, 2 vols., ed. 1751.

Macipe (Padre Juan, O. S. A.), *Historia del origen de la Virgen de Loreto*. MS.

Antonio (Nicolás), *Bibliotheca Hispana Nova*. Madrid, 1783-1788.

Ossinger, O. S. A., *Bibliotheca Augustiniana*, 1768.

Gallardo (Bartolomé José), *Ensayo de una Biblioteca Española de libros raros y curiosos*. Madrid, 1865-1889.

Morel-Fatio (M. Alfred), *Bibliothèque National a Paris. Catalogue des manuscrits spagnols et de manuscrits portugais*. París, 1892.

Capmany, *Teatro histórico-crítico de la elocuencia española*, tom. III, 1786-94.

Quintana (Manuel José), *Colección de poesías castellanas*. Madrid, 1807-1830.

Ticknor, *Historia de la literatura española*, tom. III.

Biblioteca de Autores Españoles, tom. XXVI.

Fitzmaurice-Kelly, *Historia de la literatura española*. Madrid, 1914.

Padre Mir y Noguera, *Rebusco de voces castizas.* Madrid, 1907.

Lasso de la Vega (Angel), *Influencia de los Agustinos en la literatura española.* En *La Ciudad de Dios*, vol. IX.

Muiños (Padre Conrado), *Influencia de los Agustinos en la poesía castellana.* En *La Ciudad de Dios*, volumen XVII.

Pidal (Pedro J.), *Estudios literarios*, vol. II.

Arco (Ricardo del), *El Padre Malón de Chaide. Nuevos datos para su biografía.* «Estudio». Barcelona, 1919.

Santiago Vela (Padre Gregorio de), *Ensayo de una bibl. de la O. de San Agustín.* Madrid, 1920, vol. V.

Hurtado y Palencia, *Historia de la literatura española,* 2.ª ed., Madrid, 1925.

Monasterio (Padre Ignacio, O. S. A.), *Místicos agustinos españoles,* vol. I, 2.ª ed. Madrid, 1929.

Montoliú (Manuel de), *Literatura Castellana.* Barcelona, 1929.

Bell Aubrey (F. G.), *Luis de León. Un estudio del Renacimiento español.* Barcelona, 1927.

Gutiérrez (Padre Marcelino, O. S. A.), *Fray Luis de León y la Filosofía española del siglo XVI.* Madrid, 1891.

Pfandl (Ludwig), *Geschichte der Spanischen National-Literatur in ihrer Blutezeit.* Freiburg, 1929.

Menéndez Pelayo, *Historia de las ideas estéticas*, tomo II. Madrid, 1884.

A la Ilustre Señora

DOÑA BEATRIZ CERDÁN Y DE HEREDIA

religiosa en el monasterio de

SANTA MARÍA DE CASBAS, EN ARAGÓN

El glorioso Doctor S. Jerónimo, en el prólogo que hace sobre la exposición del profeta Sofonías, el cual dedica a sus santas devotas, Paula y Eustoquio, dice así: «Antes que comience a interpretar a Sofonías, el cual es el noveno en la orden de los doce profetas, me parece, oh Paula y Eustoquio, que será bien responder a los que se ríen de mí, porque, dejando de escribir a los varones, a quien podría dedicar mis trabajos y estudios, huelgo más de enviarlos y encaminarlos a vuestras manos y en vuestro nombre, los cuales se ahorrarían la murmuración, si mirasen que Holda, en tiempo del glorioso rey Josías, profetizó, callando los varones, como se cuenta en el segundo del *Paralipómenon*, en el c. 34, y que Débora, que fué profetisa y juez

18 2, Paral., c. 34.
19 *profetiza*, en la ed. de Alcalá y en la de Rivadeneyra.
19 Jud. 4.

de Israel juntamente, élla salió a la batalla y fué la capitana y caudillo del pueblo de Dios, para dar lo batalla contra aquel poderoso capitán de los Cananeos, llamado Sísara, y contra un innumerable ejército que traía; y esto a tiempo que Barac, el capitán de Israel, estaba amilanado de miedo y no osó ir a la guerra sin élla; por lo cual Débora le dijo: «Yo iré contigo a la batalla, mas esta vez no será tuya la gloria del vencimiento, pues una mujer los ha de rendir», como se escribe en el cap. 4, del *Libro de los Jueces*. Tampoco ladrarían mis adversarios si mirasen que Judit, castísima y santísima, y Ester, en figura de la Iglesia, mataron los enemigos y libraron a Israel de gran peligro, como se cuenta en sus historias. Callo de Ana y Elisabet y de las otras santas mujeres, cuyos resplandores, como de estrellas, los escondió y encubrió la clara luz del sol de María. Quiero venir a hablar de las mujeres gentiles, para que conozcan éstos que, acerca de los filósofos del siglo, se buscaban las diferencias de los ánimos, no la de los cuerpos. Platón introduce a Aspasia disputando con los más sabios filósofos; Safo compite con Píndaro en la poesía; Temisto fué tenida en tanto como los más famosos de los

19 *acerca*, equivale a la preposición entre o según, modo anticuado de citar autores. «Fuera está esso de toda duda—respondió Juliano—*acerca* de los que conoscen y confiessan la providencia de Dios». Fr. L. de León. *De los Nombres de Cristo*, t. II, p. 22, ed. Onís.—«el vellocino de oro tan famoso y nombrado *acerca* de los antiguos». P. Mariana, *Historia de España*.

sabios de Grecia; Cornelia, la madre de los Gracos, por su mucha elocuencia aprovechó mucho a que sus hijos fuesen famosos oradores. No se corrió Cameades, el más elocuente de los filósofos, de disputar cosas altísimas de filosofía, delante de una matrona, y en una casa particular, con ser el más agudo de los oradores, y que cuando oraba en las academias y delante de los cónsules y principales hombres, los movía a dar voces con la fuerza de su retórica. ¿Qué diré de Porcia, la hija de Catón, y mujer de Bruto, cuya fortaleza nos hace que nos admire la de su padre y marido? Llenas están las historias griegas y latinas de las virtudes de las mujeres, y que pedían libros enteros para sus alabanzas; a mí, que camino a otras cosas, bástame para remate de este mi prólogo decir que, resucitando el Señor, apareció primero a las mujeres, y las hizo apóstolas de los apóstoles, porque se afrentasen los varones de no buscar al que ya el flaco linaje de las mujeres había hallado». Hasta aquí son palabras del bienaventurado Doctor S. Jerónimo.

---

7 *oraba*: «hablar en público para persuadir alguna cosa o mover los afectos». *Dic. Acad.*

14 *pedían*, en el sentido de demandaban o requerían etc. «Antes digo demandar que *pedir*». J. de Valdés, *Diálogo de la Lengua*, pág. 145, ed. «Clás. Cast.»

17 *resucitando*, gerundio usado frecuentemente en esta forma por los clásicos, que equivale a decir, *en resucitando*, o al participio oracional absoluto *resucitado el Señor*.

Yo, Señora, las he querido traer aquí, por responder con éllas a los que les podría parecer de mis borrones y niñerías, lo que a aquellos por quien se excusa S. Jerónimo. Y, aunque los ejemplos de mujeres ilustres que trae, sean bastantes para mostrar que no son menos dignas de estima y de que se les dedique los trabajos santos y buenos y de hombres más doctos que yo, con todo eso, pudiera traer por mi parte mil otros, en todo género de virtudes, en que las mujeres han resplandecido y pasado tan adelante como el que más alta hizo la raya; de suerte que, con no caminarles nadie delante, éllas dejan muchos atrás. Pero hélo dejado, porque no pareciese querer enmendar lo que S. Jerónimo dejó por bastante, y también porque, cuando los ejemplos no sobran, bastara conocer la bondad y valor y partes de V. M. y su claro entendimiento para que este mi librillo, y otro que de más delgada y subida materia fuera, estuviera bien pues-

16 *porque cuando*, es lo mismo que aun cuando.

«Pero *cuando* lo libre,
tenga por cosa cierta
que Amor tarde se arranca
si a ser esclavo empieza».
Villegas, *Eróticas o Amatorias*, p. 281.

«No son para todos estas cosas que yo escribo en romance, como si todos los que saben latín, *cuando* yo las escriviera en latín, se pudieran hacer capaces dellas». Fr. L. de León, *De los Nombres de Cristo*, t. III, p. 10, ed. Onís.

to en manos de V. M. y dedicado a su nombre.

A una cosa sola quiero responder, que se me podría preguntar. ¿Por qué razón, después de mis estudios acabados, y habiendo tenido por tiempo de algunos años tan continuos ejercicios, así de lectura de la Sagrada Escritura en diversas universidades, como de sermones en muchos púlpitos, y por la misericordia del Señor, con algún aplauso y acepción, acerca de los que me han oído, ahora que los que me conocen aguardaban algún gran parto de la preñez de tantos estudios, al cabo se han resumido en estos tratadillos en lenguaje ordinario, que en la lengua son comunes, en el estilo nada limados, en la materia no muy aventajada, y en la cantidad son tan pequeños? A esto respondo que tienen razón de ser de este parecer y pedirme esa cuenta, porque menos daño es no escribir, que mal escribir o escribir lo que menos se esperaban.

Si no hubiera yo de contar con mi salud tan quebrada y corta, que me fuerza a aflojar el rigor del estudio, cuando con más alientos le tomo, y

---

9 *acepción* es igual que aceptación.

14 *aventajada*, aprovechada, excelente.

«Rosa de Jericó, ciprés divino
del monte de Sión, lirio del valle,
. . . . . .
aventajada en el honesto talle».

Lope de Vega, *Poesías Líricas*, t. II, pág. 146, ed. Montesinos.

me derrueca de suerte que son menester grandes palancas de medicinas y apoyos de médicos para levantarme y que si, llevado de mi natural inclinación que es leer siempre y estudiar, quiero complacer a mi deseo, no me tuviese tan maestro la experiencia, que no supiese que cuanto he adelantado en mil meses de cuidado y cura de mi salud, lo desando y vuelvo atrás en cuatro días de descuido y olvido en élla, tendrían razón de dar su censura en mis designios; y si no contara yo con lo mucho que a V. M. debo, y que, so pena de ingrato grosero, estoy obligado a buscar cómo desquitar algo de esta deuda (ya que pagarla toda ni mi caudal lo sufre por ser poco, ni el valor de V. M. lo consiente por ser mucho) y que he visto siempre que ha sido aficionada a las lágrimas, penitencia, amor y regalo de la gloriosa Magdalena, y a aquella rica vivienda de la celestial Jerusalén, y al trato de aquellos cortesanos del cielo y pajes de la gran casa de Dios, si con nada de esto hubiera de meterme en cuentas, quizá escribiera alguna otra materia en otro lenguaje, de la cual tampoco les faltará que cortar a los censores del cielo y de la tierra, que, por su solo gusto, quieren medir los ajenos, y que su antojo sea nivel de voluntades libres y ajenas; pero como no me atengo a sus pareceres, sigo

1 *derrueca,* postra o derriba. «En entrando por la iglesia, vía *derrocar* bonetes en mi honor, como si yo fuera una duquesa»—*La Celestina,* t. II, pág. 47, ed. Cejador.

el mío, y mi obligación en esto, dejándoles el campo libre para que, en lo que éllos escribieren, suplan lo que yo falto y en mí reconocen, que a mí bástame contar con el gusto de V. M. y darle materia con que cebe el buen espíritu que el Señor le ha dado; de suerte que estos tratadillos sirvan de yesca con que se prenda en su corazón el fuego del amor, que el hijo de Dios dijo que traía del cielo y venía a derramarle en la tierra. Porque no podemos negar que la lección de cosas santas no dé calor al alma y pecho de quien con deseo las oye. «Son las palabras mías como fuego, dice el Señor por Jeremías, y como almadena, que rompe y desmenuza las peñas y guijarros duros». Quéjase en aquel cap. 23 de que muchos predicadores y ruines profetas vendían al pueblo sus sueños y mentiras por palabras de Dios, diciendo que Dios se las revelaba; pone el Señor una galana diferencia entre sus palabras y las que no lo son: que las de los

13 Jere., c. 23.

13 *almadena* = Almadana: «La maça de hierro con que parten las piedras, hiriendo sobre las cuñas con que las abren». Covarrubias, *Tesoro de la Lengua Castellana*, ed. 1611.

«Con una flaca cuerda non alçarás grand tranca,
Nin por un solo «¡harre!» non corre bestia manca,
A la peña pesada non mueve una palanca;
Con cuños e *almadanas* poco a poco arranca».

Arcipreste de Hita, *Libro del buen amor*, t. I, pág. 191, ed. «Clás. Cast.»

hombres tan helado se dejan un corazón como le hallan, y tan entero como antes que a él entrasen; mas las de Dios, cuando llegan al alma, derriten sus hielos, consumen lo terreno y cenagoso de sus deseos, abrásanla en amor y arde sin quemarse hasta echar llamaradas por la boca y ojos, con que aun a los otros enciende. Por esto, los dos discípulos que iban a Emaús, la mañana venturosa de la Resurrección, después de haberles desaparecido el Redentor, dijeron el uno al otro: «¿Ora no vistes cómo se nos abrasaba y ardía nuestro corazón, cuando nuestro buen Maestro nos hablaba en el camino y nos declaraba las Escrituras?»

Lo segundo, dice que son sus palabras como martillo que rompe las piedras. No hay corazón de guijarro, ni pecho tan berroqueño ni de diamante, que la fuerza de la palabra de Dios no lo desmenuce, si el alma le da entrada. De suerte que de estas palabras se saca que la culpa de no hacernos provecho todo cuanto leemos de Dios y cuantos sermones oímos y lo que de su parte se nos dice, sólo está de la nuestra, y no de las palabras. Pero pues sé que de la de V. M. no hay esta resistencia, sin miedo puedo enviar este librillo en que se entretenga, leyéndole en ratos desocupados.

Podría parecer a alguno que es menos gravedad en materia santa mezclar versos y cosas de poesía, que parece que desautoriza en alguna manera así la

escritura donde se pone, como la persona que los hace: principalmente, que no hay cosa tan fría como cosas devotas en verso, cuando no es muy escogido y limado, razón tienen, y aun yo soy enemigo de ello, sino es muy aventajado, y suelo decir que menos buen verso se sufre en las cosas profanas que en las santas. La razón de esto es porque ya, por nuestros pecados, tenemos tan estragado el gusto para todo lo que es Dios y virtud, que para poder tragar lo que de esta materia se nos dice, es menester dárnoslo con mil salsillas y sainetes y muy bien

1 *escritura*, significando el escrito o historia.

«Estos reyes poderosos
que vemos por *escripturas*
ya pasadas».

J. Manrique, *A la muerte*, etc.

6 *se sufre*, se tolera o permite. En esta aceptación, tan del gusto de los clásicos, la usa repetidas veces el autor. «Pues aun en la del cuerpo [salud] que muy menor es, no se *sufre* esto». B.º Avila, *Epistolario*, 233, ed. García de Diego.—«Apenas acierto a salir de este aposento, si así se *sufre* llamar la recámara de los regalos de Dios». P. Sigüenza, *Fundación del Mon. de El Escorial*, p. 468, 1927.—«Porque ¿dónde se ha de *sufrir* que un caballero andante tan famoso como vuestra merced se vuelva loco?—*Quijote*, t. II, pág. 318, ed. Rodr. Marín, 1927.

11 *sainetes:* es sinónimo de incentivo o excitante. Así lo usan con frecuencia los clásicos.

«¿Porqué siempre das riendas al apetito
y con torpes *sainetes*
brindas, incitas, llamas y acometes?

Villegas, *Erot. o Amat.*, pág. 89.

«Aun a las edades quietas ya y metidas en el puerto de la tem-

guisado, y aun Dios y ayuda que así le podamos comer; pero como las cosas del mundo y terrenas de suyo se tienen la lima y gusto con que se comen, por el estrago de nuestro apetito, que nos quedó para el bien, despues del pecado, aunque no nos las den guisadas de tan buena mano, las tragamos sin oro con facilidad. Digo, pues, que para sólo desempalagar el gusto cansado de la prosa, he encajado cosillas de verso, porque, aunque no es curioso, haga la variedad del estilo lo que había de hacer la bondad de la poesía.

Decir que es poca gravedad es engaño fatuo, si no llamamos menos grave al regalado rey David, que tantos sonetos y canciones compuso y cantó a la harpa divina, en alabanza del gran Gobernador del universo. Él mismo hizo las endechas tristes y romances de cuando (no Don Alonso de Aguilar murió en Sierra Nevada, ni de los zamoranos) sino

---

planza, las galas de los vestidos lucidos y ricos la sacan de sus casillas, e inquietan con ruines deseos su madurez grave y severa, pensando más el *sainete* del traje que la frialdad de los años: Fr. L. de León, *Perf. Casada*, pág. 152, ed. 1906.

1 *Dios y ayuda.* Frase proverbial de uso corriente. «*Dios y ayuda* viene con otra sentencia que dize: ayudate y ayudarte he». Covarr. *Tes. de la Leng. Cast.* «*Dios y ayuda.* Entiéndese: es menester para hacer alguna cosa» Correas, *Vocabulario*, pág. 561, ed. 1924.

15 *a la harpa divina*, es decir, acompañando con el harpa.

17 Así en la edición *princeps;* pero el paréntesis está mal colocado ya que el sentido es evidentemente *no de cuando* etc. Aunque inoportuna es grata la alusión y recuerdo que aquí se hace de los viejos romances castellanos.

de cuando Saul y sus hijos murieron en los montes de Gelboe y mandó que se cantasen en Israel, como ahora se cantan los romances viejos de Castilla.

Tambien habemos de decir que el santo Job, tan alabado de Dios, o el gran Moysés, que dicen que escribió su libro, se desdoró mucho porque desde el capítulo 4, que comienza a hablar el santo Job, diciendo: «Perezca el día en que nací y la noche en que mi madre me concibió», hasta el cap. 42, donde dice el santo Job a Dios: «Por tanto, Señor, yo me reprendo y hago penitencia en cilicio y ceniza», todo esto está en verso exámetro, como lo dice el bienaventurado S. Jerónimo, en el prólogo sobre Job.

¿Y quién será tan desatinado, que ponga nota en el gran profeta Jeremías, el llorador de los duelos de Israel, porque hizo endechas y canciones tristes a la muerte del glorioso rey Josías, como parece en el cap. 35 del segundo del *Paralipómenon*, y mandó que los músicos y cantoras las cantasen en todo el pueblo? Y aun añade la Escritura, que quedó como ley en Israel el cantar sus lamentables sonetos. Dejo las lamentaciones que compuso, cuando la destrucción de Jerusalén, hecha por Nabucodosor, y otras muchas cosas que el Espíritu Santo dijo en la Escritura, en verso, y los niños del horno de Babilonia, que en verso convidaban a todas las

22 *lamentables*, que infunden tristeza y mueven a duelo y conmiseracion.

criaturas a alabar al Hacedor de todas éllas; y dejo los demás cánticos, que los famosos santos de los dos Testamentos cantaron en reconocimiento de las victorias y otras particulares mercedes, recibidas de mano de Dios; y vengo a los muchos santos que escribieron en verso gran parte de sus obras.

El gran teólogo Gregorio Nacianzeno, maestro de San Jerónimo y doctor griego, fué extremado poeta. Los santos doctores de la Iglesia, Ambrosio y Gregorio, el grande S. Hilario, obispo de Pitavia, muchos himnos escribieron, con los cuales adorna la santa Iglesia los oficios divinos, que cantan a Dios y a sus santos. Al gran obispo de Roma, S. Dámaso, por cuyo mandado y ruego, el glorioso S. Jerónimo dividió las Epístolas y Evangelios del año, no le embotó la lanza el escribir muchas obras en verso, para ser Sumo Pontífice de la Iglesia. Al excelentísimo doctor Santo Tomás de Aquino, poco le embarazó para ser santo y supremo teólogo, por haber hecho los himnos y prosas que se cantan al Santísimo Sacramento. Callo a los claros poetas cristianos Prudencio, Sedulio, Teodulfo, Fortunato, Paulo, diácono Cardenal, y a Elpis, mujer del mártir Severino Boecio; los cuales todos, con diversos linajes de versos, cantaron las grandezas de Dios y de sus santos. Y pues tales y tan grandes varones no se desdeñaron de hacer versos, no tengo

21 *Callo*, es decir omito o paso en silencio.

yo porqué correrme de mezclarlos en lo que escribo.

Sólo me queda ahora el dar a V. M. cuenta del proceder en este *Tratado de la Magdalena*, para que con más gusto se lea. Es pues la orden que se divide en cuatro partes: porque, puesto que siguiendo la cuenta del Evangelio, bastaban solas tres, conforme a los tres estados que de la Magdalena nos pinta: el primero, es de pecadora; el segundo, de penitente; el tercero, de gracia y amistad de Dios. Con todo eso, yo he antepuesto otra parte a estas tres, que es el primer estado del alma antes del pecado, por parecerme necesario de saber cómo va cayendo del estado de gracia en el de pecado, y para que de esta manera le hiciésemos la cama al Evangelio y a sus primeras palabras.

Bien sé que tendrán éste y los demás tratados

---

4 *la orden*, usado como femenino es sinónimo de *método:* los autores ascéticos lo usan con frecuencia.—«y en esto se pasará la tarde, y sucederá *la orden*, ya dicha». B.° Avila, *Epistol.* p. 69.—«No podrán luengo tiempo durar en uno la *orden* y la *desorden*». Hernando de Talavera, *De cómo se ha de ordenar el tiempo*, II.

5 *puesto que*, aunque; Cervantes y fray Luis de León lo usan a cada momento. El Arcipreste de Hita lo empleaba en idéntica acepción:

> «Ca, *puesto que* su signo sea de tal natura
> como este mío, dize una escriptura».
> *Lib. del B. Amor*, t. I, pág. 66.

14 *hiciesemos la cama*. «Hacer la cama a un negocio, disponerle y facilitarle». Covarr. *Tesoro*. Es la que conviene a este pasaje, no la que trae Correas; «hacer la cama—dice—es hacer información secreta de los delitos de alguno para castigarle». Ob. cit. p. 589.

muchas faltas así en la corta materia, que la llamo corta porque la trato yo cortamente, como en el pobre y desnudo estilo mío, que jamás supe otro mejor. Y que sólo tenga de bueno el deseo de acertar a decir algo en honra de Dios, que de grandes pecadores sabe hacer muy grandes santos, y en gloria de la Magdalena que nos fué ejemplo de penitencia a los que estamos cargados de pecados, y a gusto de V. M. que ha despertado mi pereza, para que me ensaye en las cosas pequeñas, para despues poderla bien servir en las grandes; y junto con éstas tendrán otros muchos defectos, que descubrirán en éllos otros mejores ojos que los míos, casi ciegos; mas, al fin, tan malo es temerlo todo como no temer nada.

Sólo ruego a los que los leyeren, enmienden sus faltas y mías con caridad cristiana, más por celo del bien común que por odio del autor y su escritura. Y si alguna cosa hallaren que les dé gusto y parezca bien, den las gracias a Nuestro Dios de quien viene todo el bien; pero si cosa toparen menos buena, y no tan bien puesta, que será lo más cierto, esa culpa débeseme a mí, que mía es y por hija propia la conozco. A V. M. suplico que, en pago de este mi deseo, me encomiende a Dios para que me dé su espíritu y me alumbre el entendimiento que no yerre, y me encienda la voluntad para que siempre le ame; y a V. M. la haga tan suya y le dé tanta parte de su amor cuanta suele dar a sus más regaladas esposas. Amen.

PROLOGO DEL AUTOR

A LOS LECTORES

Aunque es verdad que en cosa tan poca, como es la materia de que en este librillo se trata, que la llamo así, no porque el sujeto de él no sea muy alto y que para haberlo de tratar conforme a lo que pide su grandeza, fuera menester un Demóstenes para la prosa y otro Homero para el verso, y después de haber gastado muchos años en pensarlo y hinchido muchos libros en escribirlo, dijeran lo que pudieran y no lo que la materia pedía, eran menester pocos preámbulos, pues él por sí se deja entender fácilmente; pero con todo eso, porque no vaya tan desnudo de la compostura y atavío que suelen llevar otros de su talle, y también por descubrir algo del motivo que tuve para dar lugar a que se mandase a la imprenta, he querido, además de la carta que

---

9 *hinchir*, verbo anticuado por henchir.

17 *demás* se lee en la ed. *prínceps*. Era frecuente en los clásicos la aféresis de la palabra *además*. «Que *demás* del grave mal que hay en aqueste artificio postizo».—Fr. L. de León, *Perfecta Casada*, pág. 85, ed. cit.

precede, donde digo algo de este mi intento, anteponer este prólogo a la obra, para que más despacio puedan los que lo leyeren quedar satisfechos de que mi deseo ha sido bueno, si ya el efeto no le gasta.

Y tambien huelgo de dar más ancha cuenta del provecho que, a mi parecer, se puede sacar de que salgan a luz semejantes libros; y por qué escogí yo más esta materia que otras infinitas de quien pudiera echar mano, y por ventura me hiciera con éllas más honra, si ya la pretendiera, y que quizá me salieran más acertadas que ésta, que no sé qué acogimiento le harán los que la vieren. Digo, pues, que acordándome de lo que Salomón dice en las últimas palabras de aquel libro de sus experiencias y de sus enfados, donde, aunque en todo cuanto escribió anduvo discretísimo, como aquel cuya pluma la gobernaba el espíritu de Dios, pero en el *Ecclesiastés* parece que lo estuvo con una particular destreza, tanto que no falta quien crea que fué este libro su Benjamín, nacido en su vejez, y que lo escribió después de la desdichada caída de su idolatría, habien-

---

6 *ancha*, por extensa o minuciosa.

10 *por ventura*, es lo mismo que acaso o quizás. «A serlo—replicó el paje—forzosamente habrá de ser *por ventura*». Cerv., *Novelas Ejemplares*, t. I, p. 48. *La Gitanilla*, ed. R. Marín.—«Apenas podrás juzgar si aquel pueblo es de cristianos o de gentiles si no es *por ventura* por las torres de las campanas». Granada, *Guía de Pecadores*, p, 109. «Clás. Cast.».—Dorotea, *por ventura* de mí la más querida». Lope, *La Dorotea*.

do hecho penitencia de sus pecados; y así parece de un hombre muy caído en la cuenta, ya maduro y viejo y escarmentado en propios daños.

De suerte que, queriendo rematar con su libro, dice, hablando con su hijo: *His amplius, fili mi, ne requiras.* Hijo, por tu vida que te contentes con lo que yo aquí te dejo escrito; no busques más, que no sacarás sino cansancio; no te vayas tras cada novedad, ni vueles tras cada libro que saliere, que nunca acabarás, porque *Faciendi plures libros nullus est finis.*

Es el ingenio humano tan amigo de rastrear y sacar cosas nuevas, que jamás descansa ni halla término a donde pare; y así, o procura de buscar cosas nuevas o, si no lo son, hace que el estilo de decirlas lo sea, y con esto cada cual quiere hacer un libro. Y de los que escriben, unos se mueven por deseo de eternizar su nombre y celebrarle con viva memoria, de que fueron en otro tiempo y supieron y escribieron. Estos, por la mayor parte, tratan de materias que ganan con éllas más aplauso entre los hombres, que provecho o edificación de los fieles.

Otros van por otro camino, que viendo que el mundo tiene ya cansado el gusto para las cosas santas y de virtud, y tras esto tan vivo el apetito

---

2 *caído en la cuenta*, equivale a muy escarmentado o venido en conocimiento. Es frase de uso corriente: a veces se emplea en la forma elíptica de *caer en cuenta*.—«...pero cuando *caigo en la cuenta* de lo que son». *Quij.*, t. I, p. 319.

para todo lo que es vicio y estrago de buenas costumbres, y que como si no bastaran los ruines siniestros con que nacemos y los que mamamos en la leche, y los que se nos pegan en la niñez con el regalo que en aquella edad se nos hace; y como si nuestra gastada naturaleza, que de suyo corre desapoderada al mal, tuviera necesidad de espuela y de incentivos para despertar el gusto del pecado, así la ceban con libros lascivos y profanos, a donde y en cuyas rocas se rompen los frágiles navíos de los mal avisados mozos, y las buenas costumbres (si algunas aprendieron de sus maestros) padecen naufragios y van a fondo y se pierden y malogran. Porque ¿qué otra cosa son los libros de amores y

3 *siniestros*, usado como sustantivo es «el vicio o mala costumbre que tiene o el hombre o la bestia». Covarr., *Tesoro*.—«Queriendo nosotros usar della y obrar conforme a ella y seguir sus malos *siniestros* e inclinacione». Fr. L. de León, *Nom. de Cristo*, t. I, p. 244, ed. cit.

4 *mamamos en la teche*, es decir, y nos criamos con éllos desde niños. «Mas como yo este oficio le ouiesse *mamado en la leche*». *Lazarillo de Tormes*, p. 189, ed. Cejador.—«¿Retórico? Sabé que lo *mamé en la leche*». L. de Rueda, *Com. Eufemia*, p. 48.

14 Este es el famoso pasaje que tanto ha sorprendido y escandalizado a los tratadistas literarios, por el desenfado con que el P. Malón habla de Boscán y Garcilaso, a la vez que le reprochan la contradicción en que incurre al adoptar el estilo y las galas literarias de los mismos libros que condena. Los que así juzgan al P. Malón no ven que lo que él critica y reprueba, no son las galas y formas de estilo de Boscán y Garcilaso, sino las fábulas y contenido de sus obras, que le parecían poco conformes desde el punto de vista ético, no literario. Aparte de esto, dada la condición oratoria del libro, bien puede restar algo el lector bienintencionado a las diatribas del autor

las *Dianas* y *Boscanes* y *Garcilasos*, y los monstruosos libros y silvas de fabulosos cuentos y mentiras de los *Amadises*, *Floriseles* y *Don Belianis*, y una flota de semejantes portentos, como hay escritos, puestos en manos de pocos años, sino cuchillo en poder del hombre furioso? Pero responden los autores de los primeros, que son amores tratados con limpieza y mucha honestidad; como si por eso dejasen de mover el afecto de la voluntad poderosísimamente, y como si lentamente no se fuese esparciendo su mortal veneno por las venas del corazón, hasta prender en lo más puro y vivo del alma, a donde, con aquel ardor furioso, seca y agosta todo lo más florido y verde de nuestras obras. Hallaréis, dice Plutarco, unos animalejos tan pequeños como son los mosquitos de una cierta especie, que apenas se dejan ver, y con ser tan nonada, pican tan blandamente que, aunque entonces no os lastima la pi-

---

Ticknor y Fitzmaurice-Kelly, entre otros varios, insisten, a mi ver injustamente, en poner de relieve la desconfianza del autor en las letras profanas.

17 *nonada*, tan poca cosa. Es palabra muy del gusto de Santa Teresa.

> «Que con una peñolada
> pudiera en una *nonada*
> rentaros más mi tintero».
>
> Crist. de Castillejo, *Obras de conversación y pasatiempo*.

En el lenguaje familiar se dice *nonada* y se da como respuesta, *tierna es para asada.*

cadura, de allí a un rato os halláis hinchada la parte donde os picó, y os da dolor. Así son estos libros de tales materias que, sin sentir cuándo os hicieron el daño, os halláis herido y perdido.

¿Qué ha de hacer la doncellita que apenas sabe andar y ya trae una *Diana* en la faltriquera? Si, como dijo el otro poeta, el vaso nuevo se empapa y conserva mucho tiempo el sabor del primer licor que en él se echare, siendo un niño y una niña los vasos nuevos y echando en ellos vino tan venenoso, ¿no es cosa clara que guardarán aquel sabor largo tiempo? ¿Y cómo cabrán allí el vino del Espíritu Santo y el de las viñas de Sodoma? ¿Cómo dirá *Pater noster* en las Horas, la que acaba de sepultar a Píramo y Tisbe en *Diana*? ¿Cómo se recogerá a pensar en Dios un rato la que ha gastado muchos en Garcilaso? ¿Cómo? ¿Y honesto se llama el libro que enseña a decir una razón y responder a otra, y a saber por qué término se han de tratar los amores?

---

6 *faldriquera* trae la ed. *princeps;* pero se usaba indistintamente uno y otro término.—«Es gente movible porque andan de lugar en lugar con su ajuar en la *faltriquera*». Quevedo, *Obras satíricas*.

14 *Deut*, 31,

14 *Horas*, «librito u devocionario en que está el Oficio de Nuestra Señora y otras devociones que rezan los seglares que no tienen obligación de rezar el oficio mayor». *Dicc. de Autorid.* No debe confundirse, por lo tanto, este vocablo con el de *Horas* canónicas del oficio divino.—El mismo valor que en Malón de Chaide tiene en el pasaje de Guevara: «...que ay tiempo para leer en un libro, para rezar en unas *horas*, para oir misa». *Menosprecio de Corte y alabanza de aldea*, p. 109. «Clás. Cast.».

Allí se aprenden las desenvolturas y las solturas y las bachillerías; y náceles un deseo de ser servidas y recuestadas, como lo fueron aquellas que han leído en estos sus *Flos Sanctorum*, y de ahí vienen a ruines y torpes imaginaciones, y de éstas a los conciertos o desconciertos con que se pierden a sí y afrentan las casas de sus padres y les dan desventurada vejez; y la merecen los malos padres, las infames madres que no supieron criar sus hijas, ni fueron para quemarles tales libros en las manos. *Los Cantares* que hizo Salomón, más honestos son que sus *Dianas;* el Espíritu Santo los compuso, el más sabio de los hombres los escribió, entre esposo y esposa son las razones, todo lo que hay allí es casto, limpio, sano, divino y celestial, y lleno de misterios, y con todo eso no daban licencia los hebreos a los mozos para que los leyesen, hasta que fuesen de más madura edad. Pues ¿qué hicieran de los que son faltos de tantas circunstancias de abonos, como tienen *Los Cantares* en su favor? Esto es para desengañar a los que se toman licencia de leer en tales libros, con decir que son honestos.

Otros leen aquellos prodigios y fabulosos sueños y quimeras, sin pies ni cabeza, de que están llenos los *Libros de Caballerías*, que así los llaman a los

2 *bachillerías*. «Y porque estos [los bachilleres] presumen por el ordinario más que saben, cuando alguno haze muestras de saber, lo llamamos *bachiller*, y a las tales muestras llamamos *bachillerías*». J. de Valdés, *Diálogo*, p. 90, ed. Montesinos.

que (si la honestidad del término lo sufriera), con trastocar pocas letras, se llamaran mejor de bellaquerías que de caballerías. Y si a los que estudian y aprenden a ser cristianos en estos catecismos les preguntáis que por qué los leen y cuál es el fruto que sacan de su lección, responderos han, que allí aprenden osadía y valor para las armas, crianza y cortesía para con las damas, fidelidad y verdad en sus tratos, y magnanimidad y nobleza de ánimo en perdonar a sus enemigos; de suerte, que os persuadirán que *Don Florisel* es el *Libro de los Macabeos*, y *Don Belianis*, los *Morales* de San Gregorio, y *Amadis*, los *Oficios* de San Ambrosio, y *Lisuarte*, los *Libros de Clemencia*, de Séneca, por no traer la historia de David que a tantos enemigos perdonó. Como si en la Sagrada Escritura y en los libros que los santos doctores han escrito faltaran puras verdades, sin ir a mendigar mentiras; y como si no tuviéramos abundancia de ejemplos famosos, en todo linaje de virtud que quisiéremos, sin andar a fingir monstruos increíbles y prodigiosos. ¿Y qué efeto ha

1 *sufriera*, por lo permitiera.

1 *determinado de*, muy frecuente en los clásicos en el sentido de resolver o decidir.—«Y por ser de tan mala condición y fea avaricia, *determinaba* el Señor del mundo de tomar otra Esposa». B.° Orozco, *Memorial de amor Santo*, p. 251, ed. P. Cámara, 1896.

«Déjame de aconsejar
y determinate luego».
Tirso, *El vergonzoso en Palacio*,
p. 33, ed. A. Castro.

de hacer en un mediano entendimiento un disparate, compuesto a la chimenea en invierno, por el juicio del otro que lo soñó? Pues para reparo de los muchos daños que de estos libros nacen, muchos celosos de la honra de Dios y amigos del bien y medra de los fieles, han tomado la pluma y han escrito libros llenos de santa doctrina, de maravillosos ejemplos, de gravísimas sentencias, y de dulce y deleitoso estilo, con los cuales han hecho mucho provecho a todos cuantos se han querido aprovechar de sus trabajos.

Viendo pues yo que, cuanto a esta parte, ya la república cristiana está bien pertrechada, y tiene bastantísimo reparo contra este daño general que aquí digo, y tan a costa de muchas almas y conciencias lo experimentamos; y también, por no entrar yo en el número de los deseosos de escribir libros, que dice Salomón, y considerando, que lo que yo podía sacar a luz, era de tan poco momento, que muy bien se podía pasar sin éllo la Iglesia de Dios, había determinado de no dar que censurar a los juicios libres de los que el día de hoy piensan que tienen voto en todo y que todo lo saben y nada se les va por alto y dejan de ver, por bajo que sea. Y quien los vea dar su decreto en todo linaje de libros, que a sus manos llegan, pensará que ha tor-

5 *medra* = medro.
14 *bastantísimo*, superlativo poco frecuente.
25 *decreto*, por opinión o juicio.

nado al mundo otro Carnéades, que se gloriaba en los juegos olímpicos, que sabría razonar indiferentemente de cualquier cosa que se le preguntase. Parece que cada uno de éllos sea un Hipias, sofista, el cual se persuadió que sabía todas las ciencias y todas las artes, y mostraba para esto los zapatos y calzas, y un anillo que traía hecho por su mano y una piedra preciosa, y una copa de vidrio, y un vaso de madera, y otras cosas que él mismo había hecho, y hablando y dando razón de cada cosa a los que lo oían, como si fuera un dios de la tierra y de todas las disciplinas; o como si fuesen otro Gorgias Leontino, tan osado que se jactaba de que, sin otra prevención ni estudio, respondería y disputaría de repente de cualquiera cuestión que cualquiera de los circunstantes le quisiese preguntar; como si cada uno de éllos hubiese visto tanto como un Plinio, o más que Teofrasto Paracelso: y así, ni más ni menos, les parece que pueden juzgar de todo y hablar con tanta liberalidad de lo que les viene a las manos, como si en filosofía fueran unos Aristóteles, y en la moral unos Platones, en Teología unos Augustinos, en Escritura unos Nacianzenos y en lenguas unos Jerónimos: y mirado lo que son y lo que saben y para cuánto son éllos y qué es lo que hacen, son nada, sin virtud, mofadores, murmuradores, vicio vil y para hombres infame, y tienen una nativa arrogancia injerta y nacida consigo mismos, que crece con éllos a la sombra del favor de

Hiponace y Teon, y de la cuadrilla de Timágenes, Gratino y Arquíloco, Staterio y Aristófanes, que con los furiosos rayos de sus palabras, y con la mordacidad y aspereza de Anajarco, y con el impetuoso curso de decir de Teócrito, dieron ancha puerta al murmurar y roer sudores ajenos, y pusieron escuela de maldecir a donde aprendiesen estos sus honrados discípulos.

Así yo, temiendo esto que digo, había dejado a un rincón estos papeles que de la gloriosa Magdalena había escrito, a petición de una señora religiosa; y, como cosa digna de olvido, se han dormido muchos años en mi escritorio, sin hacer de éllos otra cuenta que la que se suele hacer de ratos perdidos. Sucedió que, sin pensarlo, vinieron a manos de mi prelado, viólos y leyólos y mandóme que los sacase en público. Obedecí, porque tenía obligación, y aventuré todo lo que podría perder con los censores de quien he hablado. Harto será si con los prudentes no pierdo, que de los demás bien me consolaré.

De aquí nace una cosa que alguno, no entendiéndola, podría acusármela, y es que, cuando yo comencé a hacer esta niñería, no faltó a quien le pareció mal que fuese en nuestra lengua española, y tuve necesidad de responder a esta acusación

7 *a donde*, por en donde. «Tenía una lanza arrimada a la encina *a donde* estaba arrendada la yegua». *Quij.*, t. I, cap. IV, ed. Marín.

que se me ponía; y entonces hice en un prólogo lo que tambien pondré en éste. Como despues, por las razones que he dicho, lo dejase todo a un rincón, y se han pasado algunos años, he visto que en un librito, impreso de tres años, y aun de menos, a esta parte, puesto por un muy curioso y levantado estilo, y con términos tan pulidos y limados y y asentados con estremado artificio, en quien se verá la grandeza y majestad de palabras, de que nuestra lengua castellana está como preñada, y que tiene gran riqueza y copia y mineros, que no se pueden acabar, de luces y flores y gala y rodeos

4 Indudablemente se refiere a la 2.ª edición de *Los Nombres de Cristo*, hecha en Salamanca en 1585, por los herederos de Matías Gast, ya que el libro tercero, que el autor menciona, junto con la dedicatoria a D. P. Portocarrero, que contiene la famosa defensa de la lengua, se publicaron por primera vez en esta segunda edición.

El elogio que hace de *Los Nombres de Cristo* es cabal, aunque hoy nos sorprenda ver tratada esa joya con el nombre de *librito*. El contenido de todo este párrafo encierra especial interés. «Cuantos años antes—escribe el erudito y sesudo P. Gregorio de Santiago—se contarían los que llevaba escrita la obra del P. Malón, cuando fray Luis publicó su áureo libro *Los Nombres de Cristo* en 1583, sería un dato no exento de interés. Confesamos que la lectura de las palabras subrayadas [*pues esto es cierto que las escribí yo años antes*] en el párrafo anterior, no nos han causado la mejor impresión, pues creemos mostrársenos en éllas demasiado celoso el P. Malón por vindicar su primacía en la defensa de la lengua castellana, aun en el caso de ser cierto, como él lo asegura, que escribió años antes». *Ensayo de una Bibl. Ibero-Americana*, etc., vol. 5.º, pág. 97.

Sorprende la insistencia del P. Malón en afirmar la prioridad de su defensa del castellano y la razón que luego alega, de que tratando los dos un mismo tema, es fácil topar con las mismas razones y argumentos, es desde luego atendible y de no poco peso.

en el decir; y que en aquel libro está el adorno, que los celosos del lenguaje español pueden desear, (*Libro de los Nombres de Dios*, del Padre Maestro fray Luis de León, de quien digo) habiéndole sucedido con él y su divulgación lo que a mí con éste, antes de publicarle, tuvo necesidad de oponerse a la afrenta y sin justicia que a la lengua se le hacía; y así, constreñido de este agravio, añadió otro tercero libro a los dos que había impreso, en cuyo principio hallé casi las mismas palabras que muchos años antes yo había escrito a ese mismo propósito.

Y, aunque aquí pudiera yo dejar de poner las mías y remitir a los lectores a que allá las lean, con todo eso, pues esto es cierto, que las escribí yo años antes, no dejaré de ponerlas. Y nadie tenga a mucho que nos hayamos topado en esto, pues siendo verdad la que tratamos, y tan fundada en buena razón, no es milagro que topen dos con élla y con los fundamentos en que apoya y estriba.

Digo, pues, que hay hombres que, con no ser éllos para nada, ni levantarse a cosa de virtud su pensamiento, toman por oficio decir mal de todo aquello que no va medido con su grosero juicio. Tienen otra cosa rara, digna de tales sujetos, y es que, si oyen algo fuera de lo que éllos han leído en cuatro autores de Gramática, lo asquean tanto y lo burlan y mofan de tal suerte, como si sólo aquello con que éllos han desayunado su entendimiento

fuese lo cierto y de fe, y lo demás fuese patraña y sueño. Bien sé que el ingenio humano no se contenta de una manera, ni con las mismas cosas; y así de los que a unos parece bien, de eso mismo murmuran otros, y aquellos admiran y engrandecen lo que éstos abominan y burlan. Mas, a lo menos, podrían dejar pasar con modestia cristiana lo que no viene tan pegado con su gusto como éllos desean y ensayarse éllos con cosas semejantes, para que, cuando vean que no es tan fácil como éllos lo soñaban, con esto, ya que no tengan en mucho los ajenos trabajos, dejaran siquiera de murmurar de éllos y de sus autores.

Habiendo yo comenzado esta niñería en nuestro lenguaje vulgar, con propósito de que quien la pidió, pues no ha llegado a la noticia de la lengua latina, no por eso quedase privada de la doctrina y conocimiento de las cosas divinas, he tenido tanta contradición y resistencia para que no pasase adelante, como si el hacerlo fuera sacrilegio, o por ello se destruyeran todas las buenas letras, y de ahí resultara algún grave daño y perdición a la república cristiana: unos me dicen que es bajeza escribir en nuestra lengua cosas graves; otros, que es leyenda para hilanderuelas y mujercitas; otros, que las doctrinas graves y de importancia no han de andar en

25 Nótese en todo el curso de estas páginas la gracia y propiedad, la riqueza y variedad de los disminutivos que frecuentemente trae el autor

manos del vulgo liviano, despreciador de los misterios sagrados, movidos por aquel dicho de Platón, «que no era lícito profanar los misterios ocultos de la filosofía»; que así lo hizo él mismo, y Aristóteles escribió con tanta oscuridad como sino escribiera: y el Redentor dijo: «No arrojeis las piedras preciosas a los puercos»; y que Hermes Trimegisto fué de este parecer, y así escribieron los más graves y antiguos de los filósofos su doctrina debajo enigmas y figuras. Finalmente cada uno ha dado su decreto y dicho su alcaldada.

Podría responder a todos juntos, que como dijo mi padre S. Agustín: «*Huelgo que me reprenda el gramático, a truenque de que todos me entiendan*». Así yo quiero, si pudiese, hacer algún provecho a los que poco saben de lenguas extranjeras, aunque por ello me murmure el bachiller de estómago, mofador de trabajos agenos.

A los que dicen, que es poca autoridad escribir cosas graves en nuestro vulgar, les pregunto: ¿la ley de Dios era grave? La Sagrada Escritura que reveló y entregó a su pueblo, a donde encerró tantos y

4 Aquí tenemos al verdadero renacentista, muy metido por Platón y Plotino, y reacio a Aristóteles, que le parece desabrido y oscuro.

11 *alcaldada*, sinónimo de despropósito o salida de tono, como se dice vulgarmente. «Decir alcaldadas, es decir necedades». Correas, *Vocab.* p. 588.

17 *bachiller de estómago*, «el que no se sabe explicar». Correas, *Vocab.*, p. 540.

tan soberanos misterios y sacramentos, y a donde puso todo el tesoro de las promesas de nuestra reparación, su encarnación, vida, predicación, doctrina, milagros, muerte, y lo que su Majestad hizo y padeció por nosotros; todo esto junto y lo demás que con esto iba, pregunto a estos tales ¿en qué lengua lo habló Dios, y por qué palabras lo escribieron Moysés y los Profetas? Cierto está que en la lengua materna en que hablaba el zapatero y el sastre, y el tejedor y el cavatierra, y el pastor y todo el mundo entero. El santo Profeta Amós pastor era, criado en varear bellota, en apacentar ganado por los montes y sierras, y profetizó y dejó sus profecías escritas, pues cierto es que no aprendió en Atenas ni en Roma otro lenguaje que el que se hablaba en su tierra. Pues si misterios tan altos y secretos tan divinos se escribían en la lengua vulgar con que todos a la sazón hablaban, ¿por qué razón quieren estos envidiosos de nuestro lenguaje que busquemos lenguas peregrinas, para escribir lo curioso y bueno que saben y podrían divulgar los hombres sabios? Que yo no trato de mí, pues ni lo soy, ni importaría mucho que lo que puedo sacar a luz se sepultase en silencio y olvido, más dígolo por muchos y muy

---

1 *sacramentos*, usado en la acepción etimológica de cosa oculta.

18 *a la sazón*, entonces. «En el otro frente está *La Oración del Huerto*, a la *misma sazón* de tiempo puesta que ella pasó». P. Sigüenza, ob. cit. p. 341.

sabios que podrían dar luz con su doctrina e ilustrar nuestra lengua con su buen estilo.

Si dicen que aquella lengua hebrea era muy misteriosa y que por eso la Escritura Sagrada se escribió en élla, pregunto: ¿No se tradujo en griego por muchos traductores y, despues, no se escribió en latín, que era la lengua ordinaria en Roma, como ahora lo es para nosotros la castellana? Sí; pues si nuestro español es tan bueno como su griego y como el lenguaje romano, y se sabe mejor hablar que aquellas lenguas peregrinas, y por poco bien que se escriba en el nuestro, se escribiría con más propiedad que en el ajeno, ¿por cuál razón les ha de parecer a éllos que es bajeza escribir en él cosas curiosas y graves? Escribió Tulio en la lengua que aprendió en la leche, y Marco Varrón y Séneca, y Plutarco, y los santos Crisóstomo, Cirilo, Atanasio, Gregorio Nacianzeno y S. Basilio, y todos los de aquel tiempo, cada uno en la suya y materna, e hicieron bien, y estúvoles bien, y pareció a todos bien; y Platón, Aristóteles, Pitágoras, y todos los filósofos escribieron su filosofía en su castellano, porque lo digamos así, de suerte que la moza de cántaro y el cocinero, sin estudiar más que los términos que oyeron y aprendieron de sus madres, los entendían y hablaban de éllo, y ahora les parece a estos tales que es poca gravedad escribir y saber

22 *en su castellano,* es decir, en su propia lengua.

cosa buena en nuestra lengua, de suerte que quieren más hablar bárbaramente la ajena y con mil impropiedades y solecismos e idiotismos, que en la natural y materna con propiedad y pureza, dando en esto que reir y burlar y mofar a los extranjeros que ven nuestro desatino.

No se puede sufrir que digan que en nuestro castellano no se deben escribir cosas graves. ¡Pues cómo! ¿Tan vil y grosera es nuestra habla que no puede servir sino de materia de burla? Este agravio es de toda la nación y gente de España, pues no hay lenguaje, ni le ha habido, que al nuestro haya hecho ventaja en abundancia de términos, en dulzura de estilo, y en ser blando, suave, regalado y tierno y muy acomodado para decir lo que queremos, ni en frases ni rodeos galanos, ni que esté mas sembrado de luces y ornatos floridos y colores retóricos, si los que tratan quieren mostrar un poco de curiosidad en éllo. Esta no puede alcanzarse si todos la dejamos caer por nuestra parte, entregándola al vulgo grosero y poco curioso. Y, por salirme ya de esto, digo que espero en la diligencia y buen cuidado de los celosos de la honra de España y en su buena industria que, con el favor de Dios, habemos de ver muy presto todas las cosas curiosas y graves escritas en nuestro vulgar, y la lengua espa-

7 *sufrir* igual que tolerar.

24 Realmente estas palabras esperanzadas del autor tuvieron plenísima y brillante confirmación.

ñola subida en su perfección, sin que tenga envidia a alguna de las del mundo, y tan extendida cuanto lo están las banderas de España, que llegan del uno al otro polo; de donde se seguirá que la gloria que nos han ganado las otras naciones en esto, se la quitamos, como lo hemos hecho en lo de las armas. Y hasta que llegue este venturoso tiempo, que ya se va acercando, habremos de tener paciencia con los murmuradores, los que somos de los primeros en el dar la mano a nuestro lenguaje postrado.

Volviendo pues a mi propósito primero, digo que, por expreso mandamiento de mi prelado, he habido de hacer imprimir este librillo, cuyo título le parecerá al lector que va errado; pues digo, que es *Tratado primero de la Magdalena*, no sucediéndole segundo de la misma ni de otra materia. Razón tienen; mas tuve intención de imprimir, junto con éste, otro que tengo hecho de S. Pedro y S. Juan, que creo que, aunque es menor, no es menos dulce; y a aquel llamaba yo segundo; y como en el discurso de la impresión pareció que el de la Magdalena crecía más de lo que impresores y yo aun pensábamos, he habido de dejar el tratado de S. Pedro, por no hacer este libro de demasiado vulumen, que lo fuera con aquel, poniéndolo todo junto.

Dije al principio de este prólogo que hacían gran daño a muchos los libros de poesía profana y, por

12 *he habido*, usado como tiempo de obligación con el mismo valor que la forma *he tenido que*.

si pudiese yo reparar alguna parte de este daño, he querido probarme a hacer algunos versos y salir *velut anser inter olores*, que suelen decir. Bien sé que no son los más escogidos ni más bien trabajados del mundo; mas lo que les falta de curiosidad en la compostura, les sobra de bondad en la materia y de grandeza en el sujeto. Podría ser que, hecho el gusto a estos salmos y canciones divinas, vengan algunos a disgustar de las profanas.

---

2 *probarme*, es decir, ensayarme en.

9 *desgustar* en la ed. *princeps*.

9 En varias ediciones encuentro cortado el prólogo al llegar aquí. Porque creo que no tienen interés las indicaciones que en el resto se contienen, no he juzgado conveniente reproducirlo en esta edición.

EL PADRE FR. LORENZO SIERRA

AGUSTINO

SONETO

Perdido el nombre, del pecado esclava,
el cuerpo y alma envueltos en torpeza,
olvidada de Dios, y de la alteza
de sangre, que a lo honesto la llamaba;
El nombre cobra y el pecado lava,
del cuerpo y alma limpia la bruteza,
a Dios acude, y torna a la nobleza
de sangre, que lo torpe le enturbiaba.
Amor, cabello, y ojos no, mas fuentes
que cristal a los pies de Dios vertieron,
lavaron alma y cuerpo, culpa y pena.
Dióle cielo el amor, y las ardientes
lágrimas el perdón que merecieron,
y hoy da el nombre Malón a Magdalena.

---

9 *alimpia*, en la ed. 1588.

EL MAESTRO FR. JUAN ANTONIO COMOS

AGUSTINO

SONETO

Magdalena, famosa pecadora,
a los piés de la vida derrocada,
con la madeja de oro desatada,
que al sol hizo envidioso en algún hora;
Con llanto lava, enjuga, besa, adora
el lodo de los piés, do perdonada
de red y lazo de almas, fué trocada
en vivo templo, a donde Cristo mora.
Ungióle la cabeza en otra cena
al mismo, y prometió premiarla tanto,
que fuese celebrada en todo el mundo.
Cumpliólo ya, pues vos y Magdalena
hacéis con su llorar y vuestro canto,
que élla no tenga igual, ni vos segundo.

JUAN BAUTISTA DE VIVAR

Magdalena, ¿qué aguardáis?
que aquel Profeta famoso
come en casa de un leproso,
y sólo porque allá váis.
Y pués sabeis que os espera,
del cielo el mayor tesoro,
dejad la pompa y el oro,
y podréis ir más ligera.
Ved que el plazo es ya llegado;
¿qué pensáis? ¿qué os deteneis?
que así como os presenteis,
os han de dar en fiado.
Y yo entiendo a lo que creo,
que al que os aguarda y convida,
le dareis mejor comida
que le ha dado el fariseo,
Tal manera de manjar
no la sabrá dar Simón,
que tan puro corazón,
sola vos le podeis dar.
Por postre, tiernos suspiros
de pesar y contrición,
que podrán en la ocasión
de fuerte escudo serviros.
Y después, para aguamanos,
fuentes los ojos hareis,
con que vuestro error laveis
y a Dios los piés soberanos.

La toalla que lleváis
de vuestros cabellos es,
sólo por ver a sus piés
lo que vos más estimáis.
Y porque dice el esposo,
de amor interno herido,
que un solo cabello ha sido
a rendirlo poderoso.
Pues como vuestra alma ve
que ama Dios tantos cabellos,
pensáis con cualquiera de éllos
tener a Dios por el pie.
Si Sansón los estimó,
porque a las gentes vencía,
en más los tendrá María,
que a Dios con éllos venció.
Sois más fuerte que Jael,
ni que Judit animosa,
pues que salís victoriosa
del gran Señor de Israel.
A quién dáis, por amar tanto,
los más íntimos despojos,
el corazón por los ojos,
y el alma resuelta en llanto.
Y llagada de su amor,
como la garza herida,
caeis, rindiendo la vida,
a los piés del cazador.
¡Ojos bienaventurados!
¿cuándo otros así se han visto?
¡Si al sol de justicia, Cristo,
descargan vuestros nublados!
Cuya avenida fué en vos
bastante a dar la disculpa,
hasta poner vuestra culpa
sobre los hombros de Dios.
Y aunque lágrimas os cuesta,
bien barato os ha salido,

pues como en vigilia han sido,
vísperas de vuestra fiesta.
A vos sola se os concede
que os hable, y que le hableis,
y al pueblo manifesteis
lo que vale y lo que puede.
Tocarle no os consintió,
porque fía de vos más
que de la fe de Tomás,
a quien su costado abrió.
Con otra más pura canto
vuestras hazañas en suma,
mas perdonad, que mi pluma
se ha anegado en vuestro llanto.

11. Así en todas las ediciones que he consultado. Aunque deficientes y pobres los versos que anteceden, he querido reproducirlos aquí para conservar mejor el caracter del libro, que como tantos otros libros clásicos, va precedido de las famosas y campanudas poesías laudatorias, que, como por obligada fórmula, acompañan a muchas de las obras más egregias de nuestros grandes ingenios del siglo de oro.

TRATADO DE LA CONVERSIÓN

DE LA

GLORIOSA MARÍA MAGDALENA

SOBRE EL EVANGELIO QUE SE PONE EN SU FIESTA

QUE ES

Rogabat Jesum quidam Phariseus ut manducaret cum illo, etc. Lucæ, 7.

Antes que comience a tratar la historia de la bienaventurada María Magdalena, quiero pedir licencia para no guardar en este tratado o sermón el estilo acostumbrado del predicar, que es ir declarando cada palabra del Evangelio y mostrando sus misterios particulares; porque, pues la Magdalena fué santa, tan sin guardar Dios el orden y regla ordinaria, que acostumbra en las conversiones de los demás santos, haciéndola tan grande, tan poderosa santa, de tan grande, tan poderosa pecadora, mostrándose Dios absoluto Señor de leyes de conversión, pues de la primera tijera y mano quedó tan acabada, que dejó muy atrás a muchos de los muy

20 *muy; más* traen las ediciones de Alcalá y Valencia.

aventajados santos, no será mucho que tampoco yo siga el estilo común que suelo en predicar de los santos ordinarios. Y así, pretendo despedirme en este mi sermón de las leyes y preceptos que dan los más acertados predicadores, y gozar de la libertad de mi gusto en el proceder; y prevéngome en esto para los demás, que en este mi libro escribiere, por salirme de una vez de todo ello y por rematar con los censores, que quieren reglar el querer ajeno conforme a su antojo. Y quédese esto dicho de una vez para las demás que se pudiere ofrecer ocasión de excusa.

Para que por mejor orden procedamos, será menester considerar en la Magdalena tres estados, los cuales se deben pensar en todos los que de pecadores (por la gran misericordia del Señor, que los trae a su conocimiento) pasan a ser justos. El primero es de pecadores, cuando están apartados de Dios y de su gracia y amor. El segundo es de penitentes, cuando prevenidos con la dulzura de las misericordias del Señor muy alto, comienzan a caer en la cuenta de su mal estado, y, corridos de su daño y perdición, avergonzados de la torpeza de sus obras, se vuelven a Dios y hacen verdadera penitencia. El tercero es, cuando ya el alma, vuelta en gracia y amistad de su clementísimo Padre y Señor, goza de la paz que dice San Pablo «que sobra todo

27 *Philip.* 6, 4.

27 *sobra*, por excede o sobrepuja. De uso continuo en los clási-

sentido»; del cual estado sólo tienen licencia de hablar los que en él se ven, porque los que no han llegado a sentir aquella gran dulzura y suavidad, que a sus regaladas esposas les comunica el celestial Esposo, de quien decía la esposa en el primero de los *Cantares:* «Metióme el Rey en el aposento de sus regalos y conservas, donde tiene lo más precioso de sus olores y vinos; allí me regocijé y alegré en mi Amado, que me dió más suave licor que los más estimados vinos de Candía, ni de otras partes»; así que quien no ha llegado a tener estos gustos, no puede hablar de éllos, sino con el poco más o menos con que suelen hablar los que tratan lo que no entienden, y lo menos que dejan es lo más que éllos saben entender. Tratemos, pues, del primero de estos estados, invocando para ello y para todo lo demás que hubiéremos de decir, la gracia y favor del Espíritu Santo y la intercesión de la gloriosa Virgen María y de todos los santos del cielo.

---

cos. «Pues no menos verdad es que las victorias de los griegos *sobraron* a éstos». Fr. L. de León, *Nom. de Cr.*, t. II, p. 21.

«Antes que me consuma,
faltando a ti, que a todo el mundo *sobras*».
Garcilaso, *Egl. 1.ª*, pág. 3, ed. N. Tomás.

«No puedo yo corresponder con agradecimiento que llegue al bien recibido, y *sobre* al que me hizo». *Quij.*, t. III, p. 29.

PARTE PRIMERA

DEL

TRATADO DE LA MAGDALENA

I

Cuando el gran Monarca y Padre del cielo quiso comunicar su belleza y gloria en tiempo, siendo infinitamente sabio, y siendo fuente de amor de donde nace todo el bien a las criaturas, para hacerlas bienaventuradas a cada una en su tanto, viendo que fuera de él no podía haber felicidad alguna, determinó de hacerse fin de todas éllas, y que así como nacían de Dios, así también fuesen a parar en Dios, y hasta llegar a este punto, ninguna de todas éllas tuviese perfección, y por el mismo caso, ni reposo, ni bienaventuranza. *Fecisti nos, Domine, ad te, et inquietum est cor nostrum, donec revertamur ad te;* son palabras del glorioso Doctor y Padre nuestro, San Agustín. Hicístesnos, Señor, para Vos, para gozar de

16 El texto agustiniano dice: ... *donec requiescat in te.* Conf. Lib. I, c. 1.°, ed. Milán, 1905.

Vos, para amaros a Vos, y así nuestro corazón jamás halla descanso hasta que volvamos a Vos.

La figura esférica o circular es tenida en geometría por la más perfecta, porque acaba en el punto donde comenzó; y por eso el Señor se llama principio y fin en el primer capítulo del *Apocalipsi*. Para alcanzar este fin dió Dios el cargo al amor, el cual, como gran artífice, poniendo las manos en la obra y mirando las criaturas que Dios había criado, vió entre éllas dos que eran las más nobles y excelentes. La una era espiritual del todo, y la otra metalada, que es el hombre. Las primeras son los espíritus angélicos de todas las bienaventuradas jerarquías, los cuales los había Dios criado para pajes de su casa: las segundas son los hombres, para que después de una larga guerra de días y años, vividos en Dios, recibiesen el triunfo y corona entre los ángeles, en la gloria. Vió también que, así los ángeles como los hombres tenían dos piezas de gran valor por donde él podía salir con lo que se le había encomendado, que son entendimiento y voluntad. Por el entendimiento conocemos, por la voluntad amamos. El amor está en duda por cuál de estos caminos guirá este negocio, y halla por su cuenta que, si por el entendimiento lo lleva, no sale con lo que pretende. Porque ésta es la diferencia que hay, entre otras, entre estas dos potencias: que la voluntad es

11 *metalada*, adjetivo anticuado, por metálica; también tiene la acepción de *compuesto de diversas partes*

potencia unitiva, esto es, que hace unos al amante con el amado, lo cual no tiene el entendimiento. Esto hace la voluntad; saliendo fuera de sí y pasando a lo que ama y, dejando su propio ser, toma el del amado. El entendimiento ejercita sus actos, recibiendo dentro de sí las especies o semejanzas de lo que ha de entender y ajustándolo a su talle.

De aquí es que las cosas que valen más que nosotros, mejor es amarlas que entenderlas, porque, amándolas, cobramos ser mas perfecto, pues el amor nos une con lo amado, y entendiéndolas, parece que éllas pierden de su ser y valor, pues las ajustamos y entallamos conforme a nuestro entendimiento; pero si son de menos valor que nosotros, mejor es entenderlas que amarlas, porque con amarlas, nos hacemos de más bajo ser, pues cobramos el que tienen y perdemos el nuestro; y entendiéndolas, las mejoramos por la razón ya dicha. Por esto dijo el glorioso P. S. Agustín: «Si tierra amas, tierra eres; si cielo amas, cielo eres; y si a Dios amas, Dios eres», conforme a lo que dice el Apóstol: *Qui adheret Deo, unus spiritus est cum eo*. El que se une con

---

7 *a su talle*, a su traza o forma.—«Tenía *talle* de no acabar sus propiedades». *Lazarillo*, p. 120.

19 El texto agustiniano, que corre generalmente traducido y se ve citado en la forma que lo trae el autor, dice: «¿Terram diligis? terra eris. ¿Deum diligis? ¿Quid dicam? ¿Deus eris?», el cual difiere de como le aduce Malón de Chaide. Vid. *Tract. in Epistolam Johan. ad Part.*, II, cap. 2.°.

21 *Ad Cor.* I, c. 6.

el Señor, hácese una cosa con él y vive una vida misma y del mismo espíritu, así como vuestro brazo vive la misma vida de vuestro cuerpo, porque la vivifica el mismo espíritu que a vuestro cuerpo. También se entenderá de aquí un estilo de hablar que tenemos, y es, que Dios nos ama en sí y por sí. Es muy gran verdad, porque no puede amarnos en nosotros, conforme a lo que hemos dicho, que el amado es fin del amante. Dios no puede tener alguna criatura por fin suyo, porque el fin es más noble, y como el que ama pasa en lo amado y cobra aquel nuevo ser, sería cobrar Dios vida y ser imperfecto, cosa que no puede ser. Ámanos, empero, por sí y en sí, a donde todos estamos y vivimos, y constitúyese por fin de su mismo amor, no amando cosa fuera de sí. Volviendo, pues, a nuestro propósito, quédese el entendimiento, dice el amor, pues por él no puedo yo unir las criaturas con su fin que es Dios, y afierra y apodérase de la voluntad. Y porque, como dicen los filósofos, ninguna cosa puede amarse, sin que preceda primero el conocerla, porque la voluntad, aunque es señora, empero es ciega, y el entendimiento es su gomecillo y paje que la adiestra, y así el conocimiento ha de preceder al amor. Por esto el amor representa el fin, que es Dios, a los espíritus celestiales que, vueltos a mirar aquella fuente de amor dulcísima, arden con un sa-

19 *afierra* por aferra.

23 *gomecillo* es lo mismo que lazarillo de ciego.

broso fuego, a donde ¿quién podrá decir lo menos de lo que gozan? Están rendidos a aquella divina, pura, antiquísima hermosura de Dios; llévalos el amor enlazados y presos de un dulce y libre lazo de amor, para que tornen a la fuente y principio donde salieron; y como ven aquel sol de infinita belleza, amante eterno de sí mismo, vánse aquellas mentes angélicas, atónitas, enajenadas de sí, libres, sin libertad, presas, sin prisión, como las mariposas a la llama. Allí se encienden y no se queman; arden y no se consumen; apúranse y no se gastan. ¡Oh sol resplandeciente, hermosura infinita, espejo purísimo de la gloria! ¿Quién podrá decir lo que sienten los que te gozan? ¡Oh ricas moradas de la celestial Jerusalén, a donde no se sabe qué cosa es noche, porque el Cordero es tu sol, «que jamás se traspone». *Quam dilecta tabernacula tua, Domine virtutum: cucupiscit et deficit anima mea in atria Domini.* ¡Qué hermosas son, Señor, vuestras moradas, qué dignas de ser amadas y deseadas de todos! ¡Desmaya, Señor, mi alma con el deseo de verme en éllas! *Cor meum et caro mea exultaverunt in Deum vivum.* Mi corazón y mi cuerpo salen de sí de contento y se alegran en Dios vivo.

Es tanta la alegría que mi alma siente, en acordarse de mi Dios, que como el corazón sea su principal asiento y el cuerpo se gobierne por el corazón,

5 *donde*, por de donde. De uso frecuentísimo en los clásicos.
17 *Sal.* 83.

al alegrarse el alma, el corazón no cabe en el pecho de contento, y así es fuerza que se dilate la alegría por el cuerpo; no que la potencia en mi alma ni sentido en mi cuerpo, en que no ande un sonido dulce de gloria. *O Israel, quam magna est domus Domini, et ingens locus possesionis ejus*, dice Baruch profeta. ¡Oh pueblo, oh alma que deseáis la casa de Dios, ensanchad ese deseo, abrid ese corazón, que casa rica tiene Dios para hinchiros de bienes; y tan grande es, que no se cierra su término con montañas ásperas ni con el espacioso mar Océano, ni confina con reinos extraños! ¡Oh casa, oh ciudad, a donde todos aman, a donde el amor jamás tiene fin, porque el amado Dios carece de fin!, y como dice Plotino, el amor es infinito, la hermosura es de otro linaje; la belleza, ante toda la belleza, es flor y fuerza de toda hermosura, principio y fin de toda belleza, que hermosea todo aquello de quien es principio.

De aquí desciende el amor a mezclarse entre los espíritus bienaventurados y anda de pecho en pecho, tomando la posesión de todos éllos, y hace que se amen unos a otros y no puedan dejar de amarse, porque, así como muchas piedras preciosas, puestas al rayo del sol, cada una representa otro sol, que deslumbra poco menos que el del cielo, así en cada serafín, y en los demás espíritus bienaventurados, heridos y rayados con aquella inmensa fuerza del

6 Baruch. 3.

amado eterno, Dios, se parece otra fragua de amor divino, y cada uno parece un Dios, digno de ser amado. Por esto, mirándose unos a otros, y viendo en cada uno aquel Dios, que tan dulcemente aman, no pueden dejar de amarse entre sí. ¡Oh ciudad enamorada, quién se viese en tí!

SALMO 83.

Quam dilecta tabernacula tua, etc.

¡Qué amables tus moradas,
Señor de los ejércitos del cielo,
del alma deseadas,
que desmaya en pensarlas desde el suelo!
Y tal dulzura siente,
cuando del Señor piensa en los umbrales,
que al alma, de impaciente,
la dejan los espíritus vitales.
Alégrase en Dios vivo
mi corazón, mi carne, que, movidos
de aquel ardor nativo
de estar contigo, dan por tí gemidos.
Allí halla casilla,
a do descansa el simple pajarillo;
allí la tortolilla,
ejemplo de un amor casto y sencillo,
Hace su nido amado,
a do guarda seguro sus polluelos,
y cabe tu sagrado
altar descansa, libre de recelos.
Allí la golondrina

26 *seguro*. Falta este vocablo en varias ediciones. Vid. Rivad, 285.

parlera, con el pico, artificiosa,
junto a la ara divina,
edifica su casa presurosa.
A mí sólo se cierra,
¡Oh rey de las virtudes! este paso;
y acá, en ajena tierra,
lloro en destierro el infelice caso.
¡Oh, bienaventurados
los que viven, Señor, allá en tu casa,
y en tus techos dorados,
a do jamás la gloria y bien se pasa!
Que con un dulce canto,
cual de los Serafines, desde el suelo,
te cantan: «¡Santo, Santo,
Señor de los ejércitos del cielo!»
¡Oh, felice y dichoso
el varón, que tiene a tí por muro,
quel pecho generoso
lo tiene en el peligro más seguro!
Y en el corazón hace
caminos, por do vienen las divinas

---

2 *a la*. Con frecuencia se encuentran ejemplos, tanto en prosa como en verso, durante todo el siglo XVI, en que aún no se ha realizado la fusión correspondiente.

16 *felice*. Muy frecuente lo mismo en verso que en prosa, entre los clásicos, la *e* paragógica:

«Pío, *felice*, triunfador Trajano»
R. Caro. *Las ruinas de Itálica*.

18 *quel*: la fusión de estas proclíticas ocurre con frecuencia en los poetas.

«*Quel* vulgo ciego adora
la belleza caduca engañadora».
Fr. L. de León. *Oda a Salinas*.
Ed. Merino, 1816.

fuerzas, do el alma yace,
de tí bajadas por secretas minas.
Todos los de este talle
andan, como entre muchas limpias fuentes,
de un deleitoso valle,
apagando la sed en sus corrientes.
¡Oh, bienaventurado
el que en su corazón la escala arrima,
por do de el estrellado
cielo se alcanza la superna cima!
Mientras de este suelo
de lágrimas, do vive en su destierro,
suspira por el cielo,
perdido por aquel primero yerro.
El legislador Cristo,
le vestirá de bienes, con que halague
a su pueblo, que visto
le servirá, porque con gloria pague.
Y contigo más fuertes
crecerán en virtud, hasta aquel punto,
que se truequen las suertes,
y vean todo el bien de Dios por junto.
¡Señor de las virtudes!
¡óyeme agora y atiende a mi gemido;
y para que me ayudes,
Dios de Jacob, inclina a mí tu oido!

---

9 *de el*: la fusión de estas proclitas no se había generalizado aun, no sólo en el estilo enfático y elevado, donde se usaba *de el* por *del*, *a el* por *al*, sino también en los casos corrientes. Santa Teresa en el c. XXXVIII de su *Vida* escribe: «Y cúan señor es el demonio*e del* alma que está en pecado mortal.»—«...y assí exercitar officio tan soberano que agrade a los ojos *de el* que se lo dió». B.º Avila, *Epist.*, 91.

10 *superna, sic* en la ed. *princeps*. En la de Valencia y Rivadeneyra se lee *suprema*.

15 En la ed. *princeps* se lee *Quel legislador Cristo:* en una y otra forma el verso es duro e ingrato.

¡Oh defensor y amparo
nuestro, pues mi destierro, Dios, has visto,
vuelve tu rayo claro,
y asiéntale en el rostro de tu Cristo!
De tu David te acuerda,
que le ungiste en Rey, y desterrado
se ve; Dios, no se pierda;
confírmale tu el reino que le has dado.
Que mejor es un día
de los que allá se gozan en tu casa,
que mil de la alegría
que da el mundo a los suyos, corta, escasa.
Más quiero con trabajo
ser en tu santa casa barrendero,
o si hay otro más bajo,
que aquel me será a mí más placentero,
Que estar en las moradas,
ni en las soberbias casas de señores,
de jaspe fabricadas,
gozando sus privanzas y favores.
Que la misericordia
es la que Dios más ama y encarece;
y la paz y concordia,
con quién lo pequeñuelo en alto crece:
Y la verdad, nacida
de aquella celestial y eterna fuente,
y de allá descendida,
para enderezar acá la humana gente.
Y así, por la primera,
dará gracia el Señor al limosnero;
también por la postera
lo colmará de gloria al verdadero.
Y al justo e inocente,
no privará del bien que se le debe;
antes, en la luciente
región, de donde todo el bien nos llueve,

28 Verso ingrato y mal sonante por exceso de sílabas y mala colocación de los acentos. Así en todas las ediciones que he manejado.

De resplandor cercado,
entre las jerarquías de la gloria,
gozará descuidado
del fruto que tendrá de su victoria.
¡Señor de las virtudes,
defensa de los hombres verdadera,
que, en llamándote, acudes,
dichoso aquel que en tu bondad espera!

II

Hasta ahora habemos tratado cómo se ha el amor en las criaturas intelectuales, que son los Angeles; bajemos ahora a ver cómo se aviene con las racionales, que son los hombres. La raiz de todas nuestras afecciones es el amor, porque todo lo que tememos, aborrecemos o deseamos es por la conveniencia o disconveniencia que tiene con nosotros. Y tanto es el temor que tenéis de perder alguna cosa, cuanto es el amor que la tenéis. De aquí es que el gobierno de nuestra vida, los ejes en que se revuelve es el amor. Por esto decía el gran Padre San Agustín: *Amor meus pondus meum: illò feror, quocumque feror.*

Todas las cosas tienen su peso y gravedad que las lleva tras sí, *pues mi peso*, dice Agustino, *es mi amor: éste me lleva doquiera que voy.* «De aquí es que en acertar a entablar bien la voluntad y amor consiste todo el juego de la vida; porque, si éste va errado, todo va errado; y si se acierta, todo se

---

12 *revuelve*, por gira.

13 *illò. Eò feror* traen las ediciones más autorizadas del Santo.

13 *Conf. lib. III*, cap. IX.

acierta. Y así el mismo Agustino dice «*que el amor propio, hasta despreciar el de Dios, edifica la ciudad de Babilonia*: y *el amor de Dios, hasta el desprecio de sí mismo, edifica la ciudad de Jerusalén*»: que Babilonia es la ciudad del infierno, y Jerusalén la del cielo. Y con irnos tanto en acertar a asentar el amor, es una potencia que no puede estar parada. De aquí nacen nuestros males, de no saber enfrenar este potentísimo apetito; y así de amor le volvemos en furor.

1 El texto agustiniano dice: «Fecerunt itaque civitates duas amores duo: terrenam, scilicet, amor sui usque ad contemptum Dei, cœlestem vero amor Dei usque ad comtemptum sui». *De Civ. Dei*. Lib. XIV, cap. 28.

6 *ir en*, en la acepción corriente de *importar* o *ser de interés*.—«¿No vee que le va a él la honra en élla?—B.º Avila, *Epist.* 37.

III

Hieroteo y el gran Dionisio Areopagita, en aquel himno divino que cantaron del amor, dicen: *Amor, circulus est bonus, a bono in bonum perpetuo revolutus.* Es el amor un círculo bueno, que perpetuamente se revuelve del bien al bien. Necesariamente ha de ser bueno el amor, pues, naciendo del bien, vuelve otra vez a parar en el mismo bien donde nació; porque el mismo Dios es aquel, cuya hermosura desean todas las criaturas, y en cuya posesión hallan su descanso. La razón de esto es, porque lo que nace de la hermosura de Dios se dice amor, que imposible es que aquella infinita belleza no cause amor. Cuando viene a nosotros, enciende el apetito, y llámase deseo. Cuando, sacando al

---

8 *donde*, por de donde, según su etimología *de onde*, como indica Cejador.

«Si se descubre mi llaga, quál fué, *donde* fué venir,
si digo quien me ferió».

A. de Hita. *L. del B. Amor*, t. I, p. 215.

«Suelen los que de sus tierras absentes se hallan considerar de qué cosa aquel lugar *donde* parten mayor inopia o falta padezca». *Celestina*, t. I, 3.

alma de sí la arrebata y lleva y une con Dios, se llama deleite; de suerte, que todo el círculo consta de amor en la hermosura de Dios, de deseo en nuestro apetito, deleite en la unión divina, Y cuando decimos *amor*, todas estas tres cosas encerramos en su nombre. Por esto se llama perfectísimo, porque por sí solo encierra los efectos de todas las virtudes y los frutos de éllas, y sin él, ninguna merece el nombre de virtud. Sino preguntádselo a aquel gran amador, San Pablo, que dice: *Adhuc excellentiorem viam vobis demonstro.* Quiero, dice, enseñaros un camino más cierto y un atajo más al alto, por donde podáis llegar más presto a la cumbre de la perfección cristiana. ¿Cuál es? *Si linguis hominum loquar et Angelorum, charitatem autem non habeam, factus sum velut æs sonans, aut cymbalum tiniens.* Es el atajo del amor, dice San Pablo; porque si yo tuviese más suelta lengua que los ángeles del cielo y entendiese cuantos lenguajes se hablaban en la torre de Babilonia, y fuese más mi facundia y detreza en el hablarlos que la de Tulio en latín, y Platón y Demóstenes en griego; si con esto me falta amor, seré un bacín de barbero o campana

---

10 *Ad Cor.*, I, 13.

23 *bacín*, es lo mismo que vacía o bacina. Antiguamente *bacín* era una pieza de lujo, especie de aljofaina de oro, plata u otro metal. «Puso un *bacín* de plata..., y en aquel *bacín* fué echado asaz dinero». *Crónica de D. Juan II*, c. 129.

«Non dexa tajador, *baçín* nin canastillo».

A. de Hita. *Lib. del B. Amor*, II, 110.

que retiñe en el aire. Más os digo; que si me diera Dios cuanto espíritu de profeta dió a Moysés y a David y a todos los santos profetas juntos, y conociera todos los misterios y secretos de la Trinidad, y toda la ciencia que saben los querubines, y tuviera tanta fe, que mandara arrancar los montes de su asiento, y lo hiciesen así, si con todas estas grandezas me falta el amor, no soy nada. Poco digo; si fuese más rico que Creso, y más liberal que Alejandro, y en hacer hospitales, edificar iglesias y en casar huérfanos y mantener pobres gastase toda mi riqueza, y cuanto tienen los Emperadores de Roma y los Reyes del Perú y de toda la India; y más, que es poco esto; si me hiciesen más martirios que a todos los mártires juntos, que me apedreasen como a San Esteban, me asasen como a San Lorenzo, me aspasen como a San Andrés y me desollasen como a San Bartolomé, si me falta el amor, nada me aprovecha.

Pues volved ahora a mirar lo que hace, y cómo él solo es toda virtud y excluye por sí todo mal. Añade el Apóstol: *Charitas non emulatur, non inflatur, non est ambitiosa, non irritatur, non cogitat malum, non gaudet super iniquitate.* El amor, dice, no es envidioso, no es hinchado, ni entonado y altivo, no es ambicioso, no es enojadizo, jamás piensa mal, no le dan contento los dobleces y malicias de

12 *Y cuanto tienen y han tenido* etc., en la ed. *princeps.*

los malos. Veis aquí cómo excluye todo mal, pues mirá cómo encierra todo bien. Síguese luego en el Apóstol: «La caridad y amor es sufrido, es benigno, huélgase con la verdad, todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo lleva bien». He aquí cómo encierra en sí todas las virtudes. Si uno ama, cree a quien ama, fíale las cosas de precio, perdónale los yerros de buena gana, no le envidia sus buenos sucesos, no le roba la hacienda, no le quita la honra. Dadme que ame, que yo os daré que cumpla todo cuanto dice San Pablo. Y así no halló el Sabio con quien igualarlo sino con la muerte. *Fortis est ut mors dilectio.* El amor es fuerte como la muerte, y aun mucho más, pues venció a la muerte; que por amar tanto el Señor a María y Marta resucitó a Lázaro. ¡Oh amor, que todo lo puedes, todo lo rindes, todo lo vences! *Omnia vincit amor, et nos cedamus amori.* Eres lo más fuerte, pues no vences ejércitos armados, no sujetas reinos, no ligas las robustas manos de bravos jayanes; mas rindes los corazones humanos, no con hierro y mano armada, mas con dulzura, con regalo, con suavidad, con blandura. Eres, oh amor, lo mejor del cielo y tierra, y lo mejor que Dios puede dar. Pida sabiduría

2 *mirá* por mirad. Era común en la época clásica escribir el imperativo en esa forma apocopada. «*Mirá* que en pocas moradas de este castillo dejan de combatir los demonios».
Sta. Teresa. *Moradas*, II, 193.

13 *Can.* 8.

20 *jayanes*, sinónimo de gigantes.

el necio, pídate honra el ambicioso soberbio, pida hacienda el avariento cruel, pida deleites el hombre sensual, que yo, Señor, tu amor te pido. *Nolo tua sed te,* dice San Agustín. No quiero, Señor, a tus cosas, sino a tí: si tu amor me niegas, a tí te me niegas; y si tu amor me das, a tí te me das. Todas las otras cosas que tienes, comunes son a buenos y a malos; pero tu amor sólo es para los buenos, sólo para tus amigos; con el amor lo tengo todo, sin el amor no tengo nada.

IV

Pero mirá que el amor puede ser bueno y malo, y para esto, supongamos que ninguna cosa hay entre nosotros, que sea verdaderamente nuestra, ni esté en nuestra mano, sino sólo el amor. De aquí es que, si nuestro amor es bueno, somos del todo buenos; y si este es malo, somos del todo malos. Síguese más de lo dicho; que a quien damos el amor, damos cuanto podemos y somos, y ninguna otra cosa nos queda que le podamos dar, que nuestra sea. Y si perdemos el amor, perdemos cuanto tenemos, y somos perdidos. Hay más; que el amor es don y no se puede forzar, y por esto se llama don, dado liberalmente. El don que vos dáis pasa en poder de aquel en quien le dáis, de suerte que os desnudáis del señorío que teníades, y el que recibe el don se enviste en él y hace a su voluntad de lo que le distes.

El amor consiste en la voluntad, porque es efecto y acto propio suyo: la voluntad es la señora que manda a las demás potencias; el amor llámase potencia unitiva, que une al amante con el amado, sacándole de sí y llevándole a lo que ama, y allí lo

transforma y hace uno con él. Pues como el amor lleve la voluntad tras sí, y élla, por ser señora, lleve las demás potencias consigo, síguese que el amado es señor de todo el amante, y el amante se transforma en el amado.

Pero descubramos más de qué suerte se hace esta transformación. Y para esto es de saber, que un estilo de hablar que tienen los mundanos en sus profanos amores, de llamar *vida* y *alma* a la persona que aman, es tomada y se funda en una verdad averiguada, aunque aplicada a mal uso. Lo más excelente y estimado que los hombres, ángeles y el mismo Dios tienen, es la vida. Y de aquí es, que todos los miembros se ponen a peligro, a trueque de que se conserve la vida; y por esto nació aquel dicho castellano *viva la gallina*, etc. La razón de esto es porque perder una mano, no es perderlo todo; aunque me corten un pie, puedo vivir; pero la muerte es un perder por junto, donde se pierde mano y pie, ojos, lengua y los demás sentidos. Sabía bien el demonio cuán dulce le era al hombre la vida cuando, habiéndole quitado al santo Job la

14 *ponen a peligro*, es lo mismo que se exponen a o ponen en, que es la construcción recta.

16 El refran castellano, tan vulgar y conocido, es «Viva la gallina con su pepita», o «Viva la gallina y viva con su pepita». Vid. Correas, 509.

19 *por junto*, es decir totalmante, en conjunto. «Comprábanse algunas cosas de *por junto*». Quevedo, *El Buscón*, p. 76, ed. Castro.

22 *Lib. Job.* c. 2.

hacienda, los criados, el ganado, los hijos, y cuanto tenía, alabándole el Señor, porque todo lo había llevado bien, respondió el demonio: *Pellem pro pelle, et cuncta quæ habet homo, dabit pro anima sua.* Señor, no os maravilléis de esto, dice Satanás, que a trueque de guardar el hombre su piel, dará de buena gana las ajenas, aunque sean de sus hijos. Así que esta vida tan dulce hace temer tanto la muerte.

Pues mirá ahora el artificio de Dios, que para obligar a todas las cosas a que le amasen, hizo que ninguna de éllas tuviese vida de suyo, sino que el cuerpo la tuviese en el alma, y el alma en Dios, el cual solo es vida por esencia. De suerte que, si habéis vos de tener vida, ha de ser en Dios. ¿Cómo? ¿Entendiéndole? No, sino amándole; porque, como habemos dicho, el amor une al amante con el amado, y hácele comunicar la vida de quien ama, y que el amado sea alma del amante. Y así, no es metáfora ni sólo estilo de hablar, cuando al amado le llamamos *nuestra vida, nuestra alma.* Pruébase claro, porque la razón que hay para que cuando el alma está triste, el cuerpo desmaye y se pare flaco y pierda el color, como lo dice el Sabio, que el espíritu triste seca los huesos, es porque el alma da

---

20 *claro*, adjetivo con valor de adverbio.

22 *se pare*, en la acepción de ponerse. «*Paróse* colorada con las razones de Sancho, Dorotea. *Quij.*, III, 363 «¿Cómo te han *parado* [oh Señor]». P. La Palma, *Pasión del Señor.*

23 *Prov.*, c. 17.

vida al cuerpo, y así cual élla le diere la vida tal la tendrá y la mostrará el cuerpo. Pues así también, si el amado padece alguna cosa triste, se entristece el amante. Por eso San Pablo, como buen amador, decía: *Mihi vivere Christus est.* A mi, Cristo me es vida. Y por esto, viendo a su vida crucificada, decía: *Christo confixus sum cruci.* Estoy yo cosido con mi Cristo en la cruz. David llamaba a Dios, mi salud. *Dominus iluminatio mea et salus mea.* El Señor es mi luz, sol mío, resplandor mío, salud de mi alma. Salud, luego vida; porque, donde hay salud, hay vida. La esposa llama al esposo *corazón mío: Ego dormio et cor meum vigilat.* Yo duermo y mi corazón vela. Y porque el lugar es muy curioso, quiérole declarar de asiento y probar que sea este su verdadero sentido. Y porque los *Cantares* de Salomón son una égloga pastoril, en la cual se introducen un pastor, que es Cristo, y una pastora, que es la Iglesia, es menester tomar la proporción de lo que acá en los amores humanos suele pasar, a lo que pasa en los divinos.

Muchas veces acaece, que el que ama y sirve una doncella, con quien pretende casarse, le rúa de día

5 *Ad Philip.*, 1. *Ad Galat.*, 2.

9 *Sal.* 126.

13 *Cant.*, 5.

23 *le rúa*, le pasea la calle. «Ruar es passear los galanes, festear las damas». Covarr. *Tesoro*. No se comprende cómo algunos puristas repudian esta palabra de tan castizo abolengo y se empeñan en ver en élla un feo e innecesario galicismo.

la calle, róndasela de noche y aguarda arrimado a una esquina si verá abrir alguna ventana, o por algún resquicio descubrirá luz, o si acaso su dama se asoma a parte donde la pueda ver o hablar: y a esa sazón acaecerá que élla, aunque le quiera mucho, esté durmiendo con todo el descuido del mundo. Si acaso él le da música o hace algún ruido, por donde élla despierte, en conociéndole, pues tanto le ama, ¿quién duda que no dirá, yo estoy durmiendo a sueño suelto, y mi corazón y el que amo más que a la vida está desvelado y en la calle? Así finge Salomón que una noche el esposo, rondando la puerta de su esposa, comenzó a llamarle y decirle: «¡Abridme, hermana mía, amiga mía, paloma mía, mirad que es pasada la mayor parte de la noche, y ya cae el rocío del alba»! A la voz del esposo recordó la esposa de su sueño, y, como conoció a su esposo, dijo: *Ego dormio et cor meum vigilat.* Mirá mi descuido, dice la esposa, y el cuidado de mi cora-

---

10 *durmiendo a sueño suelto:* tiene el mismo valor que la expresión vulgar *a pierna suelta.* «Apostaré que se halla agora durmiendo a *sueño suelto*». *Nov. Ejem*; *La ilustre Fregona*, t. I, 248, ed. «Clásicos Cast.»—«¿Cómo estando presos, tratáis de dormir *a sueño suelto*?» Gracián, *Criticón*, 3, 11.

Idéntica significación tiene *dormir a buen sueño*, como en la copla

«Duerme, Carillo, *a buen sueño*,
descansa y mira por ti,
y ten por cierto de mí
que jamás terné otro sueño».

Cancionero, Mss. 3806, Bibl. Nac.

zón y mi amado; que yo estoy durmiendo y acostada y mi esposo en la calle desvelado. Así que los santos, porque viven en Dios, le llaman *su vida*. San Pablo lo dijo bien, como todo lo demás, en el cap. 3 a los *Colosenses: Mortui estis, et vita vestra abscondita est cum Christo in Deo. Cum autem Christus apparuerit, vita vestra, tunc et vos apparebitis cum ipso in gloria*. Estáis muertos, dice el Apóstol, porque no vivís en vosotros ni al mundo; y donde el alma no obra, no se dice que habita; y pues el amor la ha llevado a Dios, síguese que estáis muertos. Pues, ¿dónde vive, San Pablo?—En Dios, a donde está escondida su vida, porque el mundo no llega a descubrir con sus turbios ojos la vida espiritual de los justos, y por eso la llamó escondida. Pero no está sola, sino con Cristo, que está escondido en Dios, porque está en el seno del Padre, y dijo de sí mismo: «Nadie conoce al Hijo sino el Padre». Dícese tambien estar Cristo escondido en Dios, porque hasta el día del juicio universal no es conocido de muchos gentiles, indios y bárbaros; pero entonces le conocerán, como lo dijo David. Será conocido el Señor cuando tomare las cuentas al mundo. «Entonces, dice S. Pablo, cuando apareciere Cristo, vues-

9 *no vivís... al mundo*, es decir, para el mundo. Es frecuente este dativo en los clásicos. «Si no vivís a Dios». Sta. Teresa, *Vida*. Ed. Madrid, 1916.

18 Matth. 11.

22 *Salm*, 9.

tra vida, aparecerá, esto es, se descubrirá y conocerá el mundo que vivíades. Llamó a Cristo *nuestra vida*, porque él nos la da.

De aquí se sigue que, conforme al amor, sube o baja de valor el hombre; porque no es más bueno de cuanto lo fuere la vida, y ésta la da el amor; luego no será más bueno de cuanto lo fuere lo que ama. Por esto dijo mi Padre S. Agustín: «Si tierra amas, tierra eres; si cielo, cielo eres; si a Dios, Dios eres»; porque, *Qui adhæret Deo, unus spiritus est cum eo.* El que se allega a Dios, hácese un espíritu con él. Luego si de un espíritu vive, tendrá la misma vida, y se llamará Dios en su tanto, conforme a lo del salmo alegado por el Redentor en San Juan, en el capítulo 10: «Yo dije: dioses sois, y todos los buenos sois hijos del Altísimo». Conocía bien David que lo que amase le daría vida cual ello fuese, y así decía: *Mihi autem adhærere Deo bonum est et ponere in Domino Deo spem meam.* Muy buena cosa me es a mi allegarme a Dios, y poner en él toda mi esperanza. Y porque sin vida poco aprovecha la riqueza, ni aun el cielo, y con élla, digo la verdadera, no hace falta la gloria, decía: *Mihi autem quid est in cœlo? et a te quid volui super terram?* ¿Qué quiero yo, Dios mío, bien mío, gloria mía, sin

11 *Ad Cor.*, 6.
14 *Sal.* 81.
18 *Sal.* 72.
23 *Sal.* 72.

Vos en el cielo? Si, Vos, esperanza mía, no estáis allí, todo me fuera noche, todo tristeza, todo infierno; y si a Vos, vida de mi alma, os tuviese en el infierno, me sería dulce paraíso; allí tendría yo gloria. ¿Qué quiero yo de Vos sobre la tierra? Nada por cierto, pues sin Vos no tengo vida, y el muerto nada ha menester de cuanto el mundo tiene. Pues decidme, David, ¿qué os daría contento? *Defecit caro mea, et cor meum: Deus cordis mei, et pars mea Deus in æternum.* ¡Ah! que desmaya el alma mía y se enflaquece el corazón, acordándome de lo que quiero. ¡Dios mío, corazón mío! ¿qué puedo yo querer sino a Vos? Que Vos seais mi heredad, de quien me viene todo el fruto de mi gloria: *Quia ecce, qui elongant se a te peribunt.* Porque los que de Vos, ¡oh fuente de vida!, se apartan, perecen y mueren; porque, dejando la vida, ¿qué esperan sino topar con la muerte? Huyen de la fuente; ¿qué les queda sino morir de sed en el calor del infierno? Apártanse de su alma, luego serán una sombra vana.

De lo dicho inferimos que, pues, lo mejor y más dulce que el hombre tiene es la vida, y, conforme a recta razón, ha de desear para sí la mejor y más perfecta, y esta es Dios, y pues no la podemos alcanzar sino es amándole, que lo primero que habemos de amar es Dios, pues él solo es superior a nuestra voluntad. Esto mismo nos enseña toda la orden

27 *la orden*, o sea toda la disposición de la naturaleza; en esta forma usábase por los clásicos con preferencia al masculino.—«¿Quién

de naturaleza, porque las cosas inferiores y menos dignas, se mudan en las superiores y más dignas. Así se convierten los elementos en las plantas; éstas por sus frutos, en naturaleza de animales que los comen; los animales se convierten en el hombre, comiéndolos y manteniéndose de su carne, y allí se perficionan y ennoblecen. Luego para que todo el hombre se mude en mejor, ha de amar primero a Dios. Toda la naturaleza da voces que la cosa que primero se ha de amar es Dios; y cuando falta esta orden, es mal amor y desordenado. Esto es lo de *Diliges Deum tuum ex tote corde tuo, ex tota anima tua, et ex omni mente tua, et ex omnibus viribus tuis*. Mándanos el Señor que le amemos de todo corazón, con todas nuestras fuerzas, así del alma como del cuerpo, con todas nuestras potencias, interiores y exteriores, y con todo lo que somos, para que nosotros todos nos mudemos en él y no haya parte en nosotros que no se ennoblezca, cobrando más noble vida en él, amándole con todas élias.

Hé aquí ahora la gran fuerza del amor, y de qué suerte une a los ángeles y a los hombres con Dios. Resta ahora que digamos cómo va un hombre cayendo de tan alto estado y viene a morir por el pecado, y a destruir y borrar la imagen de Dios y a imprimir en su alma la del demonio.

---

contará *la orden* de los cielos?» Fr. L. de León, *Exp. de Job*, XXXVIII, 37.—«*La orden* del cielo enxemplo te sea».—J. de Mena, *Laberinto*.

14 Math., 22.

PARTE SEGUNDA

Y

ESTADO PRIMERO DE PECADORA

I

Para pintar el estado de pecadora en que se vió la Magdalena, será bien tomar el Evangelio por guía, para que nos adiestre y no nos perdamos de nuestro intento. Y lo primero supongamos que el espíritu de Dios nos pone delante los ojos a la Magdalena, como un raro y admirable ejemplo de penitencia. Suelen los grandes pecadores, a quien sus muchos pecados han traído a cegarles la luz del entendimiento, desconfiar de poder alcanzar perdón, porque, cuando entran en cuentas con su conciencia, a sí mismos se aborrecen y son intolerables. Y cuando les dicen: Hermano, ¿por qué no hacéis

---

7 *adiestre*, en el sentido de guiar o llevar de la diestra.—«Pareciéndole que yo sería para *adestralle*». *Lazarillo*, 87, ed. «Clás. Cast.» Sebastián de Horozco trae el verbo *adestrar* para indicar el oficio propio del lazarillo.

penitencia? ¿por qué no acabáis ya de determinaros a salir de vuestro pecado?, responden: ¿Cómo queréis que salga, que ya para mí no hay cielo ni misericordia? Un hombre como yo, que toda su vida la ha gastado en ofensas contra Dios, ¿qué esperanzas podrá tener de su remedio? Y así dejan de volverse a Dios, como lo dice Jeremías: *Prohibe pedem tuum a nuditate, et guttur tuum a siti. Et dixisti: desperavi, nequaquam faciam, adamavi quippe alienos, et post eos ambulabo.* Mira la locura de mi pueblo, dice el Señor, que diciéndole yo: Pueblo mío, ¿por qué pudiendo andar calzado en el invierno, queréis andar descalzo? ¿por qué pudiendo tener refresco en el verano y beber frío, queréis perecer de sed? Más claro: ¿por qué, alma, pudiendo andar vestida de gracia, que es ropa que os tendrá el frío de la desnudez del pecado, queréis andar desnuda y sufrir los hielos de los vicios? ¿Y por qué pudiendo hallar refresco, contra el calor desordenado de vuestras pasiones, en mí, que soy fuente de vida eterna, queréis más secaros al ardor de vuestros pecados, para haceros madero seco para arder siempre en el infierno? Y, Señor, ¿qué os respondió vuestro pueblo a tan justa querella? *Desperavi, nequaquam faciam.* La respuesta fué: «Ya es tarde, que he desesperado del remedio». No lo haré, porque toda la vida he amado a los extranjeros, esto es, a los vicios y pe-

8 Jere., 2.

14 *beber frío,* equivale a beber cosa fría.

cados, que se llaman extranjeros, porque no eran de nuestra cosecha, ni era lo que Dios había sembrado en el alma; porque el Señor, solas virtudes había sembrado. Lo mismo dice en el capítulo XVIII del mismo profeta. Díceles el Señor: *Revertatur unusquisque a via sua mala, et dirigite vias vestras et studia vestra.* Aconsejéles yo que torciesen la rienda del camino que llevaban, que se volviesen a mí, que dejasen ya de pecar. Respondiéronme: *Desperavimus: post cogitationes nostras ibimus, et unusquisque pravitatem cordis sui mali faciemus.* Desesperado habemos: ya no hay más de seguir tras nuestro deseo y hacer cada uno su mal intento.

Otros hay que se excusan, con decir que desean hacer penitencia, pero que no saben cómo la hagan. Y, a las veces, el pecado los ha traído a tal estado, que, aunque a ellos y a los hombres les parezca que hacen penitencia, no la hacen a los ojos de Dios, porque no lloran por Él sino por sí mismos.

Lloraba Esaú, dice la Escritura, refiérelo S. Pablo a los *Hebreos*, en el capítulo XII: *Esau propter unam escam vendidit primitiva sua: scitote enim quoniam et postea, cupiens hæreditare benedictionem, reprobatus est; non enim invenit pœnitentiæ locum, quamquam cum lachrymis inquisisset eam.* No seáis profanos como Esaú, dice el Apóstol, el cual por una comida vendió el derecho de su mayorazgo.

12 *más de,* usado con frecuencia en vez de más que.
20 *Gen.*, 26.

Que sabed que, después arrepentido, y deseando heredar la bendición de su padre Isaac, se halló burlado y llegó tarde su arrepentimiento, tanto, que no le aprovechó la penitencia, aunque la buscó con lágrimas. Pecó Esaú en vender la herencia del primogénito, porque era el derecho que tenían al sacerdocio, que iba entonces por los mayorazgos; y así cometió simonía. Jacob no, porque no compró propiamente, sino sólo redimió su vejación, pues que conforme a la ordenación divina, a él se le debía el mayorazgo y la bendición. Lloró Esaú, no por su pecado, más por el interés que perdía; y así no fué verdadera penitencia, que, a serlo, no le negara el clementísimo Señor el perdón.

Así fueron también las lágrimas del rey Antioco que, habiendo robado el templo de Jerusalén, le castigó Dios con una espantosa enfermedad, y siendo el dolor que le causaba vehementísimo, dice la Escritura: *Orabat scelestus Dominum, a quo non esset misericordiam consequnturus.* Oraba el malvado rey al Señor, de quien no había de recibir ni alcanzar misericordia. Pero la divina bondad a nadie desecha si de corazón se vuelven a él. Y así dice el Sabio:

---

1 *Que sabed;* este que, muy frecuente en los clásicos, es expletivo, y equivale al *pues* corriente.—«*Que* él me habló un día muy largo delante della y me dixo».—*Lazarillo*, 263.

11 *Ad Hebr.*, 12.

11 *Gene.*, 26.

19 *Macab.*, II, 9.

23 *Eccles.*, 29.

Quis enim invocavit Deum, et despexit eum? ¿Quién hay que pueda decir con verdad que, habiendo llamado a Dios como debe, le haya Dios desechado y dado con la puerta en los ojos? Nadie por cierto. Así que, volviendo a nuestro propósito, unos desesperando del perdón, por la grandeza de sus pecados, no hacen penitencia; otros dicen que no saben cómo la han de hacer, y ya que hacen algo, no es verdadera penitencia. Pues para que ni los unos ni los otros tengan excusa de su pecado, pone la sabiduría divina un raro ejemplo de penitencia. Una Magdalena, cargada de pecados de pies a cabeza, que con sus lágrimas y dolor y amor que al Redentor tuvo, llegó a oír de la boca del mismo Dios aquel *bien te quiero*, con que hace bienaventurados. Dice pues nuestro Evangelio.

4 «*Dar con la puerta en los ojos*, al que no quieren que entre». Correas, *Vocab.*, 552.

8 *y ya que*, aquí es conjunción concesiva, equivalente a dado caso que o aunque.—«Pues, *ya que* conmigo tenía poca caridad, consigo usaba más». *Lazarillo*, 129.—«Las cuales, *ya que* no sirven de alivio a vuestro dolor, no os lo aumentarían en ninguna manera». *Quij.*, II, 23.

II

Rogaba a Jesús un cierto fariseo que comiese con él. Convidando uno a comer a Diógenes el cínico, no quiso ir ni aceptar el convite: y preguntándole la causa, respondió: «Porque el otro día me convidaron y no me dieron gracias por ello». Parecíale a este filósofo que le habían de agradecer el querer ir convidado, y, cierto, tenía razón; porque, cuando vos lleváis un hombre sabio a vuestra casa, y le sentáis a la mesa, mayor merced os hace él en ir que vos en llevarle.

La razón es, porque lo que él en vuestra mesa come, vale pocos maravedís, y lo que él allí os enseña, no tiene precio. Dice el sabio: *Narratio fatui quasi sarcina in via; nam in labiis sensati invenietur gratia. Os prudentis quæritur in ecclesia, et verba illius cogitabunt in cordibus suis.* ¡Qué pesado es un necio en entenderse, dice el Sabio, y cómo muele, si os habla! ¡Qué torpe es en declararse y qué cabezudo en sus porfías! No hay carga que tanto pese al que va a pie, como la conversación cansada de un necio;

14 *Eccles.*, 21.

18 *muele* en el sentido de molestar, hacerse pesado.

lo que es al contrario en un discreto. Luego bien decía Diógenes, que se le habían de dar gracias porque aceptaba el convite. Pues si las merece un hombre sabio, por el interés que trae su conversación, ¿cuántas se deben de dar a Dios, que quiera comer con los hombres y honrarles su mesa? «Yo estoy a la puerta y llamo, dice el Señor; si alguno me abriere, entraré y cenaré con él». ¡Oh gran Dios, que, porque no sea menester buscarte, estás a la puerta, y no quieres más de que te la den, que tú te entrarás! No dices, Señor, si alguno me rogare, sino si alguno me abriere, porque entienda el pecador, que tiene un Dios tan pegajoso, que ha menester pocos achaques para entrar y quedarse en casa. *Delitiæ meæ esse cum filiis hominum*, decías tú, Señor.

Pues ¿qué mucho que, convidándote y rogándote este fariseo, comas con él? Pero aun aquí, Dios mío, hallo nueva razón de alabar tu bondad, tu clemencia y mansedumbre. No me espantaría yo de que

---

15 *Proverb.*, 8.

19 *espantaría*, en la acepción de admirarse o asombrarse.—«*Espántase* que lo [Cristo] quieran apedrear?» B.° Avila. *Epist.* 29.

«Estando como *espantado*
del animal mostruoso».
M. de Santillana, *Canciones* y *decires*, XIX.

«Y póneme delante aquella gloria
pasada, y la presente desventura,
para *espantarme* de la horrible historia».
Garcilaso, *Egloga 2ª*.

Diógenes aceptase la mesa ajena, porque, al fin, ya que no le daban buenas gracias, no se las daban malas; mas espántame mucho ver que admite Cristo convite de fariseo, porque no sólo ne le agradecían en aceptarlo, mas aun mirábanle a las manos y contábanle los bocados para calumniarlo. Y así dice el Evangelista, que entró un día de fiesta el Señor en casa de un fariseo a comer, y él y los demás le tenían ojo para ver si se desmandaba en algo, para acusarle. Y así le llamaban glotón, destemplado, amigo del vino, y otras graves blasfemias. Pues, Señor, ¿qué novedad es ésta? ¿Vos no sois el que tenéis nombre de comer con los publicanos y pecadores? En el capít. XXIII de S. Mateo, nos pintáis las costumbres de los fariseos de tal manera, que entendemos que no es gente de quien Vos gustáis: gente que se pica de santa en lo exterior; Vos, Señor, coméis corazones: gente pagada de sí; Vos, Señor, queréis los hombres descontentos de sí mismos; gente ambiciosa, codiciosa, gran pregonera de sus cosas; Vos, Señor, abomináis todo esto.

Finalmente, por el mismo caso que gustáis tanto de comer con sus contrarios, los publicanos, entendemos que esta otra gente no es a vuestro sabor. Convidáislos a comer con un Zaqueo, pero era príncipe de los publicanos. Váisos con Mateo, pero era un alcabalero pecador. Pues ¿qué quiere decir ahora mudar costumbre? Y aun por eso dice el Evangelista *rogabat*. Rogado va, y muy rogado. A los

otros el se convida, pero con éstos, rogado y casi por fuerza. Y entiendo que más le lleva la pecadora, que sabe que ha de ganar allí. En casa del otro fariseo sanó un hidrópico, y por eso fué; aquí sana una gran pecadora, y por eso va. Mas ¿cómo no queréis que vaya, que dice, *rogabat*? ¡Oh fuerza del ruego e importunación, que traes a Dios a casa de un pecador! *Et si ille perseveraverit pulsans, dico vobis, propter improbitatem eius surget, et dabit illi,* dice el Señor. «Quien tiene un amigo, que si acaso de noche y a deshora le viene un huesped, y se halla desproveído de lo que ha menester para darle de cenar, éste vase a casa de un amigo, dícele: «Un huesped me ha venido, prestadme tanto pan y vino para darle». Si estando ya acostado se le excusa, que no es ya hora de abrir la puerta y que no hay quien se lo dé, si el que tiene la necesidad insiste, llamando, y ruega, en verdad os digo, dice Cristo, que, cuando no lo haga por ser su amigo, por la importunación y por echarlo de sí, se levantará y le dará lo que pide, y, aún más de lo que pide.» ¡Poderosa fuerza la de la oración, que va cautivo Dios, va atadas las manos, va rendido! ¿Cómo queréis que vaya a donde este fuerte Jacob, este victorioso luchador de la oración le lleva? Por eso va a comer. Esmérase Dios en pagar bien la posada, porque no cabe, en ley de buena crianza, posar en una casa y dejar al huesped

8 Lucæ., 11.

descontento. Elías pagó la posada a la pobre Sunamites, con darle harina y aceite para el tiempo de la gran hambre; después le resucitó el hijo que era muerto. Su discípulo Eliseo, por sus oraciones, alcanzó que tuviese hijo su huéspeda, y después habiéndosele muerto, le volvió a la vida. Pues, si entre gente de bien se tiene esto por falta, ¿cuánta razón será que entendamos, que pagará bien Dios la posada que le diéramos? El bienaventurado S. Ambrosio pondera mucho aquella diligencia con que Zaqueo hospedó a Cristo. ¿Qué prisa es esta? *Sciebat uberem esse hospitii mercedem.* Había oído decir Zaqueo a otros huéspedes cuán bien pagaba Cristo, y por eso se

---

2 *con darle*, equivalente al gerundio *dándole*, como casi todos los infinitivos construídos con preposición. Los ejemplos abundan tanto en los clásicos que huelga traer citas.

3 III *Reg.*, 17; IV *Reg.*, 4.

5 *huéspeda*: innecesario parecería anotar que *huespeda* es siempre la hospedadora o posadera y no la hospedada, cosa que confunden no pocos por la semejanza con *huésped*, que lo mismo puede ser el que hospeda que el hospedado. «*Güesped*, el forastero que viene a nuestra casa, y *güesped*, el mesonero, o el que tiene casa de posadas; *güespeda*, la mesonera, o la que acoge en su casa y tiene camas de posada», Covarr. *Tesoro.*—*Güespeda* hermosa, mal pasa la bolsa. «Correas, *Vocab.*—Dios me depare mesón, que la *huéspeda* me aya algo y el *huésped* non». Mal-Lara, *Filosofia vulgar*, p. 139, Ed. 1618, Madrid.

«..Porque con mandar
a la *huéspeda* guisar
cuatro desdichas»...
T. de Molina *El Castigo del penséque*,
Act. I, esc. 1.ª Ed. Rivad.

mostraba tan diligente. Comía con pecadores, y perdonábales sus pecados; con los gentiles, y traíalos a la fe; con sus amigos, por acrecentarlos en su amor; con los fariseos, para humillarlos; y así no quedó éste sin galardón, que fué alumbrado del error en que vivía, y en su casa se celebró tan alto sacramento como el de la penitencia.

III

Et ingressus domum Pharisæi discubuit. No es el Señor de los que mientras más los ruegan, más se extienden. No os turbe el haberos dicho que le rogaba, y que, a fuerza de ruegos, se va con el que le convida, que no es esto, porque Él os quiera negar lo que le pedís, sino por gozar de vuestro ruego, que es lenguaje que a Él mucho agrada. Tiene un padre un hijo pequeñuelo, y el niño, viendo al padre con una manzana en la mano, pídesela; no se la da luego, cierto es que huelga de dársela, pero por gozar de los halagos y lisonjas del niño, se la detiene. Iba la Cananea en pos del Redentor; lloraba,

---

4 *Extienden.* En el uso familiar tiene el sentido de ponerse muy hinchado y hacerse valer, afectando poder y señorío. *El ruín cuanto más le ruegan, más se extiende*—dice el refrán, que advierte que el villano se entona y pone más hinchado, cuanto más se le insiste a que condescienda a alguna súplica. *Rusticus rogatu superbit.*

11 *cierto,* usado como adverbio.—«Más, *cierto*, a mí me espantaban algunas veces». Sta. Teresa, *Cam. de Perf.*, 46. «Clás. Cast.»

«Y *cierto* no trocara mi figura
con ese que de mí se está riendo».
Garcilaso, *Egloga 1.ª*, 12.

13 Math., 15.

llamábale, pedíale misericordia para una hija que tenía: la necesidad era grande, sus lágrimas muchas, su fe extremada, su trabajo digno de compasión, y con todo eso, *Non respondit ei verbum*; dice el Evangelio que no le respondió palabra. Sobre lo cual dice S. Crisóstomo, espantado que no le respondió palabra: «¡Oh cosa nunca vista! ¡Oh caso jamás esperado de Dios! ¡Qué le ruegue una mujer, que le suplique, que le importune, que llore su causa, que cuente su pasión y acreciente la tragedia con llantos, y que el Amador de los hombres no le responda! ¡Qué calle la palabra! ¡Qué esté cerrada la fuente! ¡Qué el médico detenga las medicinas! ¿Qué es esto, espejo de los santos, resplandor de la gloria? ¿Qué novedad es ésta, oh guarda de los hombres? ¿Vos no provocáis a otros a que os sigan? ¿Y a esta miserable mujer, que os sigue, la desecháis? ¿Qué esperanza me queda, oh Padre del cielo, a mí, tibio, si a tanta fe cerráis la puerta? ¿A dónde está lo de *pulsate, et reperietur vobis*; llamad y os abrirán?»

Vos, Señor, en naciendo, trajisteis de Oriente a los Reyes, y resucitando, mandáis a vuestros discípulos que vayan por el mundo a convertir gentes; ¿y ahora que viene esta desdichada mujer a rogaros por su hija, llorando su desventura, no le repondéis? Al Centurión, que os rogó por su paje, le dijísteis: «Yo iré y le curaré». A un ladrón, por una palabra,

20 ...*et aperietur vobis*, dice el Evangelio.

le dáis el cielo; al paralítico, sin pedíroslo, le mandáis que se levante sano; a Lázaro, le volvéis de allá del infierno; Vos, que curáis los leprosos, resucitáis los muertos, alumbráis los ciegos, salváis los ladrones, perdonáis las rameras, ¿no respondéis a esta desventurada? Era porque se holgaba del sufrimiento y paciencia de la Cananea, y por acrecentarla en la fe, y porque la más alta alabanza que damos a Dios, es tener siempre grandes esperanzas de su misericordia. *Ego autem semper sperabo, et adjitiam super omnem laudem tuam*, dice David. Yo, Señor, siempre esperaré; aunque me vea el agua hasta la boca, siempre tendré esperanza que me ha de llegar a sazón vuestro socorro, y con esto acrecentaré sobre todo vuestra alabanza, porque huelga mucho el Señor, que esperemos de su Majestad grandes cosas.

Así, en nuestro propósito, si se hace de rogar algunas veces, no es por no concedernos la merced que le pedimos, siendo justa, mas por el contento que recibe de que le roguemos. Si no, miradlo en la facilidad con que, en entrando, se sentó en la mesa; parece que temía no le desconvidase.

---

11 *Sal.* 70.

12 *con el agua hasta la boca.* frase metafórica de uso corriente que se emplea para indicar el grave aprieto en que alguien se ve. Es lo mismo que la otra frase análoga, *con el agua hasta la barba.*— «Y la otra se sentó en una silla junto a mí, derribado el manto hasta la barba». Cerv., *El casamiento engañoso*, 179, ed. Marín.

22 *Desconvidase.* Revocar la orden dada para algún convite, o anular la invitación hecha a algún sujeto. No he visto usada esta palabra en ningún autor antes del P. Malón de Chaide.

Parece esto a lo del hijo pródigo que, en viéndole de lejos, corrió, los brazos abiertos, a recibirle, como si temiera que se le había de volver. ¡Oh entrañas de misericordia! ¿Y a dónde con tanta prisa? ¿Para dónde corréis, Dios mío?—Dejadme, que voy a recibir a mi hijo.—Pues, Señor, ¿no véis que os ha gastado la hacienda, no véis que os ha ofendido, que es un perdulario?—¡Ah, que es mi hijo, dice el buen padre Dios, y voy muy alegre para recibirle! Luego, en entrando, se asentó el Señor; luego quiere posesión, y de tal manera que, después de entrado, no se os irá hasta que le echéis de casa; y aun después, se os arrimará a la puerta esperando, si le queréis abrir. *En ipse stat post parietem nostrum respiciens per fenestras, prospiciens per cancellos*, decía la esposa. ¿No véis a mi esposo, a mi amado, que está tras la puerta, mirando por los resquicios del cancel y acechando por las rendijas de la ventana? Es que está mirando qué es lo que hace la esposa, el alma, con deseo de hallar por dónde entrar. Por esto se llama *sol;* porque así como el sol entra por cualquier agujerito de la ventana, por pequeño que sea, así también Dios, por cualquier entrada que le déis, por cualquier ocasioncita, por un oído que dejéis abierto, por una palabrita, por un suspiro dado con deseo; al fin se aprovecha de cualquier ocasioncilla que halla para nuestro remedio.

2 Luc., 15.
15 *Cant.*, 2.

Por agua se lanzó para entrar a una Samaritana; por pesca, para un S. Pedro, y le hace decir: *Exi a me, Domine, quia homo peccator ego sum.* Señor, salid de tan pobre barca como la mía, que soy un hombre pecador, que no merece tanto bien. ¡Oh San Pedro! ¿y qué decís? Él anda por quedárseos en casa ¿y vos por echarle de ella? Y si sois pecador, aun por eso es bien detenerle, que a la presencia de la gracia necesario será que huya el pecado. Paréceles a los hombres que es negocio de cumplimiento, y que es metáfora y manera de hablar que inventan los predicadores, sacada de sus cabezas, porque dicen ellos, que no ven a Dios tras la puerta. Esto es de entendimientos muy carnales. ¿Y no miras una buena inspiración que Dios te envía; un castigo, un no enviarte agua, una enfermedad? Que sea esto así; que llame y para ello envíe estos castigos, prué-base en muchos lugares de la Escritura, particularmente en el IV cap. del profeta Amós, y porque el lugar es galán lo diré aquí todo: «Oid, vacas gordas, las que os apacentáis en los fértiles montes de Samaria, los que a los pobrecillos los armáis lazos y los calumniáis, hechos acusadores de lo que no cometieron, por pelarlos la poca hacenduela que tie-

1 *Por agua.* Es muy usado este giro en los clásicos, lo mismo que en el lenguaje corriente, omitiendo la preposición *a*; así se dice *ir por agua, ir por leña.*—«Mas, pues Dios lo ha hecho mejor y pasan adelante, abre, abre y ve *por* de comer». *Lazarillo,* 208, ed. cit. —«Ve *por* ellos.—Allá subiréis *por* ellos». Cerv., *Entremeses.*

24 *Pelarlos.* Nótese el decidido propósito del P. Malón de Chaide por incorporar frases y locuciones corrientes y familiares, levan-

nen. Jurado ha el Señor por vida de su Hijo, que es su santo, y ha puesto su mano en el Ara consagrada, que han de venir días en que, hechos tasajos, os han de asar vuestros enemigos en lanzas, e hinchirán sus ollas de vuestras carnes, que harán ollas podridas de vosotros. ¿Por qué, Señor, tal estrago en ellos?

tando su significado y ennobleciendo su empleo, hasta en la traducción del texto bíblico. *Pelar*, usado en el lenguaje corriente, significa quitar con engaño, arte o violencia los bienes a otro. «*Pelar*—dice Covarrubias—es comerle a uno su hazienda como hazen las rameras que pelan a los mancebos». *Tesoro*.—«Bien sofriré mas que pida e *pele*; pero no todo para su provecho». *Celestina*, I, 206. «Su primer y principal cuidado es el sacarles algo y el *pelear* a los tristes mezquinos». Fr. L. de León, *Perf. Cast.*, p. 118, ed. cit.

3 *Tasajos*, «pedazo de carne salada y acecinada para que dure». *Dicc. Acad.*—«Carne salada y seca, del verbo *taxo*, *as*, porque se parte en pieças, para que le entre mejor la sal». Covarr., *Tesoro*.

5 *Ollas podridas*, «el cocido compuesto de más especies de carne que el ordinario, y de gallina chorizo, jamón y otras cosas semejantes». *Dicc. Acad.* A esta deficiente referencia de la Academia hay que añadir que en la *olla podrida* entraban, además, como elementos constitutivos indispensables, la col, la zanahoria, cebolla, calabaza, ajo, perejil, pimienta, aceite, vinagre y una buena ración de tocino. Conocidos son los refranes alusivos de que *No hay olla sin tocino, ni sermón sin Agostino*; *Vaca y carnero*, olla de *caballero*; *Olla sin verdura, no tiene gracia ni hartura*.—«Dícese por la olla bien cocida con diferencia de carnes, tocino y adherencias, y acomódase a junta de gentes y cosas diferentes mezcladas y confusas». Correas, *Vocab.*, p. 624.—«*Olla podrida*, si vienen de caza; todo cocido si no tienen dientes». Guevara, *Menosp. de Corte*, etc., 126, ed. cit.—En la *Dorotea*, de Lope de Vega, se apunta lo que gastaba Geralda en una olla podrida: «Una libra de carnero, catorze maravedís; media de vaca, seis; son veinte; de tozino, un cuarto, otro de carbón; de perejil y cebollas dos maravedís, y cuatro de aceitunas es un rea cabal». Act. V, esc. II, ed. *Renacimiento*.

Porque yo, por vuestros graves pecados, os dí tanta falta de pan, que se os olvidaba el comer y se os mohecían los dientes; y con todo eso no os volvistéis a mí, dice el Señor. Yo también os quité la lluvia y cerré el arca del agua; lloví sobre una ciudad y no sobre otra, y los campos que no se llovieron se secaron, y venían dos pueblos y tres a buscar agua a otro, donde sabían que había alguna fuente, y les daban el agua por tasa, de suerte que no se hartaban; y no os habéis vuelto a mí, dice el Señor. Envié arañuela en vuestros frutales, helé las viñas, añublé vuestras huertas, comióse el gusano los aceitunos, y ni aun así os volvisteis a mí, dice el Señor. Envié muerte y cuchillo en vosotros, camino de Egipto, cuando os salieron los enemigos con mano armada, y cayeron en la guerra los más floridos y robustos de vuestros soldados; los enemigos apañaron la presa, y cautivaron vuestros caballos, y fué tanta la carnicería, que llegaba el hedor de los muertos a vuestras narices, y no os volvisteis a mí, dice el Señor. Más; que os derroqué las casas y poblados, como a Sodoma y Gomorra, y salisteis del fuego, como tizones medio quemados; y con todo

---

11 *hele*, verbo impersonal, usado como transitivo, lo mismo que el anterior, *lloví*.

12 *añublé*, por anublé.

17 *apañaron*, por cogieron; es frecuente sobre todo en el lenguaje picaresco y de germanía.—«Acuérdate; si fueres por consena, *apañes* un bote para aquella gentezilla». *Celestina*, II, 22.—«O de la casta bellaca, si te *apaño*». S. Horozco, *Canc.*, p. 158.

eso no os habéis vuelto a mí, dice el Señor». De manera que en todo este capítulo va probando remedios para entrarse en casa, y si los castigaba, era no más que llamarlos para que se volviesen a él. Y porque vi este capítulo del profeta traducido a la letra, he querido ponerlo aquí para desempalagar el gusto a los que esto leyeren.

Oidme, vacas gordas
del monte de Samaria,
a do paceis las yerbas regaladas,
y las orejas sordas
volved ya voluntaria-
mente, del verde pasto descuidadas;
Por vos son quebrantadas
las fuerzas a los pobres,
robando sus alhajas,
hasta las pocas pajas
del pobre lecho; que aun los duros robles
lloran sus sin razones,
con no haberles Dios dado corazones.
Pues ya Dios ha jurado
por vida de su Hijo,
con la mano en el ara consagrada,
que el enemigo airado,
con grita y regocijo
le vengará esta injuria con la espada.
Y que despedazada
vuestra carne, allí luego
harán los asadores

12 Unánimemente han considerado los preceptistas como una licencia ilícita el quebrar las palabras de este modo:

«Y mientras miserable-
mente se están los otros abrasando»—dice también Fr. Luis. *Poesías*, p. 7, ed. Merino.

de las lanzas mayores,
y asarán los tasajos en el fuego;
y para sus comidas
harán de lo queda ollas podridas.
En Betel adorastes,
do está el becerro de oro,
y en Gálgala lugar de idolatría;
Y pues ya comenzastes,
gasta el rico tesoro
en tales sacrificios noche y día.
Y de la hacienda mía
les ofreced primicia,
y al pan con levadura
llamad ofrenda pura.
¡Oh hijos de Israell tanta malicia
¿cómo será posible
que no se vengue con furor terrible?
Pensando de enmendaros,
por pan os di gran hambre,
de suerte quel comer se os olvidaba.
No me bastó cortaros
de la vida el estambre,
cuando en lo más florido y verde estaba:
y, puesto que os llamaba,
jamás a mí os volvistes;
yo, faltando tres meses
para coger las mieses,
mandé que no lloviese, como vistes:
Y el agua cayó de arte
que a vuestras mieses no les cupo parte.
Los ríos desmayaron,
secáronse las fuentes,
la gente se caía de sedienta.

12 *les ofreced* Es muy corriente este modo de anteponer el pronombre personal al imperativo y al infinitivo.—«Assí es verdad: mas también *me decid*». Fr. Luis de León, *Nomb. de Cr.*, II, 20, ed. cit.

29 *de arte*, de tal modo. «*De arte*, que Isaías llama rescates a los judíos». Fr. L. de León, *Nomb. de Cr.*, I, 124.

Dos pueblos se juntaron
por buscar las corrientes,
de quien acaso alguno les da cuenta.
Mas aun el agua lenta,
en viéndolos, huía,
y así, no se hartaban
aunque lo procuraban.
Mas esto no venció vuestra porfía,
ni quisistes volveros
a mí, que me dolía sólo en veros.
Pasó más el castigo,
porque os envié langosta,
y vuestros huertos todos se añublaron:
Y al gusano enemigo
mantuve a vuestra costa,
cuyos dientes las viñas os talaron.
Tampoco perdonaron
al olivo aceitoso,
ni a la higuera verde,
que el dulce fruto pierde;
mas no os bastó un castigo tan furioso,
ni quisistes volveros
a mí, que me dolía sólo el veros.
Salió la muerte airada
y, camino de Egipto,
degolló vuestros mozos más valientes:
La juventud postrada
quedó en aquel conflicto,
para mayor espanto de las gentes:
los caballos dolientes
y tristes van cautivos,
y el hedor de los muertos
llega de los desiertos
a dar en las narices de los vivos.

---

3 *de quién*; con un antecedente en plural y refiriéndose a cosa. En lo autores del siglo XVI y XVII es de uso continuo esta forma del relativo.

Mas no basta a volveros
a mí, que me dolía sólo el veros.
No contento con eso,
por sola vuestra enmienda
derroqué vuestras casas por el suelo,
Y de Sodoma el peso
os cargué, porque entienda
vuestra maldad la tierra y todo el cielo.
Quedastes de este duelo
como tizón quemado;
Cielos, seime testigos,
que, tras tantos castigos,
los hijos de Israel me han olvidado.
Ni se han vuelto con ellos
a mí, que me dolía sólo el vellos.
Yo haré, Israel,
estas cosas contigo,
y, a lo menos, después de ya pasadas,
Seime siquiera fiel,
y tenme por amigo,
y disponte a seguir tras mis pisadas.
Quien crió las pesadas
montañas, y el que cría
este viento que vuela,
y al hombre le revela
su querer, y la noche vuelve en día,
tiene, porque te asombre,
Señor de los ejércitos por nombre.

De lo que el Señor dice en este capítulo del santo Profeta, se colige evidentemente cuánta verdad

19 *Séime* por sedme: imperativo del verbo ser, muy usado por los clásicos anteriores al XVII. En algunos pueblos castellanos aun se usa *sey* y *seime*.—«Señor, tu *sey* conmigo, guárdame de traydores».

A. de Hita, *Lib. del buen amor*, I, 4.

sea lo que vamos tratando, del deseo que tiene de estar con nosotros, y que los castigos que envía, las amenazas y todo lo que a nosotros nos parece aspereza y desamor, no es otra cosa sino un llamar a la puerta y estar aguardando que le abramos. Al otro le levanta los ojos al cielo para que vea las grandes obras de Dios, y de allí se mueva a recogerse y a ver que ha ofendido a Dios. A unos amenaza, a otros halaga; a éstos pide celos, a aquéllos se muestra enojado. ¿Pues qué otra cosa es tan vario modo de atraer, sino estar mirando Dios tras la puerta, para atalayar si vos descubrís en vos algún portillo, por donde Él pueda entrar a vivir con vos? Si no tuviéramos palabra de Dios, firmada con el sello de su Espíritu en la Sagrada Escritura que nos dijera, que es el gusto que Dios toma con el hombre y con su trato, no lo dijera yo. Después de criado el hombre, que fué lo último con que Dios alzó la obra, dice la Escritura: *Requievit Dominus ab universo opere, quod patrarat.*

Esto es; cuando Dios en el primer día hizo la luz, no quedaba del todo contento, y así el segundo día hizo el cielo estrellado; y puesto que le dió conten-

11 *varios*, diversos.

«Adornara de rosas, y cogiera
las frutas *varias* en el nuevo día».
Herrera, *Egloga venatoria*

19 *Gene.*, 2.

to su belleza, como también se le había dado la luz, aun le faltaba algo para su regalo. Por eso al tercer día descubrió la tierra y poblóla de yerbas y plantas y de árboles de fruta; parecióle bien a Dios, pero aun quedaba lo mejor. Llega el cuarto día y cría esas dos lumbreras del cielo: el sol, que es fuente de luz, alegría del mundo, espejo purísimo y resplandeciente, ojo del cielo; y la luna, caudillo y princesa de las estrellas, para que el uno alumbrase el día y la otra presidiese de noche las obras de los mortales. ¿Quién pensara que había más que desear, ni que quisiera Dios pasar más adelante, viendo aquella hermosura que tanto lleva tras sí los ojos? Pues aunque le pareció muy rebien a Dios, dice que no lo ha por eso; y al quinto día hinche esos senos del mar inmenso, de diversidad de pescados, que jueguen a su placer en las espaciosas aguas; y los ríos y estanques y fuentes manda que se pueblen de peces; cosa que, aunque la belleza del sol y luna y estrellas es mucha, al fin no viven ni sienten ni tienen actos vitales, como los peces, y por eso son más nobles. Manda también que, en ese mismo día, del agua se produzcan las aves para que con libre vuelo, rompiendo el delicado viento con las vagas alas, jueguen en el abierto cielo, y que con las doradas plumas, pintadas de mil colores, retocadas con los rayos del sol, hagan millares de vislumbres, pareciendo más hermosas de lo que son en su ser natural.

Ni aun aquí cansó la poderosa y liberal mano del gran Padre del cielo, y así, por no dejar la tierra más pobre y despoblada de lo que había hecho al aire, manda que, el sexto día, salgan en nuevo ser todas las especies de animales, de que tan llenos vemos hoy los campos y los montes y toda la tierra, con tanta variedad de propiedades y condiciones, que lo más que de ellas sabemos es lo menos que ellas tienen. ¿Hay más que desear, gran Dios? ¿Falta aún algo para vuestro contento? ¿Queda cosa que sea de vuestro gusto, que no esté ya hecha? Bien estáis en la cuenta; aun falta lo mejor y no ha llegado a su punto el descanso mío, dice Dios.

Y para que mejor se entienda, nota lo que Abdalá sarraceno dijo. Preguntado, cuál era la cosa de mayor admiración que en esta mundana farsa se hallaba, respondió que el hombre. Lo mismo dijo Hermes Trismegisto, hablando con su hijo Ascle-

1 *cansó*, usado como intransitivo por *se cansó*.—«La çierva montesyna, mucho segida *canssa*». A. de Hita, *L. del B. Amor*. I, 193.—«Cuando duermo *canso*; ¿qué me hará cuando ando? H. Núñez.

14 *Abdalá*. Este Abdalá sarraceno, que el P. Malón de Chaide cita, es sin duda Abdalá Benalmocafa, traductor árabe de la colección de fábulas indias recogidas por Barzuyeh, que lleva el título, famoso en la literatura castellana, de *Libro de Calila e Dinna*. Entre las copiosas versiones a diversos idiomas, las que mejor reproducen el texto árabe de Benalmocafa son la traducción latina de Juan de Capua, con el epígrafe *Directorium vitæ humanæ*, y la castellana, hecha probablemente a instancias de Alfonso *el Sabio*, siendo aun infante, en el año 1251, que lleva el título ya mencionado.

La traducción árabe de Abdalá fué hecha hacia el año 750.

pio, *Magnum, o Asclepi, miraculum est homo.* Por cierto, o Asclepio, gran milagro es el hombre. No es la razón las alabanzas que del hombre se dicen, que es lengua de todas las criaturas, pariente de los ángeles, intérprete de naturaleza, medio entre la eternidad y el tiempo, y como dicen los persas, lazo del mundo, poco menor que los del cielo. Grandes cosas son estas, pero no tales, que con derecho se alcen con el nombre de admirables, pues los ángeles les hacen mil ventajas. La razón principal es: había el soberano Maestro compuesto esta mundana casa, a la traza de su sabiduría; había hermoseado de espíritus la celestial región, las esferas de estrellas y planetas; todo este mundo inferior le había poblado de animales; faltaba quien conociese la grandeza del Hacedor y la ilustre obra; por esto, acabando ya todo lo demás, comenzó a tratar de producir al hombre. Pero ¿cómo será eso, que en los archivos divinos no hay de dónde producir nuevo hijo, ni en los tesoros no hay con qué heredarle, ni en las sillas del mundo no hay lugar a donde este contemplador del universo se asiente? Pero decidme, sabio moro, ¿cómo decís que en los archivos divinos no hay donde producir nuevo hijo ni en los tesoros no hay con qué heredarle, ni en

20 *no hay*. En muchos lugares hace uso el autor de este *no* puramente expletivo y retórico, que tenía vigencia en la época de Malón, y que hoy nos parece superfluo e ingrato.—«Es más mi plazer cuando oigo que anda así que *no* mi pena». B.° Avila, *Epist.* Ed. cit.

las sillas del mundo no hay alguna vacía donde se asiente? Bien digo, responde Abdalá, porque o el hijo ha de ser intelectual o no. Si ha de serlo, ya en el cielo los hay, y la región suprema está llena de espíritus intelectuales. Si no ha de tener entendimiento, ha de ser bruto; ya la tierra está llena de ellos. Y más, que si de los tesoros se le ha de dar gloria, ya la tienen los ángeles; si tierra, ya la pasean los brutos.

Y esto es lo que dice la Escritura: *Igitur perfecti sunt cœli et terra et omnis ornatus eorum. Sed homo non erat, qui operaretur terram.* Acabó, dice Moysés el Señor de dar perfección a los cielos, hinchándolos de ángeles; a la tierra, poblándola de animales; y crió todo lo que para el ornato y hermosura del cielo y tierra era menester. Pero no había criado al hombre que pudiese trabajar y labrar el paraíso. Mas no era cosa decente que Dios no pudiese tener otro nuevo hijo, siendo de poder infinito, ni le estaba bien a su gran sabiduría ni a su paterno amor.

Determinó, pues, el supremo Artífice que aquel a quien no se le podía dar alguna cosa nueva, le fuese común todo lo que a los demás animales le era propio. Toma pues el hombre, que aun no tenía

---

10 *Genes.*, 2.

18 *decente*, sinónimo de conveniente o apropiado, según el contenido etimológico latino.—«Y parecerá al juyzio del mundo, que esta condición de ánimo no es nada *decente* al que ha de reynar».—Fr. L. de León, *Nomb. de Cr.* II, 70.

propia imagen y, puesto en medio, habióle así: «Ni te damos cierto asiento, ni propio rostro, ni don particular, porque la silla que conforme a tu albedrío, y el rostro y los dones que tú te deseares y quisieres escoger, esos tengas. Todas las demás criaturas tienen limitadas leyes y naturalezas: a ti ningunas te estrechan. Por tu albedrío, en cuya mano te he puesto, has de hacerte ley; púsete en medio del mundo para que de allí mirases mejor lo que hay en él. Ni te hicimos celestial ni eterno, mortal, ni inmortal; tú has de ser como árbitro y nuevo entallador de tí mismo. Podrás degenerar en las cosas inferiores, que son los brutos, y podrás transformarte en las superiores y divinas, según te pareciere». ¡Oh suma liberalidad del Padre celestial! ¡Oh admirable felicidad del hombre, a quien fué dado tener lo que desea, ser lo que quisiere!

Los brutos desde su nacimiento sacan consigo lo que han de ser; los ángeles, en siendo criados, se hallaron perfectos, y en esto no se gastó tiempo; mas en el hombre sembró Dios todo linaje de semillas de virtud, y conforme a lo que cada uno labrare, aquello cogerá; si regalos del cuerpo, haráse planta que sólo se aumenta y crece; si las cosas sensuales, será bruto; si las racionales, saldrá animal celestial; si las cosas intelectuales amare, será ángel; y si con ninguna de estas suertes se contenta, si se volviese a su centro y se uniere con Él, haráse un espíritu y endiosarse ha, porque quien se

allega a Dios, hácese un espíritu con Dios. Hé aquí al hombre criado, y compuesto el mundo. En acabando Dios de criar al hombre, dice la Sagrada Escritura: *Et requievit Deus die septimo ab universo opere quod patrarat.* Descansó Dios de las obras que había hecho; esto es, no había descansado en la creación de todas las cosas hasta que formó al hombre. Entonces dijo: «Ahora sí, estoy contento que he hecho casa para mí; ya tengo donde reposar; en el hombre estará mi descanso de aquí adelante».

Diréisme que no es tan literal ese lugar y que querríades que os diese alguno que os convenciese, pues es cosa en que tanto os va, y de que recibiréis mucho gusto, y aun mucha confianza si os lo persuadiésemos. Pues mirá: Dios quiso tanto al hombre que primero le aderezó la casa acá en la tierra, y despues le tomó posada allá en el cielo como a gran señor; que cierto está que Dios no la había menester para sí. En el capítulo. VIII de los *Proverbios* pinta la Sabiduría divina, que es el Hijo de Dios, la creación de todas las cosas; que por pintarla David galanamente, en el salmo 103, la pondré aquí en verso, explicando el salmo, porque el capítulo VIII

---

1 *he aquí*. Es singular que esta forma que ha prevalecido en el idioma castellano le disgustara a Juan de Valdés: «Muchos dizen *he aquí*, por *véis aquí*, yo no lo digo». *Diálogo*, 109. Ed. Montesinos.

3 *Genes.*, 2.

16 *aderezó*, preparó o dispuso. «Dios *aderece* a Celestina e ponga en corazón a Melibea». *Celestina*, II, 20.

de los *Proverbios* de su hijo y este salmo del padre dicen una misma cosa.

SALM. 103

Las obras contemplando
de aquella mano, dina
del gran Padre y artífice divino,
mi alma va faltando;
porque, a luz tan vecina,
no ve seguro paso, ni hay camino.
Mas a ciegas y a tino
canta, alma, alguna cosa,
y alaba como quiera
la gloria verdadera
del que en la inaccesible lumbre posa,
pues mostró en lo criado,
que grandemente se ha magnificado.
Cubierto de hermosura,
cercado de alabanza,
de claro resplandor estás vestido,
y en la mayor altura
do humano ser no alcanza,
los cielos como piel has extendido.
Y porque el encendido
planeta acá enviase
su fuerza, con que el mundo

4 Compárese esta traducción diluída y amplificada que, con todos sus aciertos de expresión, no puede compararse en modo alguno con la bellísima y ajustada que hizo Fr. Luis del mismo salmo, conservando la incomparable belleza del original hebraico, «Alaba oh alma, a Dios: Señor, tu alteza», etc. Vid. ed, cit., p. 403.

14 *posa* por *reposa* o *se asienta*. También este término le desagradaba a Valdés: «...vocablo es para entre plebeyos, entre los quales también se dize *posar* por *asentar*». *Diálogo*, 115.

le da ser tan fecundo,
porque a la superior parte no pase,
un cristalino cielo
pusiste encima de aguas hechas hielo.
Cual nube en el Oriente,
bañada del tesoro
de Febo, con mil luces hermoseas;
así en resplandeciente
nube, bordada de oro,
subes, do el cielo mides y rodeas;
y a veces te paseas
en las plumas del viento.
Los pajes de tu casa,
como fuego que abrasa,
ligeros más que humano pensamiento;
que del más alto cielo
en un punto, por ti, bajan al suelo.
Sobre fuertes colunas
la tierra has asentado,
que en sí misma está firme, eterna, estable,
a do jamás algunas
fuerzas, a brazo airado,
la mudarán, que el centro no es mudable.
¿Qué lengua habrá que hable
cómo el inmenso abismo
con sus aguas las viste?
a quien tú le dijiste:
«Vos encerrá mil montes en vos mismo»,
y de ondas coronados
sepulta el mar mil cerros empinados.
A la voz poderosa
que diste antiguamente,
cuando todo de nada lo criaste,
huyó la mar medrosa,
y encogió la corriente
a do en sus anchos senos la encerraste,
y sus ondas turbaste
con un horrendo trueno.

¡Oh traza soberana!
pues en la tierra llana
el valle de menuda yerba lleno
fundaste, y de allí subes
los montes que compiten con las nubes.
¡Oh fuerza! ¡oh poderío!
¡oh valor verdadero
de tu brazo, que el bravo mar enfrena,
y quebrantas su brío,
no en montañas de acero,
sino en una menuda y floja arena!
Y cuando brama y suena,
porque con cruda guerra,
los vientos forcejando,
y en las aguas luchando
con ellas piensan anegar la tierra:
aquellas ondas bravas
aun sin cubrir la arena las desbravas.
Tú por secretas minas
y venas de la tierra,
en los valles amenos rompes fuentes:
los ríos encaminas
por entre sierra y sierra,
y entre montes das paso a sus corrientes;
en sus aguas lucientes
bebe el león y el oso;
el gamo, el ciervo juegan,
cuando a las fuentes llegan,
en medio del estío caluroso;
y mientras su vez viene
al salvaje asno su gran sed detiene.
Sobre las altas breñas
diste a las aves nido;
do sin recelo libres anidasen:
y en medio de las peñas,

4 *Subes* por elevas o levantas. «Y luego los *subidos* montes crecen», dice Fr. Luis, p. 403,

con canto no aprendido,
con sus harpadas lenguas te alabasen,
y que cuando callasen,
por el escuro velo
de la noche serena,
sola la filomena
por la dulce garganta, en triste duelo,
despida sus querellas,
moviendo a compasión a las estrellas
Y de la rueda helada,
que tira el eje frío
del nocturno planeta, va asentado;
de yerba aljofarada,
con el fresco rocío
las cumbres de los montes has pintado.
Con paso apresurado
bajan de allá las fuentes,
porque le quepa parte
a la tierra y se harte,
y pueda producir a los vivientes
brutos, el heno y yerba,
cuyo ser para el hombre se conserva.
Que el bruto la trabaja,
y la cerviz cerdosa
del buey la rompe, a donde el pan se esconde;
y después con ventaja
rinde el fruto gozosa,
y al labrador a veinte le responde.
Riegas las viñas, donde
nace el licor, que alegra
el corazón humano,
y quita con su mano

4 *escuro* era corriente por oscuro.

«... Tú nos das la noche escura
en que salen las fieras».

Fr. Luis de L. Ib., 405.

28 *a veinte le responde*, es decir, le produce el veinte.

29 *donde*, por *de donde*, como queda indicado.

la vil melancolía, escura y negra;
y el aceite le diste,
que torna alegre el rostro del más triste.
Porque nada faltase,
le diste el pan al hombre,
que el corazón confirma desmayado;
ni aun un árbol quedase,
ni cedro que se nombre
que no sea de tu mano sustentado.
Hacen el nido amado
las aves en las ramas
de los bosques sombrosos;
mas en los poderosos
árboles, las cigüeñas encaramas,
do, en su nido, presidan
a las aves que más abajo anidan.
Al ciervo temeroso
le diste su vivienda
sobre los altos montes do se esconde;
y al erizo espinoso,
para que se defienda,
la piedra, que es tu Cristo, a quien responde.
La blanca luna, donde
del tiempo la mudanza
conocemos, se viste
de luz, porque quisiste
que ella y el sol guardasen alianza,
saliendo a tiempo cierto
y poniéndose el sol por su concierto.
Y cuando el encendido
planeta al Occidente
fenece la jornada, le sucede

---

3 Evidentemente sobra el *más*, pues no hay verso. Así lo encuentro en todas las ediciones consultadas.

17 *temeroso*, por tímido.

32 *fenece*, por acaba o termina. Es la primera vez que yo veo construído el verbo *fenecer* con complemento directo.

la noche, do, adormido
el mísero doliente,
afloja su cuidado en cuanto puede.
No habiendo quien lo vede,
los ligeros venados,
sin miedo de los perros,
dejan los altos cerros,
a do entre día estaban emboscados;
y juegan sin recelo,
corriendo por el prado y verde suelo.
El leoncillo hambriento
se sale de la cueva,
a cuya voz los otros animales,
más ligeros que el viento,
buscan guarida nueva,
porque son en las fuerzas desiguales.
A Dios piden los tales
con la voz temerosa,
y con la cerviz alta,
la presa que les falta,
forzados de la hambre congojosa.
Que cuanto tú hiciste
de sustento bastante proveíste.
Mas cuando el rubio Apolo
los rayos de oro muestra,
huyen, y se retiran a sus cuevas;
no queda ni uno solo;
el tigre y onza diestra
se encuevan a pensar en cazas nuevas.
Levántase a sus pruebas
el hombre y deja el lecho,
y sale a su ejercicio,
hasta que del oficio
cansado, ve que el sol camina derecho,
y llega al Occidente

29 *encuevan:* encovan se lee en la edición de que me sirvo.
34 Así en todas las ediciones. No consta el verso.

a dar luz a la ya hallada gente.
¡Qué grandes son tus obras,
Señor de lo criado,
altas, perfectas, sabias, acabadas!
Por tales hechos cobras
un nombre, que loado
serás en mil edades prolongadas.
En tu saber fundadas
todas las cosas haces;
y la tierra poblaste
de lo que tú criaste,
porque en tus criaturas te complaces
y tú te sirves de ellas,
desde el ínfimo centro a las estrellas.
Tú diste al mar furioso
sus aguas espaciosas,
y senos, que le sirven como manos.
Allí el pece escamoso
rompe las espumosas
ondas, con los lascivos juegos vanos.
No pueden los humanos
contar la diferencia
de peces, que allí viven,
porque sólo se escriben
en tu eterna memoria y alta ciencia,
y en esas ondas tales
navegan con sus naves los mortales.
El mar para su juego

---

1 Nótese la cacofonía de este verso, en que el autor hace alusión a los descubrimientos de entonces.

18 *pece*. La *e* final después de la fricativa *c* no se extingue hasta muy entrado el siglo XVI; así se repetía con frecuencia *infelice*, *pece*, *calice*, etc.

22 *diferencia*, por diversidad.—«Aun los que su dotrina siguiesen, no se diferenciassen de los otros en vestidos, ni aun en *diferencia* de manjares». A Valdés, *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma*, 93 «Clás. Cast.».

le diste, por mostrarte
a aquel fiero dragón que al mundo espanta,
que con sus cejas, ciego,
las grandes aguas parte;
mas no le vale ser de fuerza tanta,
  Que el lazo a la garganta,
como con avecilla
juegas con la ballena;
y de tu mano llena
espera cada cual su partecilla,
  Que a su tiempo repartes
a todo lo criado iguales partes.
  Tú, como la gallina,
que a sus tiernos hijuelos
el granillo señala con el pico,
con tu mano divina,
desde los altos cielos,
repartes su manjar al grande y chico.
  De bienes queda rico
el mundo, si la mano
abres, pero si escondes
el rostro, y no respondes
al gemido del hombre ciego y vano,
se turba y desvanece,
que a donde tú no estás, todo perece.
  Está de ti colgado
el ser, sustento y vida,
pues que de ti y por ti y en ti vivimos;
mas si tú el aire amado
nos quitas, es perdida
la vida, y en el polvo nos pudrimos.
  Mas luego revivimos,
si tu espíritu envías,
que la muerte destierra;
y el rostro de la tierra
renuevas con el sol y claros días;
  Que, al fin, esos tus ojos
del corazón destierran los enojos.

Dure, Señor, tu gloria
por siglos prolongados,
y alégrate, gran Dios, en tu hechura;
y en eterna memoria
tus hechos celebrados
sean de toda humana criatura.
Cuando Dios de la altura
mira, tiembla la tierra;
y los altos collados,
siendo por él tocados,
humean, que su fuerza los atierra;
y, como cera al fuego,
si tú los miras, se derriten luego.
Cantarte he, Señor mío,
mientras no desampara
el alma este terreno y mortal velo;
Y cuando el cuerpo frío
diere a la muerte avara
su tributo, y quedare envuelto en hielo,
ora en la tierra, o cielo,
o en la región desierta
de luz y de alegría,
ora en la jerarquía
me pongas más subida, a do la cierta
gloria se ve con verte,
que allí te alabaré con vida o muerte.
Séale mi alabanza
süave a sus oídos,
y en su fuego amoroso arda mi pecho,
que en mí no habrá mudanza,
y con alma y sentidos
me deleitaré en Dios; y allí deshecho,
con un nuevo provecho
me gozaré contento.
Mueran los pecadores,
si no han de ser mejores,

11 *atierra* por aterra.

15 *no desampara*; indicativo con valor de subjuntivo.

y acaben como humo al recio viento.
¡Y vos, ánima mía,
bendecid al Señor la noche y día!

De manera que David nos ha pintado en este salmo la creación del mundo, por galán artificio, y lo mismo cuenta su hijo Salomón en el capítulo VIII, el cual introduce a la Sabiduría divina, que es el Hijo de Dios, que habla de cuando todas las cosas se hicieron, y dice: «Yo estaba con mi Padre componiéndolo todo. Tenía cada día mis juegos y recreaciones diversas, en ver las obras tan perfectas, que mi Padre hacía; pero, entre ellas, hizo una tan de mi gusto y tan acabada, que me dió más contento que las demás. Esta fué el hombre; en éste puse todo mi regalo y deleite; éste fué siempre mi jardín de recreación». Y así ama tanto Dios este hombre, que por gozar de su amor, en convidándole, se le entra por las puertas y se le asienta a la mesa. Y si queréis ver qué tan gustoso manjar es para Dios el hombre y qué fué lo que en este banquete le supo mejor, oíd.

19 *qué*, es ponderativo.

IV

Et ecce mulier quæ erat in civitate peccatrix. Atención, pecadores, que entra el manjar, mirad que viene una mujer.—¿Pues para eso tanta atención? Creo que la pide el sagrado Evangelista para confusión de muchos hombres que, aunque se ven en graves pecados, aunque sienten mil aldabadan y llamamientos de Dios, nada basta para volverlos al verdadero camino de su remedio. Esta mujer pecadora era, pero con celo, y acude a la fuente a limpiar sus culpas. Pero veamos, santo Evangelista, ¿y esta mujer no tiene nombre?—Si tendría, que María se llamaba—¿Pues por qué no la nombra? Bien os acordáis de lo que atrás se dijo, que el amor hace unos y transforma al amante con el amado, esto es, que por afición y amor parece que en alguna manera sale de sí y se pase en lo que ama; porque allí tiene sus pensamientos, sus deseos, su descanso, su

2 Repetidas veces, en el curso de la obra, adopta el autor la forma dialogada, cosa corriente en los oradores de la época, como puede notarse en el P. Granada y en Sto. Tomás de Villanueva, para lograr efectos más dramáticos y excitar más vivamente el interés del lector o del oyente. Sólo el buen gusto puede librar de los escollos que estos recursos implican.

deleite, y todo lo que quiere y entiende. Por esto decimos que el amante muere en sí y vive en su amado, porque todos estos son efectos de vida. Pues como lo que da vida y ser a alguna cosa lo llamamos forma de la tal cosa, como al hombre llamamos racional, porque le da vida y ser el alma racional, y al caballo lo llamamos animal sensitivo, porque lo vivifica un alma sensitiva, así también al amante le damos nombre de lo que ama; y por esto a los que aman a Dios los llama la Escritura *dioses*. Pues como el pecador ame al pecado, ha de tomar el nombre suyo; luego, si la Magdalena ama los vicios y torpezas y pecados, llámese pecadora y diga el Evangelista: *Mulier in civitate peccatrix*. Una mujer había en la ciudad, gran pecadora.

Pasemos más adelante.—¿Por qué no tiene nombre? Dicho habemos que Dios es vida del alma, como también el alma lo es del cuerpo; y así como, en apartándose el alma, decimos que muere o es muerto el hombre, así, en ausencia de Dios, decimos que es muerta el alma, y, mientras Dios está con ella, decimos que tiene vida.

El estar y vivir es por amor, que así lo dice San Juan: «En esto, hermanos, conocemos, que habemos pasado de muerte a vida, en que amamos». Amor y pecado son contrarios y no pueden estar juntos; que así dicen los teólogos que la caridad y

24 Joann., 3.

amor alanzan y destierran el pecado. Tampoco vida y muerte. Luego, en pecando el hombre, se va Dios de su alma y con él la vida, y por el mismo caso queda muerto el pecador. Así lo dice el mismo Apóstol: «El que no amá está en muerte». Luego si la Magdalena era pecadora, bien se infiere que estaba muerta. El muerto no tiene nombre: *Non est priorum momoria*, dice el Sabio, *sed nec eorum qui postea futuri sunt, erit recordatio apud eos, qui futuri sunt in novissimo*. No hay ya memoria de los que murieron hoy ha cien años. Si no preguntá cómo se llamaron los que murieron en la conquista de Granada o en la de Cannas, por manos de los africanos, o decidme cómo tuvieron nombre los vecinos de Numancia; pues tampoco la habrá de los que hoy vivimos, de aquí a cien años. Pues si los

---

1 *Alanzan* por lanzan o alejan. Era corriente en el siglo de oro el uso de muchos verbos anteponiéndoles *a*, como *abastar*, *alimpiar*, *allegar*, etc., conservando la misma significación que los verbos simples correspondientes. «Señálame tiempo en que ruegue... por tu pueblo, que las ranas sean *alanzadas*». Fr. Fran. Ortiz, *Epist. fam*., VI, Ed. Rivad. «Mas no por eso los demás que pueden emplearse en lo mismo se deben tener por desobligados ni deben por eso *alançar* de las manos la pluma». Fr. L. de León, *Nomb. de Cr.*, I, 13.—Covarrubias—observa F. Onís—dice que sólo se usa esta voz en la frase *alançar el demonio*, «echar los malos espíritus de un hombre», y añade «pero *alançar* es echar fuera como *lançar* echar adentro». En los *Nombres de Cristo* abundan los ejemplos de esta distinción, mantenida normalmente en la lengua de Fr. Luis de León. Ibid.

8 *Eccles.*, 2.

11 *preguntá* por preguntad.

muertos no tienen nombre, conforme a lo de los *Proverbios*, *Nomen impiorum putrescet*, que el nombre de los pecadores se pudrirá, siendo la Magdalena pecadora, estaba muerta, y si muerta, luego sin nombre. Pues no la nombre el Evangelista.

Estraño es el odio que Dios tiene al pecado, y si esto considerásemos, no hay infierno que tanto nos espantase como el pecado. Es tan grave cosa, que dice S. Anselmo en el *Libro de las semejanzas* que si fuese posible, antes querría ir a padecer todas las penas del infierno sin pecado que ir al paraíso con él. Pero, que mucho, pues al santo Moisén le dió tanto dolor, fuéle tan horrible que decía a Dios: «Señor, una de dos habéis de hacer, o borradme del libro de vuestros privados, o perdonad este pecado a vuestro pueblo»; que parece que más quería que Dios le echase en las penas del infierno, que ver un pecado sin perdón. ¿Paráis mientes, qué mal

2 *Prov.*, 10.

6 *Estraño*, tiene la misma significación que hoy de *raro* o *extremado*.—«Llevado del *estraño* gusto que en ellos sentía se dió priesa a poner en efeto lo que deseaba». *Quij.*, I, 94. «Porque cuando los encontrare no hable como *estraña*» *Celest.*, II, 26. Ordinariamente se escribe, usado en esta acepción sin *x*, y eso es lo recto, ya que *extraño* equivale a *extranjero*, *ajeno*. Sin embargo, en los clásicos se encuentra escrito de este último modo con la acepción de *singular*. «Y cada cual con diligencia *extraña*».

Crist. de Virués, *Monserrate*, 134, ed. 1805.

12 *Moisén*. El autor escribe indistintamente Moisés y Moisén, pues las dos formas tenían vigencia.

18 *Paráis mientes*. Recapacitar o meditar con particular cuidado y atención alguna cosa. «*Mientes*, vocablo Castellano antiguo—dice

tan grande es el pecado? S. Pablo jura en su conciencia, por Jesucristo vivo y por el Espíritu Santo, que deseaba ser maldito y apartado de Cristo, sin culpa, porque los judíos no pecasen. *Veritatem dico vobis, in Christo Jesu, non mentior, testimonium mihi reddente conscientia mea in Spiritu sancto, quoniam tristitia mihi magna est et continuus dolor. Obtabam ego ipse anathema esse a Christo pro fratribus meis. Ego ipse*, dice; yo que lo he visto, yo que he visto la divina esencia, yo que subí al cielo deseaba lo que os he dicho. De esta manera estiman el pecado los que conocen y tienen ojos para saberlo mirar. ¿Ofensa de Dios? ¿Injuria de Dios infinita? ¿Qué solo ella y no otra cosa nos aparta de Dios y nos hace sus enemigos? *Nihil odisti eorum quæ fecisti*, dice el Sabio. Sois tan bueno, Señor, que no aborrecéis cosa de cuantas hicistes. Y con ser así que el lugar

---

Covarrubias—que vale advertimiento, como *parar mientes:* dixose de la palabra latina mens, tis». *Tesoro.*

«Todos los de mis Cid tan bien son acordados,
están *parando mientes* al que en buen hora nasco».
Poema del mio Cid. Texto M. Pidal.

«Mientre él está allá,
lazerades vos acá,
parades mientes quando verná».
Elena y María. Texto M. Pidal. *Revista de Filol. Españ.*, 1914.

4 *Rom.*, 10.
16 *Sapien.*, 2.

del infierno y los fuegos infernales, donde están los demonios y los malos, quiere Dios bien, concluye luego: *Odio est Deo impius et impietas ejus.* A mi, si estoy en pecado, me aborrece y huye de mí. Así dice Isaías: «Vuestras maldades han hecho divorcio entre vosotros y vuestro Dios; y vuestros pecados hicieron que escondiese de vosotros su rostro».

Aun los gentiles conocieron esta verdad, que tenía Dios gran odio al pecado. Así lo dijo un amonita a Holofernes: *Deus enim illorum odit iniquitatem.* Sabed, Señor, antes que a los hebreos les mováis guerra, si acaso su Dios está mal con ellos, si le han ofendido, o si le sirven bien; porque si han pecado, tendréis cierta la victoria, que sin duda estará su Dios mal con ellos, porque aborrece en extremo la maldad; pero sino le han ofendido, imposible será conquistarlos.

Y para que mejor se pondere lo que es pecado, es de saber que las cosas espirituales exceden mucho a las corporales en sus operaciones, porque obran más poderosamente y más perfectamente. Si miramos las naturales, veremos que, si las quiere alguno violentar, rompen en efectos espantosos. ¿Quién habrá que pudiese tener en la región del aire los Alpes? ¿qué apoyos, qué fuerzas bastarían? Romperíanlo todo por volver a su centro, y con su inmenso peso desharían todas las máquinas que el seso

5 Isai., 59.
10 *Juaic.*, 3.

humano podría inventar. Vemos que por ser la naturaleza del fuego, de subir a su esfera, si acaso le encierran, como lo hacen para minar los muros y fortalezas, lo vuela todo y levanta las torres por el aire, por sola la inclinación natural de tirar a su centro. Pues la fuerza de un espíritu es tanta que puede tomar un monte y tenerle sobre las nubes. Luego menos posible será que haya cosa criada, que, aun angel ni aun alma, la detenga de tirar a Dios. Es esto tanta verdad, que si le cargase Dios con su poder todo el mundo junto, con todo ello daría al través y tiraría a su centro, que es Dios.

Pues de aquí se conoce el inmenso peso del pecado y que pesa más que el mundo entero, pues cargado sobre su alma, la detiene de suerte que la derrueca hasta el infierno, lo que no pudieran hacer todos los elementos juntos. Poco digo; un ángel, por ser de más noble naturaleza que el alma, puede mucho más; y con todo eso un pecado le derribaría del Cielo. Aun no lo dicho: sólo un pecado se cargaron todos los espíritus que cayeron, entre los cuales había de todos los Coros, y aquel supremo y tan hermoso y aventajado Serafín; y con ser casi inumerables, fué tanto el peso de sólo aquel pecado, que los despeñó más desapoderados y furiosos que

21 *Aun no lo dicho.* Frase elíptica que equivale a decir *Aun no basta lo dicho.*

24 *Serafín.* Alude a Luzbel.

un rayo. Así dijo el Señor: «Yo vi a Satanás, que cayó del cielo como un rayo arrebatado»

Aun quedo corto: una vez que el Hijo de Dios se cargó a cuestas, no las culpas, que éstas no las pudo tomar, sino las penas de los pecados, le hizo sudar gotas de sangre el peso de ellas, y arrodillar con la carga y reventar con ella hasta morir en una cruz. Porque ¿qué otro mató al hijo de Dios sino el peso de nuestros pecados? *Propter scelus populi mei percussi eum,* dijo el Señor: «Por las maldades de mi pueblo he herido yo un solo Hijo que tenía». Y San Pedro, hablando de esta materia, dijo: «Cristo tomó nuestros pecados sobre sus hombros, y murió con ellos en una cruz». De esto se queja el mismo Señor por Isaías, hablando con su pueblo: *Servire me fecisti in peccatis tuis, præbuisti mihi laborem in iniquitatis tuis.* Hicístesme sufrir en vuestros pecados, como si yo fuera un esclavo; y, con llevar vuestras maldades, me hicistes cansar. Y como si le preguntaran: Decidme, Señor, ¿y siendo Vos el descanso de los ángeles, quién os podía cansar? ¿Siendo Vos a quien todas las criaturas sirven, de quien tiembla la tierra y a cuya voz se encogen los cielos, y siendo la misma libertad, quién os pudo hacer sufrir ni sudar? ¿Cuándo llegó vuestro cansancio a

1 Luc., 10.
8 Isai., 33.
12 I. Petr., 2.
15 Isai., 43.

tal término que la carga os hizo gemir? Responde luego: *Ego sum, ego sum ipse, qui deleo iniquitates tuas propter me.* Yo soy el que tomó tus pecados y, por descargarte a ti, me cargué a mí, y en éstos y en pagar por ellos me cansé tanto. Ahora creo que está bien ponderado lo que es pecado.

Pues si tan odioso le es a Dios, ¿qué mucho que no quiera que el pecador tenga nombre en su Evangelio? Mirá; aunque aquí en el mundo tengáis más títulos que una provisión real, y parezcáis milagroso y santo, si tras eso hay pecado, no tenéis nombre con Dios. No os conoce el que os crió, el que os redimió con su sangre y tanto aborrece al pecador, que antes se niega a sí, que conocerle; pues con saber todas las cosas, y cuántos cabellos tenéis en la cabeza, con todo eso dice, que a vos no os conoce. Grande encarecimiento del odio del pecado, pues así desconoce Dios al malo, que niega saber de él ni jamás haberle conocido, que es negarse a sí. A las vírgines locas, les dice: «En verdad que no os conozco, ni sé como os llamáis». Sabe

7 *qué mucho*, frase interrogativa muy usada por los clásicos para dar enfasis y ponderación a la pregunta.

«Pero aunque sois morena sois hermosa
y *¿qué mucho*, si a Dios tenéis en brazos
que dándoos tanto el sol estéis morena?
Lope de Vega, *El Peregrino en su patria*, 105.

20 Math., 25.

20 *vírgines*. Latinismo muy frecuente. «Castigar todas las *vírgines* que son impúdicas y malas».—Guevara, *Menosprecio*, etc, 217.

cuantas estrellas tiene el cielo, y las llama por sus nombres: *Qui numerat multitudinem stellarum et omnibus eis nomina vocat*, dice David; y tras eso no conoce al pecador miserable. Conoce a los santos: *Honorabile nomen eorum coram illo.* Honrado nombre tienen los buenos para con Dios, dice David. Gran consuelo es este por cierto para el corazón del humilde y del pobrecillo, que aunque el mundo no le conozca, ni los reyes de la tierra tengan memoria de él, el alto y poderoso Dios le conoce, sabe su nombre, tiénele escrito en los cielos.

Cuando los discípulos volvieron de la predicación a donde los había enviado el Señor, dijéronle con mucho regocijo: «Señor, venimos los más alegres del mundo de ver que aun hasta los demonios se nos rinden en vuestro nombre — «Respondióles Cristo»: No hagáis mucho caudal de eso ni pongáis en cosa de tan poco cimiento vuestra alegría. ¿Sabéis de que os habéis de regocijar? De que vuestros nombres están escritos en el cielo».

¡Qué ufano y engreido anda el cortesano y el otro privado, que el Rey le mandó poner en el me-

---

2 *Salm.*, 146.

4 *Salm.*, 72.

11 Lucœ, 10.

15 *hagais caudal*, expresión corriente en el sentido de apreciar, hacer caso.

«Hase encargado dél el camarero
de quien dicen que el duque *caudal hace*»
T. de Molina, *El verg. en pal.* Act. II.

morial, para mejorarlo en la consulta, en la encomienda o en el oficio, o en el obispado; y ¡qué desesperado, cuando sabe que no está allí escrito! Y estarlo o dejarlo de estar es todo sueños y aire; pero tener nombre en la casa de Dios, como el pobrecillo Lázaro, llagado y hambriento, que, en muriendo, luego son los ángeles con él, y le llevan en hombros al eterno descanso, esto sí que es la gloria y bienaventuranza. Al otro desdichado ricazo, regalón, harto y enjoyado, no se le sabe el nombre en el Evangelio, y así, en muriendo, es sepultado en el infierno, para mostrarnos el infeliz y desdichado estado en que está el pecador, que primero arderá su desventurada alma en el fuego eterno del infierno, que su cuerpo se enfríe en la tierra. Pues por esto no la nombra porque el pecador no tiene nombre.

Pero creo que también el santo Evangelista guarda este punto de crianza, aprendido en la escuela de Cristo, que cuando cuenta el ruin estado de alguno no quiera nombrarlo; pero si nos dice su enmienda, dice también su nombre. Así lo hace el mismo S. Lucas que, cuando habla de que S. Mateo era cambiado o trampeador o portazguero, le llama

18 *crianza*, sinónimo de cortesía y urbanidad. «Criança es urbanidad, Deprender criança, enseñarse a ser corteses». Covarr., *Tesoro*.

22 Lucæ, 5.

23 *portazguero*, «el que tiene a su cuidado cobrar el portazgo». *Dicc. Acad.*—Portazgo, lo que se paga en el puerto: *portadguero*, el que lo cobra». Covarrubias.— Por extensión se ha aplicado este

Levi, nombre suyo, pero poco conocido; mas, cuando en el cap. VI le cuenta apóstol, llámale Mateo que era su común nombre, porque ya seguía a Dios y era estado honroso el que tenía. No se olvidó aquí de su propia crianza; porque, aunque el pecado de esta mujer era público, no la nombra porque va contando su mal estado; mas en el cap. VIII, cuando cuenta las santas mujeres que seguían a Cristo, la nombra entre éllas. Esto hace, por enseñarnos los puntos de cortesanía de la casa de Cristo, que son los que debemos guardar con las famas de nuestros prójimos. Porque si, siendo los pecados de esta mujer tan públicos, calla su nombre el Evangelista, ¿cuánta mayor razón tenemos de encubrir los nombres de los pecadores secretos?

Grande fué el pecado de Judas, mas antes permitió Cristo ser vendido, antes ser entregado en manos de sus enemigos, que no quiso descubrirle su nombre, aunque fué rogado; y, estando ya el demonio envestido en él, con todo eso, por no descubrirle dió su santíssimo cuerpo. ¡Ah Señor, y cuán

nombre a los que cobraban tributos por pasar por determinados puntos y parajes.

Yo guardo el pasaje e el *portadgo* cojo»,
A. de Hita, *Lib. del b. Amor*, II, 30.

20 *envestido* por investido. Úsase frecuentemente en la acepción de introducirse, meterse dentro de alguna cosa, como dice el *Dicc.* de la *Acad.*, y también en la de revestirse.—«Assi esta maldad o mal espíritu, aunque se haga a él y se *envista* dél nuestra naturaleza». Fr. L. de León, *Nomb. de Crist.*, I, 209.

pocos discípulos tenéis hoy! Hallaré yo muchos que den cuerpo y sangre al diablo, y tendrán por bien que Satanás se les revista en el cuerpo, a trueque de hallar algún pecado que descubrir en su prójimo. Unas bocas peores que las del infierno, porque aquélla mala es, pero traga solos los malos, mas las de éstos tragan malos y buenos; por más santo que seáis, no os escaparéis de sus lenguas. Qué contento estaba el santo profeta Jonás con la hiedra que le tenía hecho un toldo o choza para defenderle del calor, o según otros dicen, era una mata de calabazas que se enredó y lo cubría y hacía sombra con sus anchas hojas; y, en medio de su contento, no faltó un gusanillo que royó la mata, y dejólo al sol que le quemaba. No os ha de faltar una mala lengua que os abrase la honra y fama. Sentía tanto esto el buen David, que parece que tomaba el cielo con las manos en aquel salmo CXIX, que parece no hubo cosa en la vida, ni persecución de enemigo, ni aprieto de batalla tan sangrienta, que así le hiciese dar voces y bramar, ni tan alcanzado le trajese como una mala lengua. Dice el salmo así:

Cuando más fatigado
me vi, llamé al Señor, y respondióme,
que en mi mayor cuidado

9 Jonœ, 4.—San Jerónimo sobre el cap. 4 de Jonás trata la cuestión de este lugar y concluye que ni era hiedra ni calabaza, sino otro arbolillo o arbusto que no lo hay más que en aquella tierra de que habla el profeta.

siempre acudió y valióme:
que no hay pena en sus siervos que él no tome.
Díjele: ¡Fuerte muro
del alma, que te llama en su defensa,
sin quien, el más seguro
y más libre de ofensa
salta más presto a donde menos piensa!
Libra aquella alma mía,
de los labios inicuos y la boca
do la ponzoña fría
que el cuerpo y alma apoca,
con la engañosa lengua hiere y toca.
Tú del gigante fiero,
con una honda sola y un cayado
me libraste, y de acero
el grave cuerpo armado,
le derroqué, en su sangre revolcado.
Tú de los escuadrones
de bravos enemigos me librastes,
y en bárbaras naciones
con mi espada triunfastes,
y en medio de las armas me guardastes.
Mas nunca tan medroso
me vi jamás, en todo lo que cuento,
como cuando el furioso
enemigo sangriento
con su lengua tocó mi sufrimiento.
Pues decí, generoso
David, que al león y al oso fiero
en el monte fragoso
quitastes el cordero,
desquijarrando al lobo carnicero;
Una engañosa lengua,
¿qué daño os puede hacer que os cause pena?

2 *tome*, reciba.—«¡Oh Protector sapientísimo, *tómame* debajo de tus alas, para confusión y espanto de tus mismos enemigos!» La Puente, *Guía Espiritual*, p. 177. Ed. 1926.

no os puede venir mengua,
pues la palabra ajena
es sólo un eco que en el aire suena.
Mal estáis en la cuenta,
pues no hay robusto brazo que despida
la saeta sangrienta
con furia desmedida,
que haga más estrago en alma y vida.
No hay encendida brasa
ni algún carbón de enebro en fragua ardiente,
que al fuego en fuerza pasa,
que abrase así al doliente
leño, como la lengua maldiciente.
La flecha más aguda
la resiste un arnés y un flaco muro;
y de la llama cruda
lo ausente está seguro;
mas de una lengua no lo está el más puro.
Que ni al santo perdona,
ni al que descansa ya en la fría tierra;
y al que en la ardiente zona
huyendo, se destierra,
allí con su veneno le da guerra.
¡Ay me! que mi destierro
se alarga cada punto, y yo cautivo,
atado al duro hierro,
estoy muriendo vivo,
entre los de Cedar, linaje esquivo.
Dura y larga vivienda

---

24 *Ayme.* Interjección anticuada en lugar de *¡ay de mí!* Es la interjección latina *Hei mihi.*

29 *vivienda*, género de vida: no debe confundirse con *vivienda*, morada o lugar donde se vive. En el primer sentido está usado por Fr. Luis de León: «y así por esta razón es *bivienda* muy natural y muy antigua entre los hombres, que luego en los primeros dellos uvo pastores». *Nombres*, I, 128.—«Quiso mi mala fortuna, que de perseguirme no era satisfecha, que en aquella trabajada y vergon-

ha tenido mi alma entre esta gente,
que no hay quien los entienda,
pues cuando más paciente,
menos quiere mi paz y la consiente.
Si de paz les hablaba,
con la espada en la mano respondían;
y si les enseñaba
el bien que no sabían,
de balde y sin razón me aborrecían.

Por la sentencia de este salmo se entenderá el mal que hace una mala lengua, que, como si a David le dijeran: «Por cierto, pues no son lanzadas ésas, que no son sino palabras, y siendo así, no hay porque mostrar tanto sentimiento, porque, ¿qué os puede dar ni quitar una mala lengua?»: responde en el cuarto verso: «¿Cómo decís que qué me puede hacer de mal? ¡Bueno es eso! ¿Y hay por ventura saeta tan aguda, despedida con tanta fuerza de algún robusto brazo del más valiente parto; hay por dicha carbón de enebro encendido, que es el que con mayor estrago y fuerza quema, que tanto daño haga como una lengua venenosa? Porque a media legua estaré seguro de la flecha y del fuego, por mucho que sea; pero de una mala boca no lo estaré

çosa *biuienda* no durasse». *Lazar.*, 200. «Como hombre teólogo y de *vivienda* religiosa, contento con su pobreza». P. Pineda, *La Agricultura cristiana*, Prólogo.—«A todos los que de la apacibilidad de su *vivienda* han gustado». Cerv., *Licenc. Vidriera*, t. II. «Clás. Cast.» En el segundo sentido anotado se encuentra también en el *Lazarillo:* «Malo está de ver, que la desdicha desta *biuienda* lo hace. Como ves es lóbrega, triste, obscura».—Ib., 202.

en el cielo al lado de Dios, ni en el infierno entre su fuego, ni en las entrañas de la ballena sepultado en el abismo con Jonás; ni, al fin, habrá rincón tan escondido, ni círculo boreal tan helado, ni zona tan abrasada, ni montañas tan cerradas y sin paso, a donde una mala lengua no llegue y no halle puerta para entrar».

Por esto, pues, nuestro Evangelista, como buen cortesano del cielo, calla el nombre de esta pecadora; y lo que más me espanta es que él mismo, contando la desastrada muerte del rico glotón, ¿por qué había de decir él: *Mortuus est, et sepultus est in inferno,* que murió, y le dieran la sepultura en lo más hondo del infierno? Con ser así que nos le pintan condenado, no nos quiere descubrir su nombre. Y lo que tras ello me admira, es el gran cuidado que tuvo de que no se le quedase en el tintero el nombre del mendigo, pobrecito Lázaro, porque contaba alabanzas suyas. Pero qué mucho, pues su gran Maestro y nuestro, Cristo, con ser Dios, Señor de las honras y vidas, y pudiendo usar de todo lo que crió como quisiere, la noche de la Cena, habiéndole preguntado San Juan, quién había de ser el traidor, cuando volvió la cabeza para descubrirlo a San Pedro, se cayó dormido sobre el pecho de Cristo. Que antes os habéis de caer muerto que descubrir el pecado de vuestro vecino. Así que a ésta no la nombra: tiempo vendrá que seguirá al Señor, y entonces la dará nombre. Ahora sólo pide

atención, que entra en la representación una pecadora. Y creo que la pide, porque es gran obra la conversión de un pecador, y mayor que criar cielos y tierra, como dice mi Padre San Agustín, porque al criar el mundo, no hubo resistencia en las criaturas; y así sólo fué menester, que de parte de Dios hubiese tanta fuerza que llegase con ella de no ser a ser, de nada a algo; mas en la conversión de un alma hay resistencia de parte del pecador, porque tiene la voluntad contraria a la de Dios.

Y claro está que un hombre como Sansón más fácilmente envainará una espada que pesara un quintal, que una culebra, que no pesa una libra. Porque para lo primero bastaba que su fuerza pudiese levantar el peso de un quintal, mas para lo segundo no bastaba eso, sino que era menester mucha maña y arte, para desenroscar la culebra. Así es en la creación y conversión; parece que no le falta para ser el mayor de los milagros, sino ser cada día. Más milagro es que hacer de bueno, bienaventurado; porque mayor distancia hay de malo a bueno, que de bueno a bienaventurado. Pues que a un hombre encarnizado en sus pecados, sin torcerle ni forzarle la voluntad, sin sacarla de

---

19 *sino*, aquí tiene el sentido de salvo, excepto; también podría leerse *sino es porque sucede cada día.*—«Subieron las gitanillas todas, *sino* es la grande, que se quedó abajo». *Cerv.*, *La Gitanilla.* Ed. R. Marín, t. II, 52. «Por ella soy temido de hombres y querido de mugeres; *sino* es de ti». *La Celestina*, II, 182.

los términos de libre, le vuelva a que quiera lo que no quería y desquiera lo que poco antes adoraba, esta es fuerza no menos que de Dios.

Es el hombre tan libre, cerrero, es tan exento y tan sobre sí, tan señorejo de su querer, que puede no querer, cuando Dios quiere. Y así le puede ir a la mano a Dios y decirle: «Señor, estaos en vuestra gloria mucho en hora buena, que yo no quiero ir allá». Y por esto se llama obra de la mano derecha de Dios. Dice David: *Et dixi, nunc coepi: haec mu-*

---

2 *desquiera*, deje de querer. Es extraño que el *Dicc. de la Academia* señale con el estigma de anticuado este expresivo término, con tanta propiedad usado por Malón, por el P. Vega, Fr. Juan de los Angeles y otros muchos autores clásicos.

4 *cerrero*, «lo que vaga y anda de cerro en cerro, libre y suelto», dice vagamente el *Dicc. de la Acad.* Metafóricamente se toma como sinónimo de disipado, derramado y altanero.—«Cerro en el lino y en el cáñamo es el maço o copete que queda después de espadillado y rastrillado, por quedar en forma del copete o del cirro del cauallo de donde se han tomado todas las alusiones dichas de *cerro* y *cerrión*». Covarr., *Tesoro*.—«Ya no es tiempo de más *cerrerías*», dice el P. Cabrera, tomándolo en la acepción de *libertades* o *anchuras*.—*Sermones de Adviento*., dom. 1ª, serm. 1º, consid. 2

8 *mucho en hora buena*. Era frecuente en los clásicos este empleo del *mucho* sin apocopar; hoy diríamos *muy enhorabuena*. Aun se oye por los pueblos decir: *mucho bueno*.—«Vuesa merced quede *mucho* en buen hora, señor Campuzano». Cerv., *El Casam. Eng.*, II, 203. «*Mucho* seas bien venido». Arcipreste de Talavera, *Corvacho*, Ed. Rivad.—R. Marín dice que aun se usa el *mucho* sin apocopar en Andalucía; cita la copla:

¡Vaya usté *mucho* con Dios;
que esas malitas partías
no me las merezco yo!

tatio dexterae excelsi. Caí, dice, en la cuenta, y dije: «Ahora comienzo a seguir a Dios, al fin bien parece esta mudanza que en mí siento, obra de la mano del Altísimo».

Todas las obras que Dios hizo parece que las hizo con la izquierda, a quien se atribuyen las cosas menos perfectas, porque parece que le costaron poco, y le quedó el brazo sano; mas la reparación del hombre, el redimir pecados, el justificar y salvar pecadores, aquí parece que se le cansó el brazo y que lo puso todo de su casa. Digo que en lo primero le quedó el brazo sano, a nuestro estilo de hablar, porque el brazo o virtud del Padre es el Verbo divino; y así nos le llama la Escritura en el salmo XCVII: *Cantate Domino canticum novum, quia mirabilia fecit. Salvavit sibi dextera ejus, et brachium sanctum ejus. Notum fecit Dominus salutare suum: in conspectu gentium revelavit justitiam suam.* Es este salmo de la gloriosa Resurrección de nuestro Príncipe, e imagínalé David, la mañana de la Resurrección, que sale glorioso, resplandeciente, lleno de mil luces, más hermoso que el sol, y que acaba de triunfar de muerte, infierno y pecado; y viéndole tan hermoso, convida a todo lo criado para que canten un nuevo canto, pues todo lo ha renovado en este día, y dice:

---

6 *a quien*, por a la cual: ya queda indicado cómo el relativo *quien* se aplicaba indistintamente a personas o cosas.

SALM. 97.

Cantad con voz suave y dulce acento
al Señor del ejército del cielo
una nueva canción, pues desde el suelo
os ganó de la gloria el rico asiento.
Pensaba aquel cruel pueblo sangriento
vencerle, con romperle el mortal velo;
mas salvóle su diestra, y quebró el hielo
del pecado, y quedó de muerte exento.
Su santo brazo fué el todo y la parte
de tan famosa hazaña, que, cayendo,
se levantó más fuerte nuestro Anteo.
Sólo tuvo sus fuerzas de su parte,
su salud nos mostró en matar muriendo,
y en ser por nuestro amor mostró el deseo.
De ti, gran Corifeo,
nos dice el Padre Dios, que eres su diestra,
su brazo, su salud, su gloria y nuestra.

Dé manera que Cristo es el brazo santo. En la creación de las cosas, quedóse el Verbo divino, este brazo santo, sano, no cansado; esto es, no le costó más de un *hágase*, y se hizo todo. Pero en la reparación, en la justificación, hubo de venir la diestra de Dios, que es el Hijo, e hízose hombre, y encogió la manga para descubrir la vena del brazo, de donde le sangrasen, que fué recoger hacia arriba, que es al alma, la ropa de la gloria, para que quedase pasible, y se dijese que muere Dios, que sufre azotes Dios, que padece Dios. Pues como era el Hijo, el cual se dice diestra del Padre, y en la justificación

del pecador concurre la sangre y muerte y méritos suyos, con los cuales nos ganó la justicia que no teníamos, según aquello del Apóstol: *Factum est nobis a Deo justitia sanctificatio, et redemptio.* Cristo, dice San Pablo, se hizo nuestra justicia, nuestra santificación y nuestra redención; esto es, mereció para nosotros todo esto, porque el principio de nuestra justificación es de Dios que nos justifica: por esto se llama la conversión obra de la derecha de Dios, de Cristo; y aquí decimos que parece se cansó y que le costó sudor de sangre, como dice San Juan en el cap. IV, que, fatigado del camino, se asentó, por descansar, sobre el brocal de un pozo. Y en la Pasión decimos, hablando conforme a la metáfora de arriba, que no le quedó tan sano el brazo de este golpe como del de la creación; no porque el Verbo divino haya padecido algún detrimento, que esto no podía ser, mas porque padecía Cristo, según la humanidad, y él era Dios y brazo del Padre; por esto, lo que decimos de Cristo lo decimos también de Dios. Volvamos ahora a nuestro Evangelio, que dice que había una mujer pecadora.

3 *Ad Cor.*, I, 1.

13 *por*, con sentido final.

13 *brocal*. La ed. de Valencia y la de Barcelona (1881) traen *broquel*. Aunque ambos términos tienen una raíz idéntica, su significado es diverso, como ya lo hizo notar Covarrubias en el artículo *Broca*. Vid. *Tesoro*.

V

Cuatro cosas agravan los pecados de la Magdalena: la primera, que eran pecados de sensualidad, que, aunque no son de mayor culpa, son de mayor afrenta; y aun si miramos, son pecados que Dios castiga gravísimamente. Por éstos vino el diluvio: *Videntes filii Dei filias hominum, quod essent pulchrae, acceperunt sibi uxores ex omnibus quas elegerant*, dice la Sagrada Escritura. Viendo los hijos de Set, que son los que aquí llama hijos de Dios, a las hijas de los hombres, esto es, las que descendían de Caín, y los de Set se dicen hijos de Dios, porque eran en quien entonces estaba el conocimiento de Dios;

---

6 *Genes.*, 6.

13 *en quien*. Era corriente hasta entrado el siglo XVII el uso de este relativo, aplicado indistintamente a personas o cosas, como ya queda dicho, y haciendo a singular y plural.— «Ni los aires, ni las inclemencias del cielo, *a quien* más que otras gentes están sujetos los gitanos». Cerv., *La Gitanilla*, I, 4, ed. cit.—«Verás a muchos pobres *a quien* tengas mancilla».Guevara, *Menosprecio*, etc., 108.—Sin embargo, en el mismo Guevara se registran algunos ejemplos del plural *quienes*, que Cuervo, en sus *Anotaciones a la Gramática de Bello*, considera como de los más típicos y más antiguos: «No es mucho que no sientan los trabajos cortesanos, pues apenas se acuerdan de *quienes* son ellos mismos». *Ibid.*, p. 157.

porque en el mismo capítulo se dice que Set engendró a Enós: *Iste cœpit invocare nomen Domini.* Que éste comenzó a llamar el nombre del Señor, alumbrado de aquel sol eterno de Dios, de quien dice David: *Illuminans tu mirabiliter a montibus aeternis, turbati sunt omnes insipientes corde.* Alumbrando Vos, que sois luz no criada, y resplandeciendo maravillosamente desde esos montes eternos, de allá desde el cielo, con la fuerza de vuestro soberano resplandor, con que dábades luz a los mortales, encandiláronse con ella los ojos de los necios de corazón, que fueron aquellos tan celebrados sabios del mundo, los filósofos antiguos.

Y díjolo galanamente en llamarlos necios de corazón y no de entendimiento, porque el asiento de la voluntad y el reino y silla del amor le ponemos en el corazón, y la ciencia en el entendimiento, pues llamarlos ciegos de corazón, es decirles ciegos o necios de voluntad. Y que sea bien dicho de aquéllos, pruébalo San Pablo, hablando de los sabios del mundo, y dice: «Lo que de Dios se puede conocer acá en la vida les fué a ellos manifiesto, y el mismo Dios se les descubrió. Porque lo que en Dios invisible no veían, lo conocían por esta hermosura visible

5 *Sal.*, 7.

10 *dábades;* innecesario parece llamar la atención del lector sobre estas formas verbales tan corrientes en los clásicos.

18 *en llamarlos.* La mayor parte de los infinitivos construídos con partículas prepositivas pueden resolverse en gerundios.

20 *Ad. Rom.*, 1.

del mundo; de suerte que son inexcusables porque, conociendo a Dios, no le dieron gloria cual merece Dios, ni le hicieron gracias por aquella luz con que los alumbraba entre sus tinieblas». He aquí cómo no fueron necios de entendimiento. Pasa adelante el Apóstol, exponiendo lo de David, y dice: *Sed obscuratum est insipiens cor eorum: dicentes enim se esse sapientes stulti facti sunt.* Pero quedó ciego y encandilado su necio corazón, y, creyendo que eran sabios, quedaron para necios. De manera que porque los hijos de Set tenían esta luz del conocimiento celestial, los llama la Escritura hijos de Dios; a los de Caín, malos e idólatras, hijos de los hombres.

9 *encandilado;* equivale a deslumbrado. «*Encandilar* es deslumbrar con el candil o la vela, de noche, poniéndola delante de los ojos del que nos viene al encuentro». Cov., *Tesoro.*—«No puedes ver de *encandelado*, como perdiz con la calderuela».—*Celestina*, II, 19.

VI

De suerte que, porque Set engendró a Enós, que fué bueno y santo, y sus descendientes le imitaron, por eso les llama la Escritura hijos de Dios. Dicen los hebreos que, en tiempo de Enós, comenzó la idolatría y adoración de los dioses fingidos, y que sólo Enós retuvo en sí y en sus descendientes el verdadero culto de Dios, heredado de sus padres, y restauró y reparó la piedad que los descendientes de Caín habían derrocado. En esto de quién fué el primer inventor de los ídolos hay diversas opiniones: los hebreos dicen que Tubal-Caín, porque fué muy ingenioso en cosas de metal, y porque esto le parece a Filón que debió de ser así verdad, y lo afirma en el libro de las *Antigüedades de la Biblia*, y lo mismo piensa Genebrardo en su *Cronografía*; San Cirilo, en el *Libro primero contra Juliano*, y la *Historia escolástica* tienen lo contrario; Lactancio Firmiano dice, que Meliso, rey de Creta, la inventó. San Jerónimo más cree que Júpiter la introdujo, y que se mandó hacer templos por el mundo donde fuese adorado; así lo dice en el prólogo, sobre la Epístola de San Pablo a Tito. Fulgencio y otros

dicen que Sirófanes, egipcio, inventó el primer ídolo del mundo, por memoria de su hijo que se le había muerto; y esta opinión tiene gran fundamento en el capítulo XIV del *Libro de la Sabiduría*, donde a la letra cuenta que, por habérsele muerto a alguno su hijo que mucho amaba, y siendo hombre principal, hizo hacer una estatua que se le pareciese, y mandó a sus criados que le sacrificasen y lo honrasen como a Dios; y que, creciendo la maldad y la malicia de los hombres, vinieron muchos a dar en aquel desatino, y a hacer estatuas de sus reyes y a lisonjearlos y granjear su favor, con ofrecerles incienso y sacrificios: y así concluye diciendo: *Et hæc fuit vitæ humanæ deceptio*. Este fué el engaño de la vida humana; de donde casi se colige claramente que de allí tomó principio la idolatría. Y en el mismo capítulo da a entender que antes del diluvio no había ídolos ni idolatría.

Y si el gran averiguador de verdades divinas, San Jerónimo, no dió en esto, pienso que fué porque en su tiempo aún no estaba recibido el *Libro de la Sabiduría*, donde se cuenta lo que hemos dicho. También favorece mucho a los que dicen que Belo, rey de Babilonia, la inventó, el ver que en la Escritura Santa todos los hombres de los ídolos comienzan por Bel o Baal. Mas, dejado esto, si es verdad que desde Adán a Enós no hubo cultos de demonios,

---

2 *por*, equivale aquí a para o en, finales.

como lo dice San Cirilo en el principio del *Libro primero contra Juliano,* porque no vemos que en la Escritura sea notado alguno de idólatra, ni que haya jamás adorado a los demonios (que pienso no pasara en silencio el Espíritu Santo, si hubieran sido idólatras), siendo todos católicos, como dice la Escritura que Enós fué el que comenzó a invocar el nombre de Dios, pienso que debió establecer algún culto de Dios más solemne que el que hasta allí se tenía entre los hombres.

De suerte que la Escritura Sagrada usa de una galana antítesis y contraposición en aquel capítulo IV del *Génesis*, contraponiendo los hijos y casta de Caín a la de Set; porque, cuando cuenta que los de Caín se ocupaban en forjar armas, labrar metales, edificar casas y en casarse y darse a músicas y buscar pasatiempos, entonces cuenta y pone en contra de toda esta flota a Enós, el cual puso tanto cuidado en ampliar el culto divino, dándose a religión y al ejercicio de las cosas sagradas, cuanto pusieron los otros en las cosas caducas, y buscó un culto más solemne, levantando el ánimo a más sublime vida; de suerte que buscaba las cosas útiles para la vida del cielo, cuando los de Caín buscaban las provechosas para la de la tierra. En hebreo se lee así: *Hic speravit vocari nomine Domini Dei.* Este esperó ser llamado con el nombre o en el nombre del Se-

18 *flota.* Tómala en sentido figurado, como sinónimo de gente o multitud.

ñor Dios. Y Aquila en su traducción dice: «Entonces éste comenzó el llamamiento en nombre del Señor», que parece que da a entender que Enós, con mucha piedad y por su gran religión, fué el primero que alcanzó nombre divino, de suerte que fuese llamado Dios de sus parientes y de otros muchos, y sus hijos se nombrasen hijos de Dios, como quien dice, los descendientes de aquel famoso Enós, que era como un Dios entre los hombres.

He aquí por qué dice «viendo los hijos de Dios a las hijas de los hombres», esto es, viendo los hijos de Set y Enós a las hijas de Caín que eran hermosas. Dejo que, según otros, los que dice *hijos de Dios*, son los grandes y poderosos que entonces tiranizaban y mandaban la tierra, porque las cosas grandes las atribuímos a Dios, llevados y guiados de la fuerza de su divinidad, que nos mueve a que pensemos cosas grandes de Dios; y así todo lo que vemos grande lo llamamos y atribuímos a Dios; y

1 *Aquila*. Es el autor de la versión de la Biblia que lleva su nombre. Vivió en tiempos del emperador Adriano. Se convirtió al Cristianismo, pero por su obstinación en la astrología judiciaria fué expulsado de la Iglesia, y entonces pasó al Judaismo y se hizo circuncidar. Hecho rabino, aprendió perfectamente la lengua hebrea y fué el primero, después de los *Setenta*, que hizo una versión griega, hacia el año 129 San Epifanio dice que para ocultar la vergüenza de su apostasía, torció el sentido de algunos pasajes referentes a Jesucristo. Justiniano prohibió esta versión a los judíos. S. Jerónimo elogia, con las naturales salvedades, esta versión y halla en ella muchas cosas aprovechables. Vid. Perujo y Angulo, *Diccionario de Ciencias Eclesiásticas*, t. I, p. 654.

la Sagrada Escritura guarda esto mismo, porque se acomoda a nuestro lenguaje. Y así, David a los cedros, porque son altísimos, los llama cedros de Dios. Hablando de su pueblo, debajo de la metáfora de la viña, que trasplantó de Egipto, dice: *Operuit montes umbra eius; et arbusta ejus cedros Dei.* Creció tanto la viña, que con sus hojas cubría de sombra los montes, y sus cepas y pámpanos vencían en altura los empinados cedros. Y en otro salmo: «El monte del Señor Dios es monte fértil, monte grueso, de abundantes pastos»; porque como habla del monte Basan, donde se apacentaba mucho ganado, y por esto se hacían muchos quesos, y como se hace de leche cuajada y apretada, llamóle *coagulatus*, apretado o cuajado.

San Jerónimo traduce monte excelso, encumbrado, y por esta razón le llama monte de Dios, y así en lo hebreo hay una dicción que significa *alto*. También a los grandes ríos llama ríos de Dios: *Flumen Dei repletum est aquis.* El río de Dios se hinchió de aguas, y era el Jordán; aunque también por los milagros que Dios obró en él se llama suyo. Hinchióse de aguas, cuando al pasar de los de Israel por él, para entrar en la tierra de promisión, en-

3 *Sal.*, 79.

4 *debajo de*, con el mismo valor que bajo.—«Deuió creer que la gente que le hablaua venía *debajo* de la protección de Dios». P. Márquez, *El gobernador cristiano*, fol. 182, ed. 1640.

9 *Sal.*, 67.

19 *Sal.*, 64.

trando los sacerdotes delante con el arca del Señor, se dividieron las aguas, y las que venían por su natural corriente, detenidas con la presencia de Dios, hacían un muro altísimo, que con su movible curso amenazaban y espantaban a quien las veía.

Así que, porque las cosas grandes se llaman de Dios, como hemos probado, por esto los hombres poderosos y de grandes estados, y aun aquellos que en aquel tiempo eran gigantes, se llamaban hijos de Dios, y a los flacos y de poco poder los llama hijos de hombres. Vieron, pues, éstos a las hijas de los pobres, y por fuerza, por ser poderosos, se las quitaban y se enviciaban con ellas, porque eran hermosas; o, según el sentido primero, viendo los buenos y que conocían a Dios, que las hijas de los idólatras eran hermosas, casábanse con ellas; y de aquí, por este vicio de torpeza, vinieron a que *Omnis caro corruperat viam suam.* Que todos habían dado en maldades abominables, y fué porque las mujeres eran idólatras; ellos, por complacerlas, dejaban al verdadero Dios y adoraban lo que no lo era; y este es el más verdadero sentido de aquel lugar, porque dicen que las tomaban por mujeres. Pues si quiere decir que los poderosos y grandes se casaban con las hijas de los pobres, no sólo no les hacían agravio, más aun era su provecho de ellas y de sus padres, y veníales muy ancho y no tenía Dios por qué indignarse.

5 *Josue*, 3.
18 *Genes.*, 6.

Pero el primer sentido es conforme a la Escritura. Mandaba Dios en la ley: «Mirad que cuando entráredes en la tierra que el Señor Dios vuestro os ha de dar, que paséis a cuchillo todos los moradores que halláredes en ella. No hagáis paces con éllos, ni tratéis de amistades; y guardaos de tomar sus hijas para vuestros hijos, ni darles las vuestras para los suyos». Y dando la razón, dice: *Quia seducent filium tuum, ne sequatur me, et ut magis serviat diis alienis: irasceturque furor Domini et delebit te cito.* «Porque sin falta ninguna os engañarán para que no me sigáis y os llevarán tras sus dioses, y mostrará Dios su saña contra ti, y deceparte ha en breve y destruirte ha». He aquí cómo dice, bien claro nuestro primer sentido. Y lo que dice que, con ser sus mismas mujeres, los pervertirán, eso mismo es lo que hicieron antes del diluvio. Y lo que dice que los borrará o raerá Dios de la tierra, es lo mismo que allá dijo: *Delebo hominem, quem formavi, de superficie terrae.*

Aunque si es verdad lo de San Cirilo, que no

---

2 *Deut.*, 7.

13 *deceparte.* «Palabra anticuada, por *descepar*, arrancar de raíz los árboles o plantas que tienen cepa». *Dicc. Acad.*—Como en *Los nombres de Cristo* y en el *Quijote*, se intercala en la expresión *deceparte ha* el pronombre entre los elementos que constituyen el futuro y el condicional.—«Aunque por no ser largo, diré poco de cada cosa, o no la diré, sino *tocarla he* solamente».—Nomb. de Cristo, I 96.—Vid. nota de Onis.

20 *Num.* 25.

hubo idolatría antes del diluvio, habemos de decir que porque, siendo ellas viciosas, hijas de malos padres y dados a vicios, y ellas criadas con ellos, habían de pervertir a los maridos con sus blanduras y regalos y hacerlos malos y pecadores. Confírmase más, porque Balaan dió por consejo a los madianitas que para vencer a Israel los hiciesen pecar; y que para esto el atajo más corto era que, cuando llegasen, enviasen fuera de la ciudad las más hermosas doncellas de Madián y los convidasen a sus sacrificios y a pecados de torpeza. Hiciéronlo y salióles tan bien que mandó Dios ahorcar a todos los capitanes y príncipes del pueblo, porque habían permitido a sus soldados tratar con las madianitas y por eso habían idolatrado. Gravemente ofende a Dios y mucho daño hace, pues los que no pudieron ser vencidos con armas, lo fueron con este vicio. De aquí nacen todos los demás pecados: el ladrón hurta para atraer a la otra con quien trata; el homicida mata, por no tener competidor en su pretensión y torpeza; el otro no da limosna y es cruel con el pobre y mata de hambre a su mujer e hijos, por traer bien tratada y proveída la manceba. Gente de quien se puede decir lo de Cristo a la Cananea: *Non est bonum tollere panem filiorum, et dare canibus.*

23 *manceba.* «De *mancebo* hazemos también *manceba*, que quiere, dezir muger moça y quiere decir concubina». J. de Valdés, *Diálogo*, 131.

25 *Math.*, 15.

Grave delito es que, habiendo de atesorar los padres para los hijos, no sólo no lo hagan, más aun les falten en el sustento necesario. Y cruel es el padre que ve a su hijuelo que muere de hambre y, teniendo el pan en la mano, huelga más de arrojarlo a un perro que darlo a su hijo que lo pide. ¿Quién hizo homicida a David, a Sansón ciego, a Salomón idólatra? Sólo este torpe vicio que por esto se llama así, porque a los que mucho se envician en él se les engendra una torpeza de entendimiento que, a trueque de no salir de sus contentos, holgarían que los dejase Dios allí para siempre. Son pecados con que más enreda el demonio y más detiene. Santo era David y, habiendo caído en este maldito vicio, quedó tan olvidado de Dios que ya el niño era nacido, y él no volvía de su sueño, hasta que le fué a despertar el profeta Natán.

¿Quién en estos nuestros desdichados tiempos ha derrocado tantas letras y santidad, y de grandes defensores de la fe ha hecho grandes perseguidores de élla, sino la libertad para gozar de este vicio? ¿Quién hizo al rey Enrico hereje, y destruyó a Inglaterra, a Alemania, a Hungría y a Flandes, y quién ha hecho perder a Francia el nombre de cristianísi-

5 *huelga*: recibir gusto o placer en algo. «Al revés es en Cristo, que ansí se *huelga* con muchos y es bastante a los remedios como si fueran pocos». B.° Orozco, *De nueve nombres de Cristo. Amado. Opusc.*—«*Holgaba* que todos me tuviessen por sancto». Guevara, *Menosp.* etc., p. 214.

23 Alude a Enrique VII de Inglaterra.

ma, sino la licencia y soltura que prometen los falsos predicadoses de Satanás? ¿Quién ha derrocado el culto divino, abrasado los templos, asolado los monasterios, quemado los altares, profanado los lugares santos, regado el suelo con sangre de católicos, sino sólo el deseo de libertad en este vicio?

Finalmente, apenas hallaremos que haya habido hereje en la Iglesia de Dios que el principio de su perdición no haya sido este maldito vicio. No sé que en la Escritura haya pecado más ásperamente reprendido ni castigado con tanto rigor como éste. San Pablo a los Corintios, porque había un incestuoso entre ellos, les escribe mil lástimas. «¿Qué es esto, dice, que se suena que hay entre vosotros un fornicario, y tal que ni entre gentiles le ha habido jamás, y vosotros muy ufanos e hinchados? ¿Y no os habéis puesto luto y no lloráis, ni habéis quitado tan mal hombre de entre vosotros? Pues yo por la autoridad que tengo, y de parte del Señor Nuestro Jesucristo, desde aquí lo entrego en

8 *que el principio*. Este *que*, como otros tantos que ocurren en el texto, es expletivo y tiene más valor de conjunción que de relativo, aunque en la mayor parte de los casos es pleonástico y sin función alguna gramatical. Es el *que* aludido por J. de Valdés cuando escribe: «Avisaríale más que no curasse de un *que* superfluo que muchos ponen tan continamente, que me obligaría quitar de algunas escrituras, de una hoja media dozena de *ques* superfluos».—*Diálogo* 150 «Nada más común que este pleonasmo en nuestros clásicos; pero, según el uso moderno, es una incorrección que debe evitarse».—A. Bello, *Gramática*.

12 *I ad Corint*, 5.

manos de Satanás, para que lo pague el cuerpo, a trueque de que se salve el alma. Teneos por desdichados, que hay un fornicario en vuestro lugar. ¿Qué tenéis bueno, pues esto tenéis? ¿De qué os gloriáis, pues esto sufrís? ¿No sabéis que un poco de levadura corrompe toda la masa? Mirad que os aviso que no tratéis con los adúlteros, que más os valdría ser muertos. No me comáis con ellos, ni me habléis con ellos, ni los miréis, que ni aun esto merecen». ¡Oh santísimo Apóstol! ¿y qué dijérades si viérades en este tiempo tan perdido el freno de la vergüenza, los estados tan estragados, que ya lo santo y lo profano es uno, las ciudades y repúblicas hechas unas Sodomas en lujuria, las madres profanas, las hijas deshonestas? Cumplido aquel refrán de Ecequiel. *Omnis qui dicit vulgò proverbium, in te assumet illud. Qualis mater talis filia ejus. Filia matris tuæ es tu, quæ projecit virum suum.*

Ya se puede decir con verdad aquel preverbio castellano, que nació de este Ezequiel, *Ruin la madre, ruin la hija y Ruin la manta que las cobija.* Bien parecen el día de hoy hijas de tales madres que dan cantonada a sus maridos. Pues ¿qué dijérades, oh

8 *me comáis.* El *me* redunda y solo se usa, particularmente en el lenguaje familiar, para dar más encarecimiento a la frase.

16 Ezeq, 16.

23 *dan cantonada* Frase todavía en vigor en algunos puntos de Aragón. *Cantonada* en el lenguaje clásico era sinónimo de esquina, y *dar cantonada* equivalía a burlar a uno a la vuelta de esquina. «Darle

gran Apóstol, viendo que ya ha llegado la perdición a tanto, que no se tiene por afrenta el pecar? Y si un fornicario os daba tanta pena que decíades que lo llorase todo Corinto, ¿cuál la diera ahora, no uno sino un millón, no de un estado, sino de todos? Creo que cegárades llorando la destrucción y estrago de la república cristiana. ¡Oh vicio, que estragas todas las virtudes del alma, vicio que escureces el entendimiento, estragas la voluntad, entorpeces los sentidos, consumes lo más fresco de la vida, enturbias la razón, corrompes la naturaleza, embruteces el alma, derruecas lo fuerte, tornas necio al más sabio! Tú hiciste hilar a Hércules, moler a Sansón, huir a Anibal, a Marco Antonio ser vencido, y haces ser menos que hombre a quien te sigue. Dice Valerio, hablando a este propósito, en la carta que que escribe a Rufino: «Aquel sol de los hombres, Salomón, tesoro de los deleites de Dios, casa propia de la sabiduría, escurecido el entendimiento, perdió por el amor de las mujeres, la luz del alma el olor de la fama y la gloria de su casa. Y, al cabo, derrocado delante del ídolo de Baal, de amado de Dios fué hecho miembro del demonio». Todos los otros vicios parece que se pueden esperar, más éste sólo se vence con huir. Espera David, y cae; huye

cantonada a una, es hurtarle el cuerpo torciendo el camino, y dexando la vía recta». Covarr., *Tesoro.*—El autor se vale más veces de este término, pues en otro lugar dice también: «Ella liviana, ingrata, *dale cantonada* y vase con un rufián».

José y vence. Por esto decía San Pablo: *Fugite fornicationem.* Huid de la fornicación que es liga que cuanto el ave más se revuelve en ella, más ella se prende. Esto pues es lo primero que agrava los pecados de la Magdalena.

3 *ella.* En las ediciones que he consultado, fuera de la *princeps*, falta este segundo *ella*.

VII

Lo segundo era el ser públicos: *In civitate peccatrix*. Tanto, que tenía perdido el nombre y la llamaban la cantonera, o por otro nombre más disimulado, la cortesana. A algunos les parece que la Magdalena no era pública pecadora, como las que ahora llamamos rameras; porque parece que no se puede creer de una mujer principal, que llegase a tanta rotura de vida y a tanto estrago de costumbres, que se olvidase tan del todo de su honra, que diese en tan abominable bajeza. Principalmente, que vemos de ordinario que los deudos, corridos de la disolución de sus parientes, procuran de remediarlo por

---

4 *cantonera*, «se llama la mujer perdida y pública que anda de esquina en esquina provocando a pecar. Dijose así porque andan siempre de cantón en cantón para estar a la vista y servir más fácilmente de tropiezo a los que pasan». *Dicc. de Autor.*—«Las mujeres *cantoneras* es razón que no estén mezcladas con las buenas». B.º Avila, 176.

5 *cortesana*, «la mujer libre que en la guerra seguía la cohorte; lo qual era permitido por evitar mayor mal; de allí les quedó el nombre de cortesanas a las que en la Corte viven licenciosamente, unas más que otras, por admitir gentes de diversos estados y condiciones». Covarr., *Tesoro*.

13 *procuran de*.—«Cada uno *procuró de* seguir su propósito». H. del Pulgar, *Letra* XVI.

fuerza, cuando de otra arte no pueden. Pues teniendo la Magdalena hermano y caballero y deudos nobles, no es de creer que consintiesen que una su hermana viviese tan disolutamente, que de infame tuviese ya perdido el nombre. Paréceles que, habiendo sido casada con un marido principal en Magdalo, ora por haberlo dejado, ora por ser muerto, comenzó a dejarse llevar de sus apetitos y dió en las libertades que suelen traer consigo las riquezas y la exención de superior, cuando éste falta. Y así comenzó a gustar del billete y de la guitarrilla, y del sarao y conversación, del paseo y fiestas y músicas, y de cosas semejantes, que, puesto que no llegan a la persona, manchan al fin la fama y nombre y ponen nota en la vida. Que no se puede negar aquel dicho, que la conciencia es para nosotros, mas la fama es para nuestros prójimos.

¿Quién no verá que una desenvoltura demasiada, un poco recato en la vida, una libertad en el trato, y un cerrar con lo que los hombres pueden decir,

12 *sarao.* Los clásicos usaron con frecuencia este término, que algunos creen agabachado por sonarles a *soiréc.*—«*Sarao* es junta de personas de distinción para divertirse con baile o música, o la música misma». *Dicc. Acad.*—«La comida fué más que moderada, y el *sarao* a la noche grande, donde hubo muchos disfraces que divirtieron alegremente». *Discursos de la viuda de veinticuatro maridos.* Vid. Rivad., *Curiosidades bibliográficas*, p. 538—«De suerte que le parece una armonía de música subidísima que sobrepuja todos *saraos* y melodías del mundo». S. Juan de la Cruz, *Cántico espiritual*, 152, ed. «Clás. Cast.».

13 *puesto que*, es lo mismo que aunque. *Passim.*

que todo esto junto es ocasión a que las lenguas libres se desmanden, y que encaramen y aseguren sus sospechas y las tengan por certezas? Y allende de esto hacen gran daño en las repúblicas con el ruin ejemplo. No piense nadie que la compostura exterior, la modestia y reposo y las ceremonias cristianas, y andar un hombre o una mujer con un honesto vestido, los ojos recogidos, el paso reposado, las palabras contadas y pesadas y medidas, y que en su trato y meneo y ademanes, y en el revolver de los ojos y en todo lo demás, que mirar en esto y procurarlo hace poco al caso para conservar lo esencial de la virtud; porque antes es de tanto peso y tan importante, que tengo casi por imposible que la bondad interior se conserve sin estas muestras exteriores.

Porque naturaleza nos enseña lo que valen, pues

---

2 *encaramen*, en el sentido de encarecer alguna cosa con mucho extremo o ponderar con exceso. La misma acepción tiene en la estrofa de Fr. Luis:

«No cura si la fama
Canta su voz con lengua progonera,
Ni cura si *encarama*
La lengua lisonjera
Lo que condena la verdad sincera». *Poesías*, 5.

4 *allende de esto*, por además.—«*E allende desto*, fortuna medianamente partió contigo lo suyo».—*Celestina*, I, 52.—«*Allende desto*, vendíamos rentas de iglesias y monasterios y aun de hospitales». A. Valdés, *Diálogo de Mercurio y Carón*, 85. Ed. «Clás. Cast.».

17 *naturaleza*. Era frecuente el uso del nombre sin artículo, tomado indefinidamente. Vid. el ejemplo anterior de *La Celestina* «*fortuna*» etc.

son como el seto o valladar que guarda la viña; son las hojas de la fruta del alma, y vemos que jamás naturaleza produce fruto, que no le dé hojas que lo conserven y amparen y defiendan de la inclemencia y del rigor de los tiempos. Antes bien, guarda un primor particular en esto y es, que cuanto la fruta es más tierna y delicada, tanto le da hoja más fuerte y dura, y por el contrario; al higo que es fruta sabrosísima y de hollejo muy delgado y que se puede dañar fácilmente, dióle en defensa una hoja áspera y recia con que se adargase de los turbiones, que suelen acudir en el estío, y de la fuerza del granizo. Esto mismo hizo con el racimo y con otras frutas semejantes; mas a la almendra, a la nuez y a otras tales frutas, que casi por sí son bastantes a defenderse, proveyólas de pequeñas hojas. Así son las ceremonias exteriores y la composición de que hablamos, que nos conservan el fruto de las buenas obras. Y de la suerte que en una viña deshojada, necesariamente se ha de dañar y perder el fruto, así ni más menos el alma, sin la compostura exterior, no puede conservar mucho tiempo la virtud.

De lo dicho se saca que, aunque la Magdalena no tuviera otro pecado de obra, sino solas muestras

11 *adargase*, protegiese o defendiese.—«Adargarse, cubrirse con la adarga y prevenirse cada uno para recibir los golpes del enemigo; y por semejança de las injurias y denuestos de la mala lengua y de los agrauios que pretendiese hazerle su contrario». Covarr., *Tesoro*.

24 *solas*. La ed. *princeps* trae *sólo*. En la de Valencia se lee *solas* y en Rivad. *sino las*.

exteriores, con las cuales tenía escandalizada toda la ciudad, pecaba gravísimamente y merecía ser llamada la *pecadora* o la *cortesana*. Pues veamos ahora: si el Espíritu Santo, que movía la pluma al santo Evangelista, hizo tanto caudal de solas unas muestras de pecado, ¿qué tanto hará de ellas si van juntas con la obra? Si así pondera un parecer malo, no siéndolo, ¿cómo ponderará el serlo y parecerlo? Llega a tanto el aborrecimiento que Dios tiene al pecado, que aun no puede ver lo que os fué instrumento del pecado. Pecan los hijos de Israel en el desierto, hacen un becerro de oro: estaba a esta sazón Moisés con Dios sobre el monte Sinaí, recibiendo de su mano la ley para aquel pueblo ingrato, y ellos idolatrando. Dios les labraba las tablas para escribirles la ley, y ellos labraban el becerro para adorarle por Dios, que al fin tales suelen ser los servicios de los hombres para las mercedes de Dios. Y porque lo digamos de paso, hicieron el becerro de los zarcillos de oro de sus mujeres, y de las ajorcas y manillas y joyas que les pidieron, que no fué poco darlas tan fácilmente, siendo de su naturaleza tan avarientas. De suerte que se quitaron los zarcillos que adornan las orejas, y hacen un becerro que les hincha los ojos. Pide Dios rejas, y ellos no, sino

6 *qué tanto*, equivale a cuánto.—«Mas ¿en qué manera la pusso y *qué tanta* es y fué su dulce humildad?» Fr. L. de León, *Nombres*, II, 73.

25 *hincha*, es subjuntivo del verbo henchir o hinchir—como escribe el autor.

ojos: Dios el oído, porque por allí entra la fe; y ellos no, sino evidencia; un Dios que se vea y toque, que el Dios de Moisén no le ven; gente que no cree sino lo que ve.

Pero, dejado esto para su lugar, sintió mucho Dios tal ofensa y a tal tiempo hecha; quiso destruirlos y decepar aquella mala casta, y estorbóselo Moisén que, ganado ya el perdón para aquella ruin gente, bajó hecho un león, y llega hasta a donde está el becerro y echa mano de él; hácele polvos, toma gran cantidad de agua, mézclalos con ella, llama al pueblo, y háceles beber aquella agua y polvos. Este fué el paradero de su dios, hecho en casa. Tomad, bebéosle, dice Moisén, tragaos el dios que hicisteis, y veréis qué operación os hace vuestro dios bebido.

Bien sé que acerca de este lugar se dicen diversas cosas, porque no falta quien diga que, en mofa y escarnio de su desatino, se les hizo beber para que después le purgasen y saliese con el excremento del cuerpo, y esto en abominación y burla del dios que querían; porque, ¿qué cosa más infame y afrentosa que purgar su dios? Otros dicen, que tal fuerza puso Dios en aquella agua, que, bebiéndola, los tocados de la idolatría se hinchaban y reventaban con ella, como con la agua de la *celotipia* que llamaban, que era la prueba de los celosos, como se dice en el *Libro de los Números;* mas a los que no estaban

27 *Lib. Núm.*, 5.

untados de aquel pecado, dejábalos libres. A Filón, doctísimo y contemporáneo de los Apóstoles, le parece, y lo tiene por cierto, que bebiendo los delincuentes idólatras el agua, se les hendía la lengua; a los no culpados les resplandecía el rostro.

Sea lo que fuere, que para nuestro propósito bien basta que no haya querido Dios que ni aun el polvo del ídolo quedase, por haber sido el que adoró y en quien pecó el pueblo incrédulo de Israel. No quede rastro del pecado, ni de su ocasión. Así mandó también que dejasen aquel lugar donde habían pecado, que aun el suelo que pisaste, pecando, lo aborrece Dios. Así que no era poco daño la desenvoltura de la Magdalena, cuando los suyos no eran pecados de obra, sino de solas apariencias y exteriores muestras. Mas siguiendo la común opinión, y la que más pegada va con el Evangelio, creo que no sólo paraba el daño de María en donaires y libertades de dama, sino que llegaba a obras infames, escandalosas y de mal olor y ejemplo.

Así entiende San Gregorio lo que el mismo evangelista San Lucas dice de ella en el capítulo VIII, que seguían al Señor algunas santas mujeres, entre

---

1 Filón, *De antiquitatibus*, etc

14 *cuando;* equivale a aun cuando. Era de uso corriente. «Como si todos los que saben latín, *cuando* yo las escriviera en latín, se pudieran hazer capaces dellas». Fr. L de León, *Nombres*, III, 10.

17 *pegada*, es decir, la que más se conforma con la letra y el espíritu del Evangelio.

22 Lucœ, 8.

las cuales era la una María, que era llamada Magdalena, de la cual había alanzado el Señor siete demonios. Este número de demonios, dice este glorioso doctor, que son todos los pecados mortales; que el número de siete es perfecto, y en siete días diferentes se revuelve todo el año y, por el mismo caso, todo el tiempo y siglos del mundo; y así se toma por todo el montón de los pecados. De manera que, según San Gregorio, no fueron verdaderos demonios los que alanzó de la Magdalena, ni ella estuvo algún tiempo endemoniada, sino que el pecado se dice *demonio*, porque hace efectos de demonio y torna tal a una alma, y la trastorna en eso, y el pecador se llama endemoniado.

Esta doctrina es bonísima y verdaderísima, pero no muy pegada al Evangelio respecto de la Magdalena; antes bien me parece que apenas se puede negar que aquella María Magdalena, que dice en el capítulo VIII S. Lucas, haya sido de veras endemoniada, porque dicen así puntualmente las palabras, acabando de contar la conversión de la pecadora, con que remata el capítulo VII; y luego comienza el VIII así: «Y sucedió después de esto; y él caminaba por las ciudades y aldeas, predicando y evangelizando el reino de Dios, y los doce con él y ciertas mujeres que habían sido curadas de los espíritus malignos y de enfermedades:

---

24 *y él. Que él* se lee en varias ediciones. Vid. Rivad., pág. 304.

María, que se llama Magdalena, de la cual habían salido siete demonios, y Juana, mujer de Cusa, procurador de Herodes, etc». Hasta aquí dice el Evangelista. Pues que de aquí se colija llanamente que ésta tuvo demonios verdaderos, podemos probarlo así. Dice que le seguían algunas mujeres que habían sido curadas de los espíritus malignos, y cuenta entre ellas a María. O todas eran torpes y malas o sola María; si sola María, pues en unas mismas palabras y contexto las encierra a todas, agravio se les hace a las demás en contarlas en el número de las ruines. Si lo eran todas, o por espíritus malignos entiende el vicio sensual y los demás, o los verdaderos demonios; si lo primero, no parece que lleva camino, porque ni esto es frase de los evangelistas, ni se hallará en toda la Sagrada Escritura, si yo no me engaño, donde diga que alanzar demonios es sanar de pecados.

Lo segundo, no suelen los escritores sagrados tratar los milagros y obras de Dios por esas metafísicas ni rodeos; y como a la pecadora le dijo delante de Simón el Señor: «Tus pecados te son perdonados», y no tus demonios te son alanzados, y así lo escribió S. Lucas, también lo dijera en el capítulo siguiente, que en solas cuatro líneas que hay de lo uno a lo otro, no se había de haber olvidado tanto S. Lucas de sí mismo, que lo que el Señor llamó pecados, acá se le pareciesen demonios; principalmente, que jamás dijo que él Redentor alan-

zaba demonios que no fuesen verdaderos, y siempre que era perdonar pecados, usaba el Señor y sus Evangelistas del término de *pecados,* como al otro paralítico, que le guindaron por el techo de la sinagoga, que le dijo: «Confía, hijo, que tus pecados te son perdonados»; y al otro de la piscina: «Mira que ya estás sano, no quieras más pecar»; y a la adúltera le dijo: «¿Qué se han hecho de los que te acusaban, mujer? ¿Nadie te ha condenado?».—Respondió ella: «Nadie, Señor». —«Pues tampoco te condenaré yo, le dijo Cristo; vete, y de aquí adelante no quieras más pecar». He aquí a la Magdalena. He aquí cómo llanamente habla la Escritura, y hace diferencia del sanar las enfermedades del alma o perdonar pecados, y del alanzar demonios.

Lo tercero, seguiríase que todas aquellas mujeres habían sido como la Magdalena, pues de una misma suerte habla de las unas y de las otras, y esto no se puede creer fácilmente. Lo cuarto, dice que le seguían las que el Señor había librado del demonio y sanado de sus enfermedades. O por el «sanarla de sus enfermedades» entiende de sus pecados, como dicen los que siguen a S. Gregorio, y

4 *guindaron.* Guindar significa en su sentido recto subir en alto alguna cosa. Usado familiarmente vale tanto como lograr una cosa en concurrencia de otros; así se dice que fulano le *guindó* a otro la cátedra, empleo, etc. En el lenguaje anticuado equivalía a descolgarse de alguna parte por medio de cuerdas, sogas u otros artificios.—«*Guindar* se toma también por ahorcar: *guindóle* la justicia». Correas, *Vocab.,* 586.

que sea todo uno el alanzar los demonios y curarles las enfermedades, o no. Si dicen que es todo uno, será repetición por demás, pues no se declara más lo que quiere decir por el un término que por el otro; y no hay donde los evangelistas señalen que curar Cristo las enfermedades quieran decir las del alma; antes los teólogos sacan por conjeturas y por ser conforme a la gran bondad de Dios, porque principalmente vino a sanar las almas, que a todos cuantos sanó en el cuerpo los sanó también en el alma, y esto lo deducen por razones aparentes y que van muy parejas con el entendimiento, y no porque lo diga abiertamente el Evangelio, ni se sepa con más certeza de la que un buen discurso puede sacar de algunos lugares de la Escritura.

Y así, dicen muchos doctores que aquel de la piscina que, no sabiendo quién le había sanado ni cómo se llamaba el que le había mandado tomar su lecho a cuestas e irse a su casa, con ser día de fiesta,

---

3 *por demás*, es decir sobrante o superfluo.—«*Por demás* es la cítola en el molino». *Celest.*, II, 158.—«*Por demás* es la tarabilla si el molinero es sordo». Refrán citado por Correas, *Vocab.*

12 *parejas*, conformes, iguales, semejantes. En todas estas acepciones suele verse usado este término.

«Tal amigo non ay nin es della *parejo*!»
A. de Hita. *Libro del B. Am.*, I, 152.

«Para que estuviese partido el campo y las armas fuesen *parejas*». P. D. de Vega, *Discursos pred.*, ed. 1605.—«Pero en desquilándolas, todas están parejas, veislas iguales». Zamora, *Monarquía mística*, ed. 1608.

cosa que al parecer de los Judíos, que eran muy ceremoniáticos, les era pecado mortal, y dice San Juan que, haciéndosele el Señor encontradizo, le dijo: «Ya estás sano, guárdate no peques porque no te acaezca otra cosa peor»; este buen hombre conoció que quien se lo había mandado era Jesús, y fuélo a decir a los fariseos y sacerdotes. Digo que, aunque hay algunos a quienes les parece que fué ingrato éste contra el Salvador, pues parece que por hacer placer a los fariseos fué a acusar al Señor, con todo esto, por la mayor parte, le excusan por la razón de arriba, diciendo que ya éste era bueno, pues siempre Cristo sanaba primero el alma que el cuerpo; y así, no lo hizo por ingrato ni por acusar a su bienhechor, sino por sólo publicar la maravilla y grandeza de Cristo. Y parece que se saca bien de lo que el Señor le dijo: «Ya estás sano, no quieras más pecar». Luego si la enfermedad había nacido de pecados, pues le dice que ya está sano, da a entender que ya no tiene pecados. Y pues le dice «ya no peques más porque no te acaezca otra cosa peor», síguese que ya había dejado de pecar.

Si dice alguno que no es todo uno, y que cuando dice San Lucas «que las curó alanzando los espíritus malignos», se entiende de los pecados; y cuando dice que «las sanó de sus enfermedades», entiende de

3 Joan., 5.

las corporales, esta es diferencia voluntaria y sin fundamento en la Escritura. Así que por estas y otras muchas razones se prueba que estas mujeres que seguían a Cristo fueron verdaderamente endemoniadas y tuvieron verdaderos demonios. Y pues entre ellas es contada la Magdalena, luego tuvo los siete que dice S. Lucas, como el otro que tenía una legión. Y por ventura no sería mal argumento éste con otros para en favor de los que tienen, que la Magdalena, que aquí cuenta S. Lucas, no es una con la pecadora ni con la hermana de Lázaro; porque muchos santos ponen tres, otros dos. Mas como en esto va poco, y ya la común opinión tiene que no fué más que una, aunque en las cosas que no son de fe, ni contra toda la corriente de los docto-

8 *por ventura*, quizá, acaso. «Y *por ventura* el que le pareciere va por muy más bajo está más alto de los ojos del Señor». Sta Teresa. *Cam. de Perf.*, 146.—«Clás. Cast.»

14 Efectivamente, la opinión más segura y razonada es la de los que se pronuncian por la identidad de María Magdalena, de María de Bethania, hermana de Marta, y de la pecadora de que habla San Lucas. Esta cuestión ha suscitado las más vivas controversias, particularmente en Francia, desde que en 1516 Santiago Lefévre d'Etaples publicó su *Maria Magdalena*, tratando de probar que eran tres, al cual replicó el célebre Juan Fischer con su famoso libro *De única Magdalena*. La controversia continuó hasta fines del siglo XVII con diversas alternativas. Hoy, después del trabajo de Mr. Faillón en *Monuments inedits sur les Apotres de Provence*, en que se hace un fino cotejo de los pasajes evangélicos y de la tradición cristiana, y relacionando todos los detalles y documentos existentes, se ve que las tres Magdalenas pueden fundirse armoniosamente en la unidad de un mismo tipo. Vid. *Jesucristo* por el P. Didon..Tom. II, ed. 1904.

res tenga cada uno licencia de sentir como le pareciere, con todo eso, en el hablar, es bien que se conforme con los más, principalmente en cosas que ni edifican a la iglesia ni hacen para la enmienda de las costumbres, y que ya el pueblo está empapado y embebido en ellas, y que las mamó en la leche. Volviendo pues a donde nos apartamos, decíamos que los pecados de la Magdalena tenían mucha gravedad y peso, por ser públicos, etc. Grandemente aborrece nuestro Dios al fanfarrón de sus propios pecados; que aquello de que os habíades de afrentar lo toméis por blasón y timbre de vuestras armas, que hagáis gala y bizarría de vuestras maldades, que os jactéis de ellas. Esto da muy en rostro a Dios.

Concibe la hija mayor de Lot un hijo y, al nacer, pónele por nombre Moab, que quiere decir *de padre*, dando a entender que era hijo de su mismo padre. Pues ¿cómo? ¿No os basta el haber cometido el pecado, embriagado a vuestro padre, concebido del mismo, sino que el hijo también lleve escrito en la frente vuestro pecado, en el nombre, para que no se olvide; que siempre que le llamaren, os refresque vuestra torpeza? Así dice: «Llámamele Moab, de mi padre». *Peccatum suum sicut Sodoma prædicaverunt, vec absconderunt*, dice Dios por Isaías. Mira la maldad de los de mi pueblo, que a voz de pregonero publican sus pecados; que no hacía más Sodoma, cuyas maldades llegaban hasta el cielo. Y

que si tienen una fealdad natural en el rostro o en otra parte procuran disimularla, y la encubren con afeites y con aderezos galanos, y sus pecados, que es la fealdad verdadera, ¿esos descubran y los apregonen? A lo menos escondiéranlos, ya que no se avergüenzan de hacerlos, que menos mal fuera éste. Siempre la jactancia del mal y la publicidad de él pareció mal a Dios y a sus siervos.

Había muerto Joab, capitán general de David, a Abner, príncipe de la caballería de Saul, y después mató a Amasa, otro capitán famoso, a quien David quería dar el cargo del ejército; y habíalos muerto

3 *afeites*. «El aderezo que se pone a alguna cosa para que parezca bien, y particularmente el que las mugeres se ponen en la cara, manos y pechos para parecer blancas y roxas, aunque sean negras y descoloridas, desmintiendo a la naturaleza y queriendo salir con lo imposible, se pretenden mudar el pellejo». Covarr., *Tesoro*. Es sumamente interesante lo que trae este benemérito escritor en el artículo *afeite*, por su perenne actualidad y la ponderación de las palabras: en él remite ya a los lectores a lo que Fray Luis de León dice en *La Perfecta Casada* contra los afeites, que es cosa que va inherente a la historia de las mujeres de siempre. Se podrían formar varios volúmenes con las diatribas de los autores ascéticos contra los afeites.

«Palabrillas pintadas, fermosillos *afeytes*».
A. de Hita. Obr. cit., II, 154.

«El color postizo y los *afeites* de fuera dan a entender que el alma en lo de dentro está enferma». *Perfecta Casada*, 138.—«Entraron con él dos mozas, *afeitados* los rostros, llenos de color los labios y de albayalde los pechos». Cerv., *Rinconete y Cortadillo*, 178. Ed. R. Marín.

4 *¿esos descubran* etc.? En la ed. *princeps* está sin interrogación. En las demás que he consultado, con ella, y eso parece lo lógico.

a entrambos a traición; y al tiempo que David se moría, llama a su hijo Salomón y dícele: «Bien sabes, hijo, lo que hizo Joab, hijo de Sarvia, conmigo, que, contra mi voluntad y sin yo saberlo, mató dos príncipes mejores que él, que fueron Abner y Amasa, y con color de paz derramó su sangre, como si fuera en la batalla, y tiñó el tahelí con que colgaba del hombro izquierdo la espada, con la sangre de los muertos, para fiereza de soldado y jactándose de valiente. Pues, mira, hijo, que te mando que no dejes llegar sus canas con paz a la sepultura, sino que le mates, pues mató otros mejores que él». Más pena parece que le dió al buen David el blasonar Joab de su pecado y teñir el cinto en la sangre, como quien mata la caza y pone la cabeza a la puerta, que lo principal del hecho que fué el homicidio.

Y aunque sea lo que suelen decir, *Miscere sacra prophanis*, mezclar lo santo con lo profano, diré una cosa que viene muy a pelo. El poeta latino, contando cómo en una batalla había muerto Turno, el laurento, a Palante, hijo de Evandro, y quitándole un hermoso cinto o tahelí, se lo había echado al hombro, dice estas palabras: *Quo nunc Turnus ovat*

7 *taheli*. Anticuado, por tahalí: «Un cincho, o cinto ancho que cuelga desde el hombro derecho hasta lo baxo del braço izquierdo, del cual oy día los Turcos cuelgan sus alfanges, y muchos de los nuestros enfermos de los riñones por hacerles daño la pretina, cuelgan las espadas de los tahalíes. Covarrubias, *Tes. de la Lengua Cast.*

spoliis, gaudetque potitus—Nescia mens hominum fati, sortisque futuræ—Nec servare modum rebus sublata secundis.—Turno tempus erit, magno cum optaverit emptum—Intactum Pallanta. «¡Oh ignorancia, dice, del juicio humano, y ciego para su hado y suerte, y que no sabe guardar el medio en las cosas prósperas y se desvanece en ellas! Ahora está Turno alegre con los despojos que ha quitado a Palante, y triunfa en la victoria. Pues tiempo le vendrá a Turno, cuando deseará haber comprado aquel cinto por muy caro precio, sin haber tocado al príncipe Palante». Esto dice, porque aquel cinto le fué hado mortal a Turno; que habiéndole desafiado Eneas, amigo de Palante, y teniéndole rendido, pidiéndole Turno merced de la vida con muchas palabras tristes, estando Eneas movido para perdonarle, y teniendo la espada sin ejecutar el golpe, alzó los ojos y vióle el cinto al hombre, y movido a saña, díjole: «¡Oh fiero enemigo! ¿qué misericordia puedo yo haber de ti, viéndote adornado con los despojos de mi amigo? Y pues tú no la tuviste del malogrado joven Palante, no es razón que la haya de ti». Y, diciendo esto, le mató.

Lo tercero que mucho agrava los pecados en la Magdalena es que eran escandalosos. Hay pecados que, aunque lo son, no escandalizan a nuestros vecinos, como son los que vos solo cometéis y a vuestras solas; mas poner tienda de mal vivir, éstos son muy aborrecibles. Perdonado había Dios a David

su pecado, pero con todo esto le dice Natán: «El Señor te ha traspasado tu pecado (que abajo lo declararemos más), porque has sido ocasión de que muchos ruines blasfemen el nombre de Dios; no quedarás sin castigo, que el hijo que te ha nacido morirá». Dice esto, porque muchos del reino, sabiendo lo que había hecho David, cargaban la culpa a Dios, diciendo: «Oid, por vuestra vida, qué buen rey nos ha dado Dios. Quitónos a Saul, que nos conservaba en paz, y hános dado uno que nos mata y se nos alza con nuestras mujeres y nuestras hijas».

Más daño hizo Jeroboán con los becerros de oro que hizo en Israel, que con cuantos pecados había cometido en su vida. Pecados de mal ejemplo parece que los perdona Dios de mala gana; y es porque, cuando yo peco en secreto, parece que va sólo por mí, que va de mí a Dios; yo daré cuenta por mí solo, pagaré por mí solo, y castigarme ha Dios a mí solo, y al fin, si me condeno, condénome yo solo, no llevo gente tras mí, ni le quito a Dios más que a mí, ni tengo que restituirle sino sólo a mí; mas cuando peco con escándalo ajeno, cuando, por verme pecar, muevo a otros a que pequen y les quito el freno de la vergüenza y pierden el miedo a Dios, entonces no sólo he de pagar por mí ni dar cuenta de mí ni restituirme sólo a mí, mas a los que le quité a Dios; y castigarme ha por los pecados de aquellos, como a hombre que pecó por las

manos de aquéllos, y como a culpado en todos los pecados de aquéllos.

En el *Libro de Ester* cuenta la sagrada Escritura que, habiendo hecho el rey Asuero un famoso banquete en una huerta, donde se hallaron todos los príncipes y señores de los persas y medos, y de todos los reinos y señoríos del Rey, que eran ciento veinte y siete, y la reina Vasti, que era hermosísima, había convidado a las damas persianas y medas, que eran en grandísimo número; sucedió que, estando regocijado y alegre el rey al cabo del banquete, que no había bebido poco en la fiesta, parecióle que era bien que el último plato que se había de servir a los convidados fuese la vista de la reina Vasti, para que todos ellos conociesen su mucha hermosura. Para esto envióle un recado con ciertos eunucos, que era la gente de quien en aquel tiempo más se servían los reyes de Persia, principalmente en recados de mujeres y guarda de damas. Mandábale que, vistiéndose lo más vistoso y costoso que pudiese, y poniéndose en la cabeza una riquísima corona, cual a tan alta reina convenía, viniese a la huerta, donde la esperaba con mucho deseo de todos aquellos príncipes y señores, para que conociesen cuán bien empleada estaba la corona de reina en hermosura tan extraña. Fué este

3 *Lib. Esther*, 1.

14 *Vista*. Quiere decir aquí la presencia, la aparición de la reina Vasti.

recado de mucha pena y enfado para Vasti; y no se puede negar sino que, si no se atravesara la sujeción y obediencia que deben las mujeres a sus maridos, que la reina anduvo harto más discreta en no ir que el rey en mandarla llamar; porque para la gravedad y honestidad de tan gran señora, no le decía bien el ir a una huerta a ser terrero de los ojos de tantos hombres y criados suyos.

Al fin determinó de no cumplir en esto la voluntad del rey, de lo que quedó sentidísimo y estomagado contra la pobre de la reina. Y como la cólera y el vino y la afrenta que a su parecer le habían hecho todas estas cosas juntas, ocupasen a un tiempo el entendimiento de Asuero, dejándose llevar de la ira, vuelto a los príncipes, les preguntó con qué pena debía de ser castigada tal culpa, como la reina había cometido delante de tantos caballeros. Ellos que no estaban menos bien bebidos, ni se tenían por menos injuriados que el rey, respondiéronle: «No sólo, poderosísimo Señor, la reina Vasti ha injuriado a V. M. en no haber obedecido a su mandamiento, mas a todos los estados y reinos de V. M. y a los príncipes y gentes de todas suertes, que están en su señorío; porque no hay que dudar sino que la reina ha hecho daño a todas las mujeres del reino, y que con este hecho tan escan-

7 *terrero*. Es decir, a ser objeto o blanco de los ojos, etc.—«*Terrero* de necios, es el que se expone a que los necios le cansen». Correas, *Vocab.*, 649.

daloso ha levantado los bríos y las crestas a cuantas lo oyeren, y oiránlo todas, para que en ninguna cosa obedezcan a sus maridos, y la razón es llana; porque siendo Vasti reina, y por esto persona pública, con mucha más obligación de dar ejemplo que todas las demás, y siendo mujer de un tan poderoso rey, como V. M., a quien como Señor debía servicio, como a marido sujeción, y como a quien la había levantado en tanta alteza fuera bien que mostrara agradecimiento, con todo esto, llamada, rogada y mandada, ha salido con su tesón; y no curando de las muchas obligaciones que tenía, cerrando con ellas y con los daños que al reino podían resultar, no ha querido venir a vuestro mandamiento. Cuando por todos los estados de V. M. se entienda este caso, claro está, que dirán todas nuestras mujeres y todas las demás que no tienen obligación de obedecernos, ni de atenerse a nuestra voluntad y querer, pues la reina no obedece al rey, y que pues hubo un *no* para el *sí* del rey, ¿por qué no le ha de haber para su vasallo? Y si la reina se

12 *no curando*. En su acepción de procurar, cuidarse de.—«Pardiez, hermano Lucas, no me *curé* de saber como se llamaba». L. de Rueda, *El Deleitoso*. «Clás. Cast.»—«No *cures* de exceptar los santos, que si no tuviesen mucho de amor». L. Hidalgo, *Diálogos de apacible entretenimiento*, 282, Rivad.

13 *cerrando con*. En el sentido frecuente de arremeter así se dice *cerrar con el enemigo*. Correas apunta el sentido vulgar de *apechugar con alguna cosa*.

16 *se entienda*, por se conozca o se oiga.

salió con ello, ¿por qué la de menor estado y obligación ha de ser castigada? Finalmente, con este ejemplo de la reina, resultará que habremos de dejar nuestras mujeres, o no mandarlas o matarlas». Parecióles a todos los príncipes y señores del reino que decía muy gran verdad el que dió este primer voto; y así todos con aprobación y voluntad del rey Asuero depusieron a la pobre de la reina, y la privaron de la corona y título real.

De suerte que la razón con que dió torcedor a los entendimientos del Rey y de sus grandes, y con que llevó todos sus votos tras sí, fué ser de mal ejemplo el delito de la Reina; porque, mirándolo por sí solo, no merecía tan riguroso castigo; sólo la circunstancia del escándalo le hizo de tanta gravedad. Y entre los escandalosos, los que más lo son y más daño hacen son los pecados sensuales.

De aquí se entenderá la poca licencia que tienen las mujeres para andar muy galanas y afeitadas, hechas señuelo de livianos, porque con sus aderezos y cabello y compostura andan hechas redes de Satanás, para derrocar almas en el infierno. Bien sé que me responderán que no se aderezan con ese intento ni es esa su intención; que cada uno tenga

---

20 *señuelo*, reclamo o ave de que se sirve el cazador para atraer a otras. Es dimiminutivo de *seña*.—«Mayormente estos novicios amantes, que contra cualquier *señuelo* vuelan sin deliberación». *Celestina*, I, 128.—«*Señuelo*, cobertera, almadana, coraça.» A. de Hita, *L. del b. Amor*, II, 18.

cuenta con su conciencia y enfrene su deseo. ¡Pluguiese a Dios que las cuentas que acá se hacen los hombres a sus solas se las pasasen allá; y que los seguros de conciencia que acá se finge cada uno asegurasen aquel espantoso y terrible día! Más yo he miedo que muchas de las partidas, que acá las tenemos nosotros por llanas, las borrará el Señor de la hacienda y no las querrá pasar en cuenta.

Dime, desatinada: tú que te martirizas el rostro y le sacas de sus naturales, y con artificios procuras de parecer otra de lo que eres, si Dios quisiera que con otro rostro le sirvieras, ¿no te supiera hacer otro mejor que el que tú te haces? Demás de esto, ¿cómo puedes decir que no deseas parecer bien a nadie? ¿Por ventura cuando has de salir de tu casa no gastas muchos ratos en afeitarte, que no los gastarías, si no hubieses de salir al sarao, a los toros, a las huertas y a tus paseos? ¿Pues luego porque te han de ver te aderezas? ¿Y piensas dar a entender a Dios que no es así? Dime más: si vieses tu basquiña o tus almirantes o tu ropa bordada por el lodo,

10 *naturales*, es decir, de su natural estado o condición. Es expresión comunísima.

13 *Demas de*, por además de.

19 En otras ediciones falta la interrogación y viene la frase en sentido afirmativo.

20 *basquiña*. Ropa o saya que traen las mujeres desde la cintura *hasta los pies*, con pliegues para ajustarla sobre las caderas. *Dicc. Acad.* 1881.

21 *Almirante*. Especie de adorno que usaban las mujeres para la cabeza.

y que un puerco se revuelca sobre ella y la trae entre los pies, ¿no procurarías de quitarla con mucha priesa y te pesaría de verla tratar así? Pues si una ropa, que con pocos dineros puedes sacar otra, te pesa de verla traer por el lodo, ¿no será más razón que te pese de verte revolcar en un muladar de muy sucios y torpes pensamientos de un liviano que, por verte compuesta y afeitada, ocupa el pensamiento en mil imaginaciones torpes, haciendo en su desenfrenado apetito más potajes de ti, que los que sufriría las más vil y profana mujercilla de la tierra?

10 *hacer potajes*. La brillante imaginación del autor no rehuye términos ni comparaciones, por más familiares que ellas sean, para sazonar su discurso y dar animación y colorido a sus razonamientos. No pierde ocasión de incorporar las frases usuales del lenguaje común a las altas disquisiciones oratorias, dando validez a su sentido y empleo. «Os quiero decir (habla un demonio) que estamos muy sentidos de los *potajes* que hacéis de nosotros, pintándonos con garras sin ser aguiluchos; con colas, habiendo diablos rabones.» Quevedo. *Los Sueños*, 250 «Aquí la frase *hacer potajes*—según Casares—parece equivalente a *calumniar* (compárese con el francés *potiner fatre des potins*), *a representar falsamante las cosas con intención ofensiva*» (Vid. *Crítica Efímera*, 154); pero no creo—contra el parecer del Sr. Casares—que sea aplicable ese sentido al pasaje de *La Magdalena*, que él también aduce, pues aquí la frase equivale a *hacer a alguien objeto de torpes pensamientos y deseos*.

VIII

Y porque no piensen las amigas de las galas y trajes que debe ser cosa de poca importancia, será bien desengañarlas y decir algo de las invenciones y de su origen y antigüedad, y de lo mucho que desagradan a nuestro Dios, para que las tales y las que en esto se toman tan larga licencia cuanto les parece a su apetito, no puedan alegar ignorancia para disculpa y descuento de sus excesos y vanidad y gastos desordenados. Y si miramos al principio y origen del mundo, hallaremos que Dios crió a nuestros primeros padres desnudos de ropas y vestido, y no más adornados del aparato y galas exteriores que a los demás animales, antes bien menos compuestos y aun casi honestos que los brutos, pues a una oveja le dió que se sacase la lana consigo, que le cubre y calienta el cuerpo, y al león su pelo y guedellas, y al jabalí sus sedas, y a la ave la pluma, y así de todos los demás animales, y sólo

---

13 *Gene*, 6.

18 *guedellas*. Igual que *guedejas*; es palabra antic. «Guedexa, el mechón de cabellos díxose quasi vedexa, que es nombre diminutivo de bellón». Cov. *Tesoro*.

al hombre, con ser el señor, el del entendimiento, el de la libertad y el mejorado en todos los bienes y herencia del Padre Dios, a éste sólo se le dejó sin pluma como suelen decir, porque le dió una piel lisa, blanda, tersa, delgada y tierna; y ni aun hizo con él lo que con un racimo que, con darle cuero y algo recio, le dió también hojas, y bien anchas, con que se cubriese.

Pero no anduvo Dios tan escaso con el hombre como parece, ni le trató con tanta aspereza y rigor, ni tan como padrastro, que le dejase razón de queja y que pareciese Dios de manos cortas y escaso con él; porque le sacó vestido de la justicia original (dejemos aparte el sayo de la gracia, que este es aderezo y gala del alma). Esta justicia tocaba al cuerpo y le hermoseaba y cubría todo y le suplía las veces del vestido; porque, así como ahora no nos corremos de que se vea la mano, ni el ojo, ni la oreja, así, ni más ni menos entonces, de ninguna parte ni miembro del cuerpo nos corriéramos, ni nuestros padres Adán y Eva se afrentaban. Y así como, cuando yo quiero, muevo la mano para obrar y el pie para andar, así también en aquel estado no hubiera parte en nosotros nuestra, que saliera por solo un punto de nuestro querer y voluntad. Y aun hay una gran diferencia: que ahora, aunque no se moverá mi mano si yo no quiero, pero con todo eso la muevo a la obra desordenada y pecado, porque no puedo medir ni detener mis pasiones, que

no pasen del punto y tasa que yo quiero, como decir, quiero enojarme tanto y no más; quiero que la irascible llegue a este grado y no a estotro. Esto no está sujeto a mi querer y albedrío; mas estábalo en Cristo Señor Nuestro, que era Señor de sus pasiones, que más propiamente se llamaron en él propasiones, porque cuando quería y cuanto y como quería, se enojaba y se alegraba y se entristecía; y no era como en mí, ni en vos, que nuestras pasiones nos llevan y mueven a nosotros, y por eso se llaman propiamente pasiones; mas en Cristo, él las movía a ellas, y así se llamaban propasiones, esto es, en vez de pasiones.

Pues digo que eso mismo y de esta misma suerte pasaba y pasara en la justicia original, si Adán no pecara. Y en cuanto a esto, Cristo tuvo los efectos del estado de Adán antes del pecado. Y pudiera Adán tomar la cólera y saña que quisiera y la tristeza que viera que le era menester, sin que llegara a ser pecado, y mandar a todos los miembros que cuando y como quisiera él hicieran sus operaciones, y todos sus movimientos fueran honestos y los ordenara al bien y a actos y obras meritorias y de virtud. Por esta razón no tuvo necesidad de salir vestido, como los demás animales, en cuanto a la parte que toca a la honestidad.

Hay otra segunda causa por donde el vestido nos es necesario, esto es, para defendernos de las impresiones del cielo y de la inclemencia y destemple

de los elementos, como del frío, del agua, del calor, del sol, y de la helada y de las demás cosas semejantes a éstas. Mas tampoco por esta razón ni para defensa de estas miserias, teníamos necesidad de vestido; porque con tal temple fuímos criados que, a no estar el pecado de por medio, no se nos atrevieran los elementos y sirvieran como quisiéramos; de suerte que por demás fuera el vestido, donde no había de qué defendernos con él.

Fué, pues, el caso que, en pecando Adán y dar consigo en un piélago de miserias y desventuras y descomedírsele todo lo criado, todo fué uno; entonces cargaron las dos razones que habemos dicho, por las cuales no tenía necesidad de vestido, y volviéronse contra el miserable del hombre, y luego comenzó a correrse de su desnudez, cubriéndose y avergonzándose del mal que había hecho a toda su posteridad y descendencia. Así dió Dios a su pueblo la circuncisión, que era como prenda y arra de la promesa que había hecho a Abraham. Porque, como dice Ruperto, tres conciertos o pactos y alianzas, o tres señales de ellos, dió Dios a los hombres.

El primero con Noé; el segundo con Abraham; el tercero con su descendiente, o el *semen*, que dijo Dios, en que se habían de bendecir las gentes, que lo declaró San Pablo de Cristo nuestro Dios, y yo

21 Ruperto *Coment. super Joannen*, cap. III.

lo he explicado en el *Tratado de todos Santos*. Y según la fe de cada uno de los que recibieron las señales o según lo que quería confirmar con ellas, así las diferenció; y como más se iba acercando su venida y el cumplimiento de la promesa principal, así iba acercando y como entrañando e ingiriendo en los hombres la señal más propia y más significadora del efecto y del concierto que se significaba por la tal señal. Dícele Dios a Noé que quiere enviar el diluvio al mundo; créelo, hace aquella famosísima carraca, en que se salvó con su mujer, hijos y nueras; sale de ella, pasada la tempestad y enjuta la tierra; conciértase Dios con él que no desbaratará más el mundo por agua; para este pacto y alianza dale por señal el arco del cielo que vemos en las nubes. De suerte que le dió señal en aquello que más natural era al negocio de que trataba; de esa misma naturaleza tomó la señal para quitar el temor del diluvio, porque siendo cosa que se ve muchas veces, se consolasen los hombres y perdiesen el miedo de ser anegados como la otra vez.

1 Es totalmente desconocido el paradero de la obra a que alude el autor, por màs que existen indicios suficientes para sospechar que es e mismo, con más o menos aditamentos, que en el 1598 publicô el P. Saona en la ciudad condal. con el título de *Hyerarchia celestial y terrena*. Las coincidencias de esta obra con *La Magdalena* respecto al plan, estilo, exposición y fondo ideológico, son innegables. Vid. P. G. S. Vela, *Ensayo*, etc., vol. V, 106 y 107.

9 *Gen.*, 9.

11 *carraca*. Embarcación grande y pesada; úsase a veces en tono despectivo para designar un buque o navío pesado y viejo.

La razón es llana, porque el arco que llamamos *iris*, se hace en las nubes de la refracción y quebrantamiento de los rayos del sol, que hieren la nube de la parte contraria, y como ella está mojada y espesa, rómpense allí los rayos y quebrántanse y multiplícanse aquellos varios y hermosos colores. Luego si este galán arco no se puede hacer sino cuando el sol retoca la nube por la parte contraria y baja, síguese necesariamente que en la tierra, por donde entonces pasa el sol, no sólo no llueve, más aún, que el cielo está sereno; luego no habrá diluvio general, y así, no hay que temer otro como el pasado, cuando vemos el arco. Digo también que esta señal en sí no fué nueva, que pues es cosa natural, ya otras muchas veces se habría visto; mas fué nueva en cuanto entonces el Señor la estableció y la ordenó para esta seguridad y alianza y concierto que hacía con los hombres.

IX

Llega el patriarca Abraham, quiere Dios hacer un nuevo contrato, y tomar pueblo y casa particular y avecindarse con los hombres; prométele de nacer de su linaje, y para esto dale la señal en aquella parte donde se hace la generación. Por esto sólo he traído estas dos señales, y así dejo la tercera por no detenerme. Decimos arriba que, porque por aquella vía habíamos de descender, por esto, luego que pecó, se corrió y afrentó el hombre de ver aquellas partes desnudas, por la razón ya dicha. Pienso también que luego sintieron rebeldía y desorden en sí mismos, y entendieron que, en pecando, habían quitado el freno a la sensualidad y echaron de ver movimientos y barruntos sensuales en aquellas partes, y así comenzaron a correrse de lo que sentían, que hasta en aquel punto no habían experimentado. Viéndose así, determinaron de remediar su daño con un medio harto ruin, que fué con hacerse sastres; y mirando por el jardín, parecióles que la higuera era la

---

2 *Gen.*, 17.

3 En la incorrectísima edición de Barcelona, 1881, está suprimido desde *Decimos* hasta el párrafo que comienza *Viéndose*, etc.

que más anchas hojas tenía, y quizá debía de estar más a la mano. Hilvanaron algunas de ellas e hicieron sendas cintas, con que se cubrieron como quiera. ¡Mirá qué gentil ropa y a qué miseria les trajo su pecado y cómo los en*onteció!

He aquí ahora la necesidad del vestido y su origen, y cómo son las vendas con que nos tomaron la sangre de las heridas del pecado. Hecho este ruin remiendo, habiendo Dios penitenciado al hombre y a la mujer, determinó de hacerse sastre e hízoles sendos vestidos de pillejos de animales. Ora fuese que, con cólera que contra nuestros padres, arrebatase dos de aquellos animales y los matase delante de ellos, para representarles la muerte en que había incurrido pecando, como algunos dicen, ora fuesen membranas de algunos árboles vellosos, como le parece a Teodoreto; porque la palabra hebrea quiere decir *pillejos*, *membranas*, y no cree que mató

7 *tomaron*, por cogieron o recibieron.

«Después que esta batalla vencieron e al rey Búcar mató,
alçó la mano, a la barba *se tomó*.»

Mío Cid, 119, texto cit.

«Mujé, ¿a dónde sentiste la primera vez *tomarte* este mal?» Villalobos, *Anfitrión*, 473, Rivad.

«Tres leguas antes *nos tomó* gran tempestad de aires y aguas». *Cron. de Don Francesillo de Zúñiga*, 31, Rivad.

11 *pillejos*. El P. Malón usa repetidas veces esta palabra anticuada. La debilitación de la *e* era cosa corriente todavía en la época del autor; así escribe a veces *licción*, *refección*, *siguro*, como se encuentran en San Juan de la Cruz y en Santa Teresa repetidamente.

animales para ello, pues, según el mismo, no crió de cada especie más que dos, macho y hembra, y no había de destruir una especie para sólo aquello, que esto sería quedar imperfecto el mundo; y tampoco quiere creer que crió allí algunas pieles para vestirlos. Sea lo que fuere, al fin, aquél fué el primer vestido del mundo, y Dios el sastre que le hizo, cortó y cosió.

X

Ha sido después tanta la vanidad de los hombres y ha crecido tan por extremo su malicia, que han llegado a hacer golosina del pecado, y que lo que se dió por sambenito y afrenta, eso sirva de gala y honra, porque preciarse del vestido es como si uno se preciara de traer más galán y costoso el sambenito, que por sus culpas le puso la Inquisición. Plinio dice que los antiguos frigios fueron los primeros inventores de coser el vestido con hilo y aguja. Atalo, rey de Pérgamo en Asia, se preció de tejer ropas, y fué el que inventó mezclar el oro entre el paño, al tiempo del tejerle. El rey Aralio, que lo fué de los asirios, fué, según dice Beroso, el que comenzó a dar suelta y alargar la mano en los trajes y galas mujeriles, concediéndoles perlas y pompas y otras superfluidades. Es mucho de culpar este rey, porque parte es de buen gobierno la tasa y moderación en los trajes; y si con las mujeres no tratáis

---

5 *sambenito.* «La insignia de la Santa Inquisición, que echa sobre el pecho y espaldas del penitente reconciliado». Covarr., *Tesoro.* Usase también en sentido figurado.

17 *Es mucho*, sin apocopar, por es muy de.

de tasa y de buenas costumbres, diráos Aristóteles, (y con mucha razón), que la mitad del regimiento falta. Y él mismo dice que la mujer se ha de contentar con menos costoso traje de lo que la ley le concede; pues está claro serle más honroso el decoro de su honestidad que el de las galas costosas.

Y porque se vea lo que sintieron los santos de estos excesos y trajes, San Clemente Alejandrino dice, que es mayor falta en la mujer darse mucho a lo de sus atavíos que el ser borracha. Ponderación es ésta que, a no ser del glorioso San Clemente, no sé si se le consentiría decirla a alguno que él no fuera. Pues, llegado San Ambrosio a esta consideración, no dice menos de que los chapines les sirven de grillos que traen echados a los piés; las cadenas de oro a los cuellos muestran su condición servil y de esclavas. Muchos autores hay que tienen, que los obispos pueden mandar, so pena de excomunión, que las mujeres no se vistan suntuosa ni supérfluamente ni como provoquen a ser deseadas y que no se afeiten, y que las obligara el tal mandamiento, por ser en favor de la honestidad.

Pues si miramos a la policía romana y antigua, sola media onza de oro se concedía a las matronas nobles para adorno de su vestido y ropas. Lo que mucho espanta es que Cristo nuestro Dios en el

1 Aristót., *Polit.*, Libro II, cap. VII; y *Retho.*, Lib. I, cap. XV
9 Clemens Alexan., III, *Pedago.*, 2.
13 S. Ambr. *Lib. de Nabute*, cap. 5.

Evangelio pone aquel terrible caso, que cuenta San Lucas de aquel rico glotón, impío y cruel con el pobre de Lázaro, el mendigo, y el primer delito que se le prueba y de lo primero que lo carga el Espíritu Santo, que fué el que le sustanció el proceso, es que se vestía costosamente, que traía ropas de púrpura y camisas de holanda. Era este desventurado como el gusano de la seda, que él mismo se hace la sepultura, y de seda a do muere. ¿Quién vió la ceniza cubierta de seda, el estiércol dorado, el muladar con púrpura? Veamos: ¿no le era lícito a éste traerse y comer conforme a quien era? ¿No le estaba bien comer más y vestir algo más costosamente que a los demás, pues tenía más hacienda y era más noble, y no lo hurtaba ni robaba a nadie? No dice que tomaba la hacienda ajena, ni que dejaba de pagar al labrador que sudaba en labrar sus

3 *pobre de Lázaro.* Con frecuencia usa esta construcción el autor, que gusta de intercalar la preposición *de* entre el calificativo y el nombre, y que sirve unas veces para expresar conmiseración de quien se habla, y otras menorprecio o desdén. En el lenguaje ordinario es frecuente este modismo. «Y todo carga sobre los desventurados *de* los officiales.» A. Valdés, *Diál.*, *de las cosas ocurridas en Roma*, 137, «Clas. Cart.»

13 *traerse*, «pagarse de su vestido y compostura exterior». *Dicc. Acad.* Otras veces tiene la acepción de tratarse, ataviarse y regalarse. «Que las mugeres suelen ser aficionadas, y más si son hermosas, por más castas que sean, a esto de *traerse* bien y andar galanas». Quij., III, 61.—«Y tengo por muy acertado que los hombres *se trayan* bien, porque como no lleven escritos sus nombres en las frentes, son honrados como los veen tratados». Fr. J. de Pineda, *Agricultura christiana*, Diál. XI. Ed. 1589.

heredades, ni que detenía el salario de sus criados, ni que gastaba su hacienda con mujercillas; no que era homicida, blasfemo, jugador, ni enemistado, sino que vestía comía y se traía algo más costosamente, y por esto y porque no dió limosna le condenan. Lícito le era tener alguna más larga y suelta en estas cosas, mas excedía mucho a su estado, y del exceso en vestir y en comer vino a tener poca misericordia con los pobres; y así, aunque el pecado principal de su condenación fué por ser crudo y sin misericordia, pero el Evangelista nota esotros, porque siendo el hombre demasiado en trajes y en el comer y beber, puestos estos principios, no está en su mano no caer en otros pecados, principalmente en falta de piedad y caridad con los pobres.

De aquí les nace a muchos señores que, siendo muy ricos y teniendo a ochenta y a cien mil ducados de renta, andan siempre empeñados y que no pagan jamás al criado que los sirve, y se envejece en sus palacios encantados, ni el sastre puede sacar el salario de su trabajo, ni el calcetero es señor de

---

6 *tener alguna más larga y suelta*. Es decir, permitirse alguna más anchura y licencia en estas cosas.

17 Lo mismo este pasaje que los anteriores, en que alega textos tremendos contra el desenfreno y licencia de las mujeres, sirven como datos preciosos para la caracterización de una época y, sobre todo, para demostrar que ciertas deficiencias y abusos sociales son fruta de todos los tiempos, por más que, a veces, parezcan demasiado severas las palabras del autor cuando se convierte en censor de costumbres.

pedir lo que se le debe, ni el jubetero, ni el labrador que les vendió su pan, ni nadie puede sacarles un real, y más fácil fuera «sacar la clava de las manos de Alcides», como se dice en proverbio; y se aprovechan de los sudores y trabajos ajenos, y dejan sus estados empeñados y gastados y consumidos, y ellos se mueren sin pagar; y permite Dios nuestro Señor que les suceda un heredero que los deje a mejor librar en un purgatorio a donde salgan por sus cabales, por no pagar él las deudas de sus antecesores.

Todos estos y otros muchos daños trae a un hombre la demasía y exceso en el vestido. Así, el Espíritu Santo le nota estos pecados, porque no se puede negar, sino que hay algunos que, puestos en el alma, son como menores que no pueden dejar de inferir otros y como parirlos, que les son como hijos. Pues, si haciéndose proceso contra el rico, le cargan y alegan los trajes, ¿qué será y qué se alegará contra vos que profesáis la pobreza de Cristo y su Evangelio? ¿Vos, a quien os han predicado los

1 *jubetero*, el que hace jubones. No hace falta indicar siquiera que viene de jubón; lo que si hay que anotar es que jubón procede de *juba*, palabra que no he visto consignada en el Dicc. de la Academia. *Juba* es palabra arábiga, según la opinión de Diego de Urrea. Covarrubias dice que es el latino *jubæ*, *arum*, las guedejas que cuelgan del cuello del león, «y a su semejanza, se terminaban estas jubas en algunos deshilados, que llaman rapacejos para más gala». «Es el león rey conocido y admirado de todos los animales a quien con la diadema de sus hermosas *jubas* o guedejas». Fr. J. de Mata, *Cuaresma de discursos* etc., Ed. 1639. Serm. 3.

paños pobres y las pajas de Belén, delante de cuyos ojos nació Dios en un establo? ¿Vos, a quien os han dicho el *Vulpes foveas habent* etc., que las raposas tienen sus covezuelas, y los pajarillos sus nidos a donde criar sus hijos y el hijo del hombre no tiene una teja propia, con que cubrir la cabeza? ¿Vos, a quien os ha predicado que le dieron al Hijo de Dios una mortaja de limosna con que le envolviesen, y un sepulcro prestado por tres días a donde decansase, y que de puro pobre comía él y sus discípulos pan de cebada; y que aun para pagar la moneda de la alcabala a los alcabaleros de César, no se halló con una blanca, y hubo San Pedro de ir a pescar al mar, y al primer lance la sacó de entre las agallas de un pez? Y finalmente; ¿con qué rigor será condenado el cristiano, viendo que su Señor, su capitán, su príncipe, su Dios, nace pobre, vive pobre, muere pobre, y se precia de pobre? Si predica, es pobreza; si busca discípulos, son los más pobres; si les manda algo, es dejar la hacienda. ¿Pues qué esperará el que va rico delante del juez pobre? ¿El que se pone de galán para oír sentencia del corregidor, roto, desarapado, sabiendo que porque abomina las galas anda él tan sin ellas? ¡Oh locos, vanos, sin seso!

3 *Evang. S. Math.*, cap. VIII.

4 *covezuelas*. Así en la ed. *princeps*. Otras traen *covechuelas* y *covachuelas*.

22 *roto*, en la acepción popular de deshecho, mal trajeado y descarado. «*Rotos* y *gordos* se dijo de pobres holgazanes». Correas, *Vocab.*, 639.

decidme: ¿no sería desatino que, habiendo el juez ahorcado a uno por sólo que le topó con espada de noche, topásedes otro con espada y daga y con una cota?—Señor, dónde váis a tal hora, hecho un San Jorge?—Voy a rogar al corregidor, que saque a fulano de la cárcel, que le tiene allí por una muerte—. Señor, no váis allá ni os vea con armas, que por mucho menos que esas que vos lleváis, ahorcó ayer a fulano; mirá que este pleito ya está sentenciado en contra, por esto no asoméis por allá.

¡Oh pecadora loca, sin juicio! Que por sólo que aquel rico traía un vestido de púrpura le dan un garrotazo en el calabozo del infierno, y vas tú a la presencia de tal juez, cargada de seda y oro, y con mucha de la perla y del diamante y del rubí a rogarle que perdone, no a tu vecino, sino a ti misma, y no de la muerte de algún *desuellacaras* que mataste,

7 *no váis*, por vayáis. Ocurre muy a menudo en los clásicos el uso del indicativo por subjuntivo.—«Es menester que *váis* advertidas esta comparación». Sta. Teresa, *Moradas*, II, 182.

«Inés, mira que es forzo
que *vamos* a prevenirnos».
Moreto, *El lindo Don Diego*, 43, «Clas. Cast».

17 *desuella-caras*. En tono familiar dícese del mal barbero que, en vez de afeitar, desuella y destroza la cara. También se emplea metafóricamente para designar a una persona desvergonzada, de vida y costumbres reprobables, que vive en total descrédito y deshonra.—«¿Paréscete, hermana, que me traes por buenas estaciones e que es cosa justa venir de vísperas y entrarnos a ver a un *desuellacaras* que ay está?» *Celest*, II, 178. «Si llega un *desuellacaras* con más pecados que un salteador». P. Gallo, *Historia y Diálogos de*

sino de tu misma alma que metiste en el infierno, y de otras muchas que con tus galas y dijes y afeites y cocos, y desenvolturas y señas, hicistes morir en el pecado; y lo que es mucho más grave, le pides perdón de la muerte del Hijo de Dios a quien, en cuanto es de tu parte, quitaste la vida, pecando, y le volviste a crucificar como dice san Pablo.

Luego no debe de ser tan ligera cosa ni de tan poco momento lo de los trajes y galas como se fingen algunas, que hallan consuelo en sus deseos, y ellas se pintan un Dios bien acondicionado y que no mira ni repara en estas menudencias y niñerías, que ellas llaman. Unas dicen que siguen el hilo de la gente; otras, que no las ha de condenar Dios a todas; otras, que no lo piden a nadie, ni lo toman de la hacienda ajena, como si la compañía en el pecado quitase la culpa de él, y como si por condenar a todo el mundo perdiese Dios algo de su casa y de su reputación, y como si el rico de San Lucas no fuera tan rico como ellas, o lo robara para echárselo a cuestas y comérselo y bebérselo. «¡Ay de vos-

---

Job», 16, 5. Ed. 1621.—A Clemencin le parecía bajo e impropio este término; sin embargo, los clásicos lo usan con mucha frecuencia y propiedad.

3 *cocos*, «señas o expresiones de los que están enamorados para manifestar su cariño». *Dicc. Acad.* También se dice de los ademanes y gestos provocativos. «Ordinariamente llamamos *coco* una postura del rostro, cual la tiene la mona quando da a entender estar enojada». Covarr, *Tesoro.*

7 *Ad. Heb.*, 6.

otros, dice el Señor por Amós, los ricos y gordos de Sión, los puestos aparte y señalados para el día malo, para el matadero y rastro del infierno! Los que gozáis de los mejores cabritos y coméis las terneras escogidas y más tiernas de toda la vacada. Los que coméis al son de las guitarrillas, y los loquillos os dan música en la mesa. ¡Ay de los que dormís en marfil, sobre colchones de pluma y de algodón, con las cortinas de brocado, las colchas bordadas y con recamos, y allí son vuestras torpezas y lascivia; los que bebéis en oro y coméis en plata, los afeminados, los de los olores, ungüentos y los ámbares! Yo he jurado por vida mía, dice el Señor de la caballería del cielo, y a fe de quien soy, que tengo aborrecida la soberbia de Jacob, y que no puedo ver sus casas entapizadas». ¿Qué mayor maldad se puede decir que esta delicadeza, que duerman en camas de marfil? ¿Por ventura la cama más costosa hace el sueño más suave? ¡Oh engaño y ceguedad de los hijos de Adán! ¿Y no te contentarías con

1 Amós, 6.

3 *rastro*, «el lugar donde se matan los carneros... dixose rastro porque los llevan arrastrando, desde el corral a los palos donde los desuellan, y por el rastro que dexa se le dió este nombre al lugar». Cov., *Tesoro*.

«Muy bien me recibieron a mí e a mi *rrastro*».
A. de Hirta, *L. del b. amor*, II, 169.

Tiene también la acepción de la cola que hace la gente cuando camina reunida; y se denomina también así el lugar donde se venden cosas de desecho y trastos viejos, en abigarrada confusión.

las de un rey, y no de cualquiera, sino de los más poderosos? ¿De aquel que decía «lavaré cada noche con lágrimas mi lecho»? No era toldado de brocados, mas de lágrimas, y no una sola noche, mas todas lo lavaba con ellas. ¡Cuántos pobrecitos duermen por esos portales, sin tener siquiera un pedazo de estera en que recostarse!

Pero volvamos a las galas donde nos salimos. El vestido costoso ¿caliéntate quizá más en invierno o es más fresco en verano? ¡Oh santo Job, y qué diferente era el vuestro de los que ahora traen los hombres vanos y livianos del mundo! «Cosíme un saco sobre las carnes, dice Job, y cubrí mi cuerpo con ceniza. Vestíme de jerga, y el cilicio era mi gala porque conocía bien lo mucho que desagrada a Dios la pompa y exceso del vestido». Y allá por Sofonías: «Hará el Señor visita, dice el Profeta, sobre los varones que visten a lo extranjero». Había dado el pueblo de Dios en mudar de trajes y hacer el vestido al talle de las naciones bárbaras y extranjeras, enfermedad propia de señores y de gente de palacio, porque solos los que poco pueden y los labradores y gente plebeya esos son los que guardan el traje paterno y el antiguo de sus abuelos; los de la

2 *Salm.*, 6.

3 *Toldado de brocados.* Por entoldado. En la ed. Rivad. se lee *no era todo de brocados*, a todas luces incorrecto.

10 *Job*, 16.

17 Sopho., 1.

corte y casas reales son los de las invenciones; y así lo hacían entonces el rey y los caballeros en aquel pueblo de Dios. Sintiólo tanto que dice que hará una visita general y castigará asperísimamente a todos los que, dejado su ordinario y antiguo traje, se visten a lo extranjero, como se hace ahora a la italiana y a la tudesca.

Luego no debe de ser de tan poco momento, pues la visita que les hizo fué que salió el rey Joaquín y la Reina, sus hijos y criados y los príncipes del reino, a entregarse en manos del rey de Babilonia, y él llevólos cautivos a su tierra y con ellos toda la flor de la gente de guerra, y casi despobló a Jerusalén, sin dejarle sino la gente plebeya y pobre. Y adviértase de camino que, queriendo castigar Dios los muchos pecados que aquel su pueblo cometía, envió a Nabuco, rey de Babilonia, que, en venganza de sus yerros, lo volviese a la tierra de sus padres. De allí los había sacado; gran merced había sido tomar de la mano a su padre Abraham, y decirle él: *Egredere de terra tua.* Y pues sus hijos no conocieron ni sirvieron ni agradecieron merced tan extremada, sea su castigo que los vuelva a do salieron. Debe de serlo sin falta, y muy grande, que habién-

2 *Reg.*, IV, c. 24.

5 El orador que hay en el P. M. de Chaide no pierde ocasión de reprender los vicios y corruptelas de la sociedad de entonces. De las frecuentes alusiones que hace se puede deducir, en parte, el estado y conducta de sus contemporáneos, así como el nivel de su ética.

doos sacado de un peligro, pues como ruin y desagradecido no lo supistes conocer ni servir, que os deje caer y tornar otra vez a él, y que allí muráis y acabéis. Alababa un día Jesucristo a su gran amigo y privado el Bautista, y dice a un gran auditorio que tenía a la sazón que predicaba: «¿Qué pensáis qué salíades a ver al desierto, cuando dejábades vuestras casas y ciudades e íbades en busca de Juan el bautizador?» ¿Pensábades que era algún cortesano de los que rozan seda y arrastran brocado, de los que traen la holanda, la felpa y las martas cabellinas y los raposos ferreres? Estos allá viven en los palacios y cortes de los reyes del mundo. Anda Juan con una piel de camello, más áspero que cilicio, los miembros desnudos, quemados del sol, el rostro tostado, que apenas tiene talle de hombre, que este es el traje de que más se agrada Dios.

Paréceme que cuando el ángel dijo a Zacarías, el

---

4 Mat., 11.

11 *martas cabellinas* traen la primera ed.; la de Rivad. y la de 1592, *cebellinas*. Véase lo que a este propósito se lee en Covarrubias: «Marta, especie de comadrejas. Los alemanes las llaman çobellas *, y los polacos soboles, y nosotros, corrompiendo el vocablo, las llamamos cebellinas». *Tes. de la Leng. Cast.*

12 *raposos ferreres*. «Casta de raposo que se distingue en tener la piel de color de hierro, que es la que más se estima para forros y otros usos». *Dicc. Acad.* El autor emplea el vocablo anticuado *ferreres* por *ferreros*.

---

* La palabra alemana es "der Zobel".

padre de San Juan, que iría delante del Señor en espíritu y virtud de Elías, pudiera también añadir, y aun en traje y todo; porque ese era puntualmente el que traía aquel famoso Elías, y éstas eran las señas por donde le conoció Ocozías, el rey de Israel. Estas eran las sedas y las galas de los amigos de Dios: a vos no os conocerán por Elías sino por liviana y sin seso. «El vestido del cuerpo y la risa de los dientes y el movimiento del cuerpo, dice el Sabio, que descubren quién es cada uno». Vuestro traje, vuestra risa demasiada y descompuesta, y vuestro meneo y pasos lascivos y muelles os apregonan y dicen vuestra disoluta vida. Que estemos cargados de pecados y que nos llame Dios a penitencia y que diga que si no la hacemos pereceremos todos, y que nos muestre él cómo se ha de hacer, y que dé voces Isaías, y diga: «Llamó el Señor Dios de los ejércitos en aquel día a los hombres a llanto, a lloro, a cilicio, a saco, y a que se rayesen las cabezas, en señal de duelo y tristeza, y los locos, en vez de acudir a estas cosas, dábanse a galas y regocijos y a comer y beber. Pues yo oí una voz de Dios que me hizo zumbar las orejas, diciendo: «No les perdonaré esta maldad hasta que mueran». ¡Qué! ¿En tiempo de penitencia, gala? ¿En tiempo de cilicio, seda? ¿En tiempo de ceniza, guirnaldas? ¡Oh locas!

---

10 *Eccle.*, 19.
17 Isai., 22.

Peca Israel en el desierto y adora un becerro, y dícele Dios: «Andad, desnudaos, dejad las galas, que quiero pensar cómo os tengo de castigar». No puede ver Dios al pecador galán. Pues si para hacer penitencia los manda Dios desnudar y dejar las galas, ¿cómo tú te las pones para ir a la presencia de Dios? ¿Dios airado, y tú enjoyada? ¿Dios amenazando, y tú afeitada? ¿Dios bravo, y tú con sedas? ¿No sería desatino que, para llevar al otro a la hoguera, se hiciese hacer librea y un vestido bordado? ¿Pues cómo? ¡Que te lleven a ti a la hoguera del infierno y que te vistas y engalanes para eso! Siempre las galas fueron aborrecidas y despreciadas de las mujeres santas.

Cuando la tan famosa como hermosa Judit se determinó de poner en ventura su vida, por remediar la de sus ciudadanos, dice la sagrada historia suya, que sacó todas las mejores galas y joyas de su cofre y se compuso con mucho cuidado, y según dice el texto, «no eran pocas». Quedó con una hermosura incomparable y que llevaba tras sí los ojos de cuantos la miraban. Mas advierte la Escritura que sobre la hermosura natural que ella se tenía, y era mucha, le puso Dios cierto esplendor y una gracia más particular y la dió no sé qué luces y lustre, y un particular espíritu en los ojos y en todo el rostro, que la hacía más admirable a los ojos de todos. Y, dando

15 *Judith*, 10.

la razón de por qué Dios la paró tan linda y bella, dice: «Porque toda esta compostura y atavío dependía, no de lujuria ni liviandad, sino de una verdadera virtud y necesidad, nacida del peligro y tiempo en que se veía». De suerte que en tiempo de la necesidad, y cuando ha de nacer algún bien del prójimo, o se ha de hacer servicio a Dios, licencia y vez propia tiene la gala y el cuidado de la basquiña y de la saya; mas tanto que haga olvidar lo del alma y conciencia, eso es lo malo y lo que es culpa.

Cuando la delicadísima Ester que, por la terneza de las plantas, apenas podía andar sin arrimar la mano sobre el hombro de alguna de sus criadas, hubo de entrar a vistas a los ojos del gran rey Asuero Artajerjes, dice su historia que no curó de la compostura y adorno mujeril, sino que se contentó con sólo lo que el eunuco Egeo, guarda de las damas, le quiso dar. Y después, en aquella oración que hizo, rogando a Dios por el remedio de su pueblo, entre otras cosas que de su parte alega en favor de su demanda, una es que le dice a Dios: «Bien sabes tú, Señor, la necesidad y aprieto en

1 *paró*, en su acepción de poner o dejar. Frecuentísimo.

«Allí les tuellen los mantos y los pelliçones
páranlas en cuerpos y en camisas y en ciclatones».
Mío Cid, 129, ed. cit.

«Esto me faze andar siempre alegre; esto me *para* fresca». *Celestina*, II, 29.

11 *Lib. Esth.*, c. 2.—20, id. c. 14.

que me veo, y también entiendes cuánto abomino las señales de mi soberbia y gloria, que traigo sobre la cabeza, los días que soy forzada a salir donde me vean los ojos humanos y que me es detestable más que lo sabría encarecer; y sabes, Dios mío, que, cuando vuelvo al rincón de mi silencio y a donde no me obliga el contento del marido, que lo dejo y desprecio contenta, con sólo parecer bien a tus divinos ojos». De suerte que esta santa y hermosísima reina más quería agradar a Dios que a los hombres, y más se preciaba de buena que de galana, y más quería adornar el alma que afeitar el cuerpo.

Sabía cuánto aborrece Dios el exceso del vestido, y qué tales había prometido Dios de parar a las damas y doncellas de Sión, por esta misma culpa de los trajes. Pone espanto la invectiva que hace Isaías contra ellas, cuyas palabras espantosas pondré aquí, para que las de nuestro tiempo y tierra se confundan y teman, y esperen otro tanto por su casa como aquí dice Isaías que haría Dios con aquellas. Dice pues así: «Porque se me han engreído las hijas de Sión y andan cuellierguidas, con los ojos

---

12 *afeitar*, aderezar, componer. «En la corte la señal de que hay fiesta es *afeitarse* las mujeres». Guevara, *Menosprecio*, etc. 130.

15 *prometer de*, construcción muy usada. «La lealtad que *prometí de* guardar en el santo baptismo». Fr. Francisco Ortiz, *Libro intitulado jardín de amores santos*, etc., Epist. II, ed. 1589.

18 Isai., 3.

halconeros deshollinando ventanas, y porque se van cantoneando por la calle, componiendo los pies, por esto Dios las hará calvas y las pelará el cabello. En aquel día las descompondrá el Señor, quitándoles los botines argentados y los zapatillos de carmesí y de raso azul, cairelados de oro y prendidas las cuchilladas con lazos de perlas y los chapines bordados. Quitarles ha también los collares de diamantes y rubís, las manillas, las ajorcas, las guirnaldas y almirantes, el escarpidor de oro, las plumas y los airones, los zarcillos y perlas de las orejas, los anillos y la argentería y fulletería y piedras

1 *halconeros;* adjetivo que se aplica' a al mirar de la mujer desenvuelta y provocativa. «Halconear es alzar el cuello para mirar». Correas, *Vocab.*, 592.

1 *Deshollinar*, tiene también la acepción de «mirar con atención y curiosidad, registrando todo lo que se alcanza a ver. *Dicc. Acad.*

2 *cantoneando* trae también la edición *princeps:* en otras leo *contoneando.* Es verbo que no trae el *Dicc. de la Academia,* ya que sólo anota *cantonearse*, que da como equivalente a *contonearse Cantonear* es término expresivo con significación propia de *campear libremente, vagucar por cantones y esquinadas.* En este sentido lo veo usado en Fr. Cristóbal de Avendaño: «Estaba harta de *cantonear* por la ciudad». *Sermones para festividades de Santos*, fol. 30, ed. 1630. Y este sentido es el que conviene con la acepción que tiene *cantonera,* término usado por el P. Malón.

7 *cuchilladas.* «Aberturas que se hacían en los vestidos para que por ellas se viese el forro, que era ordinariamente de otro color». *Dicc. Acad.* También se dice *ropas acuchilladas.*

12 *fulletería.* En ninguno de los diccionarios consultados, ni en el *Rebusco de voces castizas* del P. Mir encuentro esta palabra, que he visto sólo usada por el P. Malón de Chaide, que posiblemente la trae como sinónimo de *fullería.* Por el contexto creo que se pueda dar a este término la equivalencia de *adorno postizo.*

de Oriente que les andan brillando delante de la frente, los arrojadillos y pañizuelos labrados de cadeneta, los alfileres de plata y los espejos de cristal, las pomas de ámbar gris y los guantes adobados». Hasta aquí son palabras de Isaías.

Pues si el Espíritu Santo dice que ha de hacer un auto público contra las hijas de Sión, por las galas y dijes que han contado que traían, con no les estar aun publicado el Evangelio, con no haber muerto aun Dios desnudo en la Cruz, con no haberles aun predicado el infierno, ni la sentencia del rico glotón, condenado por sus trajes; decidme, ¿qué esperáis las que tras tanta doctrina de Dios, tantos ejemplos de santos, tanto cilicio y jerga de vírgenes, tanto derramamiento de sangre de mártires, y, finalmente, después de tantas amenazas del Evangelio vestís y os traéis tan costosa y soberbiamente?

Pero pasemos adelante, al trueque que dice el Profeta que hará Dios y al vestido que les dará a las damas más regaladas. «Entonces, dice Isaías, les dará Dios hedor intolerable por las pomas y olor suave en que se deleitaron; por la cinta de oro y piedras las ceñirá con una soga de esparto; y por los rizos y encrespados, y por el cabello encarruja-

5 *adobados*, en la acepción que tiene en la expresión «curtir pieles y *adobarlas* para varios usos». Decimos «adobar cueros y adobar guantes». Covarr., *Tesoro*.

25 *encarrujado*, es sinónimo de ensortijado.

do con hierros calientes, las hará calvas y, en vez de los jubones recamados y de telillas de oro, les dará cilicio negro y feo». Esto hará Dios con las locas vanas que mostraron la liviandad de la cabeza en las gaiterías del vestido del cuerpo. Pues considera ahora tú que te llamas cristiana, que profesas la ley de Dios, que dices que crees el Evangelio; haz cuenta que te sacan a una gran plaza, a donde caen muchos ventanajes, y todos llenos de gente, y que no cabiendo en la plaza, se suben por los terrados y tejados y otros se cuelgan de las rejas; y que los tablados están cargados de miradores, y que en medio de aquel teatro y a vista de tantos ojos, te sacan a ti muy vestida y enjoyada, con todos los aderezos que ha pintado Isaías, y te suben sobre un tablado, a donde puedas mejor ser vista; y subido un ministro de la justicia en un púlpito, como se suele hacer en los actos de la inquisición, te lee el proceso de tu vida tan alto y claro que todos lo entiendan, a donde se descubren tus pensamientos abominables, tus muchas liviandades, tus deseos deshonestos y torpes y tus palabras afrentosas, tus torres y castillos de viento, los testimonios que levantaste, las mentiras que dijiste, las quimeras que

5 *gaiterías*. En el artículo *gaitería* dice Covarrubias: «el vestido de diversos colores que no están bien al que las trae. Dixose por la cubierta que ordinariamente ponen al odrecillo de la gaita de muchos colores. Las gaitas zamoranas tienen nombre en España, y las gaitillas en Barcelona». *Tes. de la Leng. Cast.*

soñaste, las obras que hiciste, los pecados y maldades que cometiste contra Dios y contra tu prójimo, las cosas que en las tinieblas de la noche hacías con vergüenza de la luz del cielo, que huías por no ser vista, y que quisieras más se rompiera la tierra y te tragara viva, antes que ser vista aun de tu lacayo; y cuando veas que lo que pensaste que no lo sabía la tierra, se publica delante del cielo, y veas que todos los que lo oyen se miran unos a otros pasmados de que fueses tan otra de lo que de ti pensaban, y que te silban y mofan y burlan de la hipocresía con que los engañabas; y que, leído el proceso, manda el juez, con gran severidad y gravedad de palabras y semblante, que seas desnudada delante de toda aquella gente; y que luego llegan a ti, y te comienzan a quitar la guirnaldilla y perlas y prendedero y todo el tocado, y te dejan en cabello; tras esto, y estándolo mirándolo todos con grandísimo silencio, te quitan la saya de raso encarnado, bordada de cañutillo, la basquiña, jubón, gorguera y faldellín y manteo, hasta la camisa; y que allí te descalzan y se comienzan a parecer tus carnes, y tú a confundirte y desmayarte de vergüenza, y a salir arroyos de agua de tus ojos; y no

21 *gorguera*, «adorno del cuello que se hacía con lienzo, plegado y alechugado». *Dic. Acad.* «¡Qué pensamientos so aquellas *gorgueras*, aquel fausto, so aquellas largas e autorizantes ropas!» *Celestina*, I, 49.

22 *parecer*, en su acepción de aparecer o manifestarse. «Mira tú, Sempronio, si *parece* alguno por la calle». *Celest.*, II, 83.

contentos con esto, manda el juez que suba un barbero al tablado y que con una navaja te raya la cabeza sin dejarte cabello en ella, y que haciéndolo así, te reluce el cuero y la calva, y quedas tan abominable que apenas te pueden mirar los presentes; y que luego te ponen, en lugar de camisa, un pedazo de jerga, atada con una cinta de esparto, pareciéndosete los brazos y carnes desnudas. Dime ahora, yo te ruego, si tal paradero tienen las galas y esta confusión sucede tras la gloria vana del vestido, ¿cual será la razón de escoger primero aquella gala con esta afrenta, o un moderado vestido sin ella?

Y dime más; si de esta manera te vieses tratar ¿no desearías que el cielo se te cayese encima y te matase, o que un rayo te acabase la vida, o que se hundiese la tierra y te sepultase en los abismos, antes que esperar tan brava afrenta? Pues ¿no ves que lo dice Dios? ¿No vés que es fe que ha de pasar así, que te has de ver en esto? Pues ¿cómo osas vestirte de seda? ¿Cómo no abominas el oro? ¿Cómo no aborreces las galas? ¿Cómo no te espanta el curioso traje? ¿Cómo no tiemblas y miras a lo que ha de ser? Cuando este acto de inquisición no fuera delante de Dios y de sus ángeles y santos, sino delante de la corte del rey y en una plaza de Madrid, era bastante razón para que, a no estar de por medio Dios y su Evangelio, tú misma te mataras y

2 *raya*, subjuntivo del verbo anticuado *rayer* por raer: claro es que en el subjuntivo ambos tienen la misma forma.

fueras verdugo de ti misma: cuanto más que ha de ser delante de todo el mundo junto, de los del cielo y de los de la tierra, de los ángeles y de los hombres. ¿Qué sentirá una doncella honesta y vergonzosa que se viese tratar así?

Cuenta Plutarco que vino sobre las doncellas milesias una pasión y mal monstruoso, sin tener causa ninguna manifiesta de do naciese mas de que parecía ser una enfermedad pestilencial y contagiosa que provenía del aire; era tan furiosa y desatinada que las sacaba fuera de su juicio, de suerte que las hacía tomar codicia de matarse: muchas de ellas se ahogaron sin que se supiese. Vínose a entender este daño, porque las hallaban a las riberas de los ríos, que el agua las lanzaba a la orilla; otras se ahorcaban, otras se daban con cuchillos por los pechos. No aprovechaban para esto las razones y lágrimas de los padres ni ver a sus madres derrocadas a sus pies, mostrándoles los pechos con que las criaron, ni que rompían el cabello y se deshacían en lágrimas, diciéndoles palabras llenas de dolor y tristeza, ni los ruegos y consuelos de los amigos, ni alguno de

6 Plutar., *De illustribus mulier.*

7 *milesias*, naturales de Mileto, después llamada Melaso.

8 *más de*, partícula con valor exclusivo, equivalente a más que, sino es que, sino sólo.—«No saben más de entenderlo cuando lo leen o lo oyen.» Fr. Franc. de Osuna, *Abecedario esp.*, 2.ª p. c. 2.—«La gran privanza que tenía con el rey Alexandro, no por *más de* por tornarse a su academia a leer filosofía» Guev., *Menosprecio* etc., 60.

cuantos medios los miserables de los padres podían buscar para remedio de tanto mal como veían por sus casas, y que los viejos desdichados que aparejaban las hachas nupciales y las guirnaldas para celebrar las bodas de sus hijas, eran forzados a volverlas en los duelos y fuegos fúnebres de sus sepulturas; los que pensaron que sus hijas les cerraran los ojos en su muerte y que partieran contentos de este mundo, dejándolas con sus maridos, ahora veían trocada la suerte, y que eran reservadas para ver las heridas y desastradas muertes de las hijas que amaban más que a la propia vida.

Finalmente, era tal esta dolencia que la fuerza del mal y pasión vencía a todo el cuidado y diligencia de las guardas que les ponían, para estorbar este daño, hasta tanto que, por consejo de un hombre sabio, se mandó pregonar un edicto que los cuerpos de las que se matasen fuesen traídos desnudos a la vergüenza por todas las plazas y calles públicas, a vista de todos los de la ciudad. Fué señal lo que hicieron ellas de ánimos virtuosos y ahidalgados, pues la opinión y miedo de aquella infamia valió tanto acerca de ellas, que aquellas a quien la muerte, que es el mayor mal de los humanos, y lo que más

13 *dolencia*, en el sentido de mal, estrago o plaga. El *Diccionario de la Academia* no registra la particular acepción que este vocablo tiene en el autor, como no registró tampoco la que tiene, especial, en el pasaje del P. Pedro de Vega: «Para alcanzarlo, comienza a encarecer sus culpas y pecados, la *dolencia* de su alma». *Declaración de los siete salmos penitenciales*, Salm. 1, disc. 2, ed. 1606.

horrendo y espantoso nos es, y lo más terrible y que más rehuye nuestra naturaleza, ni el dolor ni trabajo de ella, ni las lágrimas de sus padres, ni todo lo demás que se hacía no bastó para detenerlas que no se matasen; sólo el pensamiento que se les representaba de la fealdad e ignominia de que las habían de ver desnudas, las movió a no querer sufrir en ninguna manera la vergüenza que, aun después de muertas, veían que tenían que padecer. Ejemplo es éste digno de celebrarse y mucho son de alabar aquellas honestísimas doncellas, pues es de creer que, si por sólo ser vistas de unos pocos hombres, y aun ya muertas, cuando no podían sentir la afrenta de su desnudez, se avergonzaron tanto que dejaron de matarse, cosa que con ningún medio se había podido acabar con ellas, ¿qué más hazañosos hechos hicieran éstas si fueran cristianas y creyeran el Evangelio, y supieran que vivas y a vista de Dios y de los ángeles y de los hombres las habían de desnudar y descomponer y raer la cabeza, y tras eso les habían de dar un infierno?

Pues tú, cristiana, que lo crees, que dices que eso creyeron tus abuelos y que por esa verdad morirías, ¿cómo no te corres ni temes aquella general afrenta que te espera en aquel día? ¿Qué sentirás cuando te digan: «Qué fruto os trajo el mal que os avergüenza», que dice San Pablo? El fin del pecado es muer-

27 *Ad Rom.*, 6.

te y muerte eterna, y del cuerpo y alma. Siempre y en todos tiempos y a todos los hombres prudentes y amigos de la virtud, pareció bien la honestidad y moderación en el vestido. Así cuenta Macrobio que, habiendo salido un día Julia Augusta, la hija del emperador Octavio, a unas fiestas con un vestido severo y grave, por enmendar otra salida que el día antes había hecho con otro lascivo y licencioso y de galas y colores, viéndola su padre, dijo a los que estaban presentes: «¡Cuánto más honrado traje es éste para la hija de Augusto que el de ayer! Así que en la Magdalena el traerse galana, el preciarse de de ello, el gustar de ser celebrada por muy dama, la trajo a tanta perdición que ya, como a pública infame, la llamasen *la pecadora.*

4 Macrob., *Lib. II Satur.*

12 *traerse* es equivalente al latino *se gerere*, y significa vestirse, portarse en el modo *de vestir* o en el aire de arreglarse o manejarse. Vid. notas anteriores.

XI

Lo cuarto que hacía muy graves los pecados de esta mujer, era ser muchos. No quiero yo decir, ni Dios lo manda, que la misericordia suya tiene tasa, ni quiero estrechar aquella rica y liberal mano de Dios. David, como hombre necesitado y que había mucho menester un Dios muy maniroto, no se harta de alabarle de clemente, misericordioso, lleno de misericordias: *Misericordia ejus super omnia opera ejus*. Es su misericordia sobre todas sus obras. Dice esto David porque, puesto que en Dios todo es uno y la justicia es tan grande como la misericordia, como acá somos tan pecadores que, si Dios anduviese siempre con la vara de alcalde entre nosotros, en dos días acabaría el mundo, tiene necesidad de sufrir nuestras miserias y hacer del que no ve, y

---

11 *Sal.* 144.

11 *puesto que*, aunque.

16 *hacer del que no ve*, es decir hacer como quien no ve o no quiere ver, que dicho en una palabra sería *fingir* o *simular*. «Para decir que el *hacer* un hombre *del* necio a ratos era cosa más preciosa que la gloria». P. Fonseca, *Vina de Cristo*, I, cap. 3, 1622.—«*Hacerse del* que no vía y pasarse de largo». A. Cáceres, *Paráfrasis de los salmos*, salm. 13, ed. 1616.

anda sembrando siempre misericordias, que nacen en todas partes y en cada rincón. Y por eso dijo en otro lugar: *Misericordia Domini plena est terra.* La tierra está llena de misericordias del Señor. Y en otra parte dice que sus misericordias no tienen fin; así es por cierto. Pero, puesto caso que no puede pecar un hombre tanto que agote la paciencia y sufrimiento de Dios, con todo eso, me pone espanto un estilo que veo en las divinas letras, y es, que dan a entender que algunas veces suelen los pecados llegar a un cierto colmo o número, que de allí adelante cierra Dios la puerta al pecador y le endurece el corazón, con lo cual le condena.

Y porque esta materia es peligrosa, será bien declararla de asiento y como todos la entiendan. Muchos lugares se hallan en la Escritura, que parecen atribuir a Dios la causa de nuestras penas, y aun de los males. Así dijo Dios a David por el profeta Natán: *Ecce ego suscitabo super te malum de domo tua, et tollam uxores tuas in oculis tuis, et dabo proximo tuo.* Yo, dice el Señor, porque me fuiste ingrato a los muchos beneficios que de mí has recibido, pues de pastor te hice rey, levantaré de tu

---

3 *Salm.* 32.

6 *puesto caso que*, es lo mismo que aunque: «...porque, puesto caso que estas cosas sobredichas todas ellas son útiles para conseguir este fin». Fr. L. de León, *Nombres*, II, 155.

20 *II Reg.*, 12.

casa un mal, que «del monte salga quien el monte queme». Esto dijo por Absalón, que fué hijo de David. Y pues tú tomaste la mujer ajena, yo tomaré las tuyas y las entregaré a tu enemigo. Claro está que Absalón fué malo y pecó con las mujeres de su padre, y con todo eso dice Dios que él hará ese mal. Y por Isaías, hablando de Egipto: «El Señor les mezcló un vaso de adormideras, y les dió vahídos de cabeza, e hicieron errar a Egipto en todo cuanto puso mano, como hace el harto de vino». Y por Josué dice el Espíritu Santo, «fué decreto del Señor que se endureciesen sus corazones y así no mereciesen alguna clemencia, según lo había mandado Dios a Moisés». Y más claro en el salmo: *Convertit cor eorum ut odirent populum ejus, et dolum facerent in servos ejus.* Trastornóles el Señor el corazón, para que aborreciesen su pueblo y para que engañasen a sus siervos. Luego Dios parece que tiene la culpa de nuestros males y pecados. Y lo que parece que echa el sello es lo que dijo Dios a Faraón: «Para esto te hice, porque en ti mostrase la gran fuerza de mi poder»: que da a entender que le puso por blanco, como quien juega a la ballesta, y que se holgaba de la dureza del rey, y aun que él mismo le había dado un corazón be-

7 Isa., 19.
11 *Josue.*, 11.
15 *Salm.* 104.
21 *Exod.*, 9.

rroqueño y de un guijarro, para que no se pudiese ablandar, aunque quisiese. Así lo dijo, al parecer, en el Éxodo en muchos lugares, hablando con Moisén: «Yo endureceré el corazón de Faraón; y así ni te oirá, ni dejará a mi pueblo». Pues luego, Señor, Vos tenéis la culpa, si culpa es, y no el rey gitano. Y más: cuando Semei maldecía a David, que salía huyendo de su mal hijo, queriéndole matar los criados de David, les dijo: «Dejadle, que el Señor le ha mandado que me maldiga». Sale S. Pablo y parece que nos enreda más diciendo: *Deus quem vult indurat, et cui vult miseretur.* Dios tiene misericordia de quien es servido y endurece a quien le agrada. Luego no tiene culpa el hombre, porque como añade S. Pablo: *¿Voluntati ejus quis resistit?* ¿Quién le podrá ir a Dios a la mano? Pues si manda al otro que maldiga a David, y endurece a Faraón y vuelve y trastorna los corazones para que persigan a sus siervos, síguese que él mismo es causa de nuestros males, así de pena como de culpa.

Para mejor entendernos, es menester saber que los santos, y entre ellos mi padre S. Agustín, responden a esto, que Dios sólo se ha de entender que permite; y que en los modos de hablar de la Escri-

---

1 *berroqueño*. La ed. *princeps* trae *barraqueño* en este lugar: en otro pasaje *barroqueño*. En ambos parece haberse deslizado la errata.

3 *Exod.*, 9.

7 *II Reg.*, 16.

12 *Ad Rom.*, 9.

tura, siempre que la letra suena que Dios hace o manda algo, que desdice de su infinita bondad, se ha de entender que sólo es permisión y no mandamiento ni acción. Como lo que dijo el Señor a Judas la noche de la cena: «Haz presto lo que has de hacer». Como si dijera: en mi mano está mi muerte y mi vida, y si no es queriendo yo dejarla, nadie me la puede quitar, que es lo que otro tiempo antes había dicho, pues ahora que es llegada la hora en que quiero morir, yo permito que des orden en la maldad que tú, por tu malicia propia has fabricado en tu deseo.

De suerte que dice mi padre S. Agustín que cegar Dios es no alumbrar, y endurecer a alguno es no ablandarle. Pero, aunque es así que es esto verdad, y lo que responden él mismo y otros, que en los males que nos vienen hay el hacerlos y hay el padecerlos, y que la obra se ha de atribuir a la envidia del demonio, como en los de Job, y a la codicia de los sabeos en llevársele el ganado; pero lo que en ellos es pasión, que es sufrirlos para mérito o satisfacción de nuestras culpas, o para gloria de Dios, eso al Señor se atribuye, digo que esto no agota del todo nuestra dificultad; porque, aunque en muchos ejemplos venga bien, en otros parece que tiene alguna aspereza.

La razón es, porque es doctrina de S. Pablo, que

13 *Ad Rom.*, 1.

por pecados de los sabios del mundo y filósofos hinchados, los cuales viniendo en conocimiento de Dios por el rastro de las criaturas, ayudados con el rayo de la luz divina, de quien dice David: «Muchos se espantan, y dicen: ¿quién nos enseñó el bien y a seguirle?», y no miran que tenemos impresa en nuestras almas la luz de tu rostro, que nos enseña y adiestra en el bien; dice pues el Apóstol que, porque estos filósofos, conociendo a Dios, no le honraron, ni le dieron gloria sirviéndole, los castigó Dios, entregándolos en manos de sus deseos, y que de ahí viniesen a dar en mil errores y pecados. Pues, siendo verdad aquel dicho de mi padre San Agustín que, «ningún sabio es autor de que alguno se haga peor de lo que es», Dios, que es suma sabiduría, ¿cómo será causa que el pecador en castigo de sus pecados venga a ser peor, cayendo en otros más graves? Porque aquí ya, en el pecado siguiente, la acción y la pasión son malas, y así no hay razón de algún bien. Pues del decir que endureces es no alumbrar o no ablandar, seguiríase que todos los que mueren en pecado mortal fueron cegados, pues no los alumbró, y los endureció, pues no los ablandó. Y vemos que la sagrada Escritura, por particular castigo de algunos y por muestra del rigor de su justicia, dice que los cegó o endureció, y si no fuera más que no alumbrar o no ablandar,

4 *Salm.* 4.

no nos lo contara por cosa rara, por castigo particular: digo, pues, que hablando propiamente, Dios no se dice que endurece, ni ciega, ni engaña, ni que mueve los corazones a odio, ni que hace lo que, al parecer, suena la letra de la Escritura; porque todas estas cosas desdicen mucho de la naturaleza de Dios, y si de él se dicen, es impropiamente y por figura.

Las razones que tenemos para hablar así son que, como quitada aquella soberana luz, ninguna otra cosa queda sino tinieblas y oscuridad, y, quitada la suavidad y regalo de su espíritu, nuestros corazones se tornan de mármol, y, en dejando de adiestrarnos, se tuerce todo el edificio de nuestras obras, de aquí es que se dice que ciega, endurece y hace errar a los que quita la facultad del ver, del ablandarse y del caminar derechos. Hay más: que cuando decimos que quita esta facultad, no entendemos que quita el libre albedrío para ver, ni para ablandarse ni para encaminar bien sus obras; más hase de entender así que, porque sin luz nadie puede ver, y sin la suavidad del Espíritu Santo ningún corazón se puede ablandar, y porque si Dios no guía un alma, todos sus pasos van desacertados, por esto, cuando por justo juicio de Dios quita a los hombres estas ayudas y favores, se dice que en alguna manera les quita el poder de ver y ablandarse.

19 *Salm.* 77.

Pero mejor se entenderá por otra razón, y es, que Dios usa de los demonios como verdugos de justicia y ejecutores de sus castigos. Así lo dice el real profeta David; *Misit in eos iram indignationis suæ: indignationem et iram et tribulationem; immisiones per angelos malos.* Cuando el pueblo de Dios estaba en Egipto y quiso sacarlos a la tierra de promisión, por estorbarlo Faraón, envió Dios muchas plagas con que castigó a los gitanos; ca envió contra ellos la ira de su saña, ira e indignación y tribulación; y estas cosas las envió por manos de los ángeles malos. Pues como estos son los ejecutores de la justicia divina, dícese que hace lo que ellos hacen; como decimos acá que el rey cortó la cabeza a fulano, y no se la cortó sino el verdugo. Añade el glorioso S. Jerónimo otra razón, escribiendo a Hedibia: «Así como, con ser uno el calor del sol, con todo eso, por la diversidad de las naturalezas que

2 En una aclaración marginal dice el autor que «Dios suele castigarnos por medio de los demonios, que son los alguaciles de su justicia».

9 *ca*, todavía usa el autor esta partícula que ya, en su tiempo, se iba desterrando, por más que se deslizara con relativa frecuencia en algunos clásicos de mediados del XVI y siguiente. Ya J. de Valdés escribía, como transigiendo con el vocablo: «*Ca*, por porque, ha recibido injuria del tiempo, siendo injustamente desechado, y tiene un no sé qué de antigüedad que me contenta». *Diálogo*, 104. Ed. cit.—«*Ca* él es pecado grave en sí». Fr. L. de León, *Perf. Cas*, 124. En Santa Teresa abundan los casos en que se emplea esta partícula. En las demás ediciones encuentro *que* en lugar de *ca*.

16 S. Hieron., *Ad Hedibiam.*

las cosas inferiores tienen, vemos que hace diversos efectos, que a unas ablanda como a la cera. y a otras endurece como al lodo y barro, y, con ser así, no es más que una naturaleza sola del calor; así Dios nuestro Señor, con la misma luz se dice que ciega al que tiene enfermos los ojos del alma, que son el deseo y la intención, y que alumbra al bien inclinado; y que con el mismo beneficio ablanda y trae a sí a éste, y al otro endurece y le retira, como lo tenemos en el santo y sagrado Evangelio, que con el milagro de Lázaro unos creyeron, otros fueron a dar cuenta de él a los fariseos, para que se remediase»; lo mismo cuando lanzó el demonio del hombre sordo, mudo y ciego, unos dijeron: «En virtud de Belcebú lo hace». La hilanderuela viejecita salió de acullá con él *beatus venter*, *etc.* Esto nace de que, puesto que de su naturaleza la luz divina es para ver, pero habiendo de por medio ocasión, causa accidentalmente ceguera en el que tiene enfermos los ojos, y dureza en el que tiene dañado el ánimo.

He aquí ahora cómo Dios queda disculpado siempre, y cómo se entenderá lo que dice el Señor por San Mateo y San Lucas, que, hablando muchas parábolas a los que le seguían y habiendo dicho la del labrador que salió a sembrar su pan, le rogaron

---

23 Math, 13.

23 Lucæ, 8.

25 *pan* por simiente: también se toma como sinónimo de mieses o sembrados.—«El pastor puédese condenar guardando su ganado

los discípulos que les declarase la parábola. Y respondióles: «A vosotros os es dado saber los misterios del reino de Dios, a los otros en parábolas, porque viendo y teniendo ojos, no vean, y oyendo, no oigan».

La aspereza y rigor que parece que tiene el decir el Señor: «Hablóles en parábolas, porque viendo, no vean», etc., que parece que da por causa de hablarles así, el querer que ni vean, ni oigan, y con esto no se aprovechen de su doctrina, quitóla por S. Mateo en la misma parábola, diciendo: «Háblo-les así, porque viendo no ven, y oyendo no oyen ni entienden». De suerte que lo que en S. Lucas está áspero, al parecer, en S. Mateo está templado, y muestra que es culpa suya de los oyentes. Y añade luego: «Con esto se cumple en ellos la profecía de Isaías, que dice: Oiréis con vuestras orejas y no lo entenderéis; y viendo veréis y no lo veréis». Y añade el Profeta la razón: «El corazón de este pueblo está muy graso y pesado, y oyen con gran pesadumbre y de industria cerraron los ojos; porque algún tiempo no vean con sus ojos y oigan con sus oídos, y entiendan con su corazón, y se conviertan

y puédese condenar pasciendo el *pan* ajeno». Guevara, *Menosprecio* etc., 77.—«E porque a lo que eran idos los nuessos, fuera a talar los *panes*». Cibderreal, *Centón Epistolario*, epíst. 57. Cito este texto como de Cibdarreal porque, aunque está puesta de manifiesto la falsificación de este *Centón*, mientras no se fije quien es el autor del mismo seguiremos citando provisionalmente al supuesto *Bachiller*.

17 Isai. 6.

y los sane». Y puesto que en el profeta está de otra suerte, pues el Señor de los profetas lo tradujo y citó así, no hay que reparar en ello. Allegándonos ahora al propósito, por el cual habemos traído esta doctrina, digo, que en algunas partes de la Escritura parece que se pone número de pecados, que tiene determinado el Señor de esperar al pecador, hasta cien pecados, pongamos este caso, y no ciento y uno; al otro mil, y no mil y uno.

Hablando Dios con el gran patriarca Abraham, y capitulando entre los dos el salario que aun acá temporalmente le había de dar por el buen servicio que Abraham le hacía, le dice el Señor: «Quejáisosme de que no os he dado hijos, y que el vuestro mayordomo habrá de ser el heredero de vuestra hacienda y casa; no será así, que yo os daré hijo heredero, y será su sucesión tan innumerable como lo son las estrellas del cielo. Mas haré; que les daré la tierra en que vos estáis y cuanta habitan los amorreos; pero eso será en la cuarta generación». *Necdum enim completæ sunt iniquitates amorræorum usque ad præsens tempus.* Y es como si dijera; no les daré luego la posesión de la tierra a tus sucesores, porque las maldades de los amorreos aun no han llegado al colmo que yo he determinado de sufrirles».

Luego suele haber tasa, no en la misericordia di-

13 *Gen.*, 15.

23 *luego*, es decir, inmediatamente

vina, pero en la malicia del hombre, que, llegando allí, no le da Dios el auxilio y favor particularísimo que suele a los que él es servido. Y como la virtud en el pecador está postrada por el uso que tiene de pecar, de aquí es que, quitándole, esto es, no dándole los favores especialísimos que su Majestad suele dar a aquellos, que dice S. Pablo que tiene misericordia de ellos, porque les previene con más favores y socorros, dejándolos con los especiales y con su libre albedrío, con lo cual se podrían volver a Dios, si quisiesen admitir este auxilio, no lo hacen; porque, hechos a seguir sus pasiones, se van tras ellas y están tan metidos en sus pecados, que con sólo aquel auxilio no se salvarán sino muy a fuerza de brazos; y como ven la dificultad, dejan de volverse a Dios; así que es culpa suya que no admiten este llamamiento. Y llegar a este punto de no acudirles Dios con mayores y especialísimos socorros, es lo que aquí llamo llegar al período o colmo de los pecados: y esto es lo que se suele decir: «Guárdeos Dios que alce la mano de vos y os deje»: y esto mismo es el endurecer a alguno. Este favor par-

1 *pero*, por sino. «...porque como la lengua castellana se habla no solamente por toda Castilla, *pero* en el reino de Aragón con toda el Andaluzía y en Galizia. Asturias y Navarra». J. Valdés, *Diálogo*, 33.—«Pues ¿tú te atreves, Rodrigo, | no tan sólo a no temblar | de mí, *pero* a pelear | y cuando menos conmigo?» | Guillén, *Moced. del Cid*, 126.

22 Nótese la frecuencia con que el autor usa el infinitivo sustantivado.

ticular lo deja de dar porque a nadie lo debe; y así de su hacienda puede hacer lo que fuere servido. Y puesto que es infinitamente misericordioso, suelen ser tales los pecados de un hombre que no merece que Dios le espere más compases; y castigarle, con no acudir con socorros particularísimos, por sus deméritos, llama la Escritura endurecer; y esto sucede, cuando los pecados han llegado a la medida que Dios en su divino acuerdo tenía determinado de esperar.

Y así dice Nicolás de Lira, sobre el cap. XV del *Genesis*: «Dios espera en los pecados y pecadores la medida de su juicio; no que en su misericordia esté la tasa, sino en la malicia del pecador, que le cierra a Dios la puerta con sus deméritos; porque si él hiciese verdadera penitencia, misericordia hay en Dios para perdonarle infinitos pecados; pero no la hace, y así se condena». De suerte que tengo por cierto, que el pecado de Judas fué el postrero que Dios había determinado de esperarle; en Caín, el fratricidio, y así en Saul y los demás; en uno más número, en otro menos, conforme a su divino y secreto consejo. Quiero decir que, llegando a aquellos pecados, alzó Dios la mano conforme al sentido que habemos dicho.

---

5 *espere más compases*, es decir, le espere por más tiempo.

6 *con no acudir*, equivalente a un gerundio. En el empleo del gerundio es el autor sumamente comedido y discreto, y siempre que puede emplea otros giros o formas verbales.

A esto parece que aludió el Señor cuando, hablando con los escribas y fariseos, que decían: «Si nosotros fuéramos en los tiempos de nuestros padres, que mataban a los profetas de Dios, no consintiéramos en sus muertes», el Señor les dijo: «¡Hipócritas! henchid la medida de vuestros padres». Esto dijo, porque el colmo y el último pecado con que se hinchió, fué con quitar la vida al Señor de los profetas. Pues si con tantos pecados no los destruyó y, llegando a éste, les asoló la ciudad, y los llevaron cautivos hasta hoy; y si en Asia sufrió muchos pecados, y al cabo abrasó o dejó abrasar los templos, derrocar los altares, quemar las imágenes sagradas, desollar los inocentes, violando tantas vírgenes y haciendo tantas crueldades, como cuentan las historias que los moros y turcos ejercitaron en los miserables moradores de aquella tierra, lo que, sin ir a buscar ejemplos prestados, podemos ya de los de nuestras casas henchir los libros ajenos, pues vemos, por nuestros pecados, a Hungría, Bohemia, Alemania, Flandes, Inglaterra y Francia, casi perdidas. Luego, pues nuestro justísimo Dios no las ha sufrido más, señal es que llegaron al colmo de las maldades, a donde tenía determinado que la misericordia suya diese el lugar a la justicia.

El profeta Amós, en el capítulo II me parece que

---

2 Math., 23.

dijo esto divinamente: *Super tribus sceleribus Israel, et super quatuor non convertam eum pro eo quod vendiderit pro argento justum, et pauperem pro calceamentis.* Sobre tres maldades de Israel y sobre cuatro no lo convertiré; porque vendieron al justo por dinero y al pobre por un par de zapatos». Es como si dijera: «Convertirlos he, y volverlos he a mí a los dos pecados, y a los tres; pero no a los cuatro». Tres y cuatro son siete, y siete es número perfecto: pues tómase este número por el colmo de pecados, y dice: «Habré misericordia de Israel mientras no llegare a la medida que yo tengo determinado de esperarle; mas cuando llegaren al colmo, que será vender a mi Justo por treinta dineros, castigarlos he, echarlos he de mí, y no los convertiré a mí»; como lo están el día de hoy desperdigados por todo el mundo, que parece que los tiene Dios olvidados, y duerme *in utramque aurem*, que suelen decir. A este lugar aludió el Señor, cuando dijo por San Marcos a los fariseos: «Acabad vosotros de henchir y colmar la medida de vuestros padres». Esto hicieron con matar a Cristo, y tras esto los destruyó. Pruébase también esto porque, cuando el Señor de la viña envió a coger la renta y los villanos mataron

---

5 *sobre cuatro*, es decir, pasando de cuatro.

11 *habré*, por tendré. Haber por tener decía J. de Valdés que en pocas partes cuadra a no ser en los refranes, ya tradicionales; no obstante abundan los ejemplos en los clásicos. Comp. Fr. Luis en *Nombres de Cristo*, t. I, p. 60.

algunos de los criados y a otros maltrataron, no los castigó el Señor, antes los aguardó con paciencia y envió otros; hiciéronles el mismo tratamiento, y esperólos. Ultimamente envió a su hijo, diciendo: «Tendrán quizá respeto a que es mi hijo»; pero echáronle de la viña y matáronsele; entonces ya no los quiso más esperar, como a gente que había llegado al colmo y había henchido la medida, y quitóles la viña y castigóles.

Todos estos lugares hacen alusión entre sí y dicen una misma cosa; y esto llamo yo el tener número los pecados, conforme al secreto consejo de Dios, que quiere dar más favores a éste y menos a aquél; que es lo de San Pablo «que no es del que corre ni quiere, sino de aquel de quien Dios tiene misericordia»; que solemos decir: «Más vale a quien Dios ayuda, que quien mucho madruga». Creo que he sido pesado en esta materia, pero, como dije al principio, es dificultosa y espantosa, y así ha sido menester tratarla más de asiento; y si acaso ésta no fuere la más verdadera resolución, remítome al parecer de los doctos, pues soy más amigo de errar con los sabios que acertar con los necios.

Supuesta pues esta doctrina, digo que los pecados de la Magdalena eran muy graves, porque eran muchos. Que vos seáis un día malo y pecador un

9 Math., 21.

17 Correas lo trae así: «Más vale a quien Dios ayuda que al que mucho madruga». *Vocab.*, 298.

mes, pase, malo es, mas al fin no nos espanta mucho; mas que lo seáis un día, y otro, y un mes, y un año, y cuatro, y diez, y toda la vida, esto es lo que cansa mucho a Dios. Que uséis mal de la espera y misericordia divina y que, en vez de enmendaros, os hagáis peor, y que habiendo de reconocer los beneficios de Dios y agradecerlos y salir del pecado, de su paciencia toméis vos ocasión de ser peor, esto es lo que espanta. El bueno, viendo que Dios le sufre, vuélvese a él y dícele: ¡Ah Señor, que no es razón que no salga de mi pecado! Vos, Padre de misericordia, me habéis esperado con infinita paciencia, llamástesme con vuestros regalos, rogástesme que os abriese el corazón; yo a ofenderos, y Vos a perdonarme; yo a esconderme, y Vos a buscarme; yo, mi Dios, a huiros, y Vos a seguirme, a atajarme, a cerrarme los pasos, yo a saltar el seto y paredes; pues ya no más, mi buen Dios, ya no más; todo seré vuestro, véisme rendido, venza vuestra bondad a mi malicia. Basta, basta ya, gran Señor, lo ofendido; a Vos me vuelvo; yo os prometo, Redentor de mi alma, de poner tasa en mi vida, y de enfrenar mis deseos y serviros de aquí adelante con vuestro favor y gracia.

¡Oh cómo se quejaba Dios de su pueblo ingrato! Dice por el profeta Isaías: *Væ genti peccatrici*,

5 *enmendaros*. La ed. *princeps* trae *emendaros*, de uso corriente entonces.

11 *no es razón que*, equivale a que no hay razón para que.

25 Isaí., 2.

populo gravi iniquitate, semini nequam, filiis sceleratis. Y luego: *Super quo percutiam vos ultra, addentes prævaricationem?* ¡Ay, dice Dios, de la gente pecadora! ¡Ay del pueblo pesado en maldades, mala casta, hijos malvados! ¿En qué parte os castigaré ya, añadiendo siempre pecados a pecados? Es el lugar divino para nuestro propósito, dice pues: ¡Ay de la gente pecadoriza! Llamamos enfermizo un hombre, que está sujeto a muchas enfermedades, que cualquier aire le destempla, con cualquier pequeño exceso da consigo en la cama; a este tal mejor le llamamos enfermizo que enfermo. Así dice el profeta; ¡Ay de esta gente tan dispuesta y pronta para pecar, que con cada ocasioncita peca! Es lo que nuestro Evangelista dice de la Magdalena: *In civitate peccatrix*, que era pecadoriza, ocasionada

8 *pecadoriza.* Bella y expresiva traducción del latino *pecatrix*, con sentido frecuentativo, de reiteración. *Pecadoriza* dice mucho más que *pecadora*, e indica reincidencia fácil, avezamiento al pecado. Es extraño que el *Dicc. de la Acad.* traiga la voz *pecadriz*, ingrato latinismo, y no haya recogido la palabra *pecadoriza.* «Unos dicen que *pecatrix*, quiere decir *pecadoriza.* Hombres enfermizos en el alma, que de una legua hace suerte con ellos la ocasión y las medicinas que les pudieren sanar se les vuelve ponzoña». Fonseca, *Vida de Cristo*, 2.ª p., cap. XV, ed. 1622.—El P. A. Alvarez, comentando el texto de Isaías, escribe: «No dice, ay de la gente pecadora, sino *pecadoriza.* Esto es, ay de aquellos que son diestros en hacer pecados, amaestrados en ellos, y que los sacan primos, pecados de tienda». *Silva espiritual*, ed. 1590.—Es rara coincidencia que el P. Alvarez comentando el mismo texto que Malón de Chaide en una consideración sobre la Magdalena, use de las mismas palabras textuales, un año después de publicada *La conversión.*

para pecar. Pues porque los judíos del buen tratamiento y del malo, del rigor y del regalo, de todo sacaban materia de ofensa, los llama gente pecadoriza. ¡Ay de unos hombres, que por la gran costumbre de pecar, de todo lo que les había de ser materia de virtud sacan ellos veneno y ponzoña! Gente que tienen las fuerzas del alma tan gastadas y tan postrada la virtud, que ni con beneficios podréis curarles su dañado corazón. Dice más: «¡Ay del pueblo pesado con maldades!» Eran llenos de pecados; el pecado es pesado; por esto los pecadores se llaman pesados.

Sentía David esta carga cuando, llorando los pecados, decía: *Quoniam iniquitates meæ supergressæ sunt caput meum: et sicut onus grave gravatæ sunt super me. Miser factus sum et curvatus.* Son tantas mis maldades, dice David, que me cubren la cabeza. Tomó la metáfora del que lleva una gran carga que le cubre de pies a cabeza. Y sonme tan pesada carga, que me derruecan y no puedo con ella. Hácenme andar como ganapán, inclinado el cuerpo con el peso de la carga. Por esto dice Zacarías, «que vió por el aire volar un gran cántaro de arambre, y que

14 *Salm.* 37.
22 Zaca., 5.
23 *arambre.* El autor adopta este nombre anticuado en lugar de alambre, que Covarrubias hace sinónimo de cobre y lo deriva del latino *æs, æris* y de este *æramentum.* «Tenía una cámara llena de alambiques, de redomillas, de barrilejos de barro, de vidrio, de *arambre* de estaño, hechos de mill faziones». *La Celestina*, tomo I, págs. 74 y 75. ed. *La Lectura*.

le llevaban a Babilonia, e iba dentro un talento de plomo, y le dijo el ángel: «Esta es la maldad». Quísoles dar a entender la cautividad de Babilonia y que por sus pecados los llevaban allá; y por el plomo que iba dentro, y es metal pesadísimo, les mostró la gran carga y peso de sus pecados.

Por esto dice el bienaventurado San Gregorio que el pecado que no se limpia con penitencia, con su peso nos derrueca en otros. Dice más Isaías: «¡Ay de la mala casta!»; porque *semen* en la Escritura se toma por la sucesión y descendencia; mala casta, que parecen a sus padres en las maldades, que las mamaron en la leche y saben a la pega. Oseas dice, hablando del pueblo: *Ephraim quasi avis avolavit, gloria eorum a partu, et ab utero, et a conceptu.* Efraín voló de las manos de su Dios; el ave una vez suelta mal se prende. Así lo ha hecho mi pueblo, cuya gloria y jactancia les viene desde las entrañas, que mamaron en la leche el ser malos. Bien sé que tiene este lugar otro sentido, y es: gloriábanse que sus mujeres eran fecundas y fáciles en parir; pues yo les quitaré esa gloria. Y corresponde a lo que añade luego: «Pues si criaren hijos, yo los

7 Gregor., *Mor.*

13 *saben a la pega*. Usada frecuentemente esta frase por los clásicos, y con ella se da a entender que alguno imita y sigue las costumbres y resabios de su mala educación o de su trato con malas compañías, por comparación a la pega, que es «baño que se da con pez a los vasos, cántaros y pellejos».

14 Ose., 9.

privaré de ellos»; y más abajo dice el profeta: «Dadles, Señor ¿qué les daréis? Dadles vientre estéril, sin hijos, y pechos secos sin leche»; pero también es buen sentido el primero. Dice más el profeta: *Filiis sceleratis:* ¡Ay de los malvados hijos! Háles dicho *mala casta*, y ahora les dice *peores hijos;* como si les dijera: «Sois tales como vuestros padres», que es lo que lés dijo David. *Quemadmodum patres eorum conversi sunt in arcum pravum.* Son éstos, dice, como arco torcido, como lo fueron sus padres, que por dar a la caza os da en la mano. Y el Redentor por San Mateo: «Sois hijos de los que mataron a los profetas; pues colmad vosotros su medida». ¡Ah serpientes, casta de víboras!, como motejándoles de que salían inficionados de las entrañas. Prosigue Isaías, y dice: *¿Super quo percutiam vos ultra addentes prevaricationem?* He aquí por qué habemos traído este lugar.

Decíamos de los pecados de la Magdalena que eran muchos, y hallaréis pecadores que jamás se cansan de pecar, y que no bastan castigos ni todos los pertrechos y máquinas que Dios levanta, para atajarles la corriente de sus maldades. Dice pues Isaías: «Grandes han sido vuestros pecados y muy grande mi sufrimiento y espera que, en disimularlos, he tenido. Castigado he muchas veces, cansado

8 *Sal.* 77.
12 Math., 14.

estoy de andar a los palos con vosotros, y siempre malos; ya no sé que me haga; ¿dónde os azotaré, pues no hay parte sana en vosotros? ¿Y tras eso siempre malos, siempre pecadores, siempre pecando de nuevo, hechos pedazos, y no cansados, y no enmendados? Tantas veces me habéis provocado a saña con vuestros pecados, que os he desollado de pies a cabeza, de suerte que ya no hay parte que no esté bañada en sangre, y siempre tijeretas». Que lo dijo en una palabra David. *Disipati sunt nec compuncti.* Despedazados están, y no emendados. Toma Dios la metáfora de un padre que tiene un hijo travieso, y con deseo de enmendarle le castiga, azótale, y no hay género de castigo que no lo ejecute en él; pero es tan malo el muchacho que no siente ya los azotes. Viéndole el padre siempre

1 *andar a los palos*, por fuerza o violentamente.

9 *tijeretas.* Y siempre tercos, es el sentido. Covarrubias en el artículo *Tigeretas* trae esta curiosa referencia: «*Tigeretas*, en las vides son unas puntillas largas y redondas, como cordelillos, y se van retorciendo y se asen y rebuelueu a lo que topan. Dixerose tixeretas, porque hazia la mitad comunmente se diuide en dos puntas. Latox *capreolus*, *cluvicula*, *viticula:* un prouerbio ay que dice: Han de ser tixeretas; fingiendo que una mujer muy porfiada, viniendo las viñas con su marido, puso a estos clauiculos otro nombre, que debía de ser común en aquella tierra: ella porfió mucho que no se auía de llamar sino tixeretas: el marido entrando en cólera la echo de la puente abaxo en un río, y ella iua diciendo tixeretas han de ser, y cuando ya no pudo hablar sacó el braço, y estendidos los dos dedos de la mano le daua a entender que auían de ser tixeretas» *Tes. de la Leng. Cast.*

10 *Sal*, 34.

peor, dice: «¿Qué haré con este bellaco? Ya no se dónde castigarle; héle abierto a azotes, tráigole siempre vendado y quebrado los cascos, ya con la pierna desconcertada, ya quebrado el brazo, y él siempre peor». Así dice Dios: «¿Dónde os castigaré ya?», que *omne caput languidum*, *et omne cor mœrens*, *a planta pedis*, *etc.* No veo en vosotros lugar sin herida; ¿pues dónde os castigaré en venganza de las nuevas maldades que cada día cometéis? ¿Si en la cabeza? *Omne caput languidum*; no hay ninguna que no esté descalabrada. ¿Si con males interiores y con mal de corazón?; no hay corazón sin tristeza. ¿Pues si en el cuerpo? *A planta pedis;* y del cabello a la planta estáis hechos sangre; y tan recientes son las heridas, que aun no os han tomado la sangre de ellas. ¿Pues qué os haré? El remedio más corto será dejaros: *Terra vestra deserta*, etc. Yo asolaré vuestras ciudades, etc.

He aquí, pecador, al estado a que te traen tus muchos pecados, a que haga Dios del cansado y que ya no te pueda sufrir, y que te deje y se vaya. Pues si tu Dios te deja, ¿quien te recibirá? Si se te va, ¿a dónde irás tú sin Dios? *Curavimus Babylonem*, *et non est sanata*: *derelinquamus eam*, *et eamus unusquisque in terram suam.*

Cuando un hombre principal está enfermo, sué-

20 *haga Dios del cansado*, quiere decir hasta que Dios se canse. Ya comentado en nota anterior.

25 Jere., 51.

lense llamar médicos de muchas partes, entran en consulta cada día, hacen mil remedios, púrganle, sángranle, dánle unciones, baños, fomentaciones, dietas, sudores, y todo cuanto mandaron Hipócrates y Galeno, y tan malo siempre como de primero. Háblanse: «Señores, ya habemos hecho cuanto en nosotros ha sido; habemos agotado las medicinas; los boticarios están cansados de hacer purgas y mezclar jarabes, los remedios de la medicina se nos han acabado; no habemos dejado cosa por intentar de cuantas hallamos en los libros, y el señor don fulano siempre peor; lo mejor será dejarle a naturaleza; volvamos nosotros a nuestras casas». ¡Ah pecador desventurado! Que esto mismo hace y dice Dios: «Curado he tu alma, ya te he purgado con mi sangre, te he dado jarabes de trabajos, unciones de amor y gracia; hánse agotado los remedios a poder de curarte; los predicadores están roncos, los confesores cansados, mis sacramentos y medicinas ya no te hacen provecho; quiérome ir y dejarte».

Esto es lo que arriba llamábamos endurecer y cegar y llegar los pecados a colmo; porque, como no quiere aprovecharse de la misericordia de Dios ni hace verdadera penitencia, muere en su pecado. Pues dime, pecador: ¿Cómo no te espanta el pecar cada día de nuevo? ¿Qué sabes si este pecado que vas a hacer es el último que Dios querrá sufrirte?

13 *dejarle a naturaleza*, es decir, abandonarle a la naturaleza o dejarle a merced de la misma.

¿Qué sabes si te cerrará la puerta, por indigno de su misericordia, ingrato a sus beneficios? ¿Qué sabes si quien te ha esperado un año te querrá esperar año y hora? *Ignoras quod benignitas Dei ad pœnitentiam te adducit? An divitias bonitatis ejus contemnis?* ¿No sabes, hombre pecador, que la paciencia y benignidad de Dios te provoca a penitencia? ¿O acaso desprecias las riquezas de su bondad y atesoras ira para ti, con tu dureza y con tu corazón no arrepentido? Esto dice el Apóstol, escribiendo a los romanos. Pues mirad a que estado traen sus pecados a un hombre, cuando son muchos, que le vuelven insensible a los tocamientos de Dios, y el pecar se le convierte como en naturaleza.

Daniel cuenta que soñó Nabucodonosor, rey de Babilonia, un sueño que le trajo muy fatigado, y fué que veía una estatua grande y espantosa; tenía la cabeza de finísimo oro, los brazos y pecho de plata, el vientre y muslos de bronce, las piernas de hierro, y los pies parte de hierro y parte de barro. He aquí cómo va el pecador de bien a mal, y de mal en peor. Es propia figura y traza suya esta imagen, que puesto que allí le quisiese Dios declarar la sucesión y mudanza de los reinos que le habían de suceder, con todo esto se trae y viene muy a pelo para los pecadores. Tiene el hombre la cabeza de oro, porque allí recibió el bautismo, y su principio

15 Dan., 3.

espiritual y regeneración fué divina. Diéronle la fe, la esperanza, la caridad, que es la señora, y el oro puro y resplandeciente que enriquece al alma. Allí le infundieron los hábitos de todas las virtudes, y quedó riquísima; pero comienza a entibiarse en el amor de Dios, enfríase la caridad, descúidase un poco y admite algunas ocasioncillas, y viene a perder el lustre del oro, de aquel hervor que solía tener; siente el corazón menos casto, la devoción más caída, el gusto de las cosas de Dios postrado; cánsale la confesión, la comunión sin lágrimas, finalmente se ve con barruntos de caer en alguna grave enfermedad. Así viene a dar en plata que, aunque es de estima, no como el oro; así tú, ni más ni menos; aunque por esta tibieza no se pierde la gracia y la amistad de Dios, y aun el hombre tiene valor, mas al fin no es de oro, ni las obras le son de tanto mérito, ni son tan perfetas como las que solía hacer. Con este descuido y flojedad viene de plata a cobre, porque se descuida y cae en pecado, por donde ya ni sus obras valen ni son de estima, y no le queda más que el sonido del lenguaje cristiano con que habla de la virtud, y retiñe aun a lo que fué; porque un hombre recién pecador no tan del

8 *hervor* es lo mismo que fervor ardiente; en esta acepción la usan repetidamente los tratadistas místicos. También se toma como sinónimo de *efervescencia*. «E son unos hombres que nunca se hartan de hablar importuní-imamente; y es tan grande su *hervor* y su pasión en ello que matan a quien les está escuchando». *Villalobos, Tractado de las tres grandes. De la Gran Parlería*, 449, Rivad.

todo se olvida de la virtud y del buen estado que tuvo, que no le queden a manera de unos cariños de lo que ha perdido; por eso decimos que viene a cobre, que es metal sonoroso.

Dije que con aquella flojedad y relajamiento que tiene de la virtud viene a caer en pecado; porque sería milagro que, entibiándose el hombre en la caridad, y descuidándose en el ejercicio de las obras de virtud, no venga a caer poco a poco en los graves. Y por esto está Dios tan mal con las almas tibias, que dice que le revuelven el estómago y que le provocan a vómito. Dícele Dios a San Juan: «Escribe una carta al ángel de Laodicea, esto es, al Obispo de aquella iglesia, y dile: «Yo sé muy bien tus obras, y las tanteo y peso, y les miro los quilates que tienen, y veo que no eres frío ni caliente, y ojalá fueses una de estas dos cosas; mas porque eres tibio te vomitaré y lanzaré de la boca». Aludió a lo que suelen hacer para vomitar, que es beber agua tibia, y con aquel disgusto que causa en el estómago, le mueve y revuelve y hace vomitar. De manera que deseaba Dios que le sirviese, ora fuese por amor, que es ser calificado, ora fuese por temor, que es ser frío. Y pienso que la razón de esto es porque, cuando de gran frialdad se pasa a calor, se hace y produce más vehemente calor, y queda el agua más ardiente que cuando, estando tibia, se

3 *Apoc.*, 2.

calienta. Siendo, pues, ya venida el alma del oro a la plata, y de la plata al cobre, esto es, del hervor del amor a la tibieza de la caridad, y de ésta al cobre del pecado, si no se vuelve luego a Dios y se descuida de la penitencia, viene a perder el sentimiento de los tocamientos divinos, y a estar sorda a todas sus palabras, como el hierro que es un metal sordo y muy terrestre, y el más bajo y de menos valor y estima de todos los que cría la tierra. Tenía la estatua de Nabuco los pies de hierro mezclado con barro, y por cierto muy bien, porque cuando llega un pecador a este punto, ya todos sus deseos, sus pensamientos, sus tratos, todo cuanto hace, dice, piensa y halla, todo es tierra y polvo, y eso ama y busca y en esto está enterrado, olvidado de Dios y de su cielo y de su gloria, hasta decir David: «Declinaron los ojos a la tierra». Y estos tales, ya al pecado le tienen tan casero y tan como vecino y tan familiar, que casi se les vuelve en naturaleza. Y ya acaece a muchos estar tan envejecidos en la costumbre del pecar, que pecan, no por deleite, sino por uso, que suelo yo llamarlos pecadores de balde, que casi sin pensar en lo que hacen, sin gusto, sin otro interés, forzados de la mala costumbre, pecan; que es lo que dijo el que hizo este soneto, hecho a este mismo propósito; y por parecerme que lo concluyó bien, he querido ponerlo aquí.

17 *Salm.*, 16.
19 *vuelve*, por covierte.

SONETO

¡Oh paciencia infinita en esperarme!
¡oh duro corazón en no quereros!
¿Qué esté yo ya cansado de ofenderos,
y que no lo estéis Vos de perdonarme?
¡Cuántas veces volvistes a mirarme
esos divinos ojos, y a doleros,
al tiempo que os rompía vuestros fueros,
y Vos, mi Dios, callar, sufrir y amarme!
¡Oh guarda de los hombres! vuestra saña
no mostréis contra mí, que soy de tierra:
mirad a lo que es vuestro, y levantalde:
Que no es deleite ya lo que me engaña,
sino costumbre que me vence en guerra,
pues por sólo pecar, peco de balde.

12 *levantalde* en lugar de levantadle, metátesis impuesta por la necesidad del consonante final. Era frecuentísimo este modo de usar el imperativo. El autor lo usa casi siempre y por evitar disonancias lo corrijo.

XII

Estas cuatro cosas hacían más graves los pecados de la Magdalena, y así no es mucho que diga el Evangelista: *Ecce mulier quæ erat in civitate peccatrix*. Véis una mujer pecadora en la ciudad. Hora no parece que habemos aun desentrañado del todo lo que hay en estas palabras. Dos *ecce* hallo en la Sagrada Escritura que parecen contrapuestos el uno del otro: el uno es este *Ecce mulier*, y el otro el *Ecce homo*, que se dijo del Hijo de Dios. Cuenta el evangelista San Juan que, queriendo Pilatos librar al Redentor de las manos de los judíos, sabiendo que por envidia le buscaban la muerte, por moverlos a la estima, mandó a azotar al Redentor; sacóle desnudo con una corona de espinas en su sagrada cabeza, y cubierto con una ropa vieja de púrpura; y al tiempo que salió, vuelto a los judíos que pedían con grande instancia su muerte, les dijo: *Ecce homo*. Véis aquí al hombre; como si les dijera: «Acusáis a este hombre por alborotador y revolvedor del pueblo; decís que tiene humos de rey, pues

5 *Hora* por ahora.
11 Joan., 19.

veísle aquí, que lo menos que tiene es talle de hombre, cuanto más de príncipe». Poned pues a una parte a Cristo llagado, atado, espinado, el rostro lleno de cardenales y salivas, el cuerpo cubierto de sangre de los azotes, aquellos divinos ojos llenos de lágrimas; poned a otra parte a la Magdalena, suelta, profana, llena de pecados, infame, sin nombre, hecha una añagaza del demonio, un despeñadero de almas. Oíd a Pilatos que dice: *Ecce homo;* y volved a San Lucas, que le contrapone *Ecce mulier;* y mirad ahora el misterio tan galán que ahí está: *Ecce homo,* pues *Ecce mulier.* Para que haya un *Ecce mulier*, es menester que haya un *Ecce homo*, que si éste no hay, no habrá aquél. *Ecce homo*, que se hizo hombre por gracia: *Ecce mulier*, que es mujer por flaca naturaleza: *Ecce homo*, que es justo; *Ecce mulier,* que es pecadora: *Ecce mulier,* que peca, pues *Ecce homo*, que lo paga: *Ecce mulier,* culpada, pues *Ecce homo* penado: *Ecce mulier*, que merece el castigo, pues *Ecce homo*, que es el azotado: *Ecce mulier*, suelta, pues *Ecce homo*, atado: *Ecce homo*, que siendo Dios, se hizo hombre, pues *Ecce mulier*, que siendo pecadora, queda santa: *Ecce homo,* que muere porque ésta viva, pues *Ecce mulier,* que vive, porque éste muere: *Ecce homo,* que le pre-

2 *talle de hombre*, equivalente a traza o figura de hombre.

8 *añagaza:* en sentido recto significa señuelo para cazar aves; pero se usa con más frecuencia en el sentido de artificio de que alguien se vale para atraer con engaño.

sentan por esta mujer a Pilatos, pues *Ecce mulier*, que la presentan por este hombre al Padre. Pilatos da este *Ecce homo* a los hombres para su rescate: Cristo da esta *Ecce mulier* al Padre para su regalo. ¡Oh trueque soberano! ¡Dulce bien nuestro, que te ponés en competencia de una pecadora, porque tu amor te fuerza y tu Padre te lo manda!

Mirá, hombres, el gran amor de vuestro Dios que dice: «Tomad un Dios y dadme un hombre: tomad mi Hijo, y dadme una pecadora» Pues dime, gran Señor, ¿y éste es trueque que se pueda sufrir? ¿No ves que te engañan más que en la mitad? Dar a un Dios por un hombre, ¿quién tal vió? ¿El justo por un homicida? ¿El inocente por el culpado? ¿El señor por el siervo? ¿El hijo por el esclavo? ¿El Hacedor universal por su misma hechura? ¿Quién vió trocar la gloria por el polvo? ¿La riqueza suma por la suma pobreza? ¿La alteza de Dios por la bajeza del hombre? *Ecce homo*, remedio de mis males, hombre que paga mis deudas, sangre con que se lavan mis culpas, precio con que se redime mi ofensa, Pilatos te me muestra, Redentor de mi alma; tu Padre te me da, tu mueres por mí. Tú dices: «Esta es mi sangre que derramo por vosotros». Tu Padre dice: «Así amé al mundo, que le di un solo Hijo que tenía». Pilatos me dice: «Pues véis ahí al hombre que todo eso hace: *Ecce homo*». Él me dice: «*Ecce homo*»; mas yo digo: *Ecce Deus*». Hombre te me muestran, mas Dios te conozco.

Ecce homo, que muere por mí: *Ecce Deus*, que resucita por sí: *Ecce homo*, que muestra mi flaqueza, padeciendo: *Ecce Deus*, que me da su fortaleza, venciendo. ¡Dulce retrato de mi remedio, que así te había yo menester para mí, que te perdiese a Ti para hallarme a mí! De manera, que lo primero qne tenemos es esta contraposición.

XIII

In civitate peccatrix. Extraña cosa es ver qué por menudo nos cuenta el evangelista San Lucas las circunstancias de esta conversión. Pecadora y en la ciudad, que era la de Naín, donde el día antes había resucitado el Señor al hijo de la viuda. ¿Pues hace más al caso ser uno pecador en la ciudad o serlo en la aldea? ¿Qué importa irse uno al infierno desde su lugar o irse desde Sevilla? Creo que fué encarecimiento de los pecados de la Magdalena. Mucho va señores, de ser uno ruin en Roma o en una aldea de Sayago, que en el lugarejo do no se sabe qué cosa es sermón en mil años, y que el cura no sabe leer aun en su breviario, que no hay uno que os dé un consejo, ni quien os retraya de un vicio, ni os adiestre a la vir-

11 *Sayago*, nombre con que se denomina una región de Zamora. En la literatura clásica figuran los *sayagueses* como abrutados y toscos. «Sayagués, apodo de grosero y tosco, porque los de Sayago lo son mucho» Correas. *Vocab.*, 643. «No hay villano de Sayago tan insensato que no sienta más la lástima que le dicen que el castigo que le dan». A.de Guevara. *Epístolas familiares*, I, 25.

13 *y que el cura.* Un poco hiperbólica parece la afirmación del autor; pero permite, con todo, entrever el grado de cultura del clero de las aldeas y pueblos retirados de entonces.

15 *retraya* por retraiga.

tud, que allí seáis vos pecador, no es milagro; mas que en la ciudad donde están los prelados de la Iglesia, los doctores y predicadores de la fe, la luz del Evangelio; donde tantos monasterios y tan llenos de religiosos se ocupan en los divinos oficios, y donde se predica tan continua la palabra de Dios, donde hay tantos ejemplos de siervos del Señor, tantos confesores tan doctos, tanta frecuencia de Sacramentos, y que todo huele a santo y huile en devoción, ¿y que allí seáis malo y jamás salgáis de vuestra ruin vida?

Esto es lo que cansa a Dios y lo que encarece el Evangelista en la Magdalena. Mayor fué el pecado de Judas, siendo malo entre los apóstoles que el de San Pedro, negando entre los verdugos de maldad: esto, aun cotejando los pecados, que en sustancia fueran iguales. Decía Isaías: *Misereamur impio, et non discet justitiam facere in terra sanctorum in qua gessit, et non videbit gloriam Domini.* Andaos, dice, a tener misericordia y a hacer bien al malo, y no hayáis miedo que por ello sea mejor. En tre los santos y en tierra santa ha hecho maldades, que a ser en la plaza o en la lonja o en las gradas de Sevilla o el sarmental de Burgos, donde se trata de cambios y logros, y donde se engaña al prójimo y se roban las haciendas y trampean los mercaderes, no fuera mucho; más que estando en una cartuja

17 Isai., 26.

entre santos, sea diablo, entre los buenos sea malo, esto no se puede sufrir. Pues ¿qué merece este tal? que *non videbit gloriam Dei*. No se quedará sin castigo, y será que no verá la gloria de Dios. «Había, dice el capítulo primero de Job, un varón en tierra de Hus, que era de gentiles y él era bueno y sencillo». Parece que lo cuenta como por milagro, que entre malos fuese bueno. Y el santo Lot es tan alabado porque, con ser tales los de Sodoma y viviendo entre ellos, él fué justo; más claro lo dice la Escritura en el cap. XXVI de los *Números*, y es que, contando cómo Coré y muchos con él fueron tragados de la tierra, porque se revelaron contra Moisés y Aarón, dice: «Hizo Dios un gran milagro en aquel día que, pereciendo Coré, no murieron sus hijos, y es porque no estaban envueltos en los pecados de su padre». Y cuéntalo por milagro que, siendo malos los padres y viviendo con ellos sus hijos, fuesen buenos y no se les hubiesen pegado los ruines siniestros de sus padres. Pues por esto pone el sagrado Evangelista que era la Magdalena pecadora, y en la ciudad.

20 *siniestros*, usado como sustantivo y en plural significa resabio, vicio o mala costumbre en general.—Así en el *Quijote*: «...seguro que... todas las veguas de la dehesa de Córdoba no le hicieran tomar mal *siniestro*». I, 420. Ed. Marín.—«Mas hase de procurar que entretanto no se pierda la moça, y cobre malos *siniestros* la hija, se hunda la hazienda, y se buelua demonio el marido». Fr. Juan de la Cerda, *Vida política de todos los estados de mugeres*, fol. 309. Ibid.

XIV

Pero, Señor, ¿qué quiere decir que ya que hacéis tal merced a esta mujer, queréis que sea tan a costa suya? Bien vendéis vuestra mercadería. Ya que en un banquete la perdonastes ¿por qué quisistes que os pagase tan caro el escote, que a trueque de esto queréis que cada año por esos púlpitos se publiquen sus pecados a voz de pregonero, y que vuestro Evangelista le escriba el proceso de su ruin vida y lo deje firmado de su nombre? Cierto, si tomásemos el voto de muchos que dijesen que es caro perdón. ¿Hay aquí quien, si le dijesen que le perdonarían sus pecados, si desde un púlpito los apregonase todos delante de la gente que hay en un mediano auditorio, que no le pareciese caro perdón? Ahora mirad, señores; los siervos de Dios muy de otra arte sienten de la honra que los del mundo, porque, a trueque

---

6 *pagase tan caro* etc. «Pagar el escote, pagar lo que se ha comido, y muchas vezes suelen algunos ser combidados del que después del juego le gana su hazienda, o le pide prestado, o le mete fianca; y assi paga el escote».—Covarr., *Tes. de la Leng. Cast.*—«Esta donzella ha de ser para ceuo de anzuelo o carne de buytrera, que suelen *pagar bien el escote* los que a comerla uienen».—*La Celestina*, II, 85.

de que el señor sea honrado, huelgan que todos sepan que fueron unos grandes pecadores.

¿Qué más honra puede ser para el médico que el enfermo, después de ya sano, publique sus enfermedades, las cuales mientras más y más mortales fueron, más gloria es para el médico que le dió sano? San Pablo, escribiendo a su discípulo Timoteo, le dice: *Gratias ago ei qui me confortavit, Christo Jesu, qui fidelem me existimavit ponens in ministerio, qui prius blasphemus fui, et persecutor, et contumeliosus.* Gracias muchas doy, dice el Apóstol, a mi Señor Jesucristo, que me esperó y le pareció que le sería fiel y de algún provecho si me empleaba en su servicio, con ser antes un blasfemo de su nombre, perseguidor de su Iglesia, injuriador de sus santos. No dice esto San Pablo por jactarse de sus pecados, mas por engrandecer la cura que el Médico celestial hizo en él, haciéndole de lobo, oveja, de perseguidor, predicador, de tirano, apóstol.

Así el santo rey David, en quien y en cuya doctrina quiso Dios que nada faltase para nuestro provecho, en el salmo de la penitencia, rogando con mil requiebros a Dios que le perdonase su pecado, le dice: «Habed misericordia de mí, Dios mío, y pues mi pecado es grande, séalo también vuestra clemencia. Y si me decís, Señor, que ya otras veces me habéis limpiado y que basta lo sufrido, lavad-

8 *Ad Thimot.*, I, 1.
20 *Sal.*, 50.

me, Señor, aún esta vez, y limpiad esta nueva mancha de mi pecado. Y si me notáis de importuno, no es maravilla que lo sea, pues conozco mi maldad y traigo siempre mi pecado delante de los ojos. A ti sólo pequé, ¡oh gran Señor!, y lo que más me lastima es que no me espantó tu presencia. Pequé contra ti, porque a ti sólo toca castigar los pecados».

Y si Adán pecó y escondió su pecado y le castigaste, yo le descubro, que mal se cura la llaga cuando del médico se esconde. Perdóname Médico del cielo porque quedes por justo y de tu palabra. Dijiste en el *Deuteronomio* a tu pueblo: «Si cuando pecares, arrepentido hicieres penitencia y te volvieres a mí, yo que soy misericordioso te perdonaré». Pues mira, Dios mío, que muchos no han oído los grandes bienes que me has prometido, y si ahora ven que me desechas de tus ojos, no sabiendo la causa, se quejarán de tu justicia. Pues haz, Señor, que cumpliendo tu palabra en perdonar a mí que te llamo, salgas verdadero y vencedor, cuando los hombres quisieren juzgar tus consejos. Y si no basta, buen Dios, para que me perdones, conocer yo mi pecado y ser tu tenido por fiel en tus promesas, baste ver mi flaqueza y ruin metal de que soy hecho. Bien lo saben tus manos, pues ellas me amasaron

11 *y de tu palabra*, quiere decir y fiel a tus palabras y promesas.
12 *Deut.*, 30.
20 *salgas verdadero*, es decir, se cumpla la verdad de tus palabras.

de barro y dura tierra, compusieron mis huesos y mis nervios, saben que el barro no es metal de muchas pruebas; ¿pues qué mucho que se quiebre y salte al fuego de la tentación? Mamé mis defectos en la leche; con pecados me concibió mi madre; con ellos me engendró mi padre y en ellos nací yo. Y pues ves, Señor, que soy lodo, compadécete de tu hechura, y halle lugar en tu misericordia el que conoce su miseria. No te maravilles, gran Señor, que peque quien nació con el pecado. Y si me dices, Dios y Señor de mi alma, que los ángeles pecaron y no los perdonaste, es verdad; pero no se visten de tierra ni están tapiados ni emparedados en barro como el miserable del hombre. No te alego, Señor, mi flaqueza por excusar mi malicia, mas sólo muestro la razón que puedes tener de perdonarme.

Finalmente, después de haberle dicho grandes ternuras para moverle a perdonarle, le dice: *Docebo iniquos vias tuas, et impii ad te convertentur*. Señor y Redentor, si me perdonáis, si me sanáis de esta tan grave dolencia, ¡oh Médico del cielo!, yo mostraré a otros dolientes el camino de vuestra santa casa, y todos los enfermos acudirán a Vos. De manera que diré al mundo cuán al cabo estuve y cómo Vos me sanastes, y os tendrán por el más famoso médico de la tierra. He aquí para qué cuentan los santos sus pecados y defectos. Aquel venturoso ciego que

24 *cuán al cabo*, es decir, en qué apurado trance.

cuenta San Juan, habiéndole sanado el Señor, con haber bandos y cisma entre los judíos, unos decían: «¿Es él? No es él, mas parécele. Otros: Él es, que bien le conocemos». Sale él y dice: «Yo soy, yo soy, y Jesús me sanó», y a todos contaba su enfermedad. Si a la Magdalena le preguntasen en el cielo, si le pesa que sus pecados se publiquen en las iglesias cada año, diría que no, pues saca Cristo gloria de su conversión. No piense nadie que los pecados que los santos cometieron en la vida los afean; porque acaece, que la otra dama que salió con una ropa galana y al atravesar por un cancel se dió un desgarrón, y, viendo su ropa rota, échale unos vivos de otro color, y hace labor de lo roto y queda mucho más hermosa, así es en las faltas de los santos, que echaron unos vivos de penitencia en las ropas de sus vidas, con que quedaron mucho más hermosos. Y no sólo no los afean, mas aun muchos, que antes de la caída servían a Dios tibia y flojamente, después de haberse conocido y corrido de sus culpas y haciendo penitencia, se levantan con tanto hervor de amor de Dios que dejan atrás a los que antes iban primero.

Porque, como dicen los teólogos, algunas veces

1 Joann, 9, 2.

3 *parécele.* En esta expresión no quiere decir que *lo parece*, sino que es *parecido a él.*

16 *vivos*, usado como sustantivo tiene, entre otras, la significación de «extremo, orilla o canto de la ropa, madera y otras cosas que suele ser de otra materia o color». *Dicc. Acad.*

el pecador se levanta a mayor gracia que la que tenía antes que cayese; porque así como nunca un elemento se fortifica tanto como cuando topa con su contrario, que entonces para resistirle se une y ayunta toda su virtud y fuerza, porque desea rendir y vencer a su enemigo, así ni más ni menos suele suceder en algunos corazones generosos y escogidos y santos, que mientras no caen en las manos del pecado, no muestran aquellos hervores y deseos encendidos de la caridad, que vemos en otros particulares; mas cuando topan con el pecado y se ven caídos y derrocados a los pies de sus enemigos, sintiendo la gracia divina que los llama, sin la cual no puede un hombre, después de caído, levantarse, conócenla y dánle entrada en el alma, y con ella y con su libre albedrío y con una generosa fuerza, ayuntando y recogiendo toda su virtud, expelen el pecado y todos los rastros de él, y quedan con doblado espíritu y viven con más cautela y recato y andan más sobre sí, por no verse otra vez rendidos; y, aunque les quedan las señales de la herida, estánles entonces muy bien, como al soldado que peleando en la batalla cayó y, herido y corrido, se levanta y mata a su enemigo. Después le veréis preciarse en las plazas de que tiene medio cortada la pierna y una lanzada por un muslo; no se jacta de las heridas sino de que, parándole tal su contrario,

27 *parándole tal*, equivale a decir, dejándolo tan mal parado.

con todo eso pudo más que él y le venció y mató. Así los santos cuentan en el cielo las victorias que ganaron del demonio y cómo, aunque heridos y derramando sangre, al fin se levantaron y vencieron. Yo, dirá Magdalena en el cielo, me vi derrocada y vencida, porque las había con el espíritu inmundo, que preside a la torpeza y vicios sensuales. Teníame tan ahogada y tan medrosa y sin fuerzas, que siempre que quería me hería en descubierto y a su salvo; mas como llegó a mí el aliento y soplo de la divina gracia de mi capitán Jesucristo, cobré fuerzas y coraje, y levantéme y acoséle muy bien, de suerte que jamás se volvió a descomedir conmigo. Así también cuenta San Pedro su negación, y San Pablo la persecución que levantó contra la santa Iglesia en sus principios. Por esto, pues, cuenta el glorioso Evangelista los pecados de la Magdalena, y por esto se cuentan las caídas de los otros santos.

También quiere Dios que se publiquen para nuestra confianza y que nos sirvan de ejemplo, que no desconfiemos de alcanzar perdón, pues vemos grandes pecadores perdonados; y de allí nos nace una santa osadía para presentarnos delante de Dios y pedirle perdón de nuestros pecados. Por esto me

---

6 *las había*. Tiene el mismo sentido que la expresión vulgar *haberselas con alguien*, sinónima de luchar o contender. «Pues *las has habido* con un alma de esparto y con un corazón de encina; a fe, que si *las hubieras* conmigo, que otro gallo te cantara». *Quijote* 268. Citado por Cejador en *La Lengua de Cervantes* II 572.

ponen a un Aarón, gran pontífice, caído y levantado, para que, si el Papa pecó, no piense que ya todo es acabado y que no hay remedio para él, pues le hubo para Aarón. Leo un David adúltero y homicida, pero perdonado y puesto en cabecera de linaje de Dios, porque no diga el rey, en pecando, que ya se cerró la puerta para pecados de reyes; y a un Zaqueo, para espuela del mercader; a un San Mateo, para el escribano, y a una Magdalena, para las rameras y mujeres erradas; y finalmente, pocos estados hay en la república de quien no hay ejemplos de pecadores perdonados en la Escritura, y esto para nuestra información y ejemplo. Así lo dice el Apostol, y para esto decía, que se escribían esas cosas; todo lo que está escrito, dice San Pablo, «sabed que se escribió para nuestra doctrina, para que con la paciencia y consolación de las Escrituras tengamos esperanza».

He aquí porqué quiere Dios que los pecados de la Magdalena se prediquen y apregonen, cada año por los púlpitos, y no por afrentarla; y para esto quiere que los escriba su historiador, porque con esto la hace más famosa en el mundo y cumple la palabra que le dió allá cenando en casa de Simón leproso, cuando, murmurando los discípulos porque María había ungido al Señor con aquel ungüento

11 *quien*, concertando con un antecedente en plural.
14 *Ad Rom.*, 15.

extremado, y porque no se había vendido dándolo por mal gastado, díjoles el Redentor, que no le fuesen molestos, que el haría que su nombre y hechos se celebrasen por todo el mundo. Y es así que, cuando más predican los pecados, penitencia y obras y amor admirable, y la remisión de las culpas de la Magdalena, tanto más famosa y celebrada y engrandecida queda.

---

1 *extremado*, de gran valor, riquísimo.

«El aire se serena
y viste de hermosura y luz no usada,
Salinas, cuando suena
la música *extremada*
por vuestra sabia mano gobernada».

Fr. Luis, *Oda a Salinas*, 15. Ed. Merino.

FIN DEL TOMO PRIMERO

ÍNDICE

	Páginas
Prólogo del Editor	1
Bibliografía	38
Dedicatoria a Doña Beatriz Cerdán	41
Prólogo del autor a los lectores	55
El P. Lorenzo Sierra. Soneto	75
El Mtro. Fr. Juan A. Comos. Soneto	76
Juan Bautista de Vivar	77
Tratado de la Conversión de la Gloriosa Magdalena	81
Parte Primera	84
Salmo 83. *Quam dilecta*	90
Parte Segunda y Estado primero de pecadora	111
Versión poética del cap. IV de Amós	129
Salmo 103	140
Salmo 119	162
Soneto	274

ESTE LIBRO SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN LA IMPRENTA DE LA CIUDAD LINEAL
EL DÍA XV DE JULIO
DEL AÑO MCMXXX

BS2485 M35
+La conversion de+Malon de Chaide,
0 00 02 0028519 5
MIDDLEBURY COLLEGE

F. J. B. & Co.
JUL 1933
BINDERS

BS
2485
M35
t.1

Malón de Chaide, Pedro.
La conversión de la Magdalena.

OEMCO